

A violin is positioned vertically on the right side of the image, its body resting on a pile of autumn leaves. The background is dark and filled with a dense, tangled network of thin, light-colored lines, possibly representing tree branches or roots. The lighting highlights the curves of the violin and the textures of the leaves and background.

Violin

ANNE RICE



L A T R A M A

Un misterioso violinista aparece cada día frente a la casa de Triana y toca para ella. Triana, que está pasando por unos momentos muy difíciles a causa de la muerte de su esposo, interpreta este hecho como una casualidad afortunada. Si en un principio el virtuosismo del desconocido la acompaña cuando más lo necesita, el extraño encanto de su música acaba por sumir a Triana en sus recuerdos más dolorosos. Atrapada en una vorágine de pensamientos obsesivos y confusos, Triana se siente fascinada

por este violinista a quien, en su delirio, invoca mentalmente día tras día. Así es como el príncipe ruso Stefanovsky acepta la invitación de Triana y franquea el umbral de su casa para nutrirse de su alienación y atraparla con el fantasma de su música.



Anne Rice

Violín

ePub r1.0

Poe 14.06.14

Título original: *Violin*

Anne Rice, 1997

Traducción: Camila Batlles

Retoque de portada: Poe

Editor digital: Poe

ePub base r1.0



Para
la doctora Annelle Blanchard

Para
Rosario Tafaro

Para
Karen
y como de costumbre y siempre

Para
Stan y Christopher y Michele
Rice,
John Preston,

y
Victoria Wilson

y

*en homenaje
al talento de
Isaac Stern*

y
Leila Josefowicz

*Y el ángel del Señor se apareció a
María,
y ésta concibió por obra y gracia del
Espíritu Santo.*

PROEMIO

Lo que trato de hacer aquí quizá no pueda hacerse con palabras. Quizá sólo pueda hacerse con música. Sin embargo, deseo tratar de hacerlo con palabras. Deseo dar al relato la arquitectura que sólo la narrativa puede proporcionarle —principio, desarrollo y desenlace—, exponer la intensa sucesión de acontecimientos con unas frases que reflejen fielmente su impacto sobre el escritor.

No es necesario que conozcáis a los

compositores que cito con frecuencia en estas páginas —Beethoven, Mozart, Chaikovski—, el enloquecido rasgueo de rústicos violinistas o la evocadora música de los violines gaélicos. Mis palabras deberían impartiros la esencia misma del sonido.

Si no lo consigo, es que hay algo aquí que no puede escribirse.

Pero dado que es la historia que llevo dentro, la historia que estoy obligada a narrar —mi vida, mi tragedia, mi triunfo y su precio—, no tengo más remedio que tratar de dejar constancia de ella.

Cuando comencéis a leer este relato,

no pretendáis unir los hechos pasados de mi vida en una cadena coherente como si se tratara de un rosario. Yo no lo he hecho así. Las escenas irrumpen desordenadamente, como cuentas arrojadas a la luz de forma aleatoria. Al unir las, para confeccionar un rosario — y mis años son los mismos que las cuentas de un rosario, cincuenta y cuatro —, mi pasado no constituiría los misterios de éste, ni los dolorosos ni los gozosos ni los gloriosos. Ningún crucifijo colocado en su extremo podría redimir esos cincuenta y cuatro años. De modo que lo que expondré aquí son unos retazos, los momentos más

significativos.

Si os parece, no me imaginéis como una anciana. Hoy cincuenta y cuatro años no son nada. Imaginadme como una mujer de metro cuarenta y cinco de estatura, gruesa, con un torso informe que ha constituido el suplicio de mi vida adulta, pero con un rostro juvenil, una cabellera larga, negra y espesa, y unas muñecas y unos tobillos delgados. La gordura no ha alterado la expresión que tenía mi rostro a los veinte años. Cuando me visto con ropas holgadas y vaporosas parezco una mujer joven y diminuta con forma de campana.

Mi rostro fue un favor que me hizo

Dios, aunque no tiene nada de extraordinario. Es un rostro típicamente germano-irlandés, cuadrado, con los ojos grandes y pardos, y el cabello, cortado en un flequillo que cae sobre mis cejas, disimula mi rasgo menos atractivo: una frente estrecha. «Tiene una cara muy bonita», dice la gente de las mujeres regordetas como yo. Mis huesos son lo suficientemente apreciables debajo de la carne para captar la luz de forma seductora. Mis facciones son insignificantes. Si logro atraer la atención de la persona que pasa por mi lado, ello se debe a una agudeza evidente en mi mirada, una inteligencia

cultivada y alimentada, y porque en el instante en que sonrío tengo un aspecto muy juvenil.

En esta época no es infrecuente ser tan joven a los cincuenta y cuatro años, pero hago hincapié en ello porque cuando yo era niña una persona que había vivido más de medio siglo era vieja, y ahora no lo es.

A los cincuenta, sesenta años, da igual la edad, todos nos comportamos como nuestra salud nos lo permite — libres, fuertes, vestidos como los jóvenes si nos apetece, sentados con los pies apoyados en la mesa, de manera desenfadada—, como los primeros

beneficiarios de una salud sin precedentes que nos permite conservar, a menudo hasta el fin de nuestros días, una gran fe en el descubrimiento.

De modo que así es vuestra heroína, si es eso en lo que voy a convertirme.

¿Y vuestro héroe? Ah, él vivió más de un siglo.

Esta historia comienza cuando apareció él como la imagen de un seductor de ojos y cabello oscuros, atormentado, que atesora una muchacha—lord Byron sobre un acantilado—, la misteriosa, secreta encarnación del amor; eso fue, y muy merecidamente; un digno representante de esta clase de

hombre, exquisito y profundo, trágico y cautivador como una Mater Dolorosa, y pagó por ello. Vaya si pagó.

Esto es... lo que sucedió.

1

Él llegó antes de que Karl muriera.

Era a última hora de la tarde, y la ciudad presentaba un aspecto aletargado, polvoriento; los coches circulaban con estrépito por la avenida St. Charles, como de costumbre, y las losas estaban cubiertas de grandes hojas de magnolia porque yo no había salido a barrerlas.

Lo vi descender a pie por la avenida, y cuando llegó a la esquina de mi casa no cruzó la calle Tres. En lugar

de ello, se detuvo ante la floristería, se volvió, irguió la cabeza y me miró.

Me encontraba detrás de las cortinas del ventanal de la fachada. Nuestra casa tiene muchos ventanales, y unos porches anchos y espaciosos. Yo estaba allí de pie, contemplando la avenida y los coches y la gente, sin ningún motivo especial, como he hecho toda mi vida.

No era fácil que alguien me viera detrás de las cortinas. La esquina donde está situada nuestra casa es muy concurrida, y los visillos, aunque llenos de desgarrones, son gruesos porque el mundo está siempre ahí fuera, discurriendo alrededor.

Él no portaba en aquellos momentos un violín visible, sólo un saco colgado al hombro. Se detuvo y contempló la casa —volviéndose como si hubiera llegado al final de su recorrido y deseara regresar, lentamente, a pie, tal como había llegado—, igual que una persona cualquiera que paseara aquella tarde por la avenida.

Era alto y flaco, pero poseía cierto atractivo. Tenía el pelo negro y alborotado y lo llevaba largo como un músico de rock, recogido en dos coletas para que no le cubriese la cara, y recuerdo que me gustó la forma en que le caía sobre la espalda cuando se

volvió. Por ese motivo, recuerdo también la chaqueta que llevaba puesta; era una vieja chaqueta negra cubierta de polvo, como si hubiera dormido en el suelo. Lo recuerdo debido a su lustroso cabello negro, largo y precioso y la forma en que se separaba en dos coletas rebeldes y enmarañadas.

Tenía los ojos negros (eso sí pude apreciarlo pese a la distancia que separa nuestra casa de la esquina) profundos, esculpidos en el rostro de modo que parecían esquivos, bajo unas cejas arqueadas, hasta que, al aproximarse, uno advertía el calor que desprendía su mirada. Su figura era desgarbada, pero

no exenta de gracia.

Me miró, y miró la casa. Y luego se marchó, con pasos ágiles, demasiado regulares, supongo. Pero ¿qué sabía yo en aquel entonces sobre fantasmas ni sobre su forma de caminar cuando vienen al mundo terrenal?

No regresó hasta dos días después de morir Karl. Yo no había comunicado a nadie que Karl había muerto, y el contestador automático mentía para que no me importunaran.

Aquellos dos días me pertenecían.

Durante las primeras horas después de que Karl hubiera desaparecido, me refiero a que hubiera desaparecido

definitivamente, después de que la sangre hubiese descendido hacia el extremo inferior de su cuerpo, y su rostro y manos y piernas hubieran adquirido un tono lívido, me sentí exultante, como ocurre a veces después de una muerte, y bailé y bailé al son de la música de Mozart.

Mozart fue siempre mi alegre guardián, el Pequeño Genio, según lo llamaba yo, maestro de su coro de ángeles; pero Beethoven es el maestro de mi corazón oscuro, el que manda en mi vida rota y en todos mis fracasos.

Aquella primera noche, cuando Karl sólo llevaba cinco horas muerto,

después de cambiarle las sábanas, lavar su cadáver y colocarle las manos a los lados del cuerpo, fui incapaz de escuchar a los ángeles de Mozart. Había que dejar a Karl tranquilo con ellos. Sobre todo después de tanto dolor. Y el libro que Karl había compilado, casi terminado, con sus hojas e ilustraciones diseminadas sobre su mesa de trabajo... Eso también podía esperar. Cuánto dolor.

Escuché a Beethoven.

Me tumbé en el suelo del cuarto de estar de la planta baja, la estancia que hace esquina, en la que penetra la luz desde la avenida por las ventanas

delantera y lateral, y puse la *Novena* de Beethoven. Escuché la parte atormentada, el segundo movimiento. Mozart no podía transportarme, alejarme de la muerte; era el momento de la angustia, y Beethoven lo sabía y el segundo movimiento de aquella sinfonía también.

Al margen de quién muera o cuándo, el segundo movimiento de la *Novena sinfonía* prosigue sin cesar.

Cuando era niña me encantaba el último movimiento de la *Novena sinfonía*, como a todo el mundo. Me gustaba el coro que canta el *Himno a la alegría*. La he oído interpretar

innumerables veces, aquí, en una ocasión en Viena, y en San Francisco en varias oportunidades, durante los insulsos años en que viví lejos de mi ciudad.

Pero en estos últimos años, incluso antes de conocer a Karl, era el segundo movimiento el que me pertenecía.

Es como una música que avanza incesante, la música de alguien que sube a pie empecinada, casi vengativamente, por una montaña, que progresa de forma inexorable, como si no pudiera dejar de caminar. Luego esa persona llega a un lugar apacible, como los bosques de Viena, y de pronto parece que se hubiera

quedado sin aliento y se detuviera, exultante, para contemplar la ciudad que ama, y alza los brazos y empieza a danzar describiendo un círculo. En este pasaje se oye el corno inglés, que siempre evoca los bosques, valles y pastores, y uno siente la paz y el silencio del bosque y la meseta de dicha que ha alcanzado esa persona, pero entonces...

... entonces suenan los timbales y la persona comienza de nuevo a ascender por la montaña, infatigablemente. Avanzando y avanzando.

Puedes danzar al son de esta música, moviendo el tronco, como hago yo, hacia delante y hacia atrás hasta

enloquecer, hasta marearte, dejando que el pelo caiga a un lado y al otro. Puedes caminar por la habitación en una marcha incesante, con las manos crispadas, cada vez más deprisa, ejecutando una pirueta cuando la música te lo permite antes de reanudar la marcha. Puedes mover la cabeza hacia delante y hacia atrás, una y otra vez, dejando que tu pelo vuele por los aires antes de caer como un oscuro torrente ante tus ojos, antes de que desaparezca y contemples el techo de nuevo.

Es una música implacable. Esa persona no desistirá. Adelante, hacia arriba, no importa, el bosque, los

árboles, da igual. Lo único que importa es seguir avanzando... y cuando vuelve a experimentar un momento de dicha — la dulce y exultante dicha de haber alcanzado la meseta—, ésta se halla inevitablemente unida a su incesante marcha. Porque no puede detenerse.

Hasta que pare la música.

Éste es el fin del segundo movimiento. Y yo ruedo por el suelo, oprimo de nuevo el botón, inclino la cabeza y dejo que el movimiento prosiga, independiente de todo lo demás, incluso de las grandiosas y magníficas afirmaciones que Beethoven trató de hacer, asegurándonos que algún

día lo comprenderíamos todo y que esta vida merecía ser vivida.

Aquella noche, después de la muerte de Karl, escuché el segundo movimiento hasta bien entrada la mañana, hasta que la luz inundó la habitación y el parque comenzó a relucir. El sol proyectó unos grandes haces de luz a través de los agujeros de los visillos, y en lo alto, el techo, tras librarse de los faros del intenso tráfico nocturno, apareció liso y blanco, como una hoja nueva en la que no hubiera nada escrito.

En una ocasión, por la tarde, dejé que sonara toda la sinfonía. Cerré los ojos. La tarde estaba vacía, sólo se oían

los coches en el exterior, los interminables coches que circulan a gran velocidad por la avenida St. Charles, excesivos para sus estrechos carriles, demasiado apresuradamente para sus robles añosos y sus farolas suavemente curvadas, ahogando con su extraño fragor incluso el sonido hermoso y uniforme del viejo tranvía. Un golpe. Un chirrido. Un ruido que en realidad debía de ser una batahola, y que en otro tiempo seguramente lo había sido, aunque no recuerdo un solo día, en el más de medio siglo que tengo de vida, en que la avenida estuviera silenciosa, excepto a primeras horas de la mañana.

Permanecí tendida en silencio, porque no podía moverme. Era incapaz de hacer nada. Cuando oscureció de nuevo, subí al dormitorio. Las sábanas todavía estaban limpias. El cadáver estaba rígido; la expresión del rostro apenas había cambiado; yo le había puesto un paño blanco en torno a la cabeza para evitar que se le abriera la boca y le había cerrado los ojos. Y aunque me quedé allí toda la noche, acurrucada junto a él, con la mano apoyada sobre su frío pecho, no era lo mismo que cuando su carne estaba blanda.

A media mañana volvió a estar

blando, relajado. Las sábanas aparecieron manchadas. Percibí unos olores hediondos. Sin embargo, no tenía la menor intención de identificarlos. Le alcé los brazos con facilidad. Lo lavé una vez más. Cambié toda la ropa de la cama como lo habría hecho una enfermera, volviendo el cuerpo hacia un lado para colocar la sábana limpia, y luego hacia el otro para extender y remeter la sábana.

Él estaba blanco, y esquelético, pero su cuerpo era de nuevo dúctil, y aunque la piel había comenzado a hundirse, como si se desprendiera de las facciones de su rostro, seguían siendo

sus facciones, las de mi Karl, y observé las diminutas grietas de sus labios, que estaban intactas, y las pálidas e incoloras puntas de sus pestañas cuando el sol las iluminó.

La habitación de la planta superior, la que daba al oeste, en la que había muerto, era la que Karl había elegido como nuestro dormitorio, porque el sol penetra en ella a través de las pequeñas ventanas hasta bien avanzado el día.

Esta gigantesca casa es un chalé dotado de seis columnas corintias y unas barandillas negras de hierro forjado. En realidad no se trata más que de una casa de campo muy acogedora, con una

espaciosa planta baja y su antaño cavernoso ático convertido en pequeños dormitorios. Cuando yo era niña este ático, entonces una buhardilla, siempre olía muy bien, a madera y... buhardilla. Los dormitorios se hicieron cuando nacieron mis hermanas pequeñas.

Nuestra habitación, situada en un ángulo occidental, era muy bonita. Karl había acertado al elegirla, al decorarla tan suntuosamente, al ocuparse hasta del menor detalle. Para él había sido muy sencillo.

Nunca supe dónde guardaba Karl su dinero, ni cuánto tenía, ni qué sería de él después de su muerte. Sólo hacía unos

años que nos habíamos casado, de modo que no me parecía correcto preguntárselo. Yo era demasiado mayor para tener hijos. No obstante, él había sido muy generoso conmigo, y me había concedido cuanto deseaba. Así era Karl.

Dedicaba el tiempo a trabajar en sus cuadros y comentarios sobre un santo que lo había cautivado: san Sebastián. Karl confiaba en terminar su libro antes de morir. A punto estuvo de conseguirlo. Lo único que quedaba eran las tareas bibliográficas, de las que me ocuparía más adelante.

Llamaría a Lev y le pediría consejo. Lev, mi primer marido, era profesor

universitario. Él me ayudaría.

Permanecí acostada por largo rato junto a Karl, y al anochecer pensé: «Bien, lleva dos días muerto y probablemente he infringido la ley».

Pero ¿qué importa? ¿Qué pueden hacerme ya? Saben de qué murió, saben que padecía el sida y que no había esperanza de que se salvara, y cuando se presenten lo destruirán todo. Se llevarán su cadáver y lo incinerarán.

Creo que ése fue el motivo principal por el que quise conservarlo tanto tiempo a mi lado. No temía los fluidos y esas cosas: él mismo se había mostrado muy cauto durante los últimos meses, y

me exigía que llevase una máscara y guantes. Incluso me había tendido junto a la suciedad después de morir Karl, cubierta con una gruesa bata de terciopelo, envuelta y protegida por esa piel intacta de cualquier virus que pudiera subsistir en torno a él.

Nuestros encuentros eróticos habían consistido en caricias con las manos o con cuanto pudiera lavarse, nunca en un coito arriesgado.

Yo no me había contagiado el sida, y al cabo de dos días, cuando pensé que debía llamarlos para comunicarles la muerte de Karl, deseé haberlo contraído. O al menos eso creía.

¡Es tan fácil desear la muerte cuando se está sano! Es muy sencillo enamorarse de la muerte, como lo he estado yo toda mi vida, igual que he visto a sus adoradores más fieles venirse abajo en los últimos instantes, gritar porque deseaban seguir viviendo, como si los velos oscuros, los lirios, el olor de las velas y las grandiosas promesas de la tumba no significaran nada.

Ya lo sabía, pero siempre deseé estar muerta. Era una forma de seguir viviendo.

Cayó la noche. Miré por un rato a través de la ventana, cuando se

encendieron las farolas y las luces de la floristería, en el momento en que cerró sus puertas al público.

Vi las losas del jardín cubiertas por una espesa alfombra de hojas rígidas y rizadas de magnolia. Observé que los ladrillos que había junto a la verja estaban en un estado lamentable y que debía arreglarlos para evitar que alguien tropezara y se cayera. Advertí que los robles estaban cubiertos por el polvo que levantaban los vehículos que circulaban por la avenida.

Bien, despídete de él con un beso, pensé. Ya sabes lo que ocurrirá a continuación. Ahora su cuerpo está

blando y es dúctil, pero luego se producirá la descomposición y aparecerá un hedor que no tendrá nada que ver con él.

Me incliné y lo besé en los labios. Lo besé largamente —a mi compañero desde hacía sólo pocos años y que había sufrido un deterioro tan amablemente rápido—, lo besé y, aunque desee volver a meterme en la cama, bajé a la cocina y me comí unas rebanadas de pan de molde sin sacarlas por completo de su envoltorio de plástico y bebí un refresco bajo en calorías, caliente y directamente del envase de cartón que estaba en el suelo, con indiferencia, o

mejor dicho con la certeza de que todo placer me estaba vedado.

Música. Trataría de escuchar música. Una tarde más, a solas, escuchando todos mis discos, antes de que ellos se presentaran gritando. Antes de que la madre de Karl sollozara por teléfono desde Londres: «¡Gracias a Dios que ha nacido el niño! ¡Karl esperó a que naciera el hijo de su hermana!».

Yo sabía perfectamente que ella diría eso, y supongo que era cierto: Karl había aguardado a que naciera el hijo de su hermana, pero no había aguardado a que ella regresase a casa; ésa sería la razón por la que la madre de Karl

berrearía más tiempo del que yo estaba dispuesta a soportar. Una anciana amable y bondadosa. ¿A la cabecera de cuál de ellos irás, a la de tu hija que está en Londres, dando a luz, o a la de tu hijo moribundo?

La casa estaba llena de porquería.

Me había tomado muchas libertades. En realidad, durante los últimos días las enfermeras no querían venir a casa. Existen algunos santos que permanecen junto a los moribundos hasta el fin, pero en este caso estaba yo, de modo que no hacían falta santos.

Todos los días mis viejos amigos Althea y Lcomb habían llamado a la

puerta, pero yo no me había molestado en cambiar el letrero: «Todo va bien. Dejad un mensaje».

De modo que la casa estaba llena de basura, de migas de galletas y latas vacías, de polvo e incluso de hojas, como si hubiera alguna ventana abierta, probablemente la del dormitorio principal, que nunca utilizábamos, y el viento hubiera arrastrado las hojas hasta la alfombra anaranjada.

Me dirigí al cuarto de estar que da a la calle. Me tendí. Deseaba oprimir el botón y escuchar de nuevo el segundo movimiento, a solas con Beethoven, el que manda en mi dolor. Pero fui incapaz

de hacerlo.

Incluso me pareció que era un buen momento para escuchar al Pequeño Genio, a Mozart, el brillante y oportuno parloteo y las risas de los ángeles mientras ejecutaban saltos mortales hacia atrás iluminados por la luz divina. Lo deseaba... sin embargo, permanecí inmóvil... durante horas. Escuché a Mozart en mi imaginación; escuché su vertiginoso violín; el violín siempre ha sido mi instrumento preferido, el que más me apasiona.

De vez en cuando ponía un disco de Beethoven; la felicidad más fuerte y sólida de su impresionante *Concierto*

para violín, que yo había memorizado hacía tiempo; me refiero a las pegadizas melodías de los solos. Pero nada vibraba al son de la música en esa casa donde yo yacía con un hombre muerto en la planta superior. El suelo estaba frío. Era primavera y por aquella época el tiempo oscilaba entre un sofocante calor y un frío invernal. Me dije: «Ha refrescado, pero eso hará que el cadáver se conserve mejor».

Llamaron a la puerta. Al cabo de un rato, quienquiera que fuese se alejó. El tráfico alcanzó su apoteosis. Poco después todo estuvo en calma. El contestador automático seguía diciendo

una mentira tras otra. Clic y clic y clic clic.

Por fin me quedé dormida, posiblemente por primera vez.

Y tuve el sueño más hermoso.

2

Soñé con un mar iluminado por la intensa luz del sol, pero no lo conocía. La tierra constituía una inmensa cuna en la que ese mar se mecía, como el que hay en Waikiki o a lo largo de la costa de San Francisco. Es decir, divisé unas lenguas de tierra a la izquierda y a la derecha, extendiéndose para contener el agua.

No obstante, era un mar feroz y refulgente, iluminado por un sol enorme y puro, aunque sólo llegué a ver su luz.

Las olas se precipitaban con furia, rizadas, rebosantes de luz verde por unos instantes antes de romper, y entonces cada una ejecutaba una danza —una danza— que yo jamás había presenciado.

Cada ola moribunda exhalaba una inmensa bocanada de espuma, pero ésta se dividía en unos picos aleatorios, entre seis y ocho en cada ola, que parecían personas —formadas por las relucientes burbujas de la espuma— que se deslizaban hacia tierra firme, hacia la playa, o quizás hacia el sol que lucía en lo alto.

En mi sueño contemplé el mar una y

otra vez. Sabía que estaba mirando por una ventana. Observé maravillada la escena y traté de contar las figuras que bailaban delante de mí antes de que desaparecieran inevitablemente, asombrada de lo bien formadas que estaban por la espuma, del modo en que movían la cabeza y agitaban los brazos desesperadamente, antes de desplomarse como si el aire les hubiera asestado un golpe mortal, para desvanecerse y aparecer de nuevo en la ola verde y rizada exhibiendo unos nuevos movimientos airoso e imploradores.

Gentes de espuma, fantasmas del mar, eso fue lo que me parecieron, y a lo

largo de la playa hasta donde alcanzaba a ver desde el refugio seguro de mi ventana, todas las olas hacían lo mismo: se rizaban, verdes y brillantes, y luego rompían y se convertían en unas figuras suplicantes, algunas de las cuales movían la cabeza como si se saludaran mutuamente, otras vueltas de espaldas, para regresar luego formando un inmenso y violento océano.

He visto mares, pero nunca uno cuyas olas crearan bailarines. Y cuando el sol de la tarde declinó, una luz artificial inundó la peinada arena, y los bailarines siguieron apareciendo, con la cabeza erguida y la espalda recta y los

brazos extendidos, clamando.

Aquellas criaturas espumosas me parecían fantasmas, espectros demasiado débiles para materializarse en el mundo concreto, pero lo suficientemente fuertes para instalarse por unos instantes en la indómita espuma que se desintegra y forzarla a adquirir una forma humana antes de que la naturaleza la reclamase.

Aquel espectáculo me fascinaba. Lo contemplé durante toda la noche, al menos eso me dijo mi sueño en su peculiar lenguaje. Y entonces me vi en el sueño y había amanecido. El mundo estaba vivo y era bullicioso. Sin

embargo, el mar seguía siendo tan vasto y azul como en el sueño, y al contemplarlo apenas si pude contener las lágrimas.

¡Me vi en la ventana! En mis sueños, esta visión casi nunca aparece. Pero yo estaba allí, me reconocí enseguida, el rostro enjuto y cuadrado, el cabello negro, largo y lacio, con un tupido flequillo. Estaba en una ventana cuadrada situada en la fachada blanca de lo que parecía un edificio elegante. Distinguí mis rasgos, pequeños, anodinos, con una sonrisa nada sugestiva, sino de lo más corriente, sin peligro ni desafío, mi rostro con un

flequillo que casi me rozaba las pestañas, sonriendo con facilidad. Tengo un rostro que vive en sus sonrisas. Y en el sueño pensé: «¡Ah, Triana, debes de ser muy dichosa!». Pero lo cierto es que siempre he tenido la sonrisa fácil. Conozco la tristeza y la felicidad íntimamente.

En mi sueño pensé en todo esto. Pensé en la tristeza y en la felicidad. Y yo era feliz. Ví en el sueño que estaba asomada a una ventana sosteniendo un gran ramo de rosas rojas en el brazo izquierdo y saludando con la mano derecha a las personas que había abajo.

Pero ¿qué lugar era ése?, me

pregunté mientras me aproximaba al momento de despertar. Nunca duermo muchas horas seguidas. Ni profundamente. En mi mente se había instalado la terrible sospecha. ¡Esto es un sueño, Triana! No estás aquí. No estás en un lugar alegre y cálido frente a un vasto mar. No tienes unas rosas.

Sin embargo, el sueño se negaba a romperse, o a disiparse, o a mostrar el menor quebranto o desperfecto.

Me vi allí arriba, en la ventana, agitando la mano, sonriendo, sosteniendo el enorme ramo de rosas flácidas, y luego observé que saludaba a unos hombres y a unas mujeres jóvenes

que se hallaban en la acera —unos niños altos, de unos veinticinco años o menos, tan sólo unos niños—, y comprendí que eran ellos quienes me habían enviado las rosas. Sentí que los amaba. Agité la mano varias veces, y ellos hicieron otro tanto, y dejándose llevar por su efusividad comenzaron a saltar y brincar, y yo les lancé unos besos.

Lancé un beso tras otro con los dedos de la mano derecha a esos admiradores, mientras a sus espaldas relucía el vasto mar azul y caía la noche, rápida y bruscamente, y más allá de esos juveniles bailarines, en las aceras estampadas de blanco y negro, el mar

seguía danzando y una legión de figuras se alzaba entre sus espumosas olas, y aquello me pareció un mundo tan real que no podía considerarlo simplemente un sueño.

—Esto te está ocurriendo a ti, Triana. Estás ahí.

Traté de pensar. Conocía esas bromas hipnagógicas que suelen gastarnos los sueños, conocía los demonios que se aparecen en la frontera entre el sueño y la vigilia. Lo sabía y me volví y traté de ver la habitación en que me encontraba.

—¿Qué lugar es ése? ¿Cómo he podido imaginarlo?

Pero sólo vi el mar. El cielo estaba tachonado de estrellas. El delirio de los espumosos espectros se extendía hasta donde yo alcanzaba a ver.

¡Oh, alma, oh, almas errantes!, canté en voz alta. ¿Sois felices, más felices que en esta vida que presenta unas aristas tan duras y contiene tanta tristeza? Los espectros no me contestaron; extendieron los brazos, pero cayeron hacia atrás en las aguas que se deslizaban.

Desperté. Bruscamente.

Karl me dijo al oído:

—¡Así no! No lo comprendes.

¡Deténte!

Me incorporé. Me impresionó haber percibido su voz de manera tan nítida, haber imaginado que me hablaba al oído. Pero no era una sensación desagradable. No sentí el menor temor.

Me hallaba sola en la enorme y sucia habitación delantera. Los faros de los vehículos proyectaban un diseño de encaje sobre el techo. El halo dorado del san Sebastián pintado sobre la repisa de la chimenea resplandecía. La casa crujía y el tráfico circulaba lentamente junto a ella, produciendo un murmullo más difuso.

—Estás aquí. ¡Fue un sueño muy vívido, y Karl estaba aquí a mi lado!

Por primera vez percibí un olor que flotaba en el aire. Sentada en el suelo con las piernas cruzadas al estilo oriental, conmocionada aún por el sueño que había tenido y por el tono enérgico de Karl. —¡Así no! No lo comprendes. ¡Deténte!—, trastornada por todo ello, percibí un olor en la casa que significaba que su cadáver había comenzado a descomponerse.

Yo conocía ese olor. Todos lo conocemos. Aunque no hayamos estado en una funeraria o en un campo de batalla, lo conocemos perfectamente. Lo percibimos cuando muere una rata en su madriguera de la pared y nadie es capaz

de dar con ella.

Lo reconocí al instante... Era un olor tenue, pero invadía toda la casa, sus grandes y suntuosas habitaciones, penetrando incluso en el cuarto de estar, donde san Sebastián me contemplaba fijamente desde el marco dorado, a escasos centímetros de la caja de música. Y el teléfono hizo de nuevo ese clic, antes de mentir, clic. Tal vez fuera un mensaje.

Pero lo cierto, Triana, es que lo has soñado. Y este olor es insoportable. Sin embargo, aquel hedor terrible no era Karl. No, aquél no era mi Karl. No era sino un cadáver.

Pensé que debía levantarme. No obstante, algo me mantuvo inmovilizada. Era música, pero no procedía de mis discos esparcidos por el suelo, y no era una música que yo conociera, si bien reconocí el instrumento.

Sólo un violín puede cantar así, sólo un violín puede implorar y sollozar de este modo en la noche. ¡Cómo había ansiado de niña arrancar ese sonido a un violín!

Fuera, alguien tocaba un violín. Lo oí con toda claridad. Oí las notas alzarse suavemente sobre los heterogéneos sonidos de la avenida. Era un sonido desesperado y conmovedor,

como si el mismo Chaikovski lo guiara, u n *riff* magistral ejecutado a tal velocidad y con tal brillantez que parecía mágico.

Me puse de pie y me acerqué a la ventana de la esquina.

Él estaba ahí. El individuo alto con el pelo negro y lustroso de músico de rock y el abrigo polvoriento. El tipo que había visto antes. En ese momento estaba parado en la esquina de mi casa, sobre la acera de los ladrillos rotos, junto a mi verja de hierro, tocando el violín mientras yo lo observaba. Corrí de nuevo la cortina. Esa música hacía que me entraran ganas de llorar.

Esto me matará, pensé. Moriré de muerte y del hedor que invade esta casa y de la belleza absoluta de esta música.

¿Por qué había venido ese hombre? ¿Por qué se había acercado a mi casa? ¿Por qué? Y para tocar precisamente el violín, un instrumento que yo amaba tanto y que en mi infancia me había esforzado en aprender... Pero ¿a quién no le gusta el violín? ¿Por qué había venido para tocarlo justo debajo de mi ventana?

¡Eh, bonita, estás soñando! Es el peor y más descarado truco hipnagógico. Todavía estás soñando. Regresa, encuéntrate a ti misma, encuéntrate en el

lugar donde sabes que te hallas...
tendida en el suelo. Encuéntrate.

—¡Triana!

Me volví apresuradamente.

Karl estaba en la puerta de la estancia. Tenía la cabeza envuelta en el trapo blanco, pero su rostro era del color de la cera y su cuerpo parecía casi un esqueleto vestido con el pijama negro de seda que yo le había puesto.

El tono del violín se elevó. El arco golpeó las cuerdas inferiores, el *fa* y el *si*, produciendo ese sonido conmovedor y angustioso que es casi una disonancia y que en aquel momento se convirtió en la expresión genuina de mi

desesperación.

—¡Ah, Karl! —grité; seguramente lo hice.

Pero Karl había desaparecido. Ya no estaba allí. El violín siguió cantando; cantó y cantó, y cuando me volví y miré por la ventana lo vi nuevamente, con su brillante cabello negro, sus espaldas anchas, y el violín, sedoso y marrón bajo la luz de la farola, y el arco golpeó las cuerdas con tal violencia que sentí que me subía un escalofrío por el cuello y me bajaba por los brazos.

—¡No pares, no pares! —exclamé.

El individuo se balanceaba como un poseso, solo en la esquina, bajo el

fulgor rojizo del letrero de la floristería, bajo el tenue resplandor de la farola curvada, a la sombra de las ramas de la magnolia que se extendían enmarañadas sobre los ladrillos. El desconocido continuó tocando, cantándole al amor, al dolor, a la pérdida y a todas las cosas que existen en el mundo y en las que yo anhelaba creer. Lloré desconsoladamente.

Entonces percibí de nuevo el hedor.

Estaba despierta. Tenía que estarlo por fuerza.

Golpeé el cristal, pero no con la suficiente energía para romperlo. Miré al hombre.

Él se volvió, sosteniendo el arco sobre las cuerdas del instrumento, y mientras alzaba la vista sobre la verja y fijaba la mirada en mí comenzó a interpretar una melodía más suave, en un tono tan bajo que los vehículos que pasaban por la calle casi ahogaban el sonido.

De pronto, me sobresalté al oír un ruido. Alguien llamaba a la puerta trasera con la suficiente fuerza para romper el cristal.

Quedé inmóvil; me resistía a alejarme, pero sabía que cuando alguien llama a la puerta de ese modo es porque está decidido a entrar. Seguramente se

habían enterado de la muerte de Karl, y yo tenía que ir a abrir y expresarme con sensatez. No había tiempo para escuchar música.

¿Que no había tiempo para eso? El desconocido extrajo con el arco unas notas graves, sollozantes, seguidas de otras más fuertes y agudas que rasgaban el aire.

Me aparté de la ventana.

En la habitación había una persona; pero no era Karl sino una mujer. Había entrado desde el pasillo. Yo la conocía; era mi vecina. Se llamaba Hardy, la señorita Nanny Hardy.

—Triana, querida, ¿está

importunándola ese hombre? — preguntó, acercándose a la ventana.

Mi vecina era completamente ajena a la canción. La reconocí con otra parte de mi mente, porque el resto se movía al son que él tocaba, y de pronto comprendí que era real.

Acababa de demostrarlo.

—Triana, bonita, hace dos días que no contesta cuando llamo a la puerta, de modo que la he empujado con fuerza y he entrado. Estaba preocupada por usted, Triana. Por usted y por Karl. ¿Quiere que eche de aquí a ese desgraciado, Triana? ¿Quién se creerá que es? Fíjese qué pinta tiene. Lleva un

buen rato parado frente a su casa, tocando el violín a estas horas de la noche. ¿Es que no sabe que en la casa hay un enfermo...?

Aquellas palabras, sin embargo, eran unos sonidos insignificantes, como unas piedrecitas que alguien deja caer. La música continuó, dulce, púdica, hasta alcanzar un final rebotante de compasión. «Conozco tu dolor. Lo sé. Pero la locura no es para ti. Nunca lo ha sido. Tú jamás has perdido la cabeza».

Miré al desconocido y luego a la señorita Hardy, que llevaba puesta una bata. Se había presentado en zapatillas, algo insólito en una dama tan decorosa.

Me miró y después echó una ojeada a la habitación, circunspecta y delicadamente, como hacen las personas bien educadas, aunque sin duda reparó en los discos desparramados por el suelo y las latas de refresco vacías, el envoltorio arrugado del pan, las cartas sin abrir.

No fue eso, empero, lo que hizo que la señorita Hardy cambiara de expresión al mirarme de nuevo. Algo desagradable la había pillado desprevenida y había hecho que se estremeciera.

Había percibido el olor que emanaba del cadáver de Karl.

La música se detuvo. Me volví.

—¡No se vaya! —grité.

Con todo, el individuo alto y desgarrado con el pelo largo y sedoso se alejó, con su violín y su arco, y al cruzar la calle Tres se volvió para mirarme, se detuvo ante la floristería, me saludó con la mano, y, colocando el arco en la mano izquierda junto al clavijero del violín, alzó la derecha y me lanzó un beso, tierno y deliberado, como habían hecho en mi sueño aquellos jóvenes que me habían traído las rosas.

Rosas, rosas, rosas... Casi me pareció oír a alguien pronunciar esas palabras en una lengua extranjera, y a punto estuve de echarme a reír al pensar

que no importaba la lengua que se empleara, una rosa seguía siendo una rosa.

—Triana —dijo la señorita Hardy en voz baja al tiempo que tendía la mano para tocarme el hombro—. Deje que llame a alguien. —En realidad, no se trataba de un ruego.

—No se apure, señorita Hardy, yo misma lo haré. —Me aparté el flequillo de los ojos. Pestañeeé, tratando de abarcar más la luz de la farola, contemplando a la mujer y su bata elegante y floreada.

—Es el olor, ¿verdad? ¿Lo ha notado?

La señorita Hardy asintió con la cabeza muy lentamente.

—¿Cómo se le ocurrió a la madre de Karl dejarla sola con él?

—Señorita Hardy, hace unos días en Londres ha nacido un bebé. El contestador automático le dará todos los detalles. El mensaje está grabado. Yo la convencí de que se marchara. Ella no quería abandonar a Karl, pero nadie puede prever el momento exacto en que un moribundo expirará, ni el momento exacto en que nacerá un bebé, y era el primer hijo de la hermana de Karl; él pidió a su madre que fuera, insistió en ello... me cansé de recibir visitas.

Yo no podía interpretar la expresión de la señorita Hardy, ni siquiera adivinar sus pensamientos. Quizá ni ella misma supiera lo que pensaba en esos instantes. Estaba muy guapa con aquella bata blanca estampada con flores pálidas y plisada en la cintura; calzaba zapatillas de raso, como toda dama distinguida que resida en el Garden District; y era muy rica, según se decía. Tenía el pelo gris y lo llevaba corto y peinado en unos ricitos que enmarcaban su rostro.

Me volví y dirigí la vista hacia la avenida. El individuo alto y flaco había desaparecido. Oí de nuevo aquellas

palabras. «¡Tú jamás has perdido la cabeza!». No logré recordar la expresión de Karl. ¿Sonreía? ¿Había movido los labios? Entonces, el mero hecho de pensar en aquella música hizo que se me llenaran los ojos de lágrimas.

Era una música descaradamente emocional, muy típica de Chaikovski, como diciendo «al diablo con el mundo», y dejaba traslucir un dolor dulce y triste, totalmente distinto del que transmitían la música de Mozart y de Beethoven.

Contemplé la manzana vacía, las casas lejanas. Un tranvía se dirigió balanceándose lentamente hacia la

esquina. ¡Dios mío, pero si estaba allí! El violinista había cruzado la calzada y se hallaba en la parada del tranvía, pero no subió a uno que pasaba. Se encontraba lejos, por lo que yo no podía ver la expresión de su rostro ni comprobar si seguía mirándome. Súbitamente, dio media vuelta y se marchó.

La noche era la misma. El hedor era el mismo.

La señorita Hardy estaba angustiosamente inmóvil.

Parecía muy triste. Debía de pensar que yo estaba loca. O quizá le disgustaba haberme hallado en esta

situación, tener que ser ella quien hiciera algo. No lo sé.

La señorita Hardy salió, supongo que en busca del teléfono. No tenía nada más que decirme. Seguramente pensaba que yo había perdido el juicio y no merecía la pena malgastar más palabras sensatas. ¿Quién iba a reprochárselo?

Al menos era cierto lo de que el bebé había nacido en Londres. Pese a ello, yo habría dejado que el cadáver siguiera acostado en el dormitorio aunque todos hubieran llegado. Sólo que, lógicamente, las cosas habrían sido más difíciles.

Me volví, salí apresuradamente del

cuarto de estar y crucé el comedor. Pasé por la pequeña habitación donde solíamos desayunar y subí corriendo por las escaleras. No es una gran escalinata como las de las mansiones de la época anterior a la guerra civil, sino más bien una escalera pequeña, delicada y curva que conduce al ático de un chalé de estilo neoclásico.

Cerré la puerta bruscamente e hice girar la llave de latón en la cerradura. A Karl le gustaba que cada puerta tuviera su llave correspondiente, y por primera vez me alegré de ello.

La señorita Hardy no podría entrar. Ni ella ni nadie.

Las ventanas de la habitación estaban abiertas de par en par; hacía un frío glacial y el hedor impregnaba el aire, pero yo aspiré profundamente una y otra vez y me deslicé bajo las mantas, para acostarme a su lado por última vez, durante unos pocos minutos, antes de que quemaran los dedos de sus manos y de sus pies, sus labios, sus ojos. Dejadme yacer junto a él.

Dejadme yacer junto a todos ellos.

A lo lejos oí el clamor de la voz de la señorita Hardy, pero también otro sonido. El sonido tenue y respetuoso de un violín. «¡Tú, tocando ahí fuera!».

«Toco para ti, Triana».

Me acurruqué junto al hombro de Karl. Estaba bien muerto, mucho más que el día anterior. Cerré los ojos y cubrí su cuerpo y el mío con el gran edredón dorado —Karl tenía mucho dinero y amaba los objetos bonitos— en nuestro lecho con dosel, estilo Príncipe de Gales, que Karl me había regalado, y soñé con él por última vez: el sueño de la sepultura.

La música sonaba en el sueño. Era tan tenue que no estaba segura de si la recordaba por haberla oído abajo, pero ahí estaba. La música.

Karl. Apoyé la mano en sus huesudas mejillas, de las que se había

disipado toda dulzura.

Dejad que me deleite por última vez con la muerte mientras la música de mi nuevo amigo llega hasta mí, como si el diablo hubiera enviado a este violinista desde el infierno a fin de que tocara para nosotros, las personas que estamos «medio enamoradas de la misericordiosa muerte».

Padre, madre, Lily, dadme vuestros huesos. Dadme la sepultura. Llevemos a Karl a la fosa, con nosotros. ¡Qué nos importa a quienes estamos muertos que Karl haya perecido a causa de una enfermedad virulenta! Todos yacemos juntos en la húmeda tierra; estamos

juntos y muertos.

3

Cava profundamente, alma mía, para hallar el corazón, la sangre, el calor, el santuario y el lugar del reposo. Cava profundamente en la tierra húmeda hasta alcanzar el lugar donde yacen aquellos a quienes amo: ella, mi madre, con su cabello oscuro y suelto, sus huesos que hace tiempo rodaron hacia el fondo de la tumba a medida que otros ataúdes venían a ocupar su lugar; pero en este sueño los dispongo alrededor de mí para abrazarlos como si ella estuviera aquí:

mi madre, vestida con un traje rojo, con su pelo negro, y mi padre, fallecido hacía poco, cuya piel probablemente aún parecía de cera, enterrado sin corbata, como era su deseo; yo se la quité allí mismo, junto al ataúd, y le desabroché la camisa, consciente de lo mucho que detestaba las corbatas, y sus brazos y sus piernas estaban intactos debido a los fluidos que debieron de inyectarle en la funeraria, o quién sabe, quizás en su interior comenzaban a ser devorados por las tiernas bocas de la tierra que habían acudido a llorar, comer y luego retirarse, y ella, la más pequeña, mi hermosa criatura, calva debido al

cáncer, pero bella como un ángel que ha nacido pelón y perfecto; pero dejad que le devuelva la larga cabellera dorada que perdió a causa de las drogas, un cabello muy fino que yo cepillaba amorosamente, rubio rojizo, la niña más bonita del mundo, carne de mi carne, mi hija, muerta hace tantos años que si viviera ya sería mujer...

Cava profundamente... dejadme que yazga con vosotros, aquí, todos juntos.

Acostaos con nosotros, con Karl y conmigo. ¡Karl ya es un esqueleto!

La tumba está abierta y todos yacemos juntos y felices. No existen palabras para describir una unión tan

tierna y total como ésta, nuestros cuerpos, nuestros cadáveres, nuestros huesos, juntos en divina armonía.

No conozco separación de nadie. Ni de mi madre ni de mi padre ni de Karl ni de Lily ni de los vivos ni de todos los muertos que yacemos unidos —en familia— en esta húmeda y vieja sepultura, en este lugar privado y secreto que sólo nos pertenece a nosotros, en esta cámara subterránea de tierra donde nos pudriremos y mezclaremos al tiempo que acuden las hormigas, al tiempo que nuestra piel se enmohece.

Eso no importa.

Lo importante es yacer juntos, sin ningún rostro olvidado, con la risa de cada uno de nosotros tan clara como cuando sonaba hace veinte años o incluso el doble, una risa cantarina como la música de un violín espectral, indefinido, perfecto, nuestra risa, nuestra música, que cohesionaba mentes y almas y nos vinculaba para siempre.

Cae suavemente sobre esta profunda, mullida, secreta y acogedora tumba, mi cálida y cantarina lluvia. ¿Qué es esta tumba sin la lluvia? Nuestra dulce lluvia del sur.

Cae delicadamente con unos besos para no dispersar este abrazo en el que

vivimos, yo y ellos, los muertos, como si fuéramos una sola persona.

Esta fosa es nuestro hogar. Dejad que las gotas caigan como lágrimas musicales, más sonido y arrullo que agua, pues no deseo que nada altere este lugar, dulce y radiante, sino yacer eternamente entre vosotros. Lily se acurruca junto a mí y mi madre deja que apoye mi rostro en su cuello; todos formamos una sola persona, y Karl nos rodea con sus brazos, al igual que mi padre.

Venid, flores. No es necesario diseminar los tallos rotos o los pétalos escarlata. No es necesario llevarlos en

unos grandes ramos sujetos con cintas brillantes.

La tierra agasajará esta sepultura; aportará su hierba silvestre y pequeña, sus sencillos ranúnculos, margaritas y amapolas que se agitan bajo la brisa, de color azul, amarillo y rosa, las suaves tonalidades del exuberante, descuidado y eterno jardín.

Dejad que me acurruque junto a vosotros, que yazga en vuestros brazos, que me asegure de que ningún signo externo de muerte signifique tanto para mí como el amor y el hecho de que hayamos vivido, vosotros y yo, anteriormente; todos estábamos vivos,

pues en estos momentos no deseo hallarme en ningún otro lugar sino aquí, con vosotros, en esta lenta, húmeda y segura corrupción.

¡Que la conciencia me siga hasta este lugar, hasta este abrazo definitivo es un don! Tengo una relación íntima con los muertos; sin embargo, el hecho de estar viva me permite ser consciente de ello y disfrutarlo.

Dejad que los árboles extiendan sus ramas para ocultar este lugar, que formen sobre mis ojos una red densa y tupida, no verde sino negra, como si hubiera atrapado la noche en ella, ocultándonos de las últimas miradas

indiscretas, en nuestro lugar privilegiado, mientras la hierba crece y se hace alta, de forma que podamos estar solos, yo y vosotros, las personas a quienes yo adoraba y sin las cuales no podía vivir.

Hundíos. Hundíos profundamente en la tierra. Sentid el modo en que la tierra os rodea. Dejad que los terrones sellen nuestra quietud. No deseo otra cosa.

Y ahora, unida a vosotros y a salvo, puedo decir: «Al diablo con todo aquello que trate de interponerse entre nosotros».

Venid, oigo pasos de desconocidos en las escaleras.

Forzad la cerradura, sí, romped la madera, arrancad las cañerías, llenad el aire de humo blanco. No lastimáis mis brazos, pues no estoy aquí, sino en la tumba; lo que perturbáis es una imagen mía, furiosa, rígida. Sí, como veréis, las sábanas están limpias, ¡yo misma habría podido decíroslo!

Amortajadlo, amortajadlo con las sábanas, me importa un bledo; como veis no hay una sola gota de sangre, nada virulento que pueda contagiaros, pues él no murió debido a unas llagas purulentas, sino que se consumió por dentro como suele ocurrirles a quienes padecen el sida, de forma que hasta el

mero hecho de respirar le dolía. ¿Qué podéis temer ya de él?

No estoy con vosotros ni con quienes formulan preguntas sobre la hora, el lugar, la sangre y la cordura y los números a los que conviene llamar; soy incapaz de responder a quienes desean ayudar. En mi sepultura estoy a salvo.

Oprimo los labios contra el cráneo de mi padre. Cojo la mano de ébano de mi madre. ¡Dejad que os abrace!

Aún percibo la música. Ah, Dios, que este solitario violinista consiga traspasar la alta hierba, la lluvia y el denso humo de la noche imaginada, la

prevista oscuridad, para llegar junto a mí e interpretar su melancólica canción, para dar voz a las palabras que hay dentro de mi cabeza, mientras la tierra se vuelve cada vez más húmeda y todas las cosas que habitan en ella no parecen sino naturales y benéficas e incluso un poco hermosas.

Toda la sangre, excepto la mía, ha desaparecido por completo en nuestra oscura y dulce sepultura, y en nuestra madriguera de tierra sangro con la misma facilidad con que suspiro. Si por el motivo que fuere necesitaran sangre, tengo suficiente para todos nosotros.

El temor no llegará hasta aquí; ha

desaparecido. Agitad las llaves y apilad las tazas. Dejad los cacharros de cualquier manera en la cocina de abajo. Llenad la noche con el sonido de sirenas si así lo deseáis. Dejad que el agua siga manando, llenad la bañera. No os veo ni os conozco.

Los pequeños problemas no pueden llegar hasta aquí, a esta sepultura en que yacemos. El temor ha desaparecido, al igual que la juventud y la vieja angustia que experimenté cuando vi cómo os sepultaban en la tierra, un ataúd tras otro: el de mi padre, de madera fina; el de mi madre, no lo recuerdo; el de Lily, muy pequeño y blanco... y también

estaba el anciano caballero que no quería cobrarnos un centavo porque Lily sólo era una niña. No, todos esos problemas han desaparecido.

La angustia nos impide oír la música verdadera, no nos permite rodear con los brazos los huesos de aquellos a quienes amamos.

Ahora estoy viva y con vosotros, y por primera vez comprendo qué significa realmente el teneros siempre a mi lado.

¡Padre, madre, Karl, Lily, abrazadme!

Parece un pecado pedir compasión a los muertos, a quienes murieron

aquejados de dolores atroces, a quienes no conseguí salvar, a quienes no pude ofrecer una despedida justa o un amuleto para ahuyentar el dolor o la desesperación, a quienes en sus últimos, trágicos y disonantes momentos tal vez no vieran lágrimas ni me oyeran jurar que siempre los lloraría.

¡Ahora estoy aquí, con vosotros! Sé lo que significa estar muerta. Dejad que el barro me cubra y que mi pie se hunda en el mullido borde de la fosa.

Esto es una visión, mi casa. Ellos no son importantes:

—¿Oyes esa música?

—¡Creo que deberíamos meterla

otra vez bajo la ducha! Hay que desinfectarla por completo.

—Deberíamos quemar todo cuanto hay en esta habitación...

—Pero no este lecho de columnas tan hermoso; sería absurdo, no destruyen todo lo que hay en la habitación del hospital cuando alguien muere a causa de eso.

—... y no toques este manuscrito.

«¡No, no te atrevas a tocar su manuscrito!».

—Chssst, no hables así delante de...

—Pero si está loca, ¿no lo ves?

—... la madre de él ha cogido el avión que partía esta mañana de

Gatwick.

—... loca de atar.

—¡Callaos, por el amor de Dios! Si queréis a vuestra hermana, os ruego que dejéis de hacer estos comentarios. ¿La conocía usted bien, señorita Hardy?

—Bébase esto, Triana.

Ésta es mi visión; mi casa. Me encuentro sentada en el cuarto de estar, lavada, limpia, como si fuese yo a quien fueran a enterrar, con el pelo goteando. Dejad que el sol matinal se refleje en los espejos. Desparramad sobre el suelo las espléndidas plumas de pavo real que están guardadas en una urna de plata. No corráis un sombrío velo sobre cuanto

reluce. Buscad en lo más recóndito para hallar al fantasma del espejo.

Ésta es mi casa, y éste es mi jardín; mis rosas trepan por la reja de fuera y nosotros también estamos en nuestra sepultura. Estamos aquí y allí, y ellos forman una sola persona.

Nos hallamos en la sepultura y en la casa, y todo lo demás es un fallo de la imaginación.

En este silencioso y lluvioso lugar, donde el agua canta mientras cae de las hojas que se oscurecen, mientras la tierra cae de los abruptos bordes que se alzan sobre nosotros, yo soy la novia, la hija, la madre, todos esos venerables

títulos que reivindicó como propios.

¡Siempre estaréis conmigo! Jamás permitiré que me abandonéis, que os alejéis de mí.

De acuerdo. Reconozco que cometimos otro error. Jugamos a nuestro juego particular. Nos aproximamos al umbral de la locura y nos arrojamos contra ella como si fuera una puerta maciza que se resistiera a abrirse, como se lanzaron los otros contra la de la habitación de Karl; pero la puerta de la locura no se partió, y esa tumba desconocida es el sueño.

A través de ella oigo su música.

Creo que ellos ni siquiera la

perciben. Es mi voz la que oigo resonar en mi cabeza; el violín que suena ahí fuera es la de él, y ambos mantenemos el secreto de que esta sepultura es mi visión y de que en estos instantes no puedo estar con vosotros, mis amados muertos. Los vivos me necesitan.

Los vivos me necesitan ahora imperiosamente, como siempre necesitan a los allegados del fallecido cuando se produce una muerte, a quien se ha desvivido para atender al difunto, a quien ha estado largas horas sentado a su lado en silencio; necesitan hacerme preguntas, sugerencias, afirmaciones y declaraciones, y pedirme que firme

papeles. Necesitan que contemple sus extrañas sonrisas y halle el modo de aceptar con amabilidad sus torpes muestras de condolencia.

Con todo, os prometo que dentro de un tiempo iré a reunirme con vosotros; y a partir de ese momento yaceremos todos juntos en esta sepultura. Y la hierba crecerá sobre nosotros.

Os doy amor, amor y más amor; dejad que la tierra se humedezca. Dejad que mis piernas y mis brazos, todavía vivos, se hundan en ella. Dadme cráneos como piedras para que oprima mis labios contra ellos, dadme huesos para que mis dedos los acaricien, y si el pelo

ha desaparecido —unos cabellos finos como hilos de seda—, da igual: mi cabellera es lo bastante larga para envolvernos a todos. Fijaos qué pelo tan largo tengo. Permitidme que nos cubra a todos con él.

La muerte no es como yo la imaginaba cuando me afanaba en pisotear mis temores.

Los corazones rotos laten eternamente y en vano sobre el helado cristal de la ventana.

Abrazadme; abrazadme y retenedme aquí. No permitáis que me quede en otro lugar.

Olvidaos del fino encaje, de las

paredes perfectamente pintadas, del espléndido taraceado del escritorio, del servicio de porcelana que manipulan con gran cuidado, pieza por pieza, para colocarlo sobre la mesa, de las tazas y platillos decorados con encaje azul y oro. Las cosas de Karl. Volveos.

No sintáis la vida de estos brazos.

Lo único importante del hecho de servir café en una cafetera de plata es la forma en que la luz brilla sobre ésta, la forma en que el marrón oscuro del café da paso a unas tonalidades ambarinas, doradas y amarillas, y al llenar la taza gira y brinca como un bailarín, y luego se detiene y vuelve como un espíritu a su

lámpara misteriosa.

Regresad al lugar donde el jardín presenta un aspecto deteriorado. Nos hallaréis a todos juntos. Allí estaremos.

De memoria, una imagen perfecta: el crepúsculo: la capilla del Garden District; Nuestra Señora del Perpetuo Socorro; nuestra pequeña iglesia instalada en una vieja mansión. Sólo tengo que recorrer una manzana desde la puerta de mi casa para llegar a ella. Está en la calle Prytania.

Las altas vidrieras aparecen inundadas de una luz rosácea. Ante un santo de rostro risueño a quien amamos y reverenciamos como «la Pequeña

Flor» hay unas velas, instaladas en unos recipientes de cristal rojo, que arden con luz mortecina. En este lugar la oscuridad es densa como el polvo. Sin embargo, podemos movernos a través de ella.

Mi madre, mi hermana Rosalind y yo nos arrodillamos sobre el frío mármol del comulgatorio. Depositamos nuestros ramos —unas florecillas que hemos recogido aquí y allá durante nuestros paseos, a través de unas verjas como la nuestra—: la espirea silvestre, la bonita dentelaria azul, la pequeña lantana dorada y marrón. Nunca cogemos flores cultivadas, solamente tallos sueltos que

nadie echará en falta en una enredadera.

Éstos son nuestros ramos, y no tenemos nada con que sujetarlos, excepto nuestras manos. Los colocamos sobre el comulgatorio y, cuando nos santiguamos y rezamos nuestras oraciones, me asalta una duda.

¿Estás segura de que la Virgen María y Jesús recibirán estas flores?

Debajo del altar que está ante nosotros hay un nicho profundo, encristalado, que alberga las figuras talladas en madera de la Última Cena, y arriba, sobre el paño exquisitamente bordado, se hallan los ramos de gran tamaño y señorío que adornan

habitualmente la capilla, unas gigantescas flores blancas semejantes a flechas. ¡Unas flores magníficas! Tanto como las enormes velas de cera.

—Oh, sí —responde mi madre—. Cuando nos marchemos, el hermano cogerá nuestras flores, las pondrá en un jarrón y las colocará ante el Niño Jesús de ahí, o la Virgen María.

El Niño Jesús está situado en el extremo derecho, en la oscuridad, junto a la ventana. No obstante, distingo el mundo que sostiene en sus manos y el oro que reluce en su corona, y sé que sus dedos están alzados para impartirnos la bendición y que la estatua representa el

Niño Jesús de Praga, con su capita rosa y sus hermosas y lozanas mejillas.

Volviendo a lo de las flores, no creo que sea como dice mi madre. Las flores son demasiado modestas. ¿A quién le importan esas flores que hemos dejado en la penumbra?

La capilla se encuentra llena de sombras que percibo porque mi madre está un poco asustada, agarra con fuerza las manos de sus dos pequeñas, Rosalind y Triana, venid, y hacemos una genuflexión antes de dirigirnos hacia la salida. Calzamos zapatos con trebilla que hacen clic clic sobre el suelo de linóleo. El agua bendita que hay en la

pila está tibia. La noche exhala luz, pero no la suficiente para filtrarse entre los bancos.

Me preocupan las flores.

Bueno, la verdad es que esas cosas ya no me preocupan.

Sólo atesoro el recuerdo de que estuvimos aquí, porque si puedo verlo, y sentirlo y oír este violín y su canción, significa que me encuentro de nuevo aquí, y, como he dicho, madre, estamos juntas.

El resto no me preocupa. ¿Habría vivido mi hija si yo hubiera removido cielo y tierra para trasladarla a una clínica de otro estado? ¿Se habría

salvado mi padre si el oxígeno hubiera estado mejor regulado? ¿Tenía miedo mi madre cuando dijo «me muero» a las primas que la atendían? ¿Deseaba que estuviéramos con ella alguna de nosotras?

¡Por el amor de Dios! ¡Basta!

Me niego a revivir esas acusaciones, ni por los muertos ni por los vivos ni por las flores de hace cincuenta años.

Los santos iluminados por la luz oscilante de las velas de la capilla no responden. El icono de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro reluce silencioso en la imponente sombra. El Niño Jesús de Praga nos contempla con su corona

adornada de gemas y ojos no menos refulgentes.

Sin embargo, vosotros, mis muertos, mi carne, mis tesoros, a quienes he amado por completo y totalmente, todos los que yacéis junto a mí en esta tumba—sin ojos, sin carne con que darme calor—, ¡estáis conmigo!

Todas las separaciones eran imaginarias. Todo es perfecto.

—Ha parado la música.

—Gracias a Dios.

—¿Lo dices en serio? —Era la voz grave de Rosalind, mi deslenguada hermana—. Ese tío es estupendo. Eso era algo más que música.

—Es muy bueno, lo reconozco. —
Ahora era Glenn, su marido y mi
estimado cuñado.

—Cuando he llegado ya estaba aquí
—señaló la señorita Hardy—. De
hecho, si ese individuo no hubiera
aparecido con su violín, yo no habría
encontrado a Triana. ¿Lo ven ahí fuera?

—Creo que tendríamos que llevarla
al hospital para que le hagan unos
análisis; debemos asegurarnos de que no
ha contraído... —intervino mi hermana
Katrinka.

—¡Silencio, no digan esas cosas!
Gracias, perfecto desconocido.

—Triana, querida, soy la señorita

Hardy. Le pido perdón por haberme enfadado con sus hermanas. Discúlpeme. Quiero que se beba esta taza de chocolate. ¿Recuerda cuando vino a mi casa una tarde, y tomamos chocolate caliente y usted dijo que le encantaba? Le he echado mucha nata y me gustaría que se lo bebiera...

Levanté la vista. Qué pulcro y bonito aparecía el cuarto de estar bajo la primera luz de la mañana y cómo relucía la porcelana sobre la mesa. Era redonda. Siempre me han gustado las mesas redondas. Habían retirado los discos, los envoltorios de galletas y las latas vacías. Las flores blancas de yeso

que había en el techo formaban una hermosa guirnalda que no parecía degradada por la basura que aún había en el suelo.

Me levanté, me acerqué a la ventana y descorrí la pesada cortina amarilla.

Fuera se extendía el mundo, hasta el mismo firmamento, y las hojas se deslizaban ante mí sobre el porche seco.

La carrera matutina para llegar al centro había comenzado. Oí el estruendo de los camiones. Vi que las hojas del roble del jardín se estremecían bajo al ruido ensordecedor de centenares de ruedas. Sentí que la casa temblaba. Aun así, llevaba más de cien años temblando

y no se caería; todos lo sabíamos. Ya no derribaban las espléndidas casas con columnas blancas ni soltaban mentiras sobre la imposibilidad de mantenerlas y caldearlas. Se esforzaban en conservarlas.

Alguien me sacudió el hombro. Era mi hermana Katrinka. Parecía muy alterada; su estrecho rostro estaba contraído en un rictus de amargura y de ira que se había convertido en su compañero inseparable.

La ira brincaba en su interior a la espera de la primera oportunidad para saltar fuera, como acababa de suceder. Katrinka estaba tan furiosa que apenas

podía hablarme.

—Quiero que subas.

—¿Para qué? —pregunté con frialdad. Hace muchos años que no te tengo miedo, pensé. Desde que se marchó Faye, supongo. Faye era la más pequeña de las cuatro hermanas. Todos la adorábamos.

—Quiero que te laves otra vez todo el cuerpo y que luego vayas al hospital.

—Eres una imbécil —repliqué—. Siempre lo has sido. No tengo por qué hacerlo.

Miré a la señorita Hardy.

En cierto momento, durante esa larga y agitada noche, la señorita Hardy había

regresado a su casa para cambiarse. Se había puesto un bonito vestido camisero e iba perfectamente peinada. Su sonrisa irradiaba felicidad.

—¿Se lo han llevado? —pregunté a la señorita Hardy.

—Su libro, su libro sobre san Sebastián... lo recogí todo, excepto las últimas hojas. Estaban en la mesa, junto a la cama. Ellos...

Mi simpático cuñado Glenn tomó la palabra:

—Las he dejado abajo; están en lugar seguro, con lo demás.

Sí, le había señalado a Glenn el lugar donde estaban amontonadas las

hojas del libro de Karl, por si acaso... «quemad todo lo que se encuentra en la habitación».

Detrás de mí estaban peleándose. Oí que Rosalind trataba de calmar a Katrinka, mi hermana pequeña, que siempre estaba tensa y protestaba entre dientes. A fuerza de apretar las mandíbulas el día menos pensado se le partirá una muela en mitad de una frase.

—¡Está loca! —grita Katrinka—. ¡Probablemente se ha contagiado el virus!

—Basta, Trink, por favor. Te lo suplico. —Rosalind ya no sabía ser desagradable. Hacía tiempo que la

aspereza aprendida en la infancia había sido eliminada y sustituida por otra cosa.

Me volví y la miré. Estaba sentada a la mesa, indolente, fondona, con aspecto adormilado y las oscuras cejas enarcadas. Hizo un pequeño gesto y dijo con su voz franca y grave:

—Van a incinerarlo. —Suspiró—. Es la ley. No te preocupes, me he asegurado de que no desmontaran la habitación y se llevaran hasta las baldosas. —Entonces soltó una carcajada burlona, de marisabidilla, que encajaba con ella a la perfección—. Si fuera por Katrinka, haría que derribaran

la manzana entera. —Rio tan estentóreamente que todo su cuerpo tembló.

Katrinka se puso a despotricar.

Dirigí una sonrisa a Rosalind. Me pregunté si temía por el dinero.

Karl había sido muy generoso. Seguro que todos pensaban en el dinero. En los espléndidos donativos de Karl.

Habría algunas discusiones sobre los detalles del funeral. Era inevitable, por más que todo estuviera previsto, y en este caso Karl no había dejado ningún cabo suelto. Iban a incinerarlo. Yo no podía pensar en eso.

En mi tumba, entre las personas a las

que amo, no hay cenizas indiferenciadas.

Rosalind jamás lo reconocería, pero no cabía la menor duda de que pensaba en el dinero. Fue Karl quien les había dado a ella y a su marido, Glenn, el dinero para vivir y regentar su pequeña tienda de libros y discos antiguos, con la cual, al menos que yo supiera, no habían ganado ni un centavo. ¿Tenía ella miedo de que se acabara el dinero? Quise tranquilizarla.

La señorita Hardy elevó la voz. Katrinka salió dando un portazo. Es una de las dos personas adultas que conozco que tienen la costumbre de dar portazos cuando están enfadadas. La otra se

encontraba a muchos kilómetros, había salido de mi vida y la recordaba afectuosamente por cosas mejores que esos actos violentos sin importancia.

Rosalind, la mayor de nosotras, la más corpulenta, en la actualidad francamente obesa y con todo el pelo blanco pero maravillosamente rizado y espeso —siempre había tenido un pelo precioso—, se quedó sentada y se encogió de hombros mientras sus labios esbozaban una sonrisa despectiva muy propia de ella.

—No es necesario que vayas ahora mismo al hospital —dijo—. Ya lo sabes. —Rosalind había trabajado

mucho tiempo de enfermera, acarreando botellas de oxígeno y limpiando sangre —. No hay prisa —me aseguró con aire de autoridad.

Conozco un lugar mejor que éste, me dije, o pensé. Sólo tenía que cerrar los ojos y la habitación comenzaba a girar y aparecía la tumba y aquella dolorosa pregunta: ¿Qué es un sueño y qué es real?

Apoyé la frente contra el cristal de la ventana; estaba frío, y la música del desconocido... la música de mi violinista vagabundo... Le dije: «Estás ahí, ¿verdad? Vamos, sé que no te has ido. ¿Crees que no estaba

escuchando...?». Entonces oí de nuevo el violín. Un sonido florido pero grave, angustiado y al mismo tiempo rebosante de ingenua alegría.

Detrás de mí Rosalind comenzó a tararear la melodía en voz baja, no exactamente al compás del violín, sino con una frase de retraso... uniendo su voz a la música lejana.

—¿Lo oyes ahora? —pregunté.

—Sí, claro que lo oigo —contestó Rosalind encogiéndose nuevamente de hombros, en un gesto característico—. Menudo amigo tienes ahí fuera, parece un ruiñón. El sol no lo ha ahuyentado.

Yo tenía el pelo chorreando y estaba

poniendo el suelo perdido. Katrinka lloraba en el pasillo y no logré identificar las otras dos voces; en todo caso eran femeninas.

—No soporto esta situación —decía Katrinka—. Está loca, ¿no os dais cuenta?

Parecía una bifurcación. Yo sabía dónde se encontraba la tumba y lo profunda que era, y podía ir allí. ¿Por qué no iba?

La música del desconocido había dado paso a una lenta pero compleja melodía que se confundía con la mañana, como si una y otra abandonaran juntas el camposanto.

Al volverme vi, en un destello inquietante pero intenso, nuestros ramitos de flores sobre el comulgatorio de mármol blanco de la capilla.

—¡Vamos, Triana! —Mi madre estaba muy guapa, con el cabello recogido debajo del gorrito, el tono de su voz paciente, sus ojos enormes—. ¡Vamos, Triana!

«Vas a morir separada de nosotros, madre. Bellísima y sin una cana en la cabeza. Ni siquiera tendré el detalle de despedirme de ti con un beso la última vez que nos veamos. Tan sólo me alegraré de que te vayas porque estás borracha y enferma, y estoy harta de

ocuparme de Katrinka y de Faye. Tendrás una muerte horrible, madre, la muerte de una borracha, te tragarás la lengua. Y yo daré a luz una niña idéntica a ti, con tus mismos ojos redondos, tus hermosas sienes y tu frente, y ella morirá, madre, antes de cumplir los seis años, rodeada de aparatos durante los muy escasos minutos en que traté de dormir un poco. Murió mientras yo dormía...».

Los recuerdos me atormentan.

Rosalind y yo nos adelantamos; mi madre camina despacio, detrás de nosotras, por el camino de losas, sonriendo; ya no tiene miedo de la

oscuridad, pues el cielo está vibrante. Nos encontramos en nuestro mejor momento. La guerra no ha concluido. Los vehículos que circulan lentamente por la calle Prytania parecen grillos o escarabajos jorobados.

«¡Basta!», me digo al tiempo que me llevo las manos a la cabeza y me toco el pelo mojado. Resulta fastidioso estar en la habitación soportando tanto ruido, y encima empapada.

Se oye la voz de la señorita Hardy, que ha asumido el control de la situación.

Fuera, el sol iluminaba los porches, los vehículos que pasaban, los viejos y

destartalados tranvías que cruzaban frente a mí, el trolebús del distrito residencial que hacía sonar su campanilla, de la manera espectacular de uno de esos vehículos de San Francisco.

—¿Cómo puede hacernos esto? —dijo Katrinka con un gemido, pero su voz se oía al otro lado de la puerta, la que había cerrado de un portazo. Seguía berreando en el pasillo.

De pronto sonó el timbre. Yo me hallaba en el extremo opuesto de la casa y no distinguí quién había subido por los escalones del porche.

Lo que vi fueron las azaleas blancas

que destacaban a lo largo de la verja hasta la esquina y donde aquélla describe un ángulo. Qué hermosas, que sublimemente hermosas. Karl había pagado por todo, los jardineros, el estiércol, la paja, los carpinteros, los martillos, los clavos y la pintura blanca para las columnas, fijaos, los capiteles corintios ya han sido reparados, las hojas de acanto se alzan para abrazar el elevado tejado, y, mirad, la pintura azul celeste del tejado del porche para que las avispas lo confundan con el cielo y no hagan allí sus nidos.

—Vamos, querida. —Era la voz de un hombre a quien yo conocía aunque no

íntimamente, un hombre de quien me fiaba; pero en esos momentos no lograba recordar cómo se llamaba, tal vez porque Katrinka seguía gritando como una posesa.

—Triana, querida —dijo él.

Grady Dubosson, mi abogado. Se le veía muy elegante, vestido con traje y corbata; ni siquiera parecía somnoliento y ejercía un absoluto control sobre su solemne rostro como si conociera, al igual que mucha gente, el modo de afrontar la muerte sin hipocresía y sin tratar de negarla.

—No te preocupes, Triana, querida —dijo con una voz muy natural y

reconfortante—. No dejaré que toquen un solo tenedor de plata. Ve con el doctor Guidry, te llevará al centro. Debes descansar. No habrá ninguna ceremonia hasta que los otros hayan llegado de Londres.

—El libro de Karl... Arriba había unas hojas.

Oí de nuevo la voz tranquilizadora, grave, típicamente sureña, de Glenn.

—Ya las he cogido, Triana —dijo—. He llevado sus papeles abajo y nadie va a quemar nada...

—Lamento las molestias que os he causado —murmuré.

—¡Está como una cabra! —Era la

voz de Katrinka.

Rosalind suspiró.

—Karl no daba la impresión de haber sufrido; era como si hubiera muerto mientras dormía.

Lo dijo para calmarme. Me volví de nuevo hacia Rosalind y le hice un pequeño gesto de gratitud. Ella lo captó y me dirigió una sonrisa tierna y radiante.

Yo sentía hacia ella un cariño infinito. Se ajustó las pesadas gafas sobre la nariz. Cuando Rosalind era joven, mi padre le gritaba continuamente para que se colocara bien las gafas, pero era inútil, porque mi hermana tenía la

nariz pequeña, igual que mi padre. En aquellos momentos presentaba el aspecto que él siempre había detestado: soñador, desgarrado, con las gafas torcidas, fumando un cigarrillo, con la chaqueta cubierta de ceniza, pero pletórica de amor, con su cuerpo obeso y deformado por la edad. Yo la quería muchísimo.

—No creo que Karl sufriera —repitió Rosalind—. No hagas caso de Trink. Eh, Trink, ¿has pensado alguna vez en las camas de los hoteles en las que Martin y tú habéis dormido? Me refiero a las personas que las habían ocupado anteriormente, y que podían

haber tenido el sida.

Sentí deseos de soltar una carcajada.

—Vamos, querida —dijo Grady.

El doctor Guidry tomó mi mano entre las suyas. Qué joven era. No consigo acostumbrarme al hecho de que un médico sea más joven que yo. Además, el doctor Guidry es muy rubio y pulcro, y siempre lleva una pequeña Biblia en el bolsillo superior de la chaqueta. Debe de ser baptista.

Por lo que a mí respecta, me siento intemporal, aunque debe de ser porque estoy muerta. En la tumba.

No. Eso a la larga no funciona.

—Quiero que sigas mi consejo —

dijo el doctor Guidry tan suavemente como si me besara—. Deja que Grady se ocupe de todo.

—Ha dejado de tocar —señaló Rosalind.

—¿Qué? —preguntó Katrinka—. ¿A qué te refieres? —Estaba en la puerta que da al pasillo, sonándose la nariz. Arrugó el pañuelo de papel y lo arrojó al suelo—. ¿No se te ha ocurrido pensar en cómo nos afecta todo esto? —preguntó mirándome con rabia.

No contesté.

—El violinista —añadió Rosalind—, tu trovador. Creo que se ha marchado.

—No he oído a ningún puñetero violinista —soltó Katrinka, apretando las mandíbulas—. ¿A qué viene esto? ¿Crees que ese violinista es más importante que lo que yo trato de decirte?

La señorita Hardy entró en la habitación y pasó junto a Katrinka como si ésta no existiera. Llevaba unos zapatos blancos inmaculados. Deduje que debía de ser primavera, porque las damas del Garden District nunca se ponen zapatos blancos salvo en esa época. Pero aún hacía un frío polar.

La señorita Hardy me tendió un abrigo y una bufanda.

—Vamos, querida, deje que la ayude a vestirse.

Katrinka me miró fijamente. Le temblaban los labios y tenía los ojos, bulbosos y enrojecidos, arrasados en lágrimas. Qué desgraciada había sido siempre su vida. Al menos nuestra madre no se había emborrachado cuando ella nació. Katrinka había sido una niña sana y bonita, mientras que Faye a duras penas había sobrevivido: una criatura menuda y enclenque que había pasado varias semanas en la incubadora y que nunca había creído en su propia belleza, una belleza especial que la asemejaba a un duendecillo.

—¿Por qué no te vas? —sugerí a Katrinka—. Aquí hay mucha gente, no es preciso que te quedes. ¿Dónde está Martin? Llámalo y dile que venga a recogerte.

Martin era su marido, un mago de los negocios inmobiliarios y un abogado de considerable renombre en la ciudad.

Rosalind se echó a reír burlona y despectivamente; parecía hacerlo para sí misma, pero aquella risa iba dirigida a mí. Entonces lo comprendí todo. Estaba claro.

Para Rosalind también lo estaba. Se cruzó de brazos y se inclinó, apoyando sus voluminosos pechos sobre la mesa.

Se ajustó las gafas.

—Deberías estar encerrada en un manicomio —dijo Katrinka, temblando—. ¡Cuando murió tu hija te volviste loca! Nuestro padre no requería semejantes cuidados. Tenías la casa llena de enfermeras. Los médicos no paraban de ir y venir. Estás loca y no puedes permanecer en esta casa. —De pronto se calló; incluso ella se sentía avergonzada de su torpeza.

—Es usted una joven muy descarada —intervino la señorita Hardy—. Si me disculpa...

—Le doy las gracias, señorita Hardy —dije—. No sabe cuánto lamento...

Ella hizo un gesto para indicar que todo estaba perdonado.

Miré a Rosalind y advertí que seguía riendo suavemente, mientras sacudía la cabeza y observaba a Katrinka por encima de las gafas; era una mujer corpulenta, autoritaria y hermosa a pesar de los kilos y la edad.

Por su parte, Katrinka era atlética y atractivamente delgada, de pechos puntiagudos que se insinuaban a través de la seda de su blusa de manga corta. Tenía unos brazos muy menudos. En cierto sentido, era la única de las cuatro que poseía un cuerpo perfecto y era rubia natural.

Silencio. ¿Qué ocurría? Rosalind se enderezó y alzó la barbilla.

—Katrinka —dijo, llenando la estancia con el tono grave y majestuoso de su voz—. No vas a conseguir esta casa. —Luego golpeó la mesa y soltó una sonora carcajada.

Yo también me eché a reír. Aunque no muy fuerte, claro está. Era realmente cómico.

—¿Cómo te atreves a acusarme de esto? —protestó Katrinka encarándose conmigo—. Te quedas aquí encerrada con un cadáver durante dos días, yo trato de hacerles comprender que estás enferma, que debemos ingresarte en un

sanatorio para que te cuiden, para que descanses, y tú interpretas que deseo apoderarme de la casa; crees que he venido aquí en estos momentos... como si no tuviera mi propia casa hipotecada, mi marido, mis hijas, y crees, te atreves a decir eso delante de unas personas a quienes apenas...

Grady se dirigió hacia ella, hablándole en voz baja pero con tono imperioso. El médico trató de agarrar a Katrinka del brazo.

Rosalind se encogió de hombros.

—Lamento recordártelo, Trink — dijo—, pero hasta que Triana muera, esta casa es suya. Suya y de Faye, si

Faye aún vive, y puede que Triana esté loca, pero no está muerta.

No pude contener otra carcajada, breve y pícara, y Rosalind también rompió a reír.

—Ojalá Faye estuviera aquí —dije a Rosalind.

Faye, nuestra hermana pequeña, era una mujer delgada y menuda, un ángel nacido de un útero enfermo y desnutrido.

Nadie había visto a mi querida Faye desde hacía más de dos años, ni habíamos tenido noticias de ella por teléfono ni por correo. ¡Faye!

—Quizá fuera ése el problema —confesé, casi llorando, enjugándome los

ojos.

—¿A qué te refieres? —preguntó Rosalind. Tenía un aspecto demasiado dulce y sosegado para ser una persona normal. Se puso torpemente de pie, se acercó a mí y me besó en la mejilla.

—En momentos de crisis siempre hemos deseado que Faye estuviera con nosotras —contesté—. Siempre la hemos necesitado. Llama a Faye. Haz que te ayude en esto o lo otro. Siempre hemos dependido de ella y la hemos necesitado.

Katrinka se plantó ante mí. Me sobresaltó el rencor que reflejaba su expresión, su antipatía hacia mí. ¿Es que

nunca iba a acostumbrarme a ello? Desde pequeña había observado ese intenso desprecio y antipatía personal, ese profundo rencor. La aversión que dejaba entrever su rostro hizo que me entraran ganas de encogerme como un ovillo y ceder, dar media vuelta, guardar silencio y no discutir ni pelearme con ella.

—Bueno, quizá Faye todavía viviese —dijo Katrinka—, si tú no hubieras financiado su fuga y hubieras permitido que desapareciera sin dejar rastro. Tú y tu difunto esposo.

Rosalind le ordenó sin contemplaciones que se callara. ¿Faye?

¿Muerta?

Se había excedido. Sonreí para mis adentros. Todo el mundo sabía que eso era excesivo. Faye había desaparecido, sí, pero ¿muerta? Con todo, ¿qué sentía yo, la hermana mayor? Un temor protector hacia Trink, un temor de que esta vez se hubiera pasado de la raya, de que todos la insultaran; pobre Katrinka. Se echaría a llorar desconsoladamente, sin comprender nada. Todos la despreciarían y ella se sentiría profundamente dolida.

—No... —empecé a decir.

El doctor Guidry hizo un gesto indicando que me sacaran cuanto antes

de la habitación. Grady me tomó del brazo.

Me sentía confusa. Rosalind se situó a mi lado.

Katrinka continuó berreando. Estaba desmoronándose; alguien debía ayudarla. Quizá lo hiciera Glenn, que siempre ayudaba a todo el mundo, incluida Katrinka.

El eco de sus palabras me sacudió de nuevo: «Quizá Faye todavía viviese».

—Faye no está muerta, ¿verdad? —pregunté.

De haberlo sabido con certeza después de aquellos angustiosos años en que había esperado que Faye regresara,

la habría invitado a bajar conmigo a la húmeda tumba para reunirse con todos, con Lily, mi madre, mi padre y Karl, y la habría incluido en mi letanía. Sin embargo, Faye no podía estar muerta. Mi preciosa Faye, no.

Aquello puso en entredicho mis excentricidades, mi aparentemente excesiva sabiduría y mi sentimiento de superioridad.

—No puede estar muerta.

—No sabemos nada de Faye —me murmuró Rosalind al oído—. Lo más probable es que esté bebiendo tequila en un bar de camioneros en México. —A continuación volvió a besarme en la

mejilla. Sentí su brazo pesado y tierno.

Grady y yo nos detuvimos en la puerta principal, la viuda loca y el anciano y bondadoso abogado de la familia.

Me encanta la puerta principal de mi casa. De doble hoja, es enorme, está situada en el centro del edificio y da acceso a un amplio porche delantero desde el que es posible dirigirse hacia la izquierda o hacia la derecha. El porche se extiende a ambos lados. Es muy bonito. No hay un solo día en que no piense en la casa y en que es preciosa.

Años atrás Faye y yo solíamos

bailar en ese porche. Faye, ocho años más joven, era tan pequeña que yo la sostenía en brazos como si fuera un mono, y cantábamos: «Casey bailó un vals con la chica que adoraba mientras la orquesta tocaba...».

Las azaleas, de color rojo sangre, crecían en los macizos que hay junto a la escalera. ¡Qué frondosas! Por supuesto que era primavera. Cuidadas con mimo, esas plantas crecían por doquier... en una casa de columnas nías digna del Garden District.

Por cierto, la señorita Hardy no llevaba zapatos blancos. Eran grises.

En la casa, Rosalind gritó a

Katrinka:

—¡No hables de Faye en estos momentos! ¡No digas una palabra sobre Faye!

Las palabras de Katrinka sonaron como un aullido largo y teatral... Alguien me levantó el pie. Era la señorita Hardy, que me calzaba una zapatilla. La verja estaba abierta ante nosotros. Grady me sujetó del brazo.

El doctor Guidry se hallaba junto a la ambulancia, cuya puerta estaba abierta.

Grady dijo que iban a llevarme al hospital Mercy, del que podría marcharme en cuanto lo desease; no

obstante, era necesario que me administraran líquidos y alimento.

El doctor Guidry se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Estás deshidratada, Triana; hace dos días que no pruebas bocado. De todos modos, nadie va a encerrarte en un manicomio. Sólo quiero llevarte al hospital para que descanses. Te prometo que nadie te hará nada ni te practicarán pruebas ni análisis.

Suspiré. Todo aparecía más claro y nítido.

—Ángel del Señor —musité—, mi querido ángel guardián, que me proteges por voluntad de Dios... —De pronto los

vi a todos alrededor de mí—. Lo siento —añadí—, lo siento mucho... Lamento todo esto, yo... os pido perdón —exclamé—. Podéis hacerme las pruebas que creáis oportunas, las que sean. Haced lo que creáis conveniente. Lo siento... lo siento mucho...

Me detuve en el camino de entrada.

Mis queridos Althea y Lacombe se hallaban ante la verja, mirándome con preocupación. Puede que al ver a todas aquellas personas blancas —el médico, el abogado, la señora de los zapatos grises— no se atrevieran a acercarse.

Althea hizo un mohín, como si estuviera a punto de llorar, cruzó los

gruesos brazos sobre el pecho y echó la cabeza hacia atrás.

—Aquí nos tiene, jefa —dijo Lacomb con voz grave.

Me disponía a responder, pero entonces vi algo al otro lado de la calle.

—¿Qué te ocurre, querida? —preguntó Grady con su bello acento de Misisipí.

—El violinista —contesté.

Era tan sólo una figura lejana vestida de negro, al otro lado de la avenida, en el centro de la manzana que hace esquina con la calle Tres y Carondelet. Se había vuelto para mirarme.

De pronto, se esfumó.

Al menos el tráfico y los árboles me hicieron creer que había desaparecido. No obstante, por unos segundos yo lo había visto con toda claridad; mientras sostenía su instrumento, aquel extraño vigilante nocturno se volvía para observarme y caminaba a zancadas grandes y regulares.

Subí a la ambulancia y me tumbé en una camilla, algo que, por lo visto, no era lo habitual, pues resultaba un tanto raro; sin embargo, así fue como lo hicimos, sin duda porque me metí en el vehículo antes de que pudieran impedírmelo. Me cubrí con la sábana y cerré los ojos. Íbamos al hospital

Mercy. Todas mis tías monjas que habían trabajado allí ya no existían. Me pregunté si mi violinista vagabundo sería capaz de hallar el hospital Mercy.

—¡Sabes que ese hombre no es real!
—Desperté conmocionada. La ambulancia se deslizaba entre el tráfico —. Entonces... Rosalind, y la señorita Hardy... Ellas lo han oído.

¿O se trataba también de un sueño en una vida donde el sueño y la realidad están tan íntimamente ligados que inevitablemente uno acaba por triunfar sobre la otra?

4

Pasé tres días en el hospital, sumida en un sueño artificial lleno de incordios y horrores.

¿Habían incinerado ya a Karl? ¿Estaban absolutamente seguros de que ya no vivía antes de meterlo en aquel horno atroz? No podía apartar esas preguntas de mi mente. ¿Había quedado mi marido reducido a cenizas?

La madre de Karl, la señora Wolfstan, de regreso de Londres, no paró de llorar junto a mi lecho por

haberme dejado con su hijo moribundo. Yo le repetí una y otra vez que me había complacido atenderlo, que no debía preocuparse. Había una gran belleza en el nacimiento del nuevo niño, tan cercano a la muerte de Karl.

Sonreímos al contemplar unas fotografías del nuevo bebé que había nacido en Londres. Los brazos me dolían debido a las agujas que tenía clavadas. Todo era borroso.

—A partir de ahora no tendrás que preocuparte por nada —dijo la señora Wolfstan.

Yo sabía a qué se refería. Deseé darle las gracias, decirle que Karl ya me

lo había explicado todo, pero fui incapaz de hacerlo. Me eché a llorar. ¡Cómo no iba a preocuparme! Sobre todo por las cosas que la generosidad de Karl no podía modificar.

Tenía unas hermanas a quienes quería y temía perder. ¿Dónde estaba Faye?

Yo había puesto mi salud en peligro; una persona que durante dos días flota a la deriva y subsiste gracias a unos sorbos de refresco y alguna que otra rebanada de pan somete su corazón a latidos irregulares.

Mi cuñado Martin, el marido de Katrinka, vino a verme y me informó de

que mi hermana estaba muy preocupada por mí, pero que se sentía incapaz de poner los pies en un hospital.

Me hicieron unas pruebas.

Por la noche desperté bruscamente, pensando que aquello era la habitación de un hospital y Lily estaba en la cama. Yo dormía en el suelo; tenía que levantarme y comprobar si mi pequeña estaba bien. Luego tuve uno de esos recuerdos lacerantes como una arista de cristal, que me dejó conmovida: llovía a cántaros y yo acababa de llegar, borracha, y al ver tendida en el lecho a mi hija, una niña de cinco años, calva, consumida, casi muerta, me deshice en

llanto, en un torrente de lágrimas.

—¡Mamá, mamá! ¿Por qué lloras?
¡Estás asustándome, mamá!

¡Cómo pudiste hacer eso, Triana!

Una noche, bajo los efectos del Percodan, el Phenergan y otros opiáceos que me calmaban, me permitían dormir y evitaban que hiciera preguntas estúpidas sobre si la casa estaba bien cerrada y segura y qué había sido del estudio de Karl sobre san Sebastián, pensé que la maldición de la memoria es ésta: «Todo está siempre presente».

Me preguntaron si podían llamar a Lev, mi primer marido. Rotundamente no, ni se os ocurra molestar a Lev. Seré

yo quien lo llame, cuando me apetezca.

Sin embargo, drogada como estaba no podía hacerlo.

Me hicieron otras pruebas. Una mañana me paseaba por el pasillo y la enfermera me llamó la atención.

—Vuelva a acostarse —me ordenó.

—¿Por qué? ¿Me ocurre algo malo?

—Cuando dejen de atiborrarla de tranquilizantes estará perfectamente —contestó—, pero hay que reducir la dosis poco a poco.

Rosalind dejó un pequeño casete portátil junto a mi cama. A continuación me colocó los auriculares y oí las suaves voces de Mozart, los ángeles que

cantaban las simplezas de *Così Fan Tutte*, y también unas dulces voces de soprano que sonaban al unísono.

En mi imaginación vi una película: *Amadeus*, intensa y maravillosa, en la que Salieri, el perverso compositor admirablemente interpretado por F. Murray Abraham, impulsa a un Mozart infantil y risueño a la locura. En cierto momento, Salieri, sentado en un palco dorado y tapizado de terciopelo rojo del teatro de la ópera, contempla a los cantantes de Mozart y al diminuto, angelical e histérico director de orquesta, y la voz de F. Murray Abraham dice: «He oído la voz de los

ángeles».

Así es; sin duda.

La señora Wolfstan no quería marcharse; pero ya estaba todo hecho: las cenizas se hallaban en el mausoleo Metairie, y las pruebas que me habían practicado para comprobar si padecía el sida u otras dolencias habían resultado negativas. Yo era la viva imagen de la salud y sólo había perdido un par de kilos. Mis hermanas estaban a mi lado.

—Sí, puede irse, señora Wolfstan. Sabe lo mucho que amaba a Karl. Lo amaba con todo mi corazón, y ello no tenía nada que ver con lo que él nos dio a mí y a los demás.

Nos besamos y percibí el perfume de la mujer.

Glenn insistió en que dejara de preocuparme. El libro de Karl estaba en manos de los expertos que él mismo había designado en su testamento. Gracias a Dios, no era necesario llamar a Lev, pensé. Dejad que Lev se ocupe de los vivos.

Todo lo demás estaba en manos de Grady, y Althea, mi querida Althea, se había puesto a limpiar y ordenar la casa, lo mismo que Lcomb, que pulía la plata para la «señorita Triana». Althea había colocado un montón de almohadones, tal como a mí me gustaba, en mi vieja cama

situada en la espaciosa habitación del norte, en la planta baja.

No, no habían quemado el lecho matrimonial Príncipe de Gales de la habitación del piso superior, por supuesto, sino sólo el colchón y las ropas. La señora Wolfstan había hecho que el hombre tan encantador de Hurwitz Mintz llevara unos nuevos almohadones de seda lavada y unos edredones de terciopelo y creara una nueva banda de moaré adornado con un festón para el dosel de madera.

Yo regresaría a mi vieja habitación. A mi viejo lecho de arroz, con cuatro columnas esculpidas con un motivo de

arroz, el símbolo de la fertilidad. La habitación de la planta baja era el único dormitorio propiamente dicho de la casa.

Eso, cuando yo estuviera lista para regresar.

Una mañana desperté y vi que Rosalind dormía junto a mi cama, sentada en uno de esos sillones con el respaldo inclinado y el asiento hundido que colocan en las habitaciones de los hospitales para los familiares que se quedan a velar al enfermo.

Yo sabía que habían transcurrido cuatro días, que la noche anterior me había comido toda la cena y que las

agujas me producían la sensación de tener unos insectos clavados en el brazo. Retiré los esparadrapos, me quité las agujas, me levanté de la cama, fui al cuarto de baño, saqué mi ropa del armario y me vestí antes de despertar a Rosalind.

Ésta despertó aturdida y sacudió la ceniza del cigarrillo de su blusa negra.

—Las pruebas del sida han dado negativo —se apresuró a decir, como si se muriera de ganas de comunicármelo y no recordara que todo el mundo lo había hecho ya, mientras me miraba desconcertada a través de sus gafas, con los ojos como platos. Se incorporó y

añadió—: Salvo cortarte un dedo, Katrinka exigió que te hicieran todo tipo de cosas.

—Vamos —contesté—.

Larguémonos de aquí.

Recorrimos a toda prisa el pasillo desierto. Por nuestro lado pasó una enfermera que no sabía quiénes éramos ni le importaba.

—Tengo hambre —dijo Rosalind—. ¿Y tú? ¿No te apetece comer algo que no sepa a la bazofia que sirven en los hospitales?

—Sólo deseo ir a casa —respondí.

—Vas a llevarte una sorpresa muy agradable.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, la tribu de los Wolfstan; te han comprado una limusina descomunal y han contratado a un nuevo chófer para ti, un tal Oscar, que sabe leer y escribir; lo digo sin ánimo de ofender a Lacombe...

—Lacombe sabe escribir —repliqué. Lo había dicho mil veces porque mi sirviente Lacombe sabe escribir, pero cuando habla utiliza el dialecto de los músicos de jazz negros y casi nadie entiende una palabra.

—... y ha regresado Althea, que no deja de parlotear e insultar a la asistente y de ordenar a Lacombe que no fume

dentro de la casa. ¿Existe alguien capaz de comprender lo que dice? ¿Sus hijos, quizá?

—Nunca lo he sabido —contesté.

—Ya verás —prosiguió Roz—. Te encantará cómo ha quedado la casa. Traté de decírselo.

—¿A quién?

En aquel preciso instante llegó el ascensor y subimos. Sentí una sacudida. Los ascensores de los hospitales son lo bastante grandes para que quepan en ellos los vivos y los muertos tendidos en una camilla y dos o tres técnicos sanitarios. Mi hermana y yo bajamos solas en aquel enorme cubículo de

metal.

—¿Decir qué a quién?

Rosalind bostezó. Al cabo de unos segundos llegamos a la planta baja.

—Decir a la familia de Karl que después de producirse una defunción siempre nos vamos a casa, que siempre regresamos, que tú no querías alojarte en un elegante apartamento del centro ni en una suite del Windsor Court. ¿Son realmente tan ricos los Wolfstan? ¿O sencillamente están locos? Me han dado dinero para que te lo entregue, y les han dado dinero a Althea, a Lacombe, a Oscar...

Se abrieron las puertas del ascensor.

—¿Ves aquel coche negro? Es el tuyo. El hombre es Oscar; te percatas del estilo, ¿no?, un chófer de la vieja guardia. Lacomb arquea las cejas a sus espaldas, y Althea se niega a cocinar para él.

—No tendrá que hacerlo —respondí esbozando una sonrisa.

Sí, conocía el estilo: una piel color caramelo algo menos clara que la de Lacomb, una voz como la miel, el pelo entrecano y gafas con montura plateada. Muy viejo, quizá demasiado para trabajar de chófer, pero muy educado y tradicional.

—Suba al coche, señorita Triana —

dijo Oscar—; descanse y yo la llevaré a casa.

—Sí, señor.

En cuanto se cerró la portezuela del coche, Rosalind se relajó.

—Estoy hambrienta.

El panel de cristal que nos separaba de Oscar se elevó de inmediato, lo que nos procuró intimidad. Eso me gustó. Sería agradable poseer un coche. Yo no sabía conducir y Karl se había negado a hacerlo. Siempre había alquilado limusinas, aun para los recados más nimios.

—Roz —pregunté con la máxima delicadeza—, ¿te importaría que tu

Oscar te llevase a comer después de que me hayáis dejado en casa?

—Sería fantástico. ¿Estás segura de que quieres estar sola?

—Tal como has dicho, siempre regresamos a casa. No nos escapamos. No me importa dormir en la cama de arriba, aunque nunca fue mía, sino nuestra, de Karl y mía, en la salud y en la enfermedad. A él le gustaba dormir donde el sol de la tarde penetraba por las ventanas. Me acostaré en su cama. Quiero estar sola.

—Lo suponía —repuso Roz—. Katrinka ha dejado de dar la lata por un tiempo. Grady Dubosson le enseñó un

papel que decía que todo lo que Karl te había dado era tuyo; se trataba de un documento firmado en el que renunciaba a cualquier reclamación sobre la casa el día en que se mudó a ella, con lo cual Katrinka no ha tenido más remedio que callarse.

—¿Creía ella que la familia de Karl trataría de quedarse con la casa?

—Una locura por el estilo, pero Grady le enseñó la renuncia, o la cesión. ¿Cómo se dice?

—Francamente, no lo recuerdo.

—Supongo que sabes lo que Katrinka pretende en realidad.

Sonreí.

—No te preocupes, Rosalind. No te preocupes por nada.

Mi hermana se volvió hacia mí, se inclinó y adoptó una expresión seria. Luego tomó mi mano entre las suyas, a un tiempo ásperas y suaves. El coche enfiló la avenida St. Charles.

—Mira —dijo—, no te preocupes por el dinero que nos daba Karl. Su madre me puso un montón de billetes sobre la falda; además, ya va siendo hora de que Glenn se ocupe de que el negocio funcione, de vender libros y discos. —Rosalind soltó una carcajada áspera y profunda—. Será difícil, conociendo a Glenn, pero saldremos

adelante por nuestros propios medios, aunque ello suponga que yo vuelva a trabajar de enfermera. No me importa.

Yo estaba distraída. Lo que decía mi hermana era irrelevante. Mantenerlos a flote sólo había costado mil al mes. Sin embargo, Rosalind no lo sabía. Nadie sabía cuánto dinero había dejado Karl, excepto, quizá, la señora Wolfstan, en caso de que hubiera valorado todos los bienes.

A través de un altavoz oculto sonó una voz educada.

—Señorita Triana, ¿desea que pasemos por el cementerio Metairie?

—No, gracias, Oscar —respondí, y

reparé en el pequeño altavoz instalado junto al techo.

Tenemos nuestra sepultura, él, yo, Lily, papá y mamá.

—Sólo quiero irme a casa, Roz. Siempre has sido un amor. Llama a Glenn, ve a buscarlo, cerrad la tienda e id a comer al Commander's Palace. Disfruta del festín del funeral en mi lugar. Hazlo por mí, ¿de acuerdo? Come por las dos.

Cruzamos la avenida Jackson. Los robles exhibían el verde primaveral de los renuevos.

Me despedí de Rosalind con un beso y pedí a Oscar que la llevase donde ella

le dijera y que la esperase. Era un coche muy elegante, una limusina gigantesca tapizada de terciopelo gris, como las que utilizan las empresas funerarias.

«Pese a todo he viajado en él — pensé cuando el coche se hubo alejado —. Aunque no haya podido asistir al funeral».

Qué aspecto tan radiante tenía mi casa. Mi casa. ¡Pobre Katrinka!

Los brazos de Althea tienen un tacto como la seda negra, y cuando nos abrazamos pienso que no existe nada en el mundo capaz de lastimar a nadie. Es inútil tratar de escribir aquí lo que ella dijo, porque se expresa de forma tan

ininteligible como Lacombe y apenas si pronuncia una sílaba de cada palabra, pero yo sabía que era algo como bienvenida a casa, estábamos preocupados por usted, la hemos echado mucho de menos, habríamos hecho lo que fuera durante esos últimos días, debió telefonarme, le habría lavado las sábanas, no habría tenido miedo de lavarlas, ande acuéstese un rato, deje que le prepare un chocolate caliente, mi niña.

Lacombe, un hombre bajo y calvo que habría pasado por blanco en cualquier sitio salvo en Nueva Orleans y a quien la voz siempre lo delataba, se hacía el

remolón junto a la puerta de la cocina.

—¿Cómo está, jefa? La veo muy delgada. Será mejor que coma algo. Althea, ni se te ocurra prepararle una de tus porquerías. Yo mismo iré a buscarle algo, jefa. ¿Qué le apetece? La casa está llena de flores. Podría venderlas y obtener unos cuantos dólares.

Me eché a reír. Althea le leyó la cartilla mediante unas cuantas frases pronunciadas rápida y atropelladamente, con las oportunas inflexiones de voz y unos gestos más que elocuentes.

La madre de Karl había colocado una fotografía enmarcada de su hijo junto a la cama, no del esqueleto que se

habían llevado, sino del hombre de ojos pardos y sonrisa franca que se había sentado a mi lado en los escalones de la biblioteca del centro a hablar sobre música, la muerte, la conveniencia de que nos casáramos; del hombre que me había llevado a Houston para asistir a la ópera y a Nueva York, que poseía todas las ilustraciones de san Sebastián realizadas por artistas italianos o de acuerdo con el estilo de éstos, o que me había hecho el amor con las manos y los labios sin permitir la menor objeción al respecto.

Su mesa de trabajo estaba limpia. Todos los papeles habían desaparecido.

No te preocupes ahora de eso. Glenn te ha dado su palabra, y Glenn y Roz nunca le han fallado a nadie.

Volví a bajar por las escaleras.

—Yo habría podido ayudarla con ese hombre —dijo Lacombe.

Althea contestó que eso él ya lo había dicho varias veces, que yo había regresado a casa y que se estuviera calladito; que se entretuviese pasando la fregona por el suelo, pero que no dijera una palabra.

Mi habitación estaba limpia y en silencio, la cama abierta, y había unos delicados y fragantes lirios de Casablanca en el jarrón. ¿Cómo lo

sabían? Se lo habría dicho Althea, claro.
Lirios de Casablanca.

Me metí en la cama; en mi cama.

Como he explicado, esta habitación constituye el dormitorio principal de la casa y es la única alcoba propiamente dicha. Está situada en el lado de la planta baja donde el sol penetra por las mañanas, un ala octogonal que se extiende hasta la frondosa y oscura arboleda de laurocerasos que ocultan el mundo.

Es la única ala de la casa, que, por otra parte, forma un rectángulo. Las largas galerías, nuestros grandes porches que tanto nos gustan, llegan

hasta esta habitación y la rodean por completo, mientras que en el otro lado de la casa se detienen ante las ventanas de la cocina.

Me encanta levantarme de la cama y acercarme al amplio ventanal que da al porche, alejado de la calle, para observar a través de las relucientes hojas de los laurocerasos una reconfortante barahúnda que no me presta ninguna atención.

No cambiaría la avenida St. Charles por los Campos Elíseos, la Via Veneto, el Yellow Brick Road ni la Autopista al Cielo. Sin embargo, a veces me gusta refugiarme aquí, en esta habitación

situada en el lado oriental de la casa, o salir al porche, lo bastante lejos de la calle para que no puedan verme, y contemplar las alegres luces de los faros desfilando ante mí.

—Althea, bonita, descorre las cortinas para que pueda mirar por la ventana.

—Hace demasiado frío para abrir la ventana.

—Ya lo sé, sólo quiero ver...

—... ni chocolate ni libros ni su música ni su radio; recogí los discos que había en el suelo, lo recogí todo. Rosalind vino y me dijo que los colocara en orden, Mozart con Mozart,

Beethoven con Beethoven, me enseñó dónde...

—No, sólo quiero descansar; dame un beso.

Althea se agachó y oprimió su sedosa mejilla contra la mía.

—Mi niña —dijo.

Me cubrió con dos grandes edredones de seda, sin duda rellenos de plumón —al estilo de la señora Wolfstan y de Karl, pues para ellos todo tenía que ser de plumón auténtico—, que me deleitaron con su peso ingrávido. Althea los remetió en torno a mis hombros.

—Señorita Triana, ¿por qué no nos

llamó a Lacombe y a mí cuando ese hombre estaba muriéndose? Habríamos venido enseguida.

—Lo sé; os eché de menos, pero no quería asustaros.

Althea meneó la cabeza. Tenía un rostro muy bonito, mucho más oscuro que el de Lacombe, ojos grandes y hermosos y el pelo suave y ondulado.

—Vuelva la cabeza hacia la ventana —dijo— y duérmase. Nadie pondrá los pies en esta casa, se lo prometo.

Me puse de costado y, a través de la ventana, de doce paneles de cristal limpios y brillantes, miré los distantes laurocerasos y robles, el color del

tráfico.

Me encantaba ver de nuevo las azaleas que crecían en el jardín, rosas, rojas y blancas, apretujándose exuberantes junto a la verja, la delicada reja de hierro recién pintada de negro y el porche limpio y reluciente.

Era fantástico que antes de morir Karl me hubiera regalado esa casa, arreglada y restaurada. Mi casa, donde todas las puertas y cerraduras funcionaban a la perfección, al igual que los grifos, de los que el agua manaba a la temperatura conveniente.

Me entretuve unos cinco minutos, o tal vez más, mirando adormecida por la

ventana. Los tranvías pasaban de largo. Al cabo de un rato noté que los párpados me pesaban.

Con el rabillo del ojo distinguí una figura alta y enjuta que estaba de pie en el porche; era mi violinista, con el sedoso cabello que le caía lacio sobre el pecho.

Merodeaba junto al borde de la ventana con pantalones, como una planta trepadora, espectacularmente delgado, casi un cadáver elegante aunque pletórico de vida. El pelo negro era liso y lustroso, y esta vez no lo llevaba recogido en unas coletas, sino suelto.

Observé su oscuro ojo izquierdo, y

la ceja negra, recia y espesa, sobre éste. Tenía las mejillas blancas, demasiado blancas, pero sus labios se movían animadamente, suaves, muy suaves, vivos.

Durante un minuto, sólo un minuto, sentí temor. Sabía que eso estaba mal. No, no es que estuviese mal, pero era peligroso, antinatural, imposible.

Por más que me esforzara por moverme entre el sueño y la realidad yo conocía la diferencia que hay entre ambos. Y ese hombre estaba ahí, en el porche, mirándome.

De pronto dejé de sentir temor. No me importaba. Experimenté una

maravillosa sensación de indiferencia. Me da igual. ¡Ah, el divino vacío que se produce cuando desaparece el temor! Por lo demás, en aquellos momentos me pareció un punto de vista muy práctico.

Porque en cualquier caso... tanto si el desconocido era real como si era irreal... resultaba agradable y hermoso. Sentí escalofríos en los brazos. Aunque estaba tumbada, con el cabello desparramado sobre la almohada, con un brazo extendido y mirando a través de la ventana, noté que el vello se me erizaba. Sí, mi cuerpo entabló una pequeña batalla con mi mente. Cuidado, cuidado, exclamó el cuerpo. Sin embargo, mi

mente es muy obstinada.

Mi voz interior sonaba fuerte y enérgica, y me maravillé de que se pudiera oír un tono dentro de la cabeza. Se puede gritar o murmurar sin mover los labios. «Toca para mí. Te echaba de menos», le dije al desconocido.

El violinista se aproximó a la ventana; por unos instantes pareció todo hombros, muy alto y delgado, con una cabellera magnífica y tentadora —deseé acariciarla y alisarla—, y me miró a través de los cristales superiores de la ventana, no como un iracundo Peter Quint de ficción que buscara un secreto más allá de mi persona, sino fijándose

con precisión en lo que buscaba. En mí.

Las tablas del suelo crujieron. Alguien se dirigía hacia la puerta de mi habitación.

Althea entró de nuevo, con tanta calma como si se tratara de un momento de lo más corriente.

No me volví para mirarla. Avanzó con sigilo, igual que siempre.

La oí moverse detrás de mí y dejar una taza sobre la mesita. Percibí el aroma del chocolate caliente.

Sin embargo, no aparté la vista del forastero de anchos hombros y polvorientas mangas de lana, quien no apartó los resplandecientes ojos de mí

mientras me observaba desde el otro lado de la ventana.

—Por el amor de Dios, ya está éste aquí otra vez.

El desconocido no se movió; yo tampoco.

Oí las palabras pronunciadas por Althea en un suave torrente casi ininteligible. Disculpád la traducción.

—¿Ya estás otra vez aquí —dijo—, pegado a la ventana de la señorita Triana? Qué descaro. ¿Es que pretendes darme un susto de muerte? Hace mucho tiempo que la espera, señorita Triana, y dice que quiere tocar para usted, que no dejan que se le acerque, que a usted le

encanta su forma de tocar, que no puede prescindir de él. Bien, ¿qué vas a tocar ahora que la señorita Triana ha regresado? ¿Crees que podrías interpretar algo bonito, tan bonito como ella? Mírala, ¿crees que puedes animarla un poco? —Se acercó a los pies de la cama, moviendo pausadamente su corpulenta figura, con los brazos cruzados y la barbilla alzada en un gesto desafiante—. Vamos, toca algo para ella —repitió—. Puedes oírme perfectamente a través del cristal. La señorita Triana ya ha regresado, y está muy triste. Hay que ver qué pinta tienes; pues si crees que voy a limpiarte

la chaqueta, estás muy equivocado.

Debí de sonreír. Debí de hundir el rostro en la almohada.

¡Althea lo había visto!

Él no me quitó los ojos de encima ni le hizo a Althea el menor caso. Su mano, apoyada en el cristal, parecía una enorme araña blanca. En la otra mano sostenía el violín y el arco. Observé las elegantes curvas oscuras de la madera.

Sonreí sin mover la cabeza. Althea se había colocado entre el desconocido y yo, de cara a mí, por lo que impedía que lo viera. Permitidme de nuevo que traduzca no tanto un dialecto sino una canción:

—No hacía más que repetir lo bien que toca y que quería tocar para usted. Dijo que a usted le encanta su música. Que lo conoce. Yo no lo vi subir al porche. Seguramente Lacombe lo vio acercarse. A mí no me daba miedo. Si usted quiere, Lacombe lo echará de aquí. No tiene más que decirlo. A mí no me molesta. Una noche estuvo tocando durante un buen rato. Le aseguro que jamás he oído una música semejante, pero pensé, Señor, la policía no tardará en venir, y sólo estábamos Lacombe y yo. Le dije que dejara de tocar, él se disgustó mucho, me miró con rabia y preguntó: «¿Es que no te gusta como

toco?»). Yo contesté que sí, pero que no quería oírlo. Él soltó una sarta de estupideces; dijo que sabía muchas cosas sobre mí y lo mucho que yo tenía que soportar, y siguió parloteando como un loco. Si has venido a mendigar te daremos un plato de arroz y alubias rojas que prepara Althea y morirás envenenado, le dijo Lacombe. ¡Qué le parece, señorita Triana!

Solté una carcajada, aunque no demasiado ruidosa. El forastero seguía allí; sólo distinguía una parte de su alta y enjuta figura detrás de Althea. Yo no me había movido. La tarde empezaba a declinar.

—Me encanta tu arroz con alubias rojas, Althea —dije.

Ella se paseó por la habitación ordenándolo todo; alisó el tapete de viejo encaje Battenburg sobre la mesita de noche, de pronto se detuvo por un instante para dirigir al desconocido una mirada aparentemente despectiva y luego me sonrió y apoyó su mano de satén sobre mi mejilla. ¡Dios mío, qué dulce eres! ¿Cómo podría vivir sin ti?

—No pasa nada, no te preocupes —dije—. Puedes retirarte, Althea. Le conozco, es verdad. Quizá toque algo para mí, ¿quién sabe? Descuida. Le vigilaré.

—Tiene pinta de vagabundo —
murmuró Althea entre dientes, cruzando
de nuevo los brazos en un gesto muy
elocuente al salir de la habitación.
Siguió hablando y componiendo su
propia canción. Ojalá supiera traducir
para la posteridad su rápida verborrea,
en la que omitía numerosas sílabas, y
sobre todo su entusiasmo y sabiduría
infinitos.

Hundí la cabeza en la almohada;
coloqué un brazo debajo de ésta y me
instalé cómodamente, sin dejar de mirar
al hombre apostado al otro lado de la
ventana, observándome a través de los
cristales.

Se oyen canciones por doquier, en la lluvia, en el viento, en el gemido de los que sufren.

Althea cerró la puerta. Oí un doble clic, lo que tratándose de una puerta de Nueva Orleans, invariablemente deformada a causa de la humedad, significaba que Althea la había dejado bien cerrada.

Por la habitación se extendió de nuevo el silencio, como si en ningún momento se hubiera visto perturbado. El incesante estrépito de la avenida alcanzó un sonoro crescendo.

Detrás de mi amigo —que seguía observándome con sus ojos negros y en

cuya boca no se adivinaba la menor sonrisa—, el coro de pájaros, que nunca deja de sorprenderme, cantaba como todos los días a última hora de la tarde. El tráfico difundía su alegre bullicio.

El violinista desplazó su alta y desgarrada figura hacia el centro de la ventana. Llevaba una camisa blanca, sucia y desabrochada; el oscuro vello de su pecho parecía una sombra. También lucía un chaleco de lana negro abierto, pues había perdido todos los botones.

Eso es lo que creo haber visto.

El desconocido se aproximó aún más a la ventana de doce vidrios. Qué delgado, quizás estuviera enfermo.

¿Como Karl? Sonreí al pensar que podía repetirse la misma historia. Pero no, eso era agua pasada, y él estaba vivo, muy alejado de la innegable debilidad de la muerte. Me dirigió una mirada de reproche, como diciendo «tú sabes que no es así». Después sonrió, y sus ojos despidieron un resplandor aún más radiante y misterioso mientras me contemplaba con aire posesivo.

Tenía la frente pálida y huesuda, pero ello confería a sus ojos su bella y enigmática profundidad; su negra y espesa cabellera enmarcaba sus sienes dotándolo de una imponente belleza a pesar de su extremada delgadez. Sus

manos parecían arañas. Acarició los vidrios superiores de la ventana con la mano derecha, dejando en el polvo unas huellas que distinguí bajo la caprichosa luz del atardecer, mientras el jardín, con sus densos laurocerasos y sus grandes magnolias, se movía y respiraba sacudido por la brisa y el tráfico.

Los puños blancos de su camisa estaban sucios, y llevaba la chaqueta tan cubierta de polvo que más que negra parecía gris.

Cambió lentamente de expresión. La sonrisa había desaparecido, pero el semblante no dejaba entrever hostilidad alguna. Antes yo había advertido en él

cierto aire de secreta superioridad, pero su expresión era franca y abierta.

Su rostro reflejaba un sentimiento de ternura y perplejidad que al cabo de un instante dio paso a una expresión de ira. A continuación asumió un aire de tristeza profunda, íntima, como si temiera perder el control del pequeño espectáculo fantasmagórico que se desarrollaba en el porche. Dio un paso atrás. Oí crujir el entarimado. Mi casa revela el menor movimiento.

Entonces el desconocido se esfumó sin más. Desapareció de la ventana y del porche. No oí sus pasos más allá de los postigos del otro extremo. Yo sabía que

no estaba ahí, que se había ido; estaba convencida de que se había evaporado.

Mi corazón latía con fuerza.

¡Ojalá no tocara el violín!, pensé. Quiero decir, gracias a Dios que es un violín, porque no existe en el mundo ningún sonido parecido a él, es como si...

Mis palabras se desvanecieron.

Oí una música tenue de su instrumento.

Mi amigo no se había alejado demasiado. Había elegido un rincón oscuro y retirado del jardín, en la parte trasera, cerca de la fachada posterior de la vieja capilla en la calle Prytania. Los

terrenos de mi casa limitan con los de la capilla. La manzana nos pertenece a nosotros, a la capilla y a mí, desde Prytania hasta St. Charles a lo largo de la calle Tres. Por supuesto, la manzana tiene otro lado, en el que se alzan otros edificios, pero esta amplia mitad es nuestra, y el violinista sólo había retrocedido hasta donde crecen los vetustos robles, detrás de la capilla.

Sentí deseos de llorar.

Por unos segundos el dolor de su música y mis sentimientos se unieron de forma tan inextricable que creí que sería incapaz de soportarlo. Sólo un idiota no habría cogido una pistola y, tras

introducirla en su boca, habría apretado el gatillo, una imagen que me había atormentado con frecuencia en mi juventud, cuando era una alcohólica sin remisión, y más tarde casi continuamente, hasta que apareció Karl.

Era una canción gaélica, escrita en un tono menor, profunda, intensa y rebosante de desesperación paciente y anhelos vanos; tenía el sonido típico de una melodía irlandesa interpretada por un violín, la oscura armonía de las cuerdas inferiores pulsadas conjuntamente en un lamento que sonaba más nítidamente humano que cualquier sonido emitido por un niño, un hombre o

una mujer.

Se me ocurrió —un gran pensamiento abstracto, incapaz de cobrar forma en esa atmósfera creada por una música bellísima, lenta y acariciadora— que el poder del violín se basaba, precisamente, en emitir un sonido más humano que el producido por los humanos, ya que hablaba de una forma que nos está vedado utilizar. Por cierto, eso es lo que las reflexiones de los sabios y la poesía siempre han tratado de transmitir.

Se me llenaron los ojos de lágrimas al escuchar la canción del violinista, esa antigua y a la vez nueva música gaélica,

esa dulce escala ascendente que sin que haya forma de evitarlo cae en un testimonio infinito de resignación: un dolor que inspira una ternura enorme, una comprensión perfecta.

Volví la cabeza sobre la almohada. La música era prodigiosamente clara. Todos los vecinos debían de oírla, y los transeúntes, y Lcomb y Althea, que estarían sentados a la mesa de la cocina jugando a los naipes o a los epítetos; era una música capaz de arrullar a los pájaros.

El violín, una y otra vez.

Imaginé un día estival de hacía unos treinta y cinco años. Yo llevaba mi

violín en el estuche y lo sostenía entre mi cuerpo y Gee, que me llevaba en su moto, mientras yo lo agarraba por la cintura procurando que el instrumento no sufriera daño alguno. Vendí el violín por cinco dólares a un hombre en la calle Rampart.

—Pero si me lo vendió por veinticinco dólares —objeté—, y de eso hace sólo dos años.

Mi violín desapareció junto con su estuche negro; los músicos deben de ser los principales clientes de las casas de empeños. El local estaba lleno de instrumentos musicales en venta; o puede que la música atraiga a muchos

soñadores amargados como yo, llenos de planes grandiosos pero desprovistos de talento.

Yo sólo había tocado un violín dos veces, hacía... ¿aproximadamente treinta y cinco años? Salvo una ocasión en que había estado ebria y sufrido la correspondiente resaca, jamás había vuelto a tocar otro violín ni había experimentado el anhelo de acariciar la madera, las cuerdas, la resina, el arco; jamás.

Pero ¿por qué me molestaba pensar ahora en esas cosas? Se trataba de una vieja frustración de adolescente. Había visto al gran Isaac Stern interpretar el

Concierto para violín de Beethoven en el Auditorio Municipal. ¡Deseaba crear esos espléndidos sonidos! Quería ser aquella figura que se movía sobre el escenario al son de la música. ¡Deseaba cautivar al público! En ese momento anhelaba crear sonidos como aquéllos, traspasar los muros de la habitación...

Era el *Concierto para violín* de Beethoven, la primera obra de música clásica que más tarde llegué a conocer íntimamente gracias a los discos de la biblioteca.

Me convertiría en Isaac Stern. ¡Lo deseaba con toda el alma!

¿Por qué pensar en eso? Hacía

cuarenta años que sabía que no estaba dotada para la música, carecía de oído, era incapaz de distinguir las negras y no poseía la habilidad ni la disciplina necesarias; los mejores maestros de música me lo habían dicho con la máxima delicadeza.

Además, había tenido que soportar que mi familia exclamara al unísono: «¡Triana hace unos sonidos horribles con el violín!». Por no mencionar el áspero comentario de mi padre acerca de que las clases resultaban demasiado caras, sobre todo para una persona tan indisciplinada como yo, aparte de holgazana y errática por naturaleza.

Eso debería de ser fácil de olvidar.

¿Es que no se han abatido sobre mí suficientes tragedias desde entonces, después de perder a mi madre, a mi hija, a mi primer marido, a Karl hace unos días; de asistir al paso inexorable del tiempo, a la comprensión cada vez más profunda...?

No obstante, cuán nítidamente veo aquel día tan lejano, el rostro del prestamista, mi último beso al violín — mi violín— antes de que se deslizara sobre el cochambroso mostrador de la casa de empeños, los cinco dólares.

Pamplinas. Lloro por no ser alta, por no ser delgada y elegante, por no ser

guapa, por no tener una buena voz o la necesaria determinación para llegar a tocar el piano con la destreza que requieren los villancicos.

Había cogido los cinco dólares y, tras añadir cincuenta con la ayuda de Rosalind, me había marchado a California. No quería seguir estudiando. Mi madre había muerto. Mi padre había encontrado una nueva amiga, una protestante con quien «almorzar de vez en cuando» y que preparaba unas comidas copiosas para mis pequeñas y abandonadas hermanas.

«¡Jamás te ocupaste de ellas!».

Basta, no quiero pensar en aquella

época ni en la pequeña Faye ni en Katrinka la tarde en que partí; Katrinka se mostró indiferente, pero Faye sonreía y me lanzaba besos... No, no quiero, no puedo. Me niego.

De acuerdo, toca tu violín para mí, pero yo me olvidaré cortésmente del mío.

Limítate a escucharlo.

¡Parece como si el muy cabrón estuviera discutiendo conmigo! Concebida en la tristeza y destinada a ser tocada con tristeza, la canción nunca se acababa, y hacía que ésta se convirtiera en algo muy dulce, legendario, o ambas cosas.

El mundo del presente se desvaneció. Yo tenía catorce años. Isaac Stern tocaba sobre el escenario. Las notas del gran concierto compuesto por Beethoven ascendían y descendían bajo las arañas del auditorio.

¿Cuántos niños había presentes aquel día, escuchando embelesados? ¡Dios mío, qué daría yo por tocar como Isaac Stern! ¡Por ser capaz de hacer lo mismo...!

Me parecía algo inverosímil haber alcanzado la edad adulta y haber vivido una vida, haberme enamorado de mi primer marido, Lev, haber conocido a Karl, que éste hubiera vivido y

fallecido, o que Lev y yo hubiéramos perdido una niña llamada Lily, que yo hubiera estrechado a una criatura tan pequeña entre mis brazos mientras la pobrecilla sufría, calva, con los ojos cerrados... ¡Ah, no, es absurdo seguir adelante cuando el recuerdo se convierte en un sueño!

Debe de existir una legislación médica que lo prohíba.

Parecía imposible que hubiera ocurrido algo tan terrible como ver a aquella niña de cabellos dorados morir consumida por el sufrimiento, oír gritar a Karl, Karl, que jamás se quejaba, o ver a mi madre en el camino de entrada

a la casa suplicando que no se la llevaran aquel último día, y que yo, su egocéntrica hija de catorce años, no me diera cuenta de que jamás volvería a sentir sus cálidos brazos, a besarla, a decir, madre, pase lo que pase, te quiero, te quiero. Te quiero.

Mi padre se había incorporado en el lecho, luchando contra los efectos de la morfina, y había exclamado, horrorizado: «¡Me muero, Triana!».

Mirad qué pequeño es el pequeño ataúd blanco de Lily que reposa en el cementerio de California. Miradlo. En California fumábamos hierba, bebíamos cerveza y leíamos versos en voz alta.

Éramos beatniks, hippies que iban a cambiar el mundo, padres de una niña tan tocada por la gracia que la gente se paraba —incluso después de que el cáncer hubiera hecho presa en ella— para admirar su bonita cara redonda. Contemplé de nuevo la escena más allá del tiempo y el espacio y vi a aquellos hombres introducir el pequeño ataúd blanco en una caja de madera de secuoya y bajar ésta a la fosa, aunque no cerraron la tapa con clavos.

El padre de Lev, un tejano fornido y amable, cogió un puñado de tierra y lo arrojó a la fosa. La madre de Lev no dejaba de llorar. Luego, los demás

echaron también un poco de tierra —se trataba de una costumbre que yo desconocía—, mientras mi padre observaba con expresión solemne. ¿En qué estaba pensando?: un castigo por tus pecados, por haber abandonado a tus hermanas, por haberte casado fuera de tu Iglesia, por dejar que tu madre muriera sola y sin cariño.

¿Pensaba acaso en cosas más triviales?

Lily no era una nieta por la que mi padre sintiera adoración. Los separaban tres mil quinientos kilómetros, y la había visto pocas veces antes de que el cáncer la atacara y se llevara sus largos

cabellos dorados e hiciese que sus mejillas se volvieran fofas e hinchadas, si bien no existía pócima en el mundo capaz de empañar el brillo de su mirada o mitigar su valor.

Tu padre ya no importa, ni importa a quién amara o dejara de amar.

Me volví en la cama, aplastando la almohada bajo el peso de mi cabeza, asombrada de que, aunque tuviera la oreja izquierda sepultada en el mullido plumón, pudiera seguir oyendo la música del violín.

Estás en casa, en tu hogar, y algún día ellos regresarán a su hogar. ¿Qué significa eso? No tiene por qué

significar nada. Solamente tienes que musitarlo... o cantar, cantar una canción sin palabras con su violín.

Entonces comenzó a llover.

Mi más sincero agradecimiento.

La lluvia caía.

Como pude haber deseado, la lluvia caía sobre las viejas tablas del porche y el desvencijado techo de hojalata que cubría el dormitorio; batía sobre las amplias repisas de las ventanas y se deslizaba a través de las grietas.

Sin embargo, el violinista siguió tocando, con su pelo y su violín de satén. Tocaba como si desenrollara en la atmósfera una cinta de oro tan fina que,

en cuanto la gente la hubiera oído, comprendido y amado, se desvanecería como la bruma y bendeciría al mundo entero con una minúscula fracción de resplandeciente gloria.

«¿Cómo puedes sentirte tan satisfecha —me pregunté— yaciendo entre estos dos mundos? ¿Entre la vida y la muerte? ¿Entre la locura y la cordura?».

Su música continuó sonando; las notas fluían graves, profundas y anhelantes antes de remontarse de nuevo.

Cerré los ojos.

El violinista se lanzó a una danza

vertiginosa, con entusiasmo y disonancia y total seriedad. Tocaba con una energía y un ardor tales que supuse que no tardaría en aparecer alguien para protestar. Era lo que la gente llama la música del diablo.

No obstante, la lluvia siguió cayendo y nadie detuvo al violinista. Nadie podía hacerlo.

¡Me sobresalté! De pronto se me ocurrió que me encontraba en casa, a salvo, y la lluvia rodeaba la habitación octogonal como un velo; pero no estaba sola.

«Ya te tengo», le susurré en voz alta, aunque por supuesto él no se hallaba en

la habitación.

Habría jurado que lo oí reírse, lejos y al mismo tiempo cerca. Él dejó que lo oyera.

La música no rio; estaba obligada a seguir su ronco, entonado y furioso curso, como si pretendiera ahuyentar a un grupo de personas que bailaran en el prado, cansadas y enloquecidas. Sin embargo, él se echó a reír.

Empecé a quedarme dormida, pero no me hundí en ese sueño negro sin principio inducido por las drogas que administran en los hospitales, sino en un sueño real, profundo y dulce, mientras la música se elevaba, se tensaba y a

continuación lanzaba un monumental torrente para indicarme que me había perdonado.

Tuve la sensación de que la lluvia y la música me matarían, que moriría silenciosamente, sin protestar. No obstante, sólo soñé, y me deslicé hacia un escenario totalmente imaginario que parecía haber estado aguardándome.

5

Estaba de nuevo ante aquel mar, aquel océano límpido y azul cuya espuma indómita se convertía en unos espectros que saltaban y danzaban con cada ola que rompía en la playa. Era el hechizo del sueño lúcido. Dijo: «Sí, no puedes estar soñando, no lo estás, estás aquí». Esto es lo que el sueño lúcido siempre dice. Giras y giras en torno a él y no puedes despertar. «Es imposible que hayas imaginado esto», dice.

Sin embargo, tuvimos que renunciar

a la reconfortante brisa que soplaba procedente del mar. La ventana estaba cerrada. Había llegado el momento.

Vi rosas esparcidas sobre una alfombra gris, rosas de tallo largo con los extremos introducidos en unos frasquitos sellados, con agua, para mantenerlas lozanas, rosas de pétalos oscuros y suaves, y unas voces que hablaban en una lengua extranjera que yo debía conocer pero que no entendía, una lengua creada, al parecer, específicamente para el sueño. Pues, sin duda, yo estaba soñando. Tenía que estarlo. Pero me hallaba aquí, prisionera, como transportada en cuerpo

y alma hasta aquí, mientras una voz en mi interior cantaba: «No dejes que sea un sueño».

—¡Así es! —exclamó la hermosa Mariana, de tez oscura. Llevaba el pelo corto, lucía una blusa blanca que dejaba sus hombros al descubierto, un cuello de cisne y tenía la voz melosa.

Abrió las puertas de un lugar enorme. Yo no daba crédito a mis ojos. No podía creer que los objetos sólidos pudieran ser tan bellos como el mar y el cielo; y aquello... era un templo de mármol policromo.

No es un sueño, pensé. ¡No podrías soñar esto! No posees las visiones para

inventarte semejante sueño. ¡Estás aquí, Triana!

Fijaos en los muros taraceados con un mármol de Carrara cremoso surcado de profundas vetas, unos paneles enmarcados en oro y los frisos inferiores de una piedra marrón oscuro, no menos pulida ni menos jaspeada ni menos prodigiosa. Fijaos en las pilastras cuadradas con sus capiteles dorados y adornadas con volutas.

Cuando llegamos a la fachada del edificio, el mármol, de color verde, está dispuesto en largas tiras a lo largo del suelo, que muestra un abigarrado dibujo. Fijaos. Advierto el antiguo diseño de

llave griega. Veo los dibujos tan apreciados por romanos y griegos, que conozco, aunque no recuerde sus nombres.

Al volvernos, nos hallamos frente a una escalinata como jamás he visto. No se trata sólo de sus proporciones y su magnificencia: ¡Fijaos, oh Dios mío, en el fulgor de este mármol rosa de Carrara!

Reparad ante todo en las figuras, en los hieráticos rostros de bronce, en los cuerpos meticulosa y profundamente esculpidos, rematados por unas patas y unas zarpas de león sostenidas por peanas de ónice.

¿Quién construyó este lugar? ¿Con qué propósito?

Me llama la atención una puerta de cristal que tengo delante. Hay tanto que ver, que estoy impresionada; fijaos, tres puertas neoclásicas de cristal biselado coronadas por unos tragaluces semicirculares, unos parteluces negros divididos por radios, que constituyen unos espléndidos portales de luz, aunque el día o la noche, según el caso, no pueda filtrarse a través de ellos.

La escalinata espera. «Ven», me dice Mariana. Lucrece es muy amable. La barandilla es de mármol verde como el jade y jaspeado como el mar, con

unos balaustres de un tono más claro, y todos los muros están revestidos de mármol rosa o crema enmarcado en oro.

Contemplad estas columnas redondeadas y lisas de mármol rosa, con sus capiteles dorados de hojas de acanto doblemente suntuosas, y contemplad en lo alto los arcos de medio punto de las bovedillas, entre cada uno de los cuales aparece una figura pintada; contemplad el marco con paneles que rodea la elevada vidriera de colores.

Es de día. Es la luz del día la que penetra a raudales por la vidriera. Ilumina las ninfas, que magistralmente pintadas de los paneles danzan para

nosotros, al igual que la luz en el cristal. Cierro los ojos; los abro. Toco el mármol. Es real, real.

Estáis aquí. No pueden despertaros ni sacaros de aquí; este lugar es real, ¡vosotros mismos podéis comprobarlo!

Subimos por la escalinata, ascendemos rodeados por este palacio de piedra italiana y nos detenemos en el entresuelo, frente a tres gigantescos ventanales de vidrios de colores, cada uno con su diosa o su reina debajo de un arquitrabe, ataviadas con unas túnicas diáfanas y rodeadas por querubines. Cada figura sostiene en las manos una guirnalda de flores. ¿Qué símbolos son

éstos? Oigo las palabras, pero, ante todo, veo; por eso me pongo a temblar.

Al final de este largo espacio de ensueño vemos una cámara oval. Contemplad estos murales, estas pinturas que casi llegan al techo. Sí, contienen una narrativa palpitante, y de nuevo aparecen las atrevidas figuras clásicas que danzan con las sienes ceñidas por una corona de laurel, exhibiendo sus formas redondas y seductoras. Poseen la magia de los prerrafaelistas.

¿Acaso no hay en este lugar fin a la combinación, a la belleza entretejida con la belleza? ¿Es que no acaban nunca

las cornisas y los frisos, las molduras de lengüeta y ranura, de orgullosos entablamentos, los muros de *boiserie*? Debo de estar soñando.

Mariana y la otra, Lucrece, hablaban el lenguaje de los ángeles, se expresaban en esa lengua dulce y cantarina.

Yo señalé las espléndidas y doradas máscaras de aquellos a quienes amaba. Unos medallones situados en lo alto de las paredes: Mozart, Beethoven; otros... pero ¿qué es esto, un lugar para todas las canciones que he escuchado y he sido capaz de soportar sin lágrimas? El mármol reluce bajo el sol. Semejante

riqueza no puede haber sido creada por manos humanas. Es el templo del Cielo.

Venid, bajemos por la escalinata; ahora comprendo, con tristeza, que debe de tratarse de un sueño.

Aunque las simas de mi imaginación son incapaces de mensurar este sueño, es improbable hasta el extremo de lo imposible.

A la izquierda tenemos el templo de mármol y música de una habitación persa de baldosas azules vidriadas, llena de elementos decorativos orientales que rivalizan en belleza y suntuosidad con el piso superior. Oh, no dejéis que despierte. Si esto puede

brotar de mi mente, bienvenido sea.

No es posible que este esplendor babilónico siga a la antigua magnificencia barroca, pero me fascina.

Sobre estas columnas aparecen los antiguos toros de rostros feroces destinados al sacrificio, y mirad, la fuente, en ella aparece Darío dando muerte al león. Sin embargo, esto no es un santuario ni un monumento a los muertos o a cosas que han desaparecido.

Fijaos, en los muros hay unas estanterías resplandecientes que contienen vasos y copas elegantes. Con estos relieves decorativos han confeccionado un café. De nuevo

contemplo un incomparable suelo de mosaico. Unas sillas pequeñas y gráciles rodean un gran número de mesitas. Aquí la gente charla, se mueve, camina, respira, como si diera por descontado tanta magnificencia.

¿Qué lugar es éste, qué país, qué tierra, donde el estilo y el color se conjugan de forma tan audaz, donde la convención ha sido superada por maestros de todos los oficios? Incluso los candelabros, unas grandes hojas de plata en las que se han grabado y cortado unos complicados diseños, son de estilo persa.

¡Sueño o realidad! Me vuelvo y

golpeo la columna con el puño. ¡Maldita sea, si no estoy aquí, dejad que despierte! Entonces oigo una voz que me tranquiliza. Estás aquí, no lo dudes. Estás física y espiritualmente en este lugar, en esta habitación babilónica debajo del templo de mármol.

—Ven —dice al tiempo que apoya la mano en mi brazo. ¿Es Mariana o la otra belleza, la del rostro redondo y los ojos grandes y generosos, Lucrece? Ambas sienten lástima por mí y cantan en una lengua de raíz latina.

«Nuestro secreto más oscuro».

Las cosas cambian. Estoy aquí, desde luego, porque jamás soñaría esto.

No sé cómo soñarlo. Vivo para la música, para la luz, para los colores, sí, es verdad, pero ¿qué es esto, este cochambroso pasillo de baldosas blancas del que emana un olor acre, con unos suelos negros encharcados, tan sucios que ni siquiera son negros? Mirad también las máquinas, las calderas, esos gigantes cilindros con tapas enroscadas y selladas, de aspecto siniestro, cuya pintura se cae a pedazos, entre una barahúnda que casi parece un silencio.

Parece la sala de máquinas de un viejo barco, como aquellos a los que subía en mi niñez y Nueva Orleans

todavía era un puerto activo. Sin embargo, no estamos a bordo de un barco. Las proporciones del corredor son demasiado gigantescas.

Deseo regresar. No quiero soñar esta parte. No obstante, ahora sé que no es un sueño. ¡Alguien me ha traído hasta aquí! Éste es el castigo que merezco, una forma de saldar cuentas conmigo. Deseo contemplar de nuevo el mármol, el hermoso mármol color fucsia que resalta sobre los paneles laterales de la escalinata; deseo retener en la memoria a las diosas de los cristales.

Seguimos avanzando por este húmedo y hediondo pasadizo donde

resuenan nuestras pisadas. ¿Por qué? Percibo olores pestilentes. Vislumbro unos viejos candados de metal, como si los hubieran dejado los soldados en un campamento abandonado, desvencijados, pegados con recortes de viejas revistas donde aparecen chicas en actitud sugestiva, y de nuevo contemplamos este vasto infierno de máquinas, que gira, se agita, hierve de ruido mientras avanzamos junto a la barandilla de acero.

—Pero ¿adónde nos dirigimos?

Mis acompañantes sonrén. Creen que es muy divertido guardar en secreto el lugar al que me conducen.

¡Una verja! ¡Una verja de hierro que nos impide pasar! Pero ¿pasar adónde? ¿A una mazmorra?

—Un pasadizo secreto —confiesa Mariana sin poder disimular su gozo—. ¡Pasa por debajo de la calle! Un pasadizo subterráneo secreto...

Trato de ver algo a través de la verja. No podemos entrar. La verja está cerrada con una cadena. Sin embargo, mirad, ahí detrás, donde brilla el agua.

—Hay alguien ahí, ¿no lo veis? Dios mío, un hombre tendido en el suelo. Está sangrando, muriéndose. En las muñecas tiene unos cortes profundos, pero las manos descansan una junto a la otra.

¿Está muriéndose?

¿Dónde se encuentran Mariana y Lucrece? ¿Acaso han remontado el vuelo hacia la bóveda del templo de mármol en que las bailarinas griegas trazan unos airosos círculos en los murales?

Estoy desconcertada.

El hedor es insoportable. ¡Dios mío! El hombre está muerto. Lo sé. No, se mueve, alza una mano, su muñeca chorrea sangre. ¡Dios mío, ayudadlo!

Mariana emite una risa suave y dulce y sus manos acarician el aire mientras dice:

—No lo veas muerto, por el amor de

Dios, yace en un agua hedionda...

—... un pasadizo secreto que se extendía desde aquí hasta el palacio y...

—Escuchadme, señoras, ese hombre está ahí. Nos necesita. —Me aferré con ambas manos a la verja—. ¡Debemos entrar para ayudarlo!

La verja que nos impide el paso es como todo lo que hay en el lugar: inmensa, de hierro macizo, cubre el espacio del suelo al techo y está cargada de cadenas y candados.

«¡Despierta! ¡Me niego a seguir soñando!».

Un torrente de música se detiene bruscamente, y se hace el silencio.

Me incorporo en la cama.

—¡Cómo te atreves!

6

Me incorporé en la cama. Él se sentó a mi lado (tenía las piernas tan largas que pese a la altura del lecho de columnas pudo adoptar una postura viril) y me miró fijamente. El violín estaba mojado. Él también, y su pelo, empapado.

—¡Cómo te atreves! —repetí. Me eché para atrás, alcé las rodillas e intenté cubrirme, pero el peso de su cuerpo sobre las sábanas me lo impidió—. ¡Te metes en mi casa, en mi habitación! ¡Entras y me dices lo que

debo soñar y lo que no!

Me miró asombrado y no atinó a responder. Jadeaba, el cabello le chorreaba; y el violín... ¡Por el amor de Dios! ¿Es que no sentía el menor respeto por su violín?

—¡Cállate! —dijo.

—¡Cállate tú! —le espeté—. ¡Despertaré a toda la ciudad! ¡Éste es mi dormitorio! ¿Quién eres tú para decirme en qué debo soñar!... ¿qué quieres?

Él estaba tan desconcertado que no logró articular palabra. Percibí su confusión, su consternación. Ladeó la cabeza. Entonces tuve la oportunidad de contemplarlo de cerca, de observar sus

enjutas mejillas y su suave tez, los enormes nudillos de sus manos y la delicada forma de su larga nariz. A pesar de que estaba sucio y empapado, era un hombre muy guapo. De unos veinticinco años, calculaba yo, aunque era difícil asegurarlo. Un hombre de cuarenta años puede parecer mucho más joven si toma los comprimidos adecuados, sonrío como debe y acude a un buen cirujano plástico.

Volvió la mirada hacia mí.

—¿Piensas todas esas tonterías mientras estoy aquí sentado? —Su voz, profunda y enérgica, era la de un hombre joven. Si las voces tienen nombre, él era

un vigoroso tenor.

—¿Tonterías? —inquirí mirándolo de arriba abajo.

Pese a estar tan flaco era un hombre fuerte; pero eso me tenía sin cuidado.

—Sal de aquí —dije—. Abandona mi habitación y mi casa ahora mismo y no vuelvas a aparecer hasta que te invite a venir. ¡Largo! Me saca de quicio que te hayas atrevido a poner los pies aquí sin mi permiso. ¡En mi propio dormitorio!

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta y oí la voz angustiada de Althea.

—¡Señorita Triana! ¡No puedo abrir

la puerta! ¡Señorita Triana!

El violinista desvió la vista hacia la puerta y luego me miró de nuevo al tiempo que mascullaba unas palabras ininteligibles. Después se pasó la mano derecha por el pelo, empapado y pegajoso. Cuando abrió los ojos del todo observé que eran enormes, y a continuación reparé en su boca, el rasgo más atractivo de su rostro, si bien ninguno de esos detalles aplacó mi furia.

—¡No puedo abrir la puerta! —repitió Althea.

Yo contesté que no pasaba nada, que no se preocupara, que necesitaba estar sola. Era mi amigo el músico. Le dije

que se tranquilizara, que podía retirarse. Oí sus protestas y los sabios reproches de Lacombe, pero todo ello se desvaneció debido a mi insistencia, y por fin me dejaron sola.

Los crujidos del entarimado indicaron que se marchaba.

Me volví hacia el violinista y le espeté:

—¡De modo que la has clavado! —
Me refería a la puerta, naturalmente, que ni Lacombe ni Althea habían sido capaces de abrir.

Él permaneció impávido, lo que tal vez reflejaba lo que Dios y su madre deseaban que fuera: joven, serio, sin

vanidad ni doblez. Me escrutó con sus grandes ojos negros, como si fuera capaz de descubrir en los detalles más nimios de mi apariencia un secreto crucial. Su expresión no dejaba entrever amargura ni tristeza. Daba la impresión de ser un individuo sincero y curioso.

—No me tienes miedo —musitó.

—Por supuesto que no. ¿Por qué habría de temerte?

No obstante, era un farol. Por unos breves segundos experimenté temor; o no, no era temor, sino otra cosa: la adrenalina que circulaba por mis venas había disminuido y me sentía exultante.

¡Tenía ante mí un fantasma! Un

fantasma auténtico. Lo sabía, estaba segura de ello, y nada ni nadie me convencerían de lo contrario. Estaba segura.

Durante mi deambular entre los muertos había hablado con recuerdos y reliquias y les había procurado las respuestas como si fueran unos muñecos que sostenía en la mano.

Sin embargo, él era un fantasma.

Entonces experimenté un inmenso alivio.

—Siempre lo he sabido —dije.

Sonreí. Era imposible definir esa convicción. Me refería a que sabía que la vida consistía cuando menos en algo

más, en algo que no somos capaces de descifrar y no podemos despachar alegremente, y a que la fantasía del Big Bang y el Universo Ateo son tan poco sustanciales como las historias de la resurrección o los milagros.

—¿Creíste que ibas a asustarme? — pregunté con una sonrisa—. ¿Era eso lo que pretendías? ¿Apareces cuando mi marido está agonizando y te pones a tocar el violín para atemorizarme? ¿Además de fantasma eres imbécil? ¿Cómo iba a asustarme de una cosa así? ¿A santo de qué? Te alimentas del temor...

Me callé. No era sólo la suavidad

vulnerable de su rostro, el temblor seductor de sus labios ni la forma en que se unían sus cejas cuando fruncía el ceño, aunque sin ánimo de condenar o prohibir, sino otra cosa, algo analítico y crucial que me había ocurrido. Aquel ser se alimentaba de algo, pero ¿de qué?

De inmediato comprendí que era una pregunta fatal. El corazón me dio un vuelco, lo cual siempre consigue atemorizarme. Me llevé la mano a la garganta, como si mi corazón ejecutara allí sus danzas, en lugar de hacerlo en el pecho.

—Entraré en tu habitación cuando me apetezca —murmuró. Su voz, joven,

masculina y segura de sí adquirió fuerza —. No puedes detenerme. ¿Acaso crees que porque te pasas el día y la noche ejecutando esa danza macabra con tu parentela asesinada (sí, sí, sé que crees que los asesinaste a todos, a tu madre, a tu padre, a Lily y a Karl, lo que revela un estúpido y monstruoso egocentrismo, piensas que tú fuiste la causa de esas muertes espectaculares, tres de ellas muy trágicas y prematuras) puedes dominar a un fantasma, a un auténtico fantasma como yo?

—Tráeme a mi madre y a mi padre —repliqué—. Si eres un fantasma, tráemelos. Haz que regresen a la tierra.

También a mi pequeña Lily. ¡Si eres un fantasma tan poderoso, tráemelos en forma de fantasmas! Conviértelos en lo que tú eres, devuélveme a Karl sin dolor, siquiera por un instante, un único y sagrado instante. Dame a Lily para que la estreche en mis brazos.

Eso le dolió. Me quedé asombrada, pero no cejé.

—Un instante sagrado —soltó él con amargura.

Sacudió la cabeza y apartó la vista, como si se sintiera decepcionado pero ante todo ofendido por mi comentario. A continuación adoptó un aire pensativo y me miró de nuevo.

Me sentí cautivada por sus manos, por la delicadeza de sus dedos y sus enjutas mejillas a la par que la radiante juventud de su rostro.

—No puedo darte eso —respondió con expresión meditabunda y respetuosa—. ¿Crees que Dios me escucha? ¿Crees que los santos y los ángeles tienen en cuenta mis plegarias?

—¿Pretendes hacerme creer que rezas? —pregunté—. ¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? ¿Qué haces sentado en mi lecho con esa actitud negligente y desafiante? ¿Por qué te presentas aquí? ¿Para que te vea y te oiga?

—¡Porque me da la gana! — exclamó, enfadado. Durante unos segundos me sentí conmovida por su juventud y su aire provocador—. Voy a donde quiero y hago lo que me apetece, como sin duda habrás notado. Recorrí los pasillos de tu hospital hasta que una panda de mortales idiotas organizaron tal alboroto que no tuve más remedio que emprender la retirada y esperarte aquí. Pude haber entrado en tu habitación, acostarme en tu cama.

—¿Deseas acostarte en mi cama?

—¡Ya lo estoy! —declaró. Se inclinó apoyándose en la mano derecha—. No temas, no soy un íncubo. No

concebirás un monstruo por mediación mía. Quiero algo infinitamente más crítico para tu existencia que el juguetito que tienes entre las piernas. Te quiero a ti.

Lo miré estupefacta.

Furiosa, sí, todavía furiosa, pero también estupefacta.

Se echó hacia atrás y bajó la vista. Sus rodillas parecían cómodamente instaladas en el borde de mi elevado lecho. Tocaba el suelo con los pies. Los míos ni siquiera lo rozan. Soy más bien bajita.

Dejó que el cabello negro y grasiento le cayera sobre el pálido

rostro, y cuando volvió a mirarme lo hizo con expresión de perplejidad.

—Pensaba que esto sería más sencillo —comentó.

—¿A qué te refieres?

—A hacer que enloquecieras —contestó, esbozando una sonrisa cruel, pero no resultaba convincente—. Creí que ya estabas loca. Supuse que... tardaría un par de días a lo sumo.

—¿Por qué demonios querías que perdiese el juicio? —inquirí.

—Me gusta hacer estas cosas —respondió. Su rostro dejó traslucir una sombra de tristeza que le hizo fruncir el entrecejo antes de recobrar la

compostura—. Creía que estabas loca. Estás prácticamente... loca, como dirían algunos.

—Pero dolorosamente lúcida —repliqué—. Ése es el problema.

Yo estaba como hipnotizada. No podía dejar de observar cada detalle del espectral violinista, su vieja chaqueta, el polvo húmedo sobre sus hombros, la forma en que la expresión de sus grandes ojos soñadores se agudizaba o suavizaba de acuerdo con sus pensamientos, el modo en que de vez en cuando se pasaba la lengua por los labios como si fuera un ser humano.

De pronto se me ocurrió una idea

con meridiana claridad.

—¡El sueño! El sueño que tuve sobre...

—¡No hables de eso! —exclamó. Se inclinó en actitud amenazadora, aproximándose tanto que su empapada melena cayó sobre la manta, junto a mis manos.

Reculé hacia la cabecera de la cama para hacer acopio de fuerzas y luego, con la mano derecha, lo abofeteé por dos veces antes de que él pudiera reaccionar. Después aparté la manta.

Se levantó con torpeza, mirándome con un desconcierto conmovedor.

Hice ademán de golpearlo de nuevo,

pero él no pestañeó. Le di un puñetazo en el pecho, y él retrocedió unos pasos mostrando, ante un golpe tan débil, la misma indiferencia que un ser humano.

—¡El sueño provenía de ti! —grité—. El lugar que vi, el hombre con...

—No sigas, te lo advierto. —Soltó una maldición y me apuntó con un dedo mientras retrocedía. Después se irguió como un ave gigantesca—. No hables sobre ese tema si no quieres que desencadene semejante caos en tu pequeño rincón físico del mundo que maldecirás el día en que naciste... —Su voz perdió contundencia—. Crees que conoces el dolor, te sientes muy

orgullosa de él... —Alzó la vista y apartó la cabeza. Levantó el violín a la altura del pecho y lo abrazó. Se arrepentía de algo que él mismo había dicho. Sus ojos escrutaron la habitación como si realmente pudiera ver—. ¡Veo perfectamente! —exclamó, enfadado.

—Quería decir como mortal; me refería a eso.

—Yo también me refería a eso —replicó.

La lluvia remitió y se tornó suave y ligera, de modo que las diversas goteras se hicieron más sonoras. Los dos parecíamos estar sumidos en un mundo anegado, pero cálido y seguro.

Yo sabía, tan claramente como que él estaba allí, que pocas veces me había sentido tan viva, que su simple presencia me había devuelto una pasión vital que no experimentaba desde hacía décadas. Mucho tiempo antes de sufrir tantos fracasos, cuando era joven y estaba enamorada, posiblemente me había sentido tan viva como en ese momento, cuando todo refulgía y era caliente al tacto.

Ni el dolor más enloquecedor contiene semejante vitalidad. Era algo más afín a la alegría, a la danza, al intenso e hipnótico poder de la música.

El violinista permaneció inmóvil

como si se sintiera perdido. De pronto me miró inquisitivamente, pero apartó la vista y volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Qué pretendes? —pregunté—. Dijiste que querías hacerme enloquecer. ¿Por qué? ¿Con qué objeto?

—Verás —se apresuró a responder el fantasma, aunque pronunció las palabras lenta y pausadamente—, me encuentro en un dilema. —Se expresaba con franqueza, enarcando las cejas y sin perder la compostura—. ¡Ni yo mismo sé qué quiero! Hacerte enloquecer... —Se encogió de hombros—. Ahora que sé lo que eres, o lo fuerte que eres, ignoro cómo expresarlo. Tal vez exista algo

más satisfactorio que hacerte perder la razón, y comprendo que al respecto te sientas superior, después de haber sostenido la mano de tantos moribundos y haber observado cómo tu joven exmarido, Lev, y sus amigos coqueteaban con las drogas mientras tú te limitabas a tomar una copa de vino, temerosa de seguir su ejemplo, de tener visiones. ¡Una visión como yo! Me asombras.

—¿Una visión? —musité.

Me agarré a la columna de la cama con la mano izquierda. Temblaba de pies a cabeza y el corazón me latía violentamente. Todos esos síntomas de

temor me recordaron que existía realmente algo que temer, pero ¿qué podía ser peor que lo que ya había experimentado? ¿El temor a lo sobrenatural? ¿El temor de la llamita oscilante de una vela o la sonrisa de un santo? No, creo que no.

La muerte sí me inspira temor, pero los fantasmas... ¿qué son a fin de cuentas?

—¿Cómo lograste burlar a la muerte? —pregunté.

—Eres una mujer caprichosa y cruel —murmuró el fantasma atropelladamente—. Con tu velo de cabello negro, tu rostro dulce y tus ojos

enormes tienes un aspecto angelical — prosiguió. Era sincero y se mostraba dolido. Ladeó la cabeza y prosiguió—: Jamás me he burlado de nada ni de nadie. —Me miró desesperado—. Tú querías que yo apareciera, querías...

—¿Eso creíste? ¿Cuando me sorprendiste pensando en los muertos? ¿Fue eso lo que creíste? ¿A qué has venido? ¿A consolarme? ¿A hurgar en la herida? ¿Qué ha ocurrido?

Sacudió la cabeza y retrocedió unos pasos. Miró a través de la ventana posterior y al hacerlo dejó que su perfil se recortara contra la luz. Su aspecto me inspiraba ternura.

Entonces se volvió hacia mí con brusquedad.

—Sigues siendo guapa —dijo—, pese a tu edad y a estar un tanto regordeta. Tus hermanas te odian por tu bonita cara, lo sabes, ¿verdad? Katrinka, la belleza de la familia, con un cuerpo bien formado y un marido inteligente, y antes que él una lista tan larga de amantes que ha perdido la cuenta, sabe que posees un atractivo que ella jamás podrá adquirir, fabricar, pintar ni reivindicar. En cuanto a Faye, te quería, sí; de hecho, os quería a todas, pero tampoco te perdonaba tu hermosura.

—¿Qué sabes de Faye? —pregunté

impulsivamente—. ¿Sigue viva? —Traté de dominarme, pero fui incapaz—. ¿Dónde está mi hermana Faye? ¿Cómo puedes hablar en nombre de Katrinka? ¿Qué sabes de ella ni de ningún miembro de mi familia?

—Sé de qué hablo —contestó él—. Veo los oscuros meandros de tu mente, conozco los sótanos donde ni tú misma has estado. En esas sombras percibo que tu padre te amó muchísimo porque eres muy parecida a tu madre, pues tienes su mismo pelo castaño y sus ojos pardos, y que una noche tu hermana Katrinka se acostó alegremente con tu joven marido, Lev.

—¡Basta! ¿Qué te propones? ¿Acaso has venido para convertirte en mi diablo personal? ¿Crees que me merezco eso? ¿Quién eres para decirme si soy o no responsable de esas muertes? ¿Cómo piensas conseguir que enloquezca? Ni tú mismo lo sabes. No hay más que verte. Tú eres el fantasma, y aun así estás temblando de miedo. ¿Qué eras cuando vivías? ¿Un joven? Quizá fueras amable por naturaleza, pero te has vuelto retorcido...

—Basta —me rogó el fantasma—. Ya te he entendido.

—¿Ah, sí?

—Pretendes decir que me ves con

tanta claridad como yo a ti —respondió él fríamente—. Que el recuerdo y el temor no te harán flaquear. Reconozco que me he equivocado contigo. Parecías una niña, la eterna huerfanita, parecías tan...

—Dilo. ¿Tan débil? —pregunté.

—Estás amargada.

—Es posible —respondí—, aunque no es una palabra que me guste. ¿Por qué estás empeñado en que sienta dolor o temor? ¿Con qué objeto? ¿Qué significaba el sueño? ¿Dónde estaba ese mar?

Me miró, pálido y horrorizado. Enarcó las cejas y trató de decir algo,

pero cambió de parecer; o quizá no halló las palabras para expresar lo que pensaba.

—Podrías ser muy hermosa —dijo suavemente—. Casi lo fuiste. ¿Es por esto por lo que te alimentas de comida basura y cerveza y dejas que el cuerpo que Dios te ha dado engorde como un botijo? De niña eras delgada, tanto como Katrinka y Faye, y lo eres por naturaleza. No obstante, prefieres ocultarte detrás de esa mole, ¿verdad? ¿De qué te ocultas? ¿De tu marido, Lev, a quien arrojaste en brazos de mujeres más jóvenes y seductoras que tú? Tú lo obligaste a acostarse con Katrinka.

No respondí.

Sentí en mi interior una fuerza que aumentaba por momentos. Pese a estar temblando, experimenté un impulso, una extraña excitación. Hacía mucho que no era presa de una emoción como la que sentía en ese instante, al mirarlo y advertir su perplejidad.

—Incluso eres un poco hermosa —murmuró con una sonrisa, como si lo dijera para atormentarme—. Pero ¿te convertirás en una mujer gorda y deforme como tu hermana Rosalind?

—Si conoces a Rosalind y no eres capaz de apreciar su belleza, no merece la pena que yo pierda el tiempo contigo

—solté—. Faye posee una belleza que tú no puedes comprender.

Quedó boquiabierto. Luego rio con sarcasmo y me miró empecinadamente.

—Eres incapaz de reconocer el poder de una criatura tan pura como Faye tal como la recuerdo. En cuanto a Katrinka, la compadezco. Faye era lo suficientemente joven para bailar sin parar, por difícil que fuera la situación. Katrinka sabía ciertas cosas. A Rosalind la quiero con toda mi alma. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Por el modo en que me miraba comprendí que trataba de adivinar mis pensamientos más recónditos, pero no

dijo nada.

—¿Adónde conduce todo esto? — pregunté.

—En el fondo, eres una niña — respondió—, e igual de cruel y malvada. Sin embargo, también estás amargada y me necesitas, por más que lo niegues. Fuiste tú quien obligó a tu hermana Faye a irse.

—Basta.

—Cuando... te casaste con Karl la obligaste a marcharse. No fue debido a las dolorosas páginas de los diarios de vuestro padre que ella leyó después de la muerte de éste, sino a que llevaste a un nuevo amo a la casa que ella y tú

compartíais...

—Basta.

—¿Por qué?

—Pero ¿a ti qué te importa todo esto, y por qué lo sacas ahora a colación? Estás calado hasta los huesos, pero no tienes frío. Tampoco tienes calor, ¿verdad? Pareces uno de esos jóvenes vagabundos aficionados al rock que siguen a los grupos famosos con una guitarra en la mano, mendigando unos centavos a la puerta de las salas de conciertos. ¿Dónde aprendiste a tocar esa música tan increíble y conmovedora...?

Él estaba furioso.

—Tienes una lengua viperina —
masculó—. Soy más viejo de lo que
puedas imaginar, y más experimentado
que tú en el dolor. Aprendí a tocar este
instrumento a la perfección antes de
morir. Poseía un talento para la música
que tú jamás podrías comprender pese a
todos tus discos, tus sueños y tus
fantasías. Cuando murió tu hijita Lily tú
dormías, ¿lo recuerdas? En el hospital
de Palo Alto, te quedaste dormida y...

Me tapé los oídos con las manos.
Me rodeaba el olor, la luz, la habitación
del hospital donde veinte años atrás
había ocurrido la tragedia.

—¡No! —exclamé—. ¡Disfrutas

acusándome de estas cosas! —El corazón empezó a latirme aceleradamente, pero logré dominar la voz—. ¿Por qué? ¿Qué te importo yo y qué me importas tú a mí?

—Ah, pues yo creía que eras tú quien disfrutaba.

—¿Qué? Explícate.

—Creía que eras tú quien gozaba con estas acusaciones, que disfrutabas acusándote a ti misma, que te regocijabas en ello, mezclándolo con el temor, la angustia, los escalofríos y los temblores. Creía que jamás te sentías sola, pues siempre sostenías la mano de algún ser querido que había muerto y

cantabas mentalmente tus poemas de contrición, sin dejar que esos recuerdos se disiparan, alimentándolos para no afrontar la verdad: que jamás lograrás crear la música que tanto amas. El sentimiento que te inspira jamás hallará satisfacción.

Fui incapaz de replicar.

Envalentonado ante mi falta de reacción, prosiguió.

—Con esas acusaciones te sentías tan... saciada, para emplear el término que tú misma sueles utilizar. Te alimentabas con el sentimiento de culpabilidad de forma tan atroz, que supuse que me sería muy fácil hacer que

perdieras el juicio, conseguir que tú...
—No terminó la frase. En lugar de ello, se detuvo bruscamente. Luego se enderezó y añadió—: Debo irme. Sin embargo, regresaré cuando me plazca, puedes estar segura.

—No tienes ningún derecho. Quienquiera que te haya enviado aquí debe hacerte regresar —dije, santiguándome.

Él sonrió.

—¿Te sientes más aliviada después de esa breve oración? ¿Recuerdas el triste funeral en California por tu hija? ¿Lo tenso y fuera de lugar que parecía todo, especialmente tus amigos

intelectuales de la Costa Oeste, obligados a asistir a una ceremonia tan visiblemente estúpida como un funeral de verdad en una iglesia de verdad? ¿Lo recuerdas? ¿Y al sacerdote?, aburrido y con ganas de acabar cuanto antes, pues sabía que tú nunca ibas a la iglesia antes de morir tu hija. De modo que ahora te santiguas. ¿Quieres que toque un himno para ti? El violín es capaz de interpretar música llana. No es habitual, pero puedo hallar el *Veni Creator* en tu mente y tocarlo, y podemos rezar juntos.

—Así que no te ha hecho ningún bien el que yo le haya rezado a Dios —contesté. Traté de que mi voz sonara

enérgica y suave a la vez, y de pronunciar las palabras con convicción —. No te ha enviado nadie. Eres un espíritu errante.

Me miró perplejo.

—¡Vete de aquí! —exclamé.

—No hablas en serio —repuso encogiéndose de hombros—, y no me digas que tu pulso no está latiendo como un reloj al que le han dado demasiada cuerda. ¡Tenerme aquí hace que te sientas sumida en un éxtasis infinito! Karl, Lev, tu padre... Jamás has conocido a un hombre como yo, y ni siquiera soy un hombre.

—Eres descarado, grosero y estás

sucio —dije—. Además, no eres un hombre, sino un fantasma, el fantasma de alguien joven y moralmente vulgar y desagradable.

Eso le dolió. La expresión de su rostro reflejaba un sentimiento mucho más profundo que la vanidad.

—Sí —replicó tratando de recobrar la compostura—, y tú me amas, por la música y a despecho de ella.

—Es posible —repliqué fríamente, asintiendo con la cabeza—. No obstante, también tengo un alto concepto de mí. Como has dicho, conmigo te equivocaste. He sido esposa en dos ocasiones, madre en una, y acaso

huérfana, pero débil, no, y amargada, jamás. No poseo el sentimiento que requiere la amargura...

—¿Cuál?

—El de tener derecho a ser feliz, el de que las cosas deberían haber sido mejores. Así es la vida, eso es todo, y tú te alimentas de mí porque estoy viva. Sin embargo, no estoy tan carcomida por los remordimientos, ni mucho menos, como para que puedas presentarte aquí y sacarme de mis casillas. Creo que no comprendes bien el significado de los remordimientos.

—¿Ah, no? —preguntó él, sinceramente intrigado.

—El terror abismal —dije—, el *mea culpa*, es sólo el primer estadio. Luego sobreviene algo más duro, algo que puede convivir con los errores y las limitaciones. Lamentarse no sirve de nada, absolutamente de nada...

En ese momento fui yo quien no terminó la frase, porque los recuerdos más recientes acudieron de nuevo para entristecerme; vi a mi madre alejarse andando aquel último día (oh, madre, deja que te estreche en mis brazos) y el cementerio de St. Joseph el día de su entierro, y aquellas pequeñas tumbas de los irlandeses pobres y los alemanes pobres, y las flores amontonadas;

contemplé el firmamento y pensé que eso jamás cambiaría, que esa agonía jamás desaparecería y que nunca volvería a haber luz en el mundo.

Deseché ese pensamiento y lo miré.

Él me observaba, y casi daba la impresión de que sentía dolor, lo que hizo que mi vehemencia aumentara.

Volví al tema anterior y profundicé en él, dejando a un lado todo salvo lo que deseaba transmitir.

—Creo que ya lo comprendo —dije. Me embargó una espectacular sensación de alivio, un sentimiento de amor—; pero tú no, lo cual es una pena. No lo comprendes.

Bajé la guardia por completo. Sólo pensé en lo que intentaba descifrar y no en complacerlo o disgustarlo. Todo lo que deseaba era estar cerca de él en aquello, y aquello es lo que él querría saber; si accedía a reconocerlo, quizá lo comprendiera.

—Te ruego que me ilumines —dijo con tono burlón.

Sentí un dolor indescriptible, tan vasto y absoluto que me laceraba el alma. Me dejó conmovida. Lo miré implorante y abrí la boca para decir algo, para confiarme a él, dispuesta a tratar de descubrir en voz alta, con él, la naturaleza de aquel dolor, aquella gran

sensación de responsabilidad, la convicción de que se ha causado un dolor y una destrucción innecesarios en el mundo y que el daño cometido jamás podrá remediarse ni subsanarse, y esos momentos se pierden para siempre, sin dejar rastro, tan sólo se recuerdan de forma cada vez más distorsionada y dolorosa; sin embargo, existe algo infinitamente mejor, algo mucho más significativo, algo a un tiempo abrumador y complejo que ambos, él y yo, conocíamos...

Desapareció.

Se esfumó deliberadamente y por completo, con una sonrisa, dejándome

con mis emociones tensadas al límite. Lo hizo con la mala intención de que me quedase a solas con aquel momento de dolor y, peor aún, con la terrible y angustiosa necesidad de compartirlo.

Contemplé las sombras por unos instantes, el suave oscilar de los árboles en el jardín, la lluvia ocasional.

Él había desaparecido.

—Conozco tu juego —dije en voz baja—. Lo conozco.

Me acerqué a la cama, metí la mano debajo de la almohada y cogí mi rosario. Era un rosario de cristal de roca que tenía un crucifijo de plata maciza. Estaba en la cama porque la madre de

Karl siempre dormía en ella cuando nos visitaba, y también mi querida madrina, la tía Bridget, cuando venía a casa después de mi matrimonio con Karl, o quizás estuviese en la cama porque era mío y yo lo había dejado allí distraídamente. Era mío, de mi primera comunión.

Miré el rosario. Después de la muerte de mi madre, Rosalind y yo tuvimos una pelea feroz.

Nos peleamos por el rosario de nuestra madre, que destruimos, literalmente, al romperle los eslabones y las perlas falsas. Era un rosario barato, pero yo lo había confeccionado para

nuestra madre y por este motivo quería quedármelo; después de destrozarlo, Rosalind me persiguió y yo le cerré la puerta en las narices con tal violencia que se le rompieron las gafas y se le clavaron en la frente. Estábamos rabiosas. Unas gotas de sangre salpicaban de nuevo el suelo.

Sangre nuevamente, como si nuestra madre aún estuviese viva, borracha, se cayera de la cama, se golpeará en la frente como había hecho en dos ocasiones contra el calentador de gas, y sangrará y dejará el suelo manchado de sangre. ¡Oh, Rosalind, mi llorosa y enfurecida hermana Rosalind! El rosario

estaba roto en el suelo.

Miré el rosario e hice lo primero que se me ocurrió, un gesto infantil e impulsivo: besé el crucifijo, el pequeño y elaborado cuerpo del sufriente Jesucristo, tras lo cual volví a guardar el rosario debajo de la almohada.

Yo estaba completamente alerta, preparada para la batalla. Era como cuando bebía, aquel primer año de borracheras, cuando la cerveza se me subía divinamente a la cabeza y yo salía a la calle cantando y con los brazos extendidos.

Sentía un cosquilleo en la piel y la puerta se abrió sin el menor esfuerzo.

Los muebles y adornos del gabinete y el comedor tenían un aspecto nuevo y flamante. ¿Relucen los objetos para quienes se disponen a entrar en combate?

Althea y Lacomb estaban de pie en el otro extremo del comedor, junto a la puerta de la despensa, esperándome. Althea parecía atemorizada, y Lacomb se mostraba cínico al tiempo que curioso, como era habitual en él.

—¡Nos ha parecido oírla gritar ahí dentro! —exclamó Lacomb.

—No he necesitado ayuda. En todo caso sabía que estabais aquí.

Me volví y contemplé las manchas

húmedas sobre la cama, el charco de agua en el suelo. Sin embargo, pensé que no merecía la pena preocuparles con eso.

—Creo que daré un paseo bajo la lluvia —dije—. Hace muchos años que no lo hago.

Lacomb se adelantó.

—¿Se refiere a que va a salir ahora, esta noche, con la lluvia que está cayendo?

—No tenéis que acompañarme —señalé—. ¿Dónde está mi gabardina? ¿Hace frío fuera, Althea?

Eché a caminar por la avenida St. Charles.

Caía una lluvia ligera, muy agradable. Hacía años que yo no hacía aquello, caminar por mi avenida, sencillamente pasear, como solíamos hacer a menudo de niñas o adolescentes cuando nos dirigíamos hacia el drugstore K&B para comprar un helado. Era un mero pretexto para pasar por delante de las puertas de cristal tallado de las hermosas mansiones y charlar.

Anduve un buen trecho, pasando ante las casas que conocía y los abandonados solares cubiertos de maleza donde antiguamente se alzaban las grandes mansiones. Esa calle, que habían tratado de matar mediante el progreso o el

abandono, siempre parecía hallarse en una situación muy precaria, como si bastara otro asesinato, otro disparo, otro incendio para sellar su destino definitivamente.

Me estremecí al recordar el episodio de una casa en llamas. Cuando yo tenía cinco años se había quemado una casa. Era una vieja mansión victoriana que se alzaba como una pesadilla en la esquina de St. Charles y Philip; recuerdo que mi padre me había llevado en brazos «para contemplar el fuego» y que yo me había puesto histérica al ver las llamas. Por encima de la muchedumbre y los coches de los

bomberos había visto una lengua de fuego tan gigantesca que parecía engullir la noche.

Traté de alejar aquel temor.

Tuve el vago recuerdo de unas personas que me humedecían la cabeza y trataban de tranquilizarme. A Rosalind le pareció algo tremendamente divertido; a mí, una revelación de tal magnitud que ni el descubrimiento de la mortalidad podía ser peor.

Se apoderó de mí una agradable sensación. Aquel viejo y espantoso temor —esta casa también se quemará— había desaparecido con mis años mozos, como muchos otros temores. Por

ejemplo, el que me infundían las enormes cucarachas negras que correteaban por las aceras, ante las cuales retrocedía horrorizada. Ese miedo también había desaparecido casi por completo, al igual que las cucarachas, en estos tiempos de bolsas de plástico y mansiones heladas como neveras.

De golpe recordé lo que el violinista había dicho sobre Lev y mi hermana Katrinka: que él, mi marido, a quien yo amaba, y ella, mi hermana, a quien también amaba, se habían acostado juntos y que yo siempre me había culpado de eso. El ambiente hippy, la

marihuana, el vino barato, demasiadas charlas complejas... Yo había tenido la culpa. Era una esposa cobarde y leal, profundamente enamorada. Katrinka siempre había sido más audaz.

¿Qué había dicho él, mi fantasma? *Mea culpa*. ¿O lo había dicho yo?

Lev me amaba. Yo lo amaba todavía. No obstante, en aquellos momentos me había sentido fea y torpe, y Katrinka era joven y fresca, y aquellos tiempos estaban marcados por la música hindú y la liberación.

Dios mío, pero ¿era real ese ser, ese hombre con el que acababa de hablar, ese violinista al que otras personas

veían? Había desaparecido sin dejar rastro.

Por el otro lado de la avenida avanzaba lentamente la enorme limusina, y vi que Lacomb farfullaba unas palabras cuando asomó la cabeza por la ventanilla trasera para echar el humo de su cigarrillo.

Me pregunté qué pensaría el nuevo chófer, Oscar. Me pregunté si Lacomb deseaba conducir el coche. Lacomb no suele hacer lo que no le apetece.

Reí al ver a esos dos, mis ángeles guardianes, instalados en el gigantesco automóvil de los Wolfstan; pero al mismo tiempo ello me daba la

oportunidad de ir a donde quisiera.

Es agradable ser rico, pensé sonriendo. Karl, Karl...

Era como si tratara de aferrarme a la única cosa que podía impedir que me cayera, y de pronto me detuve, «ausentándome un rato de esa monótona felicidad» para pensar sólo en Karl, cuyos restos habían sido arrojados recientemente a un horno.

—No es seguro que acabe por tener los síntomas —había dicho Karl con un tono protector—. Cuando me notificaron los resultados de la transfusión ya habían pasado cuatro años, y ahora otros dos más...

¡Oh, sí, y con mis solícitos cuidados vivirás eternamente! Si yo fuera Haendel, Mozart o alguien que supiera escribir música... o interpretarla, compondría una pieza para celebrarlo.

—El libro —había dicho yo— es maravilloso; san Sebastián, un santo enigmático, con el cuerpo traspasado por flechas.

—¿Lo crees así? ¿Conoces su historia? —A Karl le encantaba que yo le relatará las vidas de los santos.

—En aquellos primeros tiempos —le había comentado yo— nuestro catolicismo era denso y recargado y estaba tan repleto de normas que nos

parecíamos a los hasidim.

¡Cenizas, ese hombre convertido en cenizas! Sería un libro para exponerlo sobre la mesa de café, un regalo navideño, una obra que no podía faltar en ninguna biblioteca que se preciara y que los estudiantes de arte acabarían destruyendo al recortar las láminas. Aun así, nosotros haríamos que viviera siempre. El *San Sebastián* de Karl Wolfstan.

Me sumí en un estado de melancolía, en la sensación de limitación que había tenido la vida de Karl, una vida placentera y digna, pero no plena, no una vida regalada como había soñado yo

cuando me esforcé en aprender a tocar el violín, o como la que Lev, mi primer marido, seguía intentando mantener con cada poema que escribía.

Me detuve para escuchar.

No había ni rastro del violinista.

No oí ninguna música. Miré a un lado y otro de la calle. Observé los coches que pasaban frente a mí. No percibí música alguna ni el menor sonido que pudiera interpretarse como tal.

Pensé deliberadamente, con detenimiento, en él, en mi violinista, en el hecho de que con su nariz larga y estrecha y sus ojos hundidos quizás a

otra persona le resultara menos seductor. Aunque tal vez no fuera así, pues tenía una boca muy bien formada y sus ojos eran enormemente expresivos, como cuando los abría como platos en señal de asombro o los entornaba como si ocultara un secreto.

Una y otra vez, los angustiosos e insoportables retazos de recuerdos me amenazaron, deslizándose por mi mente: mi padre, enloquecido, arrancándose en su agonía el tubo de plástico de la nariz y apartando a la enfermera de un empujón... Todas esas imágenes acudieron a mí como impelidas por el viento. Sacudí la cabeza. Miré

alrededor. Luego sentí como si el entramado del presente deseara atraparme.

No obstante, lo rechacé.

Pensé de nuevo específicamente en él, en el fantasma, y reproduje en mi imaginación su figura alta y esbelta y el violín que sostenía, y traté de evocar, en la medida en que era capaz de hacerlo una mente tan poco musical como la mía, las melodías que había tocado. «Un fantasma, has visto a un fantasma», pensé.

Tenía los zapatos empapados y la lluvia arreció; el coche se acercó, y les dije que se fueran. Seguí caminando. Lo

hice porque sabía que, mientras caminara, ni la memoria ni el sueño lograrían apoderarse de mí.

Pensé mucho en él. Recordé todo cuanto pude: que llevaba una ropa discreta que se encuentra en las tiendas de prendas de segunda mano con mayor facilidad que la ropa informal o de moda, o que era muy alto; de hecho, calculé que debía de medir un metro ochenta de estatura y recordé que yo había tenido que alzar la cabeza para mirarlo, aunque en aquellos momentos no me había sentido inferior ni intimidada por él.

Hacia la medianoche regresé a casa,

y al subir por los escalones de la entrada oí que detrás de mí se paraba el coche junto al bordillo.

Althea apareció con una toalla en las manos.

—Entre, mi niña —dijo.

—Deberías estar ya en la cama —repliqué—. ¿Has visto a mi violinista? Ya sabes, a mi amigo, el músico que toca el violín.

—No, señora —contestó Althea, mientras me secaba el pelo—. Creo que lo ha ahuyentado para siempre. Dios sabe que Lcomb y yo estábamos dispuestos a derribar esa puerta, pero usted hizo lo que debía hacer. ¡Ha

desaparecido!

Me quité la gabardina y se la entregué a Althea. Luego subí a la habitación del piso superior.

El lecho de Karl. Nuestra habitación, constantemente iluminada por el letrero rojo de la floristería situada al otro lado de la calle, a través de capas y capas de encaje.

Un nuevo colchón y nuevos almohadones, pero, por supuesto, ni rastro de mi marido, ni un solo cabello. Sin embargo, el armazón de madera delicadamente tallada en el que habíamos hecho el amor, la cama que Karl me había comprado en los tiempos

felices, cuando el hecho de adquirir cosas le proporcionaba una gran satisfacción... ¿Por qué, por qué era tan divertido?, había preguntado yo. Me avergonzaba que aquel maravilloso mueble y aquel raro tejido me hicieran tan feliz.

Vislumbré al violinista fantasma, aunque no estaba allí. Me encontraba sola en la habitación.

—No, no has desaparecido —murmuré—. Estoy convencida de ello.

Pero ¿por qué no había de desaparecer? ¿Qué deuda tenía conmigo, un fantasma al que yo había insultado y maldecido? Además, hacía tres días que

habían incinerado a mi difunto esposo.
¿O eran cuatro?

Me eché a llorar. En la habitación ya no se percibía la dulce fragancia del cabello o la colonia de Karl. No olía a tinta y papel, ni a Balkan Sobranie, el tabaco que Karl se negaba a dejar de fumar, el que mi primer marido, Lev, siempre le enviaba desde Boston. Lev. Llama a Lev. Habla con Lev.

¿Por qué? ¿A qué obra pertenecía esta frase tan evocadora?: «Pero eso ocurrió en otro país; además, “la muchacha ha muerto”».

Una frase de Marlowe que había inspirado a Hemingway y a James

Baldwin y quién sabe a cuántos otros...

Murmuré una frase de *Hamlet*: «... el país ignoto de cuyos confines no regresa ningún viajero».

Percibí un reconfortante murmullo en la habitación, el rumor de las cortinas al agitarse, seguido por los crujidos y chirridos de las tablas del suelo que provoca la brisa al soplar sobre los ventanillos del ático.

Después reinó el silencio. Se produjo súbitamente, como si él hubiera aparecido y desaparecido teatralmente, y experimenté el vacío y la soledad insoportables de aquel momento.

Todas las convicciones filosóficas

que yo había sostenido no me servían de nada. Estaba sola. Eso era peor que los remordimientos y el dolor, y quizá fuera... no, no podía pensar.

Me tumbé sobre el nuevo edredón de raso y busqué la oscuridad total del cuerpo y el alma. Destierra todos los pensamientos. Deja que la noche constituya por una vez el techo que te cubre, más allá de la cual se extiende un firmamento liso y simple, tachonado de estrellas insignificantes y meramente sugestivas. No obstante, me resultaba tan imposible poner freno a mi mente como dejar de respirar.

Me aterrorizaba la idea de que mi

fantasma hubiera desaparecido para siempre. ¡Yo lo había ahuyentado! Me eché a llorar, y no paré de respirar ruidosamente y limpiarme la nariz. Me aterrorizaba la idea de no volver a verlo jamás, que hubiera desaparecido tan definitivamente como desaparecen los vivos, que yo hubiera arrojado este monstruoso tesoro a los cuatro vientos.

Dios mío, no, no, deja que regrese junto a mí. Si has decidido conservar a los otros eternamente a tu lado, lo comprendo, pero él es un fantasma, Dios santo. Deja que regrese junto a mí...

Noté que me hundía por debajo del nivel de las lágrimas y los sueños.

Entonces... ¿qué puedo decir? ¿Qué sabemos cuando no sabemos y no sentimos nada? Ojalá pudiéramos despertar de esos estados de amnesia con la certeza de que la vida no encierra ningún misterio, de que la crueldad es puramente impersonal, pero no es así.

Durante varias horas dejé de preocuparme por esas cosas.

Dormí.

Es cuanto sé. Dormí y me alejé todo lo posible de mis temores y mis tragedias, aferrándome con desesperación a una súplica: «Dios mío, deja que él regrese junto a mí».

¡Qué blasfemia!

Al día siguiente la casa estaba llena de parientes y amigos. Abrimos todas las puertas para que desde los dos salones delanteros que flanqueaban el amplio vestíbulo se viera el largo comedor, se circulara con facilidad sobre las diversas alfombras y se charlara animadamente como suele hacer la gente de Nueva Orleans cuando se produce una muerte, como si ésa hubiera sido la voluntad del difunto.

Me rodeaba una pequeña nube de

silencio. Todo el mundo creía que debía de estar mentalmente agotada, por decirlo así, tras haber pasado dos días con un cadáver, por no mencionar que me había largado del hospital sin decir palabra, de lo que Katrinka insistió en culpar a Rosalind, como si ésta me hubiera asesinado, cuando lo cierto es que nada estaba más lejos de la verdad.

Rosalind me preguntó una y otra vez, con su voz profunda y somnolienta, si me encontraba bien, a lo que respondí afirmativamente. Sin molestarse en disimularlo, Katrinka habló de mí con su marido. Glenn, mi querido cuñado y marido de Rosalind, parecía un juguete

roto, profundamente afectado por la pérdida que yo había sufrido pero incapaz de hacer otra cosa que permanecer pegado a mí. Pensé en lo mucho que los quería a ambos, a Rosalind y a Glenn, que no habían tenido hijos y regentaban la tienda Rosalind's Books and Records, donde era posible hallar una obra de Edgar Rice Burroughs en edición de bolsillo o un disco de 78 revoluciones grabado por Nelson Eddy.

La casa tenía un aspecto acogedor y reluciente como sólo esta casa podía tener, con sus numerosos espejos y ventanas y una vista de todo el paisaje

que la rodeaba. La gran ventaja del chalé era, precisamente, que desde el comedor, donde me encontraba en aquellos momentos, se podían ver, a través de las puertas y ventanas abiertas, los cuatro puntos cardinales, aunque se confundieran con los árboles y la tarde fresca y ventosa. Era maravilloso haber construido una casa tan abierta.

Habíamos pedido una cena succulenta, servida por una empresa de servicio de comidas a cuyo cargo estaba una mujer célebre por su tarta de chocolate. Lcomb, con las manos a la espalda, observaba con despecho al camarero negro que, elegantemente

uniformado, atendía el bar. No obstante, Lacomb se haría amigo de él. Trababa amistad con todo el mundo, o al menos con aquellos que lograban comprender lo que decía.

En cierto momento, Lacomb se acercó a mí con tanto sigilo que me sobresalté.

—¿Desea algo, jefa?

—Nos —respondí con una breve sonrisa—. No te emborraches demasiado pronto.

—Ya no es usted nada divertida, jefa —dijo Lacomb, alejándose con una expresión pícara.

No sentamos en torno a la larga y

estrecha mesa ovalada.

Rosalind, Glenn, además de Katrinka, sus dos hijas, su marido y muchos de nuestros primos, comieron copiosamente, yendo y viniendo con sus platos, pues había más comensales que sillas. Mi gente se mezcló fácilmente con los sociables Wolfstan.

Durante sus últimos meses de vida Karl había rogado a esos parientes que se abstuvieran de visitarlo. Al casarnos, Karl ya sabía que estaba enfermo, y deseaba que su enfermedad fuera un asunto privado. Su madre ya había regresado a Inglaterra, después de dejarlo todo organizado. Esos Wolfstan

—personas muy agradables, con el rostro un tanto reluciente, de claro origen germánico— lo contemplaban todo un poco sorprendidos y aturdidos, como si despertaran de un largo sueño, pero se sentían a sus anchas entre los bonitos muebles que Karl me había comprado: las sillas de patas curvadas y ornamentadas, las mesas con incrustaciones de madreperla, los escritorios y las cómodas taraceadas de carey y metal, y las antiguas alfombras de Aubusson, tan delgadas que al pisarlas daba la sensación de que eran de papel.

Ese lujo obedecía al más puro estilo

Wolfstan.

Todos tenían dinero. Siempre habían poseído casas en la avenida St. Charles. Descendían de alemanes acaudalados que habían emigrado a Nueva Orleans en los tiempos previos a la guerra civil y habían hecho fortuna con las fábricas de cigarros y cerveza, mucho antes de que mis míseros antepasados germanos e irlandeses llegaran a nuestras costas huyendo del hambre. Los Wolfstan poseían bienes raíces en lugares clave y los derechos de arrendamiento de viejos comercios y negocios.

Mi prima Sarah estaba sentada en silencio observando su plato. Era la

nieta más joven de la prima Sally, en cuyos brazos había muerto mi madre. Yo no retenía ninguna imagen de aquel momento. Por entonces Sarah aún no había nacido. Los otros primos Becker, y los que ostentaban nombres irlandeses, parecían un tanto perplejos entre aquel esmerado esplendor.

Toda la tarde la casa me pareció conmovedoramente hermosa. Me volví con frecuencia para contemplar nuestra imagen en el enorme espejo que cubría la pared del comedor, situado directamente ante la puerta de entrada, que reflejaba la imagen de todos los presentes.

Se trataba de un espejo muy antiguo; a mi madre le encantaba. No dejé de pensar en ella ni por un instante, y en varias ocasiones se me ocurrió que había sido ella, no Lily, la primera persona a quien yo había herido y decepcionado. Yo había cometido un error de cálculo, un error trágico, el peor de mi vida.

Estaba sumida en mis pensamientos, murmurando a veces tonterías para evitar que la gente se dirigiera a mí.

No podía dejar de pensar en mi madre cuando abandonó la casa aquella última tarde con mi padre, que había decidido llevarla, contra la voluntad de

ella, a casa de mi prima y madrina. Mi madre no quería sentirse avergonzada. Llevaba varias semanas borracha y nosotras no podíamos atenderla porque Katrinka, que tenía ocho años, había sufrido un grave ataque de apendicitis y prácticamente estaba muriendo, aunque yo lo ignoraba, en el hospital Mercy.

Por supuesto, Katrinka no murió. A veces me pregunto si el hecho de que no asistiera a la muerte de mi madre — ocurrió durante una larga enfermedad en la que mi hermana estuvo recluida— había influido en su carácter y la había convertido en una persona retorcida y recelosa de todo y de todos. Sin

embargo, no podía pensar en Katrinka. Yo arrastraba las inseguridades de Katrinka en torno a mi cuello como un pesado collar. Sabía lo que murmuraba en los rincones, pero me traía sin cuidado.

Pensaba en mi madre, a quien mi padre condujo por un sendero lateral hasta la calle Tres, mientras ella le rogaba que no la obligara a trasladarse a casa de sus primos. Mi madre no quería que su querida prima Sally la viera en aquel estado. Yo ni siquiera había ido a despedirme de ella, a darle un beso, a decirle unas palabras para tranquilizarla. Tenía a la sazón catorce

años. Ni siquiera recuerdo las circunstancias que hicieron que topara con ella en el sendero cuando mi padre se la llevaba de casa. No lograba recordarlo, y el horror de aquel episodio —el hecho de que mi madre hubiera muerto rodeada por Sally, Patsy y Charlie, sus primos— me atormentaba continuamente, y aunque ella los quería mucho y ellos a ella, ninguna de sus hijas había estado a su lado en aquellos momentos fatídicos.

Tuve la impresión de que iba a dejar de respirar.

Todos deambulaban libremente por la espaciosa casa y salían a los porches.

Aquella reunión familiar que se había postergado debido a mí me pareció el espectáculo grato y hermoso que se esperaba que fuera. Gocé contemplando las pulidas cómodas de patas altas y los sillones tapizados de terciopelo que Karl había colocado aquí y allá.

Mediante varias capas de laca Karl había conferido una superficie bruñida al viejo parqué que relucía bajo las imponentes arañas de Baccarat que mi padre se había negado a vender en su día, incluso cuando «no teníamos nada».

Durante la comida utilizamos la vajilla de plata de Karl, aunque supongo que debería decir nuestra vajilla, dado

que yo era su esposa y él la había comprado para mí. La cubertería presentaba un motivo denominado Amor Desarmado y había sido fabricada a principios de siglo por Reed & Barton, una empresa de toda la vida. Incluso las piezas nuevas estaban exquisitamente trabajadas, porque en cierto momento las novias se habían cansado de aquel diseño. Se podían adquirir piezas nuevas o antiguas. Karl coleccionaba esas piezas de plata, que guardaba en unos baúles.

Es una de las pocas cuberterías de plata que ostenta el dibujo de una figura entera, en este caso de una hermosa

mujer desnuda que aparece en cada una de las piezas, por grandes o pequeñas que sean.

Yo le tenía mucho cariño. Poseíamos más piezas de las que empleábamos normalmente, porque Karl había disfrutado coleccionándolas. Quise decirles que todos podían llevarse una pieza en recuerdo de Karl, pero me abstuve de hacerlo.

Comí y bebí sólo porque al hacerlo me libraba de tener que hablar. No obstante, el hecho de comer me parecía una traición monstruosa.

Había tenido esa misma sensación a raíz de la muerte de mi hija Lily.

Después de haberla enterrado en Oakland, en el cementerio de St. Mary, un lugar remoto y desconocido, lejos de casa, habíamos ido con mis suegros, los padres de Lev, a comer, y la comida se me había atragantado. Lo recuerdo con claridad: el viento agitaba con violencia las ramas de los árboles, y yo no dejaba de pensar en Lily, que yacía en su ataúd.

En aquellos momentos fue Lev quien se mostró más fuerte que yo, valiente y hermoso con su larga melena, el loco-poeta-profesor. Me ordenó que comiera sin rechistar, mientras él conversaba con los afligidos abuelos y aun con mi sombrío padre, que apenas abrió la

boca.

De pronto recordé que Katrinka quería mucho a Lily. ¿Cómo lo había olvidado? Me pareció un olvido horroroso. Lily, por su parte, adoraba a su hermosa y rubia tía Katrinka.

Katrinka había sufrido la muerte de Lily como todos nosotros. Faye, la dulce y generosa Faye, se había sentido aterrada por la enfermedad y la muerte de mi hija. Sin embargo, Katrinka siempre había estado al pie del cañón, en la habitación del hospital, en los pasillos, dispuesta a ayudar en lo que fuese. Eran los tiempos de California, y si algo los definía era el que todos

habíamos terminado por regresar.

Habíamos abandonado nuestra existencia californiana en las ciudades, junto a la bahía, para regresar a casa o mudarnos a otro lugar. Para entonces Faye ya se había marchado, nadie sabía adónde, y tal vez para siempre.

Hasta Lev había partido al fin de California, mucho después de casarse con Chelsea, su bonita novia y amiga mía. Creo recordar que habían tenido su primer hijo antes de que Lev comenzara a dar clases en un instituto de Nueva Inglaterra.

Experimenté una súbita sensación de felicidad al pensar en Lev, que tenía tres

hijos, varones, y aunque Chelsea llamaba con frecuencia para quejarse de que Lev era insoportable, aunque en realidad no lo era, y él llamaba a veces y entre lágrimas decía que debimos tratar de resolver nuestros problemas, yo no me arrepentía de que nos hubiésemos divorciado y sabía que, en el fondo, él tampoco. Me gustaba mirar las fotografías de sus tres hijos, y me gustaba leer los libros de Lev, unos tomos de poesía delgados, elegantes, que Lev publicaba cada dos o tres años y eran muy aclamados por la crítica y el público.

Mi Lev, el muchacho con el que me

había casado en el juzgado tras conocerlo en San Francisco, era un estudiante rebelde y bebedor de vino, cantante de canciones improvisadas en momentos de locura y aficionado a bailar a la luz de la luna. Comenzó a impartir clases en la universidad cuando Lily cayó enferma, y lo cierto es que jamás logró superar la muerte de ésta. Jamás. Ya no volvió a ser el mismo, y lo que buscó en Chelsea fue consuelo, y en mí, una aprobación fraternal del calor que ella le daba y de la sexualidad que él necesitaba desesperadamente.

Pero ¿por qué pensar en esas cosas? ¿Es esto tan distinto de las tragedias de

cualquier otra vida? ¿Es la muerte más endémica aquí que en cualquier otra familia numerosa?

Lev era profesor a tiempo completo, en ejercicio, feliz. Si yo se lo hubiese pedido, habría venido. La noche anterior, cuando estúpida y medio loca, caminé por la avenida bajo la lluvia, pude haberlo llamado. No le había comunicado la muerte de Karl. Hacía meses que no hablaba con él, aunque en esos momentos, sobre el escritorio del salón, había una carta suya sin abrir.

Yo no podía librarme de todo aquello. Era como cuando acometen los temblores. Cuanto más profundamente

me sumía en esos pensamientos sobre mi madre, sobre Lily, sobre mi exmarido Lev, más intensamente recordaba de nuevo aquella música, el desesperado violín, y comprendí que evocaba esos recuerdos insoportables de forma compulsiva, como si me obligaran a contemplar las heridas de las víctimas que había asesinado yo misma. Era una especie de estado de trance.

Quizás a partir de ahora esos trances se produjeran siempre a raíz de una muerte, a medida que las muertes fueran acumulándose. Al llorar la muerte de uno, lloraba por todos. Pensé de nuevo en lo estúpida que había sido al creer

que haber dejado morir a Lily había sido mi primer crimen horrendo. Estaba perfectamente claro que varios años antes de que muriera Lily yo había abandonado a mi madre.

Dieron las cinco. Fuera comenzaba a oscurecer. El estrépito de la avenida se intensificó. Todas las habitaciones grandes presentaban un aspecto más festivo, y la gente, que ya había bebido bastante vino, charlaba animadamente, como suele hacerse en Nueva Orleans después de una muerte, en la creencia tal vez de que hablar en voz baja, tal como hacen en California, es una ofensa para el difunto.

California. Lily estaba enterrada allí, en lo alto de una colina, ¿por qué? Nadie visitaría su tumba. ¡Dios santo, Lily! No obstante, cada vez que pensaba en trasladar sus restos a casa tenía la siniestra idea de que, cuando el ataúd llegara a Nueva Orleans, yo tendría que mirar en su interior. Lily, muerta antes de su sexto aniversario, llevaba enterrada más de veinte años. Yo no podía concebir siquiera semejante espectáculo: una niña embalsamada cubierta de moho verde.

Me estremecí. Pensé que iba a ponerme a gritar.

Había llegado Grady Dubosson, mi

amigo y abogado, el leal asesor de Karl y de su madre. La señorita Hardy también estaba presente —había sido la primera en llegar—, al igual que otras mujeres integrantes de la Asociación para la Conservación de Edificios, todas ellas damas refinadas y elegantes.

—Nos gustaría tener algo —dijo Connie Wolfstan—, un pequeño detalle que no te importe darnos, para recordarlo... No sé... sólo para nosotros cuatro.

Me sentí aliviada.

—La vajilla de plata —repuse—. Hay muchas piezas, y a Karl le encantaba. Mantenía correspondencia

con numerosos vendedores de plata de todo el país porque quería adquirir la colección completa de Amor Desarmado. ¿Veis este pequeño tenedor?, es para las fresas.

—¿De veras no te importaría darnos una pieza a cada uno...?

—Dios mío, temía que debido a su enfermedad no os atrevierais a pedírmelo. Hay muchas, suficientes para todos.

De repente un ruido nos interrumpió. Alguien se había caído. Yo sabía que ese primo era uno de los pocos que estaba emparentado tanto con los Becker de mi familia como con los Wolfstan de

la familia de Karl, pero no recordaba su nombre.

Había bebido demasiado, pobre hombre, y advertí que su mujer estaba furiosa. Lo ayudaron a levantarse. En sus pantalones grises había unas manchas húmedas.

Yo deseaba decir algo sobre la vajilla. Oí a Katrinka preguntar a alguien:

—¿Qué quieren llevarse?

En el preciso instante en que Althea pasaba por mi lado, solté:

—Ya sabes dónde está guardada su vajilla de plata. Dale una pieza a cada miembro de su familia.

Katrinka me miró furibunda y advertí que me sonrojaba. Mi hermana dijo que la plata formaba parte de los bienes comunes.

Por primera vez caí en la cuenta de que tarde o temprano esa gente se marcharía, que me quedaría sola y que el violinista seguramente no regresaría; entonces, al comprender, con desesperación, el alivio que me producía su música y lo maravillosamente que me había guiado a través de mis recuerdos, me sentí confusa y comencé a sacudir la cabeza, lo que sin duda debió de extrañar a todos.

¿Qué llevaba puesto yo? Bajé la vista. Una falda larga y amplia, una blusa con volantes y un chaleco de terciopelo que disimulaba mi gordura; lo llamaban «el uniforme de Triana».

En el estudio estalló un tumulto. Althea había sacado la vajilla de plata. Katrinka estaba diciendo algo hiriente y desagradable a la pobre y acongojada Rosalind, quien, con los ojos oscuros dirigidos hacia el techo y las gafas sobre la punta de la nariz, parecía perdida y necesitada de ayuda.

Mi prima Barbara se inclinó para besarme. Tenían que irse. Su marido no podía conducir cuando había

anochecido; mejor dicho, no debía hacerlo. Dije que lo comprendía. La abracé afectuosamente por unos instantes oprimiendo los labios contra su mejilla. Entonces, sentí como si besara a mi madre, a mi tía abuela, ya difunta, y a mi abuela, que había sido hermana de esa mujer.

De golpe, Katrinka se volvió bruscamente, golpeándome en el hombro, y gritó:

—¡Están saqueando el estudio!

Me levanté y me llevé un dedo a los labios para indicarle que se callara, lo que, sin duda, no la calmaría, sino que la enfurecería aún más. No me equivoqué.

Katrinka retrocedió. Una de las tías de Karl se acercó para besarme y darme las gracias por la cucharita de té que sostenía en la mano.

—Le haría muy feliz... —dije. Karl tenía la costumbre de enviar a la gente piezas de Amor Desarmado como regalo, acompañadas de una nota que rezaba: «Si no te gusta este diseño, no dejes de decírmelo porque corres el riesgo de que no pare de darte piezas de éstas». Creo que traté de explicar eso, pero me costaba mucho pronunciar palabra alguna. Me alejé, utilizando a esa persona como medio de escape, acompañándola a la puerta, y, aunque

los otros agitaron la mano para despedirse mientras bajaban por los escalones, crucé el porche a toda prisa y me asomé a la avenida.

Él no estaba allí. Era probable que nunca hubiese existido. Con una fuerza que me dejó conmovida, pensé en mi madre, pero no en el día anterior a su muerte, sino en otra ocasión, cuando organicé una fiesta de cumpleaños para una de mis amigas. Mi madre llevaba varias semanas bebiendo, encerrada en el dormitorio situado en un costado de la casa, borracha como una cuba, y no recobraba la lucidez hasta altas horas de la madrugada, cuando se ponía a

deambular por la casa; de pronto, apareció en plena fiesta.

Salió al porche, trastornada, con un aspecto parecido a la extraña rival de Jane Eyre, la loca que permanecía encerrada en el ático de Rochester. Conseguimos hacer que entrara de nuevo, pero ¿me comporté amablemente con ella?, ¿la besé? No lo recuerdo. Era indignante pensar que yo era tan joven y egoísta, pero entonces, con una fuerza contundente, recordé de nuevo que la había dejado marchar, que había permitido que muriese alcoholizada y sola, acompañada por unos primos ante quienes se sentía avergonzada.

¿Qué era el asesinato de Lily, el fallo que suponía el no haberla salvado comparado con esto?

Me agarré a la barandilla. La casa estaba quedando vacía.

El violinista no era sino un producto de mi locura, una música que yo había imaginado, salvaje, hermosa, reconfortante, engendrada subconscientemente por una persona corriente y desesperada, sin el menor talento musical, demasiado vulgar en todos los aspectos para disfrutar de la fortuna que había heredado.

Dios mío, quería morirme. Sabía dónde estaba la pistola, y pensé que si

esperaba unas pocas semanas, todo el mundo se sentiría más animado. Si lo hacía en ese momento, en cambio, culparían a uno u otro. ¿Y si Faye estaba viva en algún sitio y al regresar a casa se encontraba con que su hermana mayor había cometido esa locura y se culpaba por ello? ¡Ni hablar!

Todo eran besos, manos que se agitaban despidiéndose de mí, una repentina lluvia de un perfume delicioso, el de Gertrude, la tía de Karl, y luego la mano suave y arrugada de su marido.

En una ocasión, cuando ya no podía volverse en la cama sin ayuda, Karl

había murmurado:

—Al menos nunca sabré qué significa ser viejo, ¿verdad, Triana?

Me volví y contemplé el césped que se extendía junto a la casa. Las luces de la floristería iluminaban la hierba mojada y los ladrillos húmedos, y traté de calcular el emplazamiento del sendero por el que mi madre había descendido el último día en que la vi. Ya no existía. Durante los años que pasamos en California, cuando mi padre estaba casado con su esposa protestante —fuera de la Iglesia, pero sin dejar de rezar el rosario cada noche; sin duda, un alma condenada que le hacía la vida

imposible a su mujer—, habían construido un garaje. La moda del automóvil había llegado incluso a Nueva Orleans, por lo que ante la tumba de mi madre ya no había una vieja puerta de madera: su puerta a la eternidad.

Las lágrimas me ahogaban y traté de recuperar el resuello. Me volví y dirigí la vista a lo largo del porche. Había gente por todas partes. Sin embargo, pude imaginar perfectamente a mi madre la noche en que apareció en el porche. Mi madre había sido muy guapa, mucho más hermosa que sus hijas en todos los aspectos; aquella noche su rostro mostraba una expresión enloquecida,

como si se sintiera perdida entre aquellos adolescentes que celebraban una fiesta, tras haber despertado de un sueño étlico, sin saber dónde se encontraba, sin amigos, a pocas semanas de su muerte.

Traté de dominarme.

—... todo lo que hiciste por él —
dijo una voz.

—¿Por quién? —pregunté.

—Por papá —contestó Rosalind—;
y luego cuidaste de Karl.

—No hables de eso. Cuando me muera quiero ir al bosque sola. —O utilizar la pistola dentro de unos días.

—Eso queríamos todos —replicó

Rosalind—. Pero un día te caes y te rompes la cadera como papá y te meten en la cama lleno de agujas y tubos, o te pasa como a Karl, te dicen que tomes otra ronda de drogas y que quizá...

Rosalind siguió hablando sin solución de continuidad, como tenía por costumbre; Rosalind, la enfermera y la persona que había compartido conmigo todas las cosas morbosas, porque somos dos hermanas que nacimos en años distintos pero ambas en el mes de octubre.

Vi a Lily con toda nitidez en su ataúd; la imaginé cubierta de moho, con su carita redonda, su mano rolliza y

diminuta sobre el pecho, su vestido de baile campestre, el último que yo le había planchado, y a mi padre diciendo que eso lo harían en la funeraria; pero quería plancharlo yo misma, el último vestido. Tiempo después Lev comentó algo sobre su nueva esposa, Chelsea:

—La necesito, Triana, la necesito. Me recuerda a Lily. Es como si hubiera recobrado a Lily.

Respondí que lo comprendía.

Creo que estaba atontada. Es la única palabra que se me ocurre para describir cómo me sentí cuando me quedé sentada en la otra habitación mientras Chelsea y Lev hacían el amor;

luego entraron me besaron, y ella dijo que yo era la mujer más extraordinaria que había conocido.

¡Vaya si tuvo gracia!

Noté que iba a echarme a llorar. ¡Qué desastre! Las portezuelas de los coches se cerraban y unas sombras oscuras de gente que se despedía con la mano se recortaron contra la fachada de la floristería.

Grady me llamó para que entrara en la casa. Oí a Katrinka. Bien, había llegado el momento.

Me volví y crucé el húmedo porche, pasé por delante de las mecedoras cubiertas de gotas de lluvia y me asomé

al amplio pasillo. La imagen era preciosa, porque en el gran espejo situado al fondo, en la pared del comedor, se reflejaban las dos arañas, la pequeña que colgaba en el vestíbulo y la grande del comedor, lo que producía la impresión de contemplar un corredor de proporciones descomunales.

Mi padre nos había soltado varios sermones sobre la importancia de esas arañas, sobre el cariño que les tenía mi madre, y nos había asegurado que él jamás sería capaz de venderlas. Jamás. Es curioso, pero no recuerdo quién le pidió que lo hiciera, ni cuándo ni cómo. Porque a raíz de la muerte de mi madre,

después de que mis hermanas y yo nos hubiéramos marchado, las cosas le habían ido muy bien a mi padre, y mi madre nunca habría permitido que nadie tocara sus tesoros.

La casa estaba casi desierta.

Entré. Me sentía rara. Era como si estuviese congelada dentro de una forma extraña y la voz que brotaba de mis labios no fuera la mía. Katrinka estaba llorando mientras sostenía un pañuelo en el que había hecho un nudo.

Seguí a Grady hasta el cuarto de estar, donde se hallaba el alto escritorio situado entre los ventanales delanteros.

—No dejo de recordar cosas, unas

cosas terribles —dije—. Quizá sea para huir del presente, pero Karl murió en paz, no sufrió tanto como temíamos, él, nosotros...

—Siéntate, querida —dijo Grady—. Tu hermana está decidida a hablar del tema de esta casa ahora mismo. Por lo visto se sintió ofendida por el testamento de vuestro padre, tal como me comentaste, y sostiene que tiene derecho a una parte de la venta de la casa.

Katrinka lo miró asombrada. Martin, su marido, meneó la cabeza y se volvió hacia Glenn, el marido de Rosalind, un hombre de carácter afable.

—Bien, Katrinka, cuando muera tendrá derecho a eso —respondí.

Levanté la vista. Mis palabras habían silenciado a todo el mundo. Supongo que por haber hablado de mi muerte de manera tan directa.

Katrinka se cubrió la cara con las manos y se volvió. Rosalind se limitó a pestañear.

—Yo no quiero nada —declaró con su voz grave y estentórea.

Glenn le hizo a Katrinka un áspero comentario en voz baja que suscitó una enérgica protesta por parte de Martin.

—Vayamos al grano, señoras —dijo Grady—. Triana, tú y yo ya hemos

hablado de ese momento. Estamos perfectamente preparados para afrontarlo.

—¿Ah, sí? —pregunté con aire ausente. Los veía a todos. Sabía que no existía el menor peligro de que alguien vendiera la casa. No me cabía duda. Sabía cosas que todos excepto, quizá, Grady ignoraban; pero no era eso lo que me preocupaba, sino que mi violinista me había consolado cuando yo me había puesto a pensar en los muertos enterrados en la esponjosa tierra, y al parecer lo había imaginado, ¡era un producto de mi imaginación!

Había habido una conversación, sin

duda prueba de mi locura. Él había dicho que quería hacerme enloquecer, pero era mentira. Lo que me había traído era un bálsamo, un ungüento, unos besos consoladores. Su música lo sabía. Su música no mentía. Su música...

Grady me tocó la mano. Martin, el marido de Katrinka, comentó que ése no era el momento oportuno, y Glenn dijo lo mismo, pero esas palabras no surtieron el menor efecto.

Señor, nacer sin talento es una tragedia, pero poseer una imaginación macabra y febril es una maldición. Miré el enorme cuadro de san Sebastián colgado sobre la chimenea. Era uno de

los tesoros más preciados de Karl, el original de la lámina que él deseaba poner en la cubierta de su libro.

Atado a un árbol y traspasado por numerosas flechas, el santo mártir resultaba maravillosamente erótico.

En la otra pared, sobre el sofá, había un gran cuadro de flores. Muy parecido a Monet, según decían.

Era un cuadro que Lev había pintado para mí y me había enviado de Providence, Rhode Island, donde había impartido clases en Brown. Lev y Katrinka, Lev y Chelsea.

Katrinka sólo tenía dieciocho años. Jamás debí dejar que las cosas llegaran

a ese extremo; yo tuve la culpa de que Katrinka se liara con Lev; él se sintió avergonzado, y ella... ¿qué me dijo después?, ¿que cuando una mujer estaba tan preñada como yo, que esas cosas...? No, se lo dije yo a ella, le dije que no se preocupara, que lo sentía, que yo, que él...

Alcé la vista y la miré. Aquella mujer esbelta y angustiada era muy distinta de mi solemne y silenciosa hermana Katrinka. Katrinka, que siendo una niña, había llegado un día a casa con mi madre, y ésta, borracha, había perdido el conocimiento en el porche, con las llaves en el bolso, y la pequeña

Katrinka, de apenas seis años, se había quedado seis horas sentada en el porche esperando que yo llegase a casa porque le daba vergüenza pedir a alguien que la ayudara; una niña de corta edad sentada junto a esa mujer que yacía en el suelo, esperando en el porche. «Se cayó cuando nos apeamos del trolebús, pero se levantó».

¡Vergüenza, remordimientos, mutilación, dolor, vanidad!

Observé la superficie de la mesa. Vi mis manos, el talonario de vinilo azul u otro material viscoso y tremendamente resistente y feo, un talonario largo y rectangular, de lo más corriente, con los

cheques bancarios en un lado y, en el otro, un pequeño librito para anotar los números de talón y las cantidades.

Soy una persona que nunca se molesta en anotar los cheques que extiendo. Sin embargo, eso carecía de importancia. No poseo ningún talento para los números ni para la música. Mozart era capaz de tocar el piano con los ojos vendados y probablemente fuese un genio de las matemáticas, pero Beethoven no era un hombre muy inteligente, era un tipo muy distinto de...

—Triana.

—Sí, Grady.

Traté de prestar atención a las

palabras de Grady.

Según dijo el abogado, Katrinka quería que vendiéramos la casa y repartiésemos la herencia. Quería que yo renunciara a mi derecho a permanecer en la casa hasta que muriese —el término legal es «usufructo»—, a utilizarla hasta mi muerte, lo cual era un derecho que compartía con Faye. Pero ¿cómo iba yo a hacer eso cuando Faye había desaparecido? Grady abordó el tema empleando ciertos tecnicismos, y con su maravilloso acento sureño dijo que se habían realizado varios intentos de localizar a Faye, dando por supuesto que ella estaba perfectamente. El acento

de Grady era típico en parte de la región del Misisipí y en parte de Luisiana, e invariablemente melodioso.

En cierta ocasión Katrinka me contó que una vez nuestra madre había dejado a Faye, que aún no había cumplido dos años y apenas se sostenía sentada, en la bañera y «se había quedado dormida», lo que significaba que estaba borracha. Katrinka había hallado a Faye sentada en la bañera, chapoteando alegremente, rodeada de excrementos. En fin, son cosas que ocurren, ¿no?, y además, por aquel entonces Katrinka era muy pequeña. Yo había llegado a casa rendida. Arrojé los libros de texto sobre

la mesa. ¡No quería saber nada! La casa estaba oscura y fría. Mis hermanas eran demasiado pequeñas para encender los calentadores de gas, que carecían de luz piloto y eran tan peligrosos que habrían podido prender fuego a la casa. ¡Estaba helada! ¡Basta! Puesto que ellas eran tan pequeñas y la otra estaba borracha existía el peligro de que se produjera un incendio... Basta.

¡Ahora las cosas han cambiado!

—Faye está viva —musité—.

Está... en alguna parte.

Nadie me oyó.

Grady ya había extendido el cheque.

Lo puso delante de mí.

—¿Quieres que diga lo que me pediste que dijera? —preguntó. Era un asunto confidencial y le agradecí su discreción.

De repente lo recordé. Claro, lo había planeado yo, furiosa y fríamente, un día oscuro y sombrío en que a Karl le resultaba doloroso incluso el simple hecho de respirar, y decidí que a mi hermana, a mi pobre y huérfana hermana Katrinka, yo le haría esto. Lo teníamos todo previsto. Se lo había dicho a Grady, quien no tuvo más remedio que seguir mis instrucciones, aparte de que lo consideraba muy prudente, y dijo que tenía que leer una breve declaración.

—¿Cuánto calcula que vale esta casa, señora Russell? —preguntó a Katrinka—. ¿Qué cantidad estimaría?

—Como mínimo un millón de dólares —contestó Katrinka, lo cual era absurdo porque en Nueva Orleans había muchas mansiones más grandes y suntuosas que estaban en venta y, para asombro de Karl, no valían esa suma. Además, Katrinka y Martin, que se dedicaba a los negocios inmobiliarios, lo sabían mejor que nadie, dado que en el centro de la ciudad poseían su propia empresa, y ésta iba viento en popa.

Miré a Rosalind. En los años sombríos Rosalind se dedicaba a leer

libros y a soñar. Echaba un vistazo a nuestra madre, que estaba postrada en la cama, borracha perdida, y se metía en su habitación con sus libros. Había leído a Edgar Rice Burroughs, los relatos de *John Carter of Mars*. Por aquel entonces Rosalind tenía un cuerpo magníficamente proporcionado y una hermosa cabellera negra y rizada. Mis hermanas y yo no estábamos nada mal. Cada una tenía el pelo de un color distinto del de las otras.

—Triana.

Mi madre conservó su belleza hasta el momento de morir. Llamaron de la funeraria y dijeron que se había tragado

la lengua. ¿Qué significaba aquello? Los primos en cuya casa había fallecido hacía varios años que no la veían, y mi madre había muerto en sus brazos, con su largo cabello castaño todavía espeso y reluciente, sin una sola cana, lo recuerdo muy bien, y su amplia frente. No es fácil ser bella teniendo una frente tan amplia, pero ella lo era. El último día, cuando bajó por el sendero, llevaba el cabello cepillado y sujeto con unas horquillas. ¿Quién la había peinado?

Mi madre sólo se había cortado el pelo muy corto en una ocasión. No obstante, eso había ocurrido hacía muchos años. Yo había regresado de la

escuela. Katrinka todavía era un bebé y se pasaba el día correteando vestida con unas braguitas rosadas, como solían hacer los niños en aquella época, debido al agobiante calor del sur. A nadie se le ocurría vestir a los niños con trajes de marca. Entonces mi madre me dijo discretamente que se había cortado el pelo, que lo había vendido.

¿Qué debía decirle yo? ¿La tranquilicé asegurándole que estaba muy guapa, que no importaba? No logro recordarla con el pelo corto. Sólo al cabo de varios años comprendí que mi madre había vendido su cabello para comprar licor. ¡Dios santo!

Quise preguntar a Rosalind qué opinaba, si creía que era un pecado imperdonable no haberme despedido de nuestra madre. Sin embargo, fui incapaz de hacer algo tan egoísta. Miré a Rosalind, que observaba angustiada a Grady y a Katrinka.

Rosalind tenía sus propios recuerdos, terribles y dolorosos, que la impulsaban a beber y a llorar desconsoladamente. Un día, antes de que nuestra madre muriera, Rosalind topó con ella en los escalones de la entrada. Nuestra madre llevaba en la mano una botella plana envuelta en papel marrón, como solían hacerlo en ciertas tiendas

de licor, y Rosalind la llamó «borracha», como más tarde me lo confesó entre sollozos. Yo le repetí una y otra vez: «Ella no lo sabía, te ha perdonado, lo ha comprendido, no te atormentes más, Rosalind». En esa triste historia, mi madre, que nunca se había cortado un pelo, se limitó a sonreír a la joven Rosalind, una chiquilla de sólo diecisiete años, dos más que yo.

¡Madre! ¡Me muero!

Respiré hondo.

—¿Quieres que lea la declaración?

—preguntó Grady—. Querías que finiquitase el asunto. ¿Deseas quizá...?

—Una palabra moderna, finiquitar

—solté.

—Estás loca —dijo Katrinka—. Estabas loca cuando dejaste que Lev se marchara... lo arrojaste en brazos de Chelsea... Estabas loca cuando cuidaste de nuestro padre; no era necesario que le administraras tantas medicinas, no hacía falta que contratases a tantas enfermeras ni que instalaras aparatos de oxígeno y gastaras hasta el último centavo de papá. No tenías por qué hacer eso; lo hiciste porque te remordía la conciencia y lo sabes. Te remordía debido a Lily... —Su voz se quebró al pronunciar el nombre de Lily.

Fijaos en sus lágrimas.

Ni siquiera en ese momento podía Katrinka pronunciar el nombre de Lily sin romper a llorar.

—Tú hiciste que Faye se marchara —prosiguió Katrinka. Tenía la cara roja, hinchada, y en ella se revelaba una expresión infantil, frenética—. ¡Y fue una locura casarte con un hombre que tenía un pie en la tumba! Fue una locura traer a un moribundo aquí; me da igual que tuviera dinero, que arreglara la casa, que... No tienes derecho, no tienes ningún derecho a hacer esas cosas...

Varias voces la hicieron callar. Katrinka tenía un aspecto desvalido. Incluso su marido, Martin, se enfadó con

ella; él la intimidaba, y Katrinka no soportaba disgustarle. Qué diminuta parecía; ella y Faye eran tan menudas y delgadas que parecían las eternas huerfanitas. Me habría gustado que Rosalind se hubiera acercado a ella y la hubiera abrazado, tranquilizado. Yo era incapaz... incapaz de tocarla.

—Triana —dijo Grady—. ¿Quieres seguir adelante y hacer ahora esta declaración, tal como teníamos previsto?

—¿Qué declaración? —pregunté mirando a Grady. Era algo mezquino, cruel y terrible. De pronto lo recordé: la declaración, la importante declaración,

de la que yo había escrito numerosos borradores.

Katrinka no tenía la menor idea de cuánto dinero me había dejado Karl, ni remota idea de cuánto dinero compartiría yo un día con ella, Rosalind y Faye, y yo había jurado que si ella hacía semejante atrocidad le entregaríamos un cheque, un impresionante cheque por un millón de dólares y cero centavos, redondo, y que a cambio le exigiría la promesa de que jamás volvería a dirigirme la palabra. Era un plan concebido en la parte oscura y despiadada del corazón.

Entonces Katrinka caería en la

cuenta de lo estúpida que había sido. Sí, y yo la miraría a los ojos y recordaría todas las cosas crueles que me había dicho, todas las mezquindades, las bajezas odiosas que se dicen a veces las hermanas, y su afecto hacia Lev, su afán de «consolarlo» mientras Lily se moría, seguramente como Chelsea... pero no.

—Katrinka —murmuré. Miré a mi hermana. Ella se volvió hacia mí sollozando como un bebé, con el rostro encendido y pálido como la cera a excepción de las mejillas rojas, igual que una niña. Imaginaos a una niña pequeña sentada en el patio de la escuela con su madre, y que su madre

está borracha y todo el mundo lo sabe, y que la niña está abrazada a ella, y luego regresa a casa con esa borracha en el trolebús y...

Un día, al llegar al hospital, me encontré con Katrinka en ese estado, roja como un tomate y llorando.

Veinte minutos antes de hacerle los análisis de sangre le han dicho a Lily lo que le iban a hacer. ¿Por qué? Este lugar es como una cámara de tortura. No era necesario que se lo dijeran veinte minutos antes de...

¡Hay que ver la de lágrimas que Katrinka había derramado por mi hija!

Lily tenía la cara vuelta hacia la

pared; mi hija de cinco años, casi muerta, falleció a las pocas semanas. Katrinka la quería muchísimo.

—Grady, entrégale el cheque —dije rápidamente, alzando la voz—. Se trata de un regalo, Katrinka. Karl lo dispuso así. Podemos obviar el discurso, no tiene sentido; dale el regalo que Karl dispuso para ella.

Observé que Grady soltaba un suspiro de alivio por no tener que oír palabras ásperas y melodramáticas, aunque sabía que Karl jamás había visto a Katrinka y no había dispuesto que le entregáramos ningún regalo de su parte...

—Pero ¿no quieres que sepa que el regalo proviene de ti?

—No —susurré para que sólo Grady me oyera—. Ella no lo aceptaría, no podría aceptarlo. No lo comprendes. Dale a Rosalind su cheque, por favor —dije.

Ese cheque no conllevaba ninguna condición, sino que estaba tan sólo destinado a ser una espléndida sorpresa. Karl estimaba mucho a Rosalind y a Glenn, y les había arrendado la pequeña tienda, Rosalind's Books and Records.

—Dile que es de Karl —le pedí—. Te lo ruego.

Katrinka se acercó a la mesa con el

cheque en la mano. No dejaba de sollozar como una niña y noté lo flaca que estaba y los signos de sus forcejeos contra los estragos de la edad, como los teníamos todos. Había heredado los rasgos de la familia de nuestro padre, los Becker: ojos levemente saltones y naricilla graciosa pero ganchuda. Poseía el toque de la belleza semita, una gravedad que confería cierto atractivo a su rostro cubierto de lágrimas. Tenía el pelo rubio y los ojos azules. No paraba de temblar y de menear la cabeza. De sus ojos cerrados seguía manando un torrente de lágrimas. Mi padre le había repetido innumerables veces que, de

nosotras, era la única realmente guapa.

Creo que perdí el equilibrio.

Grady se apresuró a sujetarme.

Rosalind murmuró algo que no llegamos a oír debido a su falta de confianza en sí misma. Pobre Roz, tener que soportar eso.

—No puedes extender un cheque por esa cantidad —dijo Katrinka—. ¡Un millón de dólares!

Rosalind sostenía el talón que Grady había depositado en sus manos. No salía de su estupor, al igual que Glenn, que estaba junto a ella, contemplándolo como si fuera un prodigio: un cheque por un millón de dólares.

La declaración, el discurso, las palabras que había ensayado, furiosa, para dirigírselas a Katrinka —«jamás trates de ponerte en contacto conmigo ni vuelvas a pisar esta casa ni vuelvas...»— se habían evaporado.

Recordé el pasillo del hospital. Katrinka lloraba sin parar. En la habitación, el extraño sacerdote californiano bautizó a Lily con el agua contenida en un vasito de cartón. ¿Pensaba mi amado y ateo Lev que yo era una cobarde? En aquellos momentos Katrinka lloró como lo hacía ahora, derramando lágrimas sinceras por la hija que yo había perdido, nuestra Lily,

nuestra madre, nuestro padre.

—Siempre fuiste... muy buena con ella —dije.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Katrinka—. ¡No tienes un millón de dólares! ¿Qué dice esta loca? ¿Qué es esto? ¿Acaso supone que...?

—Señora Russell, permítame —empezó a decir Grady. Luego me miró y, antes de que yo asintiera con la cabeza, prosiguió—: Su hermana goza de una posición muy desahogada gracias a la generosidad de su difunto esposo, quien lo decidió todo antes de su muerte y con el conocimiento de su madre; las disposiciones no incluyen testamento ni

instrumento alguno de ese género, y pueden ser impugnadas por cualquier miembro de la familia Wolfstan.

»No obstante, la señora Wolfstan firmó numerosos documentos antes de morir Karl, de forma que nadie pusiera en entredicho esas disposiciones tras el fallecimiento de su hijo, y pudieran ejecutarse a la mayor brevedad. —Hizo una pausa y añadió—: No cabe la menor duda acerca de la validez y la integridad del cheque que sostiene usted en la mano. Es un regalo de su hermana que ella desea que acepte como la parte que le corresponde del posible valor de la casa, y debo decir, señora Russell, que

no creo que esta vivienda, pese a su encanto, pueda venderse por un millón de dólares, a pesar de lo cual sostiene usted en la mano un cheque por esa suma, aunque, como sabe, tiene tres hermanas.

Rosalind emitió un breve gemido.

—No es necesario que lo hagas —intervino.

—Fue cosa de Karl —señalé—. Karl quiso que yo pudiera...

—Ah, sí, que fuera posible —se apresuró a decir Grady, tratando torpemente de cumplir el último encargo que yo le había hecho, al comprender que no había procedido de acuerdo con

mis instrucciones y sentirse perdido por unos instantes, como si lo hubieran pillado en falta—. Fue voluntad de Karl que Triana pudiera hacer un regalo a cada una de sus hermanas.

—Escucha —terció Roz—, ¿cuánto te ha dejado? No tienes que darnos nada. No tienes que darnos nada ni a ella ni a mí ni a nadie. No es preciso... Mira, si él te ha dejado...

—No tienes la menor idea —respondí—. De veras, hay mucho dinero. Muchísimo, así de sencillo.

Rosalind se reclinó en el sillón, enarcó las cejas y observó el cheque a través de las gafas. Glenn, su alto y

esbelto marido estaba boquiabierto, conmovido, asombrado, confuso por cuanto lo rodeaba.

Alcé la vista y miré a la dolida y temblorosa Katrinka.

—No te preocupes, Trink —dije—. No tendrás que volver a preocuparte por nada.

—¡Estás loca! —contestó Katrinka. Su marido le cogió la mano.

—Señora Russell —dijo Grady dirigiéndose a Katrinka—, permítame recomendarle que lleve el cheque mañana al Whitney Bank y lo ingrese en su cuenta, como haría con cualquier otro talón. Le complacerá saber que puede

disponer de sus fondos de inmediato. Se trata de un regalo y no tendrá que pagar impuestos, pues está exento de ellos. Ahora bien, le agradecería que hiciera una declaración con respecto a esta casa, en el sentido de que en el futuro se abstendrá de...

—Ahora no —intervine yo—. No importa.

Rosalind se inclinó de nuevo hacia mí.

—Quiero saber cuánto te cuesta hacer esto por mí y por ella.

—Señora Bertrand —dijo Grady dirigiéndose a Rosalind—, créame, su hermana goza de una posición más que

acomodada. Además, y tal vez esto consiga aclararle lo que pretendo exponer con la máxima delicadeza, el difunto señor Wolfstan también donó al museo municipal una nueva sala que estará totalmente dedicada a pinturas de san Sebastián.

Atribulado, Glenn sacudió la cabeza y dijo:

—No, no podemos aceptarlo.

Katrinka entornó los ojos como si sospechara un complot.

Traté de pronunciar unas palabras, pero me fue imposible. Hice un gesto a Grady y articulé en silencio la palabra «explícaselo». Luego me encogí

abiertamente de hombros.

—Señoras —dijo Grady—, permítanme que les asegure que el señor Wolfstan dejó una importante suma de dinero a su esposa. En realidad, y para ser absolutamente francos, estos cheques no tienen la menor importancia.

El momento había pasado.

Así, sin más. Había pasado.

Nadie había pronunciado el terrible discurso dirigido a Katrinka —«coge este millón y no vuelvas...»—, ni había experimentado el amargo trance de caer en la cuenta de que su odio la había llevado a renunciar a su parte correspondiente en algo de mayor

envergadura.

El momento había pasado. La oportunidad se había desvanecido.

Sin embargo, fue más desagradable de lo que yo había imaginado, porque ella me miró con odio, como si deseara escupirme en la cara, aunque ambas sabíamos que no existía la menor probabilidad de que se arriesgara a perder un millón de dólares.

—Bien, Glenn y yo te damos las gracias por este regalo —dijo Roz con voz grave y solemne—. Sinceramente, jamás esperé recibir un centavo de Karl Wolfstan, y ha sido muy amable y generoso de su parte, pero ¿está seguro,

Grady? ¿Nos ha dicho usted la verdad?

—Oh, sí, señora Bertrand, su hermana es una mujer rica, muy rica...

Tuve una visión de billetes de un dólar. Los vi precipitarse volando hacia mí, cada billete provisto de unas alitas. Fue una visión absurda, pero creo que por primera vez en mi vida asimilé de forma relajada lo que Grady estaba diciendo: ya no tendríamos que volver a preocuparnos por eso; esa clase de miserias ya no formarían parte de la situación; la mente podría dedicarse a pensar, serenamente y en paz, gracias a Karl y a su familia, que no había puesto el menor reparo en cumplir con la

voluntad de aquél; podríamos reflexionar sobre cosas más edificantes.

—De modo que fue eso —dijo Katrinka mirándome con ojos cansados y apagados, como suele ocurrir después de muchas horas de furia.

No respondí.

—Un simple y puro arreglo económico entre tú y él —prosiguió ella —, y ni siquiera tuviste el detalle de comunicárnoslo.

Nadie dijo nada.

—Teniendo en cuenta que se estaba muriendo a causa del sida, pudiste haber tenido la decencia de hacérmelo saber.

Negué con la cabeza. Abrí la boca,

empecé a decir «no, no, qué atrocidad, lo que dices...». Sin embargo, de pronto comprendí que era la salida perfecta que cabía imaginar por parte de Katrinka, y en lugar de replicar esbocé una sonrisa que dio paso a unas sonoras carcajadas.

—No llores, querida —dijo Grady—. Todo irá bien.

—Es perfecto, es...

—¡Durante todo este tiempo —exclamó Katrinka mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas— has dejado que nos preocupáramos y nos arrancáramos el cabello! —Su voz superaba en potencia los ruegos de Rosalind de que se calmara.

—Te quiero —dijo Rosalind.

—Cuando Faye regrese a casa... —
murmuré dirigiéndome a ella, como si
ambas tuviéramos que ocultarnos del
resto de los presentes, ante la mesa
redonda del salón—. Cuando Faye
regrese le encantará el aspecto que tiene
ahora la casa, ¿no crees?; gracias a las
reformas que hizo Karl, está
verdaderamente preciosa.

—No llores.

—No estoy llorando, ¿o sí? Creí que
estaba riendo. ¿Dónde se ha metido
Katrinka? —pregunté al observar que
varias personas habían abandonado la
habitación.

Me levanté y fui al comedor, el corazón y el alma de la casa, la estancia donde muchos años antes Rosalind y yo habíamos tenido aquella pelea feroz a propósito del rosario. Dios mío, a veces creo que es el exceso de memoria lo que impulsa a la gente a beber. Mi madre debía de recordar cosas terribles. Rosalind y yo habíamos destrozado su rosario. ¡Un rosario!

—Tengo que acostarme —dije—. Me duele la cabeza, no dejo de recordar. Recuerdo cosas nefastas que no consigo apartar de mi cabeza. Quiero preguntarte algo. Roz, amor mío...

—Dime —contestó ella de

inmediato. Tenía las manos extendidas, y sus oscuros ojos, fijos en mí, expresaban una profunda compasión.

—El violinista, ¿te acuerdas de él? La noche en que murió Karl había un hombre en la avenida St. Charles y...

Los otros se habían congregado bajo la pequeña araña del vestíbulo. Katrinka y Grady mantenían una furiosa discusión. Martin reprendía a Katrinka, que casi estaba chillando.

—Ah, el tipo del violín. —Roz se echó a reír—. Sí, lo recuerdo. Interpretaba a Chaikovski. Claro que, en realidad, estaba cambiándolo todo, como si con Chaikovski fuera necesario

improvisar, pero él... —ladeó la cabeza — interpretaba a Chaikovski.

Avancé hacia el centro del comedor, junto con Rosalind. Ella seguía hablando... y yo no comprendía lo que decía. De hecho, era muy extraño. Pensé que se lo estaba inventando, y entonces recordé... Pero era un recuerdo muy distinto de los otros, sin el aguijón y el calor de los demás recuerdos; era pálido y se había generado hacía tiempo y, por regla general, se disipaba sin mayores dificultades o bien quedaba oculto deliberadamente bajo el polvo. No lo sabía, pero en estos momentos no luché contra él.

—Recuerdo ese picnic que organizamos en San Francisco —prosiguió Rosalind—, al que asistieron todos tus amigos beatniks y hippies, y que yo temía que nos atacaran y acabáramos flotando en la bahía de San Francisco; y entonces tú cogiste el violín y tocaste sin parar y Lev se puso a bailar. Era como si el diablo se hubiera apoderado de ti, como cuando eras una niña y tocaste aquel pequeño violín de tres al cuarto en Loyola, ¿te acuerdas? Tocaste y tocaste, pero...

—Sí, pero jamás volví a conseguirlo. Después de aquellas dos ocasiones lo intenté varias veces...

Rosalind se encogió de hombros y me abrazó.

Me volví y contemplé nuestra imagen reflejada en el espejo, no la de unas niñas hambrientas, flacas y rabiosas que se peleaban por el rosario, sino lo que éramos en ese momento: unas mujeres parecidas a las modelos de Rubens. Rosalind me besó en la mejilla. El espejo me devolvía la imagen de ambas, las dos hermanas, ella con su bonito cabello blanco y rizado, cardado y natural, que enmarcaba su rostro, su corpulenta y mullida figura envuelta en una vaporosa túnica de seda negra, y yo con mi flequillo y mi cabello lacio, mi

blusa de volantes y mis brazos gruesos y horrorosos. Sin embargo, los defectos de nuestros cuerpos no tenían importancia; sólo contemplé nuestra imagen y deseé con gran fervor hallarme precisamente en aquel lugar con ella, en paz, y experimentar una gloriosa sensación de alivio, pero no pude.

Sencillamente no pude.

—¿Crees que mamá quiere que estemos en esta casa? —pregunté echándome a llorar.

—Oh, por el amor de Dios —contestó Rosalind—. ¡Qué más da! Ve a acostarte. No debiste dejar de beber; yo voy a beberme todos los días un paquete

de seis cervezas. ¿Quieres que nos quedemos arriba?

—No —contesté. Rosalind conocía la respuesta a esa pregunta.

Al llegar a la puerta del dormitorio me volví y la miré.

—¿Qué pasa?

La expresión de mi rostro debió de impresionarla.

—El violinista, ¿te acuerdas?, el que tocaba en la esquina cuando Karl... Bueno, quiero decir, cuando todos...

—Sí, por supuesto que me acuerdo, ya te lo he dicho. —Rosalind insistió en que definitivamente era Chaikovski, y por la forma en que alzó la cabeza

deduje que se sentía orgullosa de ser capaz de identificar la música; y, desde luego, estaba en lo cierto, o al menos eso pensaba yo. Rosalind tenía un aspecto soñador, comprensivo, dulce y amable, como si no me guardara ningún rencor, y allí estábamos las dos... sin haber envejecido.

No me sentía más vieja que cualquier otro día. No sabía qué significaba sentirse vieja. Si rezas, si el Señor te bendice, si te esfuerzas en conseguirlo, los temores y la mezquindad desaparecen.

—Mientras tú estabas en el hospital, ese tipo del violín siempre merodeaba

por aquí —comentó Rosalind—. Esa noche lo vi ahí fuera, observando la casa. Quizá no le guste tocar para multitudes —añadió—. Lo hace muy bien; quiero decir que es tan bueno como cualquier violinista que haya oído en directo o en disco.

—Sí —convine—. Es muy bueno.

Esperé a que la puerta se hubiera cerrado para volver a echarme a llorar.

Me gusta llorar a solas. Al llorar experimentaba una sensación agradable, totalmente alejada de cualquier atisbo de censura; nadie me decía sí o no, nadie me perdonaba, nadie se inmiscuía.

Llora.

Me tumbé en la cama y lloré; los oí hablar ahí fuera y de pronto me sentí muy cansada, como si hubiera acarreado yo misma aquellos ataúdes hasta la fosa... Cómo fuiste capaz de irrumpir de aquel modo en la habitación del hospital y echarte a llorar delante de Lily, haciendo que ésta dijera: «¡Me estás asustando, mamá!». En ese momento, cuando llegué tarde del bar, estaba bebida, ¿verdad? Aquellos años los había pasado borracha, pero nunca demasiado, nunca hasta el punto en que no pudiera... y recordé aquel espantoso momento en que vi su carita pálida, después de haber perdido todo el

cabello, calva debido al cáncer pero bonita como el capullo de una flor, y estallé en lágrimas como una estúpida. Qué crueldad, Dios bendito.

¿Dónde se encontraba aquel rutilante mar azul con su fantasmagórica espuma?

Debía de haber pasado un buen rato cuando caí en la cuenta de que él estaba tocando.

La casa permanecía sumida en el silencio.

Debió de empezar a tocar bajito, pero en esa ocasión la música contenía una dulzura puramente chaikovskiana, una elocuencia civilizada, por así decir, en lugar del horror sin paliativos de los

violinistas gaélicos que me habían cautivado la noche anterior. Me concentré en la música, a medida que ésta se aproximaba, y la escuché con mayor claridad.

—Sí, toca para mí —musité.

Soñé.

Soñé con Lev y con Chelsea, soñé con nosotros, que nos peleábamos en el café mientras Lev decía: «Todo mentira, mentira», y al fin comprendí que se refería a él y Chelsea... y ella, tan trastornada, tan esencialmente buena, tan enamorada de él, lo deseaba, y era mi amiga. En ese instante acudieron a mi mente unos recuerdos espantosos, el

recuerdo de las furibundas peroratas de mi padre y los lloros de mi madre en esta casa, en esta misma casa. Lloraba por nosotros, y yo no fui a verla, pero todo eso estaba imbricado en el sueño. El violín siguió sonando, insistiendo en el dolor, como sólo Chaikovski es capaz de hacer, hurgando en el tormento, en su dulzura roja como un rubí y en su intensidad.

No conseguirás hacerme enloquecer, pero ¿por qué quieres que sufra, por qué quieres que recuerde esas cosas, por qué tocas tan maravillosamente cuando me pongo a recordar?

Aquí viene el mar.

El dolor estaba imbricado en la somnolencia; el poema sobre la noche de mi madre extraído de un viejo libro: «Las flores asienten con la cabeza, las sombras se deslizan, sobre la colina aparece una estrella».

El dolor estaba imbricado en el sueño.

El dolor estaba imbricado en su música exquisita.

La señorita Hardy se encontraba en el salón. Cuando entré, Althea acababa de dejar la bandeja del café en la mesa.

—Normalmente no se me ocurriría importunarla en un momento como éste —dijo, levantándose a medias del sillón cuando me agaché para besarla en la mejilla.

Llevaba un vestido color melocotón que le sentaba muy bien, y su cabello plateado, peinado hacia atrás, formaba un marco perfecto de rizos disciplinados

pero dúctiles.

—Sin embargo, él me lo pidió —añadió—. Nos pidió específicamente que la invitáramos a usted, porque la respeta mucho y valora su gusto en materia musical y la amabilidad que tuvo para con él.

—Le ruego que me disculpe, señorita Hardy, pero estoy medio dormida y atontada. ¿De quién estamos hablando?

—De su amigo el violinista. No sabía que conociera a ese hombre. Como le he dicho, en otras circunstancias no le pediría que me acompañase, pero él dijo que a usted le

gustaría ir.

—Pero ¿adónde? Perdone, no entiendo nada.

—A la capilla que está al otro lado de la manzana. Esta noche, para asistir a un pequeño concierto.

—Ah. —Me recliné en el sillón.

La capilla.

De golpe vi todos los objetos de la capilla que me resultaban familiares, como si una súbita descarga de memoria hubiera liberado una serie de detalles que hasta la fecha habían sido irrecuperables. Vi la capilla no como aparecía ahora después del Concilio Vaticano Segundo y una reforma radical,

sino como era antiguamente, cuando mi madre nos llevaba a Roz y a mí de la mano para asistir a misa allí.

—Mi expresión debió de ser de perplejidad. Oí los cantos en latín.

—Triana, si esto le disgusta le diré a su amigo que todo es muy reciente y que no puede acudir.

—¿Él va a tocar en la capilla? — pregunté—. Esta noche... —añadí asintiendo con la cabeza ante la confirmación de la señorita Hardy—. ¿Un pequeño concierto? Una especie de recital, supongo.

—Sí, destinado a recaudar fondos para la rehabilitación del edificio, el

cual está en un estado lamentable. Necesita una buena mano de pintura y un tejado nuevo; usted ya lo sabe. El caso es que me quedé muy sorprendida. Su amigo se presentó sin más en la Asociación para la Conservación de Edificios y dijo que estaba dispuesto a dar un concierto y ceder para las obras todo el dinero recaudado. Jamás lo habíamos oído tocar, y resulta que lo hace divinamente. Sólo un ruso sería capaz de tocar así. Por supuesto, dice que es un emigrado. Nunca ha vivido en la Rusia actual, lo que es bastante obvio; se nota que es europeo, claro, pero insisto en que sólo un ruso puede tocar

de esa forma.

—¿Cómo se llama ese joven?

La señorita Hardy me miró asombrada.

—Creí que lo conocía —dijo suavizando el tono de su voz y frunciendo el entrecejo, perpleja—. Discúlpeme, Triana. Él nos explicó que la conocía.

—Sí, sí, lo conozco muy bien y me parece estupendo que vaya a tocar en la capilla. Sin embargo, no sé cómo se llama.

—Stefan Stefanovski —contestó la señorita Hardy, pronunciando las sílabas meticulosamente—. Lo

memoricé, lo anoté en un papel y le pedí que me enseñara a pronunciarlo correctamente. —Luego lo repitió, esta vez de forma sencilla, sin adornos, acentuando la primera sílaba de Stefan. Según la señorita Hardy, el hombre poseía un encanto innegable, con o sin el violín. Sus cejas, negras y rectas, eran muy llamativas, y su cabello le confería un aspecto un tanto excéntrico para ser un músico clásico, al menos en estos tiempos.

Sonreí.

—Todo eso ha cambiado. Qué curioso, ahora los melenudos son las estrellas de rock. Lo más extraño es que,

cuando pienso en todos los conciertos a los que he ido (incluso el primero, en el que tocaba Isaac Stern), no recuerdo que los melenudos llevaran el pelo largo.

La señorita Hardy estaba preocupada por mí.

—Es delicioso —dije tratando de concentrarme en la conversación—. ¿De modo que ese violinista le parece atractivo?

—¡Ah, todas enloquecieron en cuanto lo vieron aparecer! Tenía un porte tan dramático, y ese acento... Cuando se llevó el violín al hombro y empezó a tocar, creo que incluso se paró el tráfico.

Me eché a reír.

—Tocó para nosotros algo muy distinto de lo que interpretó... —La señorita Hardy se calló educadamente y bajó la vista.

—... la noche en que me hallaron aquí, con Karl —dije.

—Sí.

—Era una música muy hermosa.

—Sí, supongo que sí, aunque en realidad no puse atención.

—Es comprensible.

La señorita Hardy se mostró de pronto confusa, como si no estuviera segura de que todo aquello fuera correcto o prudente.

—Después de tocar —prosiguió— habló en términos muy elogiosos de usted y dijo que era una de las pocas personas que entienden realmente de música, y eso ante una sala llena de mujeres de todas las edades, incluidas la mitad de las más jóvenes.

Solté una carcajada, aunque no sólo para tranquilizarla, sino a causa de la imagen de esas mujeres, jóvenes y viejas, embelesadas por aquel fantasma.

Esa invitación constituía una novedad del todo insospechada.

—¿A qué hora debo ir esta noche, señorita Hardy? —pregunté—. ¿A qué hora toca el violinista? No quiero

perdérmelo.

Mi vecina me observó por un momento visiblemente incómoda y a continuación, más aliviada, me dio todos los detalles.

Salí de casa cinco minutos antes de la hora en que debía empezar el concierto.

Había oscurecido, lógicamente, puesto que en esta época del año anochece a las ocho, pero esa noche no llovía y soplaba una brisa suave y templada.

Crucé la verja de mi casa, doblé hacia la izquierda al llegar a la esquina

de la avenida y la calle Tres, y eché a andar lentamente por las viejas y deterioradas aceras de la calle Prytania, disfrutando de cada bache, de cada agujero, de cada obstáculo con que topaba. Mi corazón latía aceleradamente. De hecho, estaba tan ansiosa que apenas podía dominarme. Las últimas horas me habían parecido interminables y no había hecho otra cosa que pensar en él.

¡Incluso me había puesto elegante para él! Qué estúpida. Claro que en mi caso eso sólo significaba una blusa blanca de volantes más llamativa, con más adornos de un encaje más fino, una

falda de seda negra más bonita que me llegaba a los tobillos y una túnica ligera sin mangas, de terciopelo negro: el uniforme de gala de Triana, eso era todo. Ah, y el pelo suelto y limpio. Nada más.

En el extremo de la manzana la luz mortecina de una farola hacía que la oscuridad que me rodeaba adquiriera un tinte más opresivo, y entonces advertí que el roble que crecía en la esquina de la Tres y Prytania había desaparecido.

Hacía muchos años que no pasaba por esa calle, y la última vez me había detenido precisamente allí, donde había habido un roble, sin lugar a dudas, pues

recordé que la luz de la farola se filtraba entre sus ramas e iluminaba la verja de hierro negro y la hierba. Las ramas del árbol eran vigorosas, negras, retorcidas y no muy gruesas, o al menos no tanto como para caer al suelo.

«¿Quién te ha hecho eso?», pregunté dirigiendo la vista hacia las losas rotas. Contemplé el lugar donde se había alzado el roble, pero las raíces habían desaparecido. Sólo se veía tierra, la inevitable tierra. ¿Quién había arrancado ese árbol que habría podido vivir durante siglos?

Frente a mí, al otro lado de Prytania, las zonas más profundas del Garden

District aparecían huecas, negras y desiertas; y sus mansiones, cerradas a cal y canto.

No obstante, a mi izquierda, en Prytania, unos metros antes de llegar a la capilla brillaban unas luces, y percibí un grato murmullo de voces alegres.

Esa esquina de la manzana sólo estaba ocupada por la capilla, del mismo modo que mi casa ocupaba la esquina que había frente a St. Charles, lejos de la capilla y ubicada directamente detrás de la misma, más allá de los laurocerasos, los robles y la hierba silvestre, las matas de bambú y las adelfas.

La capilla constituía la planta baja de una mansión mucho más grande y elegante que la mía. Era una casa igual de vieja pero infinitamente más suntuosa, por la mampostería y los exquisitos adornos de hierro forjado.

Antaño debía de tener el clásico vestíbulo central con unos saloncitos a los lados, pero todo eso había cambiado mucho antes de nacer yo. La planta baja había sido vaciada y adornada con estatuas y cuadros con motivos sagrados y un precioso altar de mármol blanco. También había un tabernáculo de oro... ¿Qué más? Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, un icono ruso...

Ésa era la Santísima Virgen ante la cual habíamos depositado nuestras flores, un detalle que no dejaba de ser irónico, si bien carecía de importancia.

Por supuesto, él sabía lo mucho que yo amaba el lugar, el edificio, el jardín, la verja, el interior de la capilla, y lo sabía todo acerca de las flores marchitas que recogíamos y dejábamos sobre el comulgatorio, ramilletes que depositábamos allí durante nuestros paseos vespertinos, Rosalind, nuestra madre y yo, antes de que terminara la guerra, de que nacieran Katrinka y Faye, de que a nuestra madre le diera por beber. Antes de que apareciera la

muerte, el temor. Antes de la tristeza.

Él lo sabía. Sabía lo que había ocurrido... esa enorme casa que desde fuera aún tenía el aspecto de una mansión suntuosa, con sus porches delanteros paralelos y espaciosos, sus columnas de hierro, sus dos chimeneas rectas y firmes sobre el elevado aguilón de la segunda planta, de acuerdo con el inconfundible estilo de Nueva Orleans: chimeneas flotando juntas debajo de las estrellas, destinadas a caldear unas estancias en las que tal vez hacía tiempo no se encendía fuego.

De niña, mi madre había estudiado en las habitaciones superiores, donde

estaban instaladas las aulas. La capilla había albergado el féretro de mi madre, sobre un catafalco. En esa capilla yo había tocado el órgano en la oscuridad, a solas, en las noches de verano, cuando los sacerdotes me encargaban que cerrara las puertas, y no había nadie. Me esforzaba en tocar música.

Sólo el Sagrado Sacramento podía mostrarse tan paciente con los lamentables fragmentos de canciones que yo interpretaba, los acordes, los himnos que traté de aprender con la vaga promesa de que un día podría tocarlos si la señora del órgano me lo permitía, cosa que no ocurrió porque nunca

aprendí a hacerlo lo suficientemente bien y no tuve el valor de intentarlo.

Cuando iban a misa, las damas del Garden District siempre lucían sombreros muy bonitos. Creo que nosotras éramos las únicas que nos cubríamos la cabeza con un pañuelo, como si fuéramos campesinas.

No era necesaria una muerte para hacerme recordar, ni un funeral para que atesorara esos recuerdos, ni nuestras dulces visitas vespertinas con flores en las manos, ni la imagen de mi madre y unas pocas jóvenes graduadas de la escuela secundaria, unos especímenes raros en aquella época —con el pelo

corto y las medias blancas—, de pie, sosteniendo unos ramos de flores, a la izquierda de aquella misma verja.

¿Quién podía haber orado en esa vieja capilla y no recordarlo?

El viejo catolicismo nunca estaba exento del aroma de las velas de pura cera de abejas, del incienso que siempre flotaba en el ambiente de cualquier iglesia donde el Santísimo se hallara expuesto en el altar, de unos santos de dulce semblante en las sombras —unos artistas del dolor, como santa Rita, con una herida en la frente—, y del amargo camino de Jesús hacia el Calvario, señalado en las estaciones del vía crucis

sobre los muros.

El rosario no era un rezo rutinario, sino un canto a través del cual imaginábamos los sufrimientos de Cristo. El propósito de la meditación, durante la cual permanecíamos sentadas muy quietas en el banco con la mente libre de cualquier otro pensamiento, era dejar que Dios nos hablara directamente. Yo me sabía el latín de la misa de memoria. Conocía el significado de los himnos.

Todo eso había desaparecido de un plumazo. El Vaticano Segundo.

No obstante, para los católicos que ahora rezaban en inglés la capilla seguía

siendo una capilla.

Desde que la habían remozado sólo había ido a ella una vez, hacía tres o cuatro años, para asistir a una boda. Todo cuanto yo había apreciado ya no existía. El Niño Jesús de Praga, con su corona de oro, había desaparecido.

«Ah, pero tú tienes un motivo. Me honras. Un concierto en beneficio mío precisamente aquí, un lugar al que acudía con frecuencia antes de matarla, a ella o a cualquier otro, preocupándome por las flores sobre el comulgatorio».

Sonreí para mis adentros y me apoyé por unos instantes contra la verja. Me

volví para comprobar si Lacombe estaba vigilando. Le había pedido que permaneciera cerca. Tengo tanto miedo como cualquiera de encontrarme con personas de carne y hueso en una calle oscura.

A fin de cuentas, no es mucho lo que los muertos pueden hacernos, hasta que topamos con un fantasma capaz de interpretar una música surgida de la mente de Dios y que responde a un nombre: Stefan.

—Un plan muy astuto —murmuré. Alcé la vista e imaginé las viejas ramas del roble que me rodeaban y velaban la luz, aunque en aquellos momentos la luz

surgía de los austeros ventanales de la capilla, que eran como los de mi casa; llegaban hasta el suelo, y algunos conservaban los viejos cristales, fluctuantes, como si se fundieran, aunque desde donde me encontraba yo no podía verlo. Sencillamente lo sabía e imaginaba, al contemplar la casa, el tiempo, todo, para centrar mis pensamientos en el hábil entramado de aquel ardid, de aquel drama.

Así que él iba a tocar el violín para todo el mundo, y yo debía estar presente.

Doblé a la izquierda y eché a andar por Prytania hacia la puerta de la capilla. La señorita Hardy y otras

señoras habituales del Garden District se encontraban allí para saludar a las personas que llegaban.

Unos taxis se detuvieron en la calle. Por los alrededores de la capilla distinguí a los acostumbrados policías de uniforme pues por las noches ese oscuro paraíso se había vuelto demasiado peligroso para las personas ancianas que salían de casa, cosa que habían hecho para oír tocar al violinista.

Yo conocía los nombres de algunos de ellos, ciertas caras me sonaban; había también perfectos desconocidos, y a otros no lograba identificarlos. Era un grupo numeroso, compuesto por un

centenar de personas, en el que buena parte de los hombres iban vestidos con trajes claros de lana y casi todas las mujeres, al estilo sureño; además, había algunas personas muy modernas que lucían prendas neutras, y un buen número de estudiantes universitarios, o al menos eso parecían, probablemente del conservatorio, donde a los catorce años me había esforzado inútilmente por convertirme en violinista.

«Tu fama se ha extendido».

Mientras estrechaba la mano de la señorita Hardy y saludaba a Renee Freeman y a Mayteen Ruggles, miré hacia el interior de la capilla y vi que él,

la atracción principal, ya había llegado.

La «cosa», como habría afirmado sin vacilar la valerosa institutriz descrita por Henry James acerca de Quint y la señorita Jessel, estaba de pie en el pasillo, ante el altar, que habían cubierto decorosamente para la ocasión. Iba aseado y bien vestido, y con la lustrosa cabellera tan repeinada como la mía. Lucía de nuevo dos pequeñas coletas para impedir que el pelo le cayera sobre el rostro.

Estaba un tanto alejado, pero era inconfundible. Vi que conversaba con ellos.

Por primera vez... por primera vez

desde que empezó todo... pensé, estoy perdiendo la razón. No quiero estar cuerda. No quiero estar presente, darme cuenta de nada ni estar viva. No quiero. Él está aquí, entre los vivos, como si fuera uno de ellos, como si fuera real y estuviera vivo. Charlaba con unos estudiantes. Les mostraba el violín.

¡Mis muertos han desaparecido! ¿Qué sortilegio conseguiría que Lily resucitara? Recordé una historia de Kipling, *La pata del mono*, los tres deseos, pero tú no deseas que los muertos regresen, no, no reces para que eso ocurra.

Sin embargo, él había traspasado las

paredes de mi habitación y luego se había esfumado. Lo había visto con mis propios ojos. Era un fantasma. Estaba muerto.

Mira a las personas que están vivas o ponte a gritar.

Mayteen llevaba un perfume maravilloso. Era la amiga más antigua de mi madre. Pronunció unas palabras que traté de captar. Casi podía oír los latidos de mi corazón.

—... el mero hecho de tocar un instrumento semejante, un Stradivarius.

Le estreché la mano. Me encantaba su perfume. Era antiguo y simple, no muy caro, e iba presentado en un

frasquito rosado, y los polvos, por su parte, en una cajita, rosada también, con florecitas.

El sonido de mi corazón me zumbaba en la cabeza. Pronuncié unas pocas palabras, tan insulsas como las que se le ocurrirían a una persona amnésica, y subí a toda prisa por los escalones de mármol, que siempre estaban resbaladizos cuando llovía, y entré en la moderna capilla, iluminada por unos focos potentes.

Olvidemos los detalles.

Invariablemente, me siento en la primera fila. ¿Qué hacía ahora, ocupando el banco trasero?

Sin embargo, no podía acercarme. La capilla era pequeña, y desde el rincón donde me encontraba lo veía perfectamente.

Él se inclinó ante la mujer que estaba a su lado, con la que conversaba —¿qué clase de cosas dicen los fantasmas en circunstancias como aquélla?— y enseñó el violín a unas jóvenes para que lo examinaran. Aprecié el brillo intenso, la raya en el dorso. Sostuvo el violín sin soltarlo, y no me miró ni siquiera cuando me eché hacia atrás en el viejo banco de roble y lo observé fijamente.

La gente seguía entrando en la

capilla. Saludé con la cabeza a quienes me saludaban con un murmullo. No oí una palabra de lo que decían.

«Estás aquí, entre los vivos, tan firme como ellos, y ellos te oirán».

De pronto, él levantó la vista, sin alzar la cabeza, y clavó los ojos en mí.

«Otros me han visto y me han oído siempre».

Unas personas se interpusieron entre nosotros. La capilla estaba prácticamente llena. Al fondo, dos acomodadores permanecían de pie, aunque disponían de unas sillas que podían utilizar si lo deseaban.

Las luces se apagaron. Un foco

cubría al violinista con un resplandor polvoriento, deslucido. Se había puesto muy elegante para la ocasión, con una camisa blanca impecable, y llevaba el pelo muy limpio, recogido en dos coletas.

La señorita Hardy se puso de pie y pronunció unas amables palabras a modo de explicación e introducción.

Él se mostraba tranquilo; vestía de manera formal pero clásica, con una chaqueta que podía tener doscientos años de antigüedad o haber sido confeccionada el día anterior, larga y ligeramente entallada, y una corbata de color pálido, no logré distinguir si

violeta o gris.

Era muy atractivo, desde luego.

—Estás loca —murmuré, sin apenas mover los labios—. Quieres un fantasma de alta cuna salido de una novela cargada de intensa pasión. Estás soñando.

Deseaba cubrirme el rostro con las manos. Quería marcharme y al mismo tiempo no hacerlo, quedarme y salir huyendo. Deseaba, sacar algo del bolso, un pañuelo de papel, cualquier cosa con tal de mitigar el impacto de todo aquello, como cuando nos tapamos los ojos durante una película y miramos por entre los dedos.

Sin embargo, era incapaz de moverme.

Él dio las gracias a la señorita Hardy, a todos nosotros, con admirable desenvoltura. Sosegada, con acento pero absolutamente inteligible, era la voz que yo había oído en mi dormitorio, la voz de un hombre joven. Parecía tener la mitad de mi edad.

Apoyó el violín en el mentón y levantó el arco. El aire se estremeció. Nadie se movió ni tosió.

Imaginé el mar azul de mi sueño y los fantasmas que bailaban; los vi, cerré los ojos y contemplé el radiante mar bajo la luna invisible pero cercana y los

lejanos brazos de tierra que se extendían hacia mí.

Abrí los ojos.

El violinista se había detenido y me miraba enfadado.

No creo que la gente comprendiera el significado de su expresión ni supiese hacia dónde miraba ni por qué. Él podía permitirse todas las excentricidades. Tenía un aspecto tan magnífico como el de Lev; sí, era muy parecido a Lev, sólo que tenía el pelo oscuro y los ojos negros, y Lev, al igual que Katrinka, era rubio. Los hijos de Lev también lo eran.

Cerré los ojos. Maldición, había perdido la imagen del mar, y cuando él

comenzó a tocar vi las cosas triviales y horribles de siempre y me volví ligeramente hacia un lado. Alguien sentado a mi lado me tocó la mano en señal de afecto.

De pronto pensé que todo el mundo debía de saber que yo era una viuda, una loca que había permanecido encerrada en casa dos días con un cadáver. Todo el mundo en Nueva Orleans sabía todo lo que había que saber, y un hecho tan singular sin duda era del dominio público.

Entonces su música me llegó al alma.

Levantó el arco y sonaron los

acordes graves y oscuros de las cuerdas inferiores, el tono menor, lo que dejó entrever las angustiosas emociones que se iban a suscitar en mí. El tono era tan refinado y controlado, el timbre tan perfecto, el ritmo tan espontáneo, que no pensé en nada, absolutamente en nada excepto en lo que oía.

No era necesario llorar ni tampoco contener las lágrimas, sino tan sólo concentrarse en la maravillosa melodía que él iba desgranando.

De pronto vi el rostro de Lily. Retrocedí veinte años. Lily yacía agonizando en su lecho. «No llores, mamá, estás asustándome».

9

Hice que la visión se alejara volando. Abrí los ojos y observé los desconchones del techo de ese lugar dejado de la mano de Dios, los insulsos adornos de metal tan modernos y absurdos. En ese momento comprendí la batalla, mientras la música me inundaba y percibía que la voz de Lily, junto a mi oído, se mezclaba con la música y formaba parte de ella.

Miré directamente al violinista y sólo pensé en él. Me concentré en él y

me negué a pensar en otra cosa. Tocaba como si no pudiera parar, con furia y brillantez, en un tono indescriptible, controlado y a la vez relajado, que me erizaba la piel.

En efecto, tocaba el concierto de Chaikovski, que yo conocía de memoria por haberlo escuchado en mis discos, e incorporaba la parte orquestal a su interpretación, de forma que ésta se convirtió en un espléndido solo, concebido por él mismo, en el que las diversas tramas se amalgamaban en un equilibrio perfecto.

Era una música capaz de destrozar a cualquiera.

Traté de respirar lentamente, de relajarme y de no crispar las manos.

De pronto, algo cambió. Fue un cambio total, como cuando el sol se oculta detrás de una nube. Sólo que era de noche y estábamos en la capilla.

¡Los santos! Habían regresado los antiguos santos. Me rodeaba el viejo decorado de hacía treinta años.

El banco era antiguo, de madera oscura, y el brazo sobre el que reposaba mi mano izquierda estaba decorado con volutas; más allá del violinista se alzaba el tradicional y venerable altar mayor, y debajo de éste aparecían, en su vitrina, las figuras exquisitamente talladas y

pintadas de la Última Cena.

Lo odiaba. Lo odiaba porque yo no podía dejar de mirar a esos santos, al Niño Jesús de Praga de yeso pintado que tenía un pequeño globo terráqueo entre las manos, a las viejas pero vibrantes láminas de Jesucristo que descendían con la cruz a cuestras por un lado de la habitación y subían por el otro entre las tenebrosas ventanas.

«Eres cruel».

Eso eran las ventanas del crepúsculo, tenebrosas, desbordantes de una luz color lavanda, y él se hallaba de pie en las suaves sombras, detrás del antiguo comulgatorio, que había sido

eliminado hacía tiempo junto con todo lo demás. Permanecía inmóvil en medio de esa imagen perfecta de todo cuanto yo recordaba, ¡pero que un momento antes no habría podido recordar con detalle!

Yo estaba como hipnotizada. Observé el icono de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro que colgaba junto a él, sobre el altar, sobre el resplandeciente tabernáculo dorado, los santos, el olor de la cera. Contemplé las velas de cristal rojo. Lo veía, lo olía todo, la cera y el incienso, mientras él seguía tocando, sumergiendo su esbelto cuerpo en la música y arrancando exclamaciones de admiración de las

personas que le escuchaban; pero ¿quiénes eran?

«Esto es perverso. Es hermoso, pero es perverso, porque es cruel».

Cerré los ojos y los abrí. ¡Observa lo que hay ahora! Por unos instantes lo hice.

Después, el velo volvió a caer. ¿Haría él que apareciera mi madre? ¿Regresaría ésta para conducirnos a Rosalind y a mí por el pasillo de la nave, de la mano, como se hacía antiguamente, en la capilla rebotante de sombras crepusculares? No, el recuerdo era más intenso que los inventos de él.

El recuerdo me lastimaba, era

espantoso. El recuerdo de mi madre ausente de ese lugar sagrado en los tiempos felices, antes de que se envenenara como la madre de Hamlet; no, el recuerdo de verla borracha y sobre un colchón lleno de quemaduras, con la cabeza a escasos centímetros de un orificio causado por una colilla encendida. Eso es lo que vi, y a Rosalind y a mí corriendo arriba y abajo con cubos de agua, y a la bonita Katrinka, con sus rizos dorados y sus enormes ojos azules, una niña de sólo tres años que observaba muda a nuestra madre, mientras la habitación se llenaba de humo.

«No te saldrás con la tuya».

Él estaba enfrascado en su concierto.

Yo llené a propósito la capilla de luces, imaginé deliberadamente al público hasta comprobar que se componía de personas que yo conocía. Después lo miré, pero él era demasiado fuerte para mí.

En mi imaginación de niña, me vi acercándome al comulgatorio. «Pero ¿qué hacen con las flores que dejamos aquí?». Rosalind quería encender una vela.

Me puse de pie.

Los espectadores lo miraban hipnotizados; estaban tan hechizados por

él que ni se fijaron en mí. Abandoné el banco, di media vuelta, bajé por los escalones de mármol y salí de la capilla, lejos de su música, que no había perdido intensidad sino que se había hecho más incandescente, como si él, el muy canalla, pretendiera abrazarme con ella.

Lacomb estaba apoyado en la verja con un cigarrillo en la mano. Al verme, se enderezó y nos pusimos a andar a toda prisa por la acera casi el uno junto al otro. Aún oía la música. Clavé deliberadamente la vista en las losas. Si me distraía, vería de nuevo aquel mar, aquella espuma. Lo vislumbré en unos súbitos destellos de brillante colorido;

esa vez también pude oírlo.

Mientras caminaba, percibí el rumor del mar y lo vi, y también reparé en la calle que se extendía ante mis ojos.

—No corra tanto, jefa, no vaya a ser que tropiece y me rompa la cabeza — dijo Lacombe.

Percibí un olor fresco. El mar y el viento generan un aroma diáfano y maravilloso, pero todo lo que está en el fondo del mar suele exhalar un hedor a muerte cuando sube a la superficie.

Apreté el paso y me fijé en los ladrillos rotos y la maleza que crecía entre ellos.

Por fin alcanzamos mi luz, gracias a

Dios, mi garaje, pero allí no había ninguna puerta abierta. La puerta de mi madre, la vieja puerta de madera pintada de verde instalada en un arco de ladrillos a través de la cual ella se había precipitado hacia la muerte, había desaparecido, eliminada.

Me detuve en seco. Todavía percibía la música, aunque a lo lejos. Era una música destinada a ser escuchada tan sólo por unos oídos humanos que estuvieran cerca del intérprete, y él parecía obligado a ello por una regla de su naturaleza que me satisfizo descubrir, si bien me habría gustado comprender mejor su

significado.

Subimos hasta la avenida y nos dirigimos hacia la puerta principal. Lacombe la abrió y la aguantó para que yo pasara, la pesada puerta de madera que siempre se inclinaba hacia delante, que era capaz de cerrarse de golpe y derribarte sobre la acera. En Nueva Orleans aborrecen la plomada.

Subí por los escalones y entré en casa. Lacombe seguramente abrió la puerta con la llave, pero no me di cuenta. Quería escuchar música en la sala de estar, así que él debía cerrar todas las puertas.

Lacombe estaba acostumbrado a

aquello.

—¿No le gusta la música de su amigo? —preguntó con su voz grave y melosa, dejando caer las palabras tan rápidas y seguidas como un chorro de almíbar, por lo que tardé unos segundos en interpretarlas.

—Prefiero Beethoven —contesté.

Sin embargo, su música traspasó los muros como un silbido. Carecía de elocuencia, de significado. Era como el zumbido de las abejas en el cementerio.

Lacomb cerró las puertas que daban al comedor, y las del vestíbulo. Yo examiné los discos que Althea había colocado en perfecto orden alfabético.

Solti, la *Novena* de Beethoven, el segundo movimiento.

Al cabo de unos instantes coloqué el disco en el plato y los timbales sofocaron por completo el otro sonido. Subí el volumen al máximo y escuché la conocida marcha: Beethoven, el que manda en mi vida, mi ángel guardián.

Los candelabros de los salones eran pequeños, no estaban decorados como las arañas de Baccarat del vestíbulo y el comedor, y no consistían más que en cristal tallado y vidrio. Era agradable tumbarse en el suelo limpio y contemplar el candelabro, en el que ardían unas bombillas que emitían una

luz tenue.

La música anuló por completo al violinista. La marcha prosiguió de manera inexorable. Oprimí el botón que ordenaba repetir, pero sólo ese fragmento del disco. Cerré los ojos.

¿Qué quieres recordar? Pues detalles triviales, tonterías, anécdotas cómicas...

En mi juventud solía soñar despierta mientras escuchaba música; y siempre veía la misma clase de imágenes: gente, cosas, espectáculo y me excitaba casi hasta el extremo de apretar los puños mientras sonaba la pieza.

En ese momento, no; sencillamente

escuché la música, su ritmo sostenido y concebí el vago propósito de subir por la montaña eterna en el bosque eterno, pero sin regodearme en una visión, y, a salvo dentro de esa canción turbulenta y persistente, cerré los ojos.

No tardó mucho en aparecer.

Supongo que pasé una hora tendida sobre la alfombra.

Él entró a través de las puertas cerradas y se materializó de inmediato, haciendo que las puertas vibraran a su paso mientras sostenía firmemente el espléndido violín y el arco en la mano izquierda.

—¡Me has dejado plantado! —

exclamó.

Su voz se elevó sobre los acordes de Beethoven. Después, el violinista se acercó a mí con pasos sonoros y amenazadores. Me incorporé sobre los codos y me senté. Tenía la vista borrosa. La luz incidía sobre su frente, sobre sus cejas negras y cepilladas, que formaban una línea recta, mientras él me observaba entre los párpados entornados revelando una expresión marcadamente hostil.

La música flotaba sobre ambos.

Propinó una patada al aparato. La música titubeó y emitió un rugido. Él arrancó el enchufe de la pared.

—¡Muy listo! —exclamé antes de que se hiciera el silencio. No pude por menos de esbozar una sonrisa de triunfo.

Noté que él jadeaba, como si hubiera venido corriendo, o quizá se debiera al esfuerzo que suponía materializarse, tocar en público, pasar de forma invisible a través de las paredes y cobrar vida con un esplendor intenso.

—Sí —respondió con tono despectivo y malicioso, sin dejar de mirarme. El cabello le caía sobre los hombros. Las dos pequeñas coletas se habían soltado y se confundían con el resto de sus largos y lustrosos

mechones.

Me lanzó una mirada feroz, haciendo acopio de todos sus poderes para atemorizarme. No obstante, sólo consiguió hacerme evocar la belleza de un viejo actor; sí, con su nariz aguileña y sus ojos seductores poseía la oscura belleza de Olivier en su juventud, en una película sobre una obra de Shakespeare, en la que el actor interpretaba el papel del jorobado, deforme y perverso rey Ricardo III. Era irresistible, un hábil truco de pintura, aparecer a un tiempo grotesco y hermoso.

Una vieja película, un viejo amor, un viejo poema que jamás caería en el

olvido. Me eché a reír.

—¡No soy jorobado ni deforme! —
protestó—. ¡Y no represento un papel
ante ti! ¡Estoy aquí contigo!

—¡Eso parece! —reliqué. Me
enderecé y me alisé la falda sobre las
rodillas.

—¿Eso parece? —repitió él,
utilizando el lenguaje de Hamlet para
burlarse de mí—. ¿Eso parece, señora?
No, es real; no conozco lo que «parece».

—Te esfuerzas en vano —dije—.
Estás dotado para la música. ¡No caigas
en la desesperación! —añadí,
empleando unas palabras semejantes a
las que aparecen en esa obra. Me apoyé

en la mesa y me levanté. Él se precipitó hacia mí. Por un instante sentí miedo, pero seguí aferrada a la mesa, mirándolo fijamente—. ¡Fantasma! —le espeté—. ¡Has tenido a un público vivo contemplándote! ¿Qué buscas aquí, cuando puedes tener todos esos oídos y ojos pendientes de ti?

—¡No hagas que me enfurezca, Triana!

—Vaya, de modo que conoces mi nombre.

—Tanto como puedas conocerlo tú —replicó. Se volvió a izquierda y derecha. Luego se dirigió hacia la ventana, hacia la eterna danza del tráfico

que se vislumbraba tras los visillos de encaje.

—No voy a ordenarte que te vayas —dije.

Levantó la cabeza sin volverse hacia mí.

—¡Cuando no estás a mi lado te echo de menos! —añadí—. Me fascinas —le confesé—. De joven habría salido huyendo al ver un fantasma, habría creído en él con un corazón católico y supersticioso. Sin embargo, ahora...

Se limitó a escucharme.

Me temblaban las manos. No podía soportarlo. Aparté la silla de la mesa, me senté y me eché hacia atrás. El

candelabro se reflejaba formando un círculo borroso sobre la bruñida superficie de la mesa, que estaba rodeada por los sillones Chippendale.

—Ahora me siento demasiado intrigada —dije—, desesperada, harta. —Procuré que mi voz sonara a un tiempo enérgica y suave—. No me salen las palabras. ¡Siéntate a mi lado! Deja el violín y cuéntame qué te propones. ¿Qué quieres de mí?

No respondió.

—¿Sabes lo que eres?

Él se volvió, furioso, y se acercó a la mesa. Sí, poseía el magnetismo de Olivier en aquella vieja película, llena

de contrastes oscuros, palidez y una maldad reconcentrada. Tenía la boca ancha como Olivier, pero más carnosa.

—Deja de pensar en ese hombre — masculló.

—Es una película, una imagen.

—Ya lo sé, ¿me tomas por idiota? Mírame. ¡Estoy aquí! La película ha quedado anticuada, el director y el actor han muerto, no son sino un montón de polvo; pero yo estoy contigo.

—Sé lo que eres, ya te lo he dicho.

—¿Y qué soy? Te ruego que me lo digas —contestó mientras ladeaba la cabeza, se mordía el labio inferior y sujetaba el mástil del violín con las

manos.

Estaba a unos palmos de distancia. Observé detenidamente la superficie de madera del violín, la espesa capa de barniz que la cubría. Stradivarius. Ésa era la palabra que habían utilizado, y él sostenía ante mí aquel instrumento siniestro y sagrado, dejando que la luz se reflejara en él y acariciara sus curvas como si fuera un objeto real.

—¿Quieres tocarlo o escucharlo? —preguntó—. Sabes perfectamente que no sabes tocarlo. ¡Ni un Stradivarius es capaz de disimular tus lamentables deficiencias! Si lo intentas, sólo conseguirás arrancarle unos sonidos

estridentes o que estalle en mil pedazos.

—¿Quieres que yo...?

—No —respondió—, sólo quería recordarte que no tienes ningún talento para la música, sino sólo el deseo, la envidia.

—¿Envidia? ¿Era eso lo que pretendías infundir en las almas de quienes te escuchaban en la capilla? ¿Una envidia que tú mismo alimentarías y fomentarías? ¿Crees que Beethoven...?

—No lo nombres.

—Lo nombraré ahora y cuando me apetezca. ¿Crees que fue la envidia lo que forjó...?

Se acercó a la mesa, tomó el violín con la mano izquierda y apoyó la derecha junto a mí. Tuve la sensación de que su largo cabello me rozaba la cara. Su ropa ya no olía ni siquiera a polvo.

Tragué saliva y se me nubló la vista. Unos botones, la corbata color violeta, el reluciente violín, todo era un fantasma: la ropa, el instrumento.

—En eso tienes razón. Y bien, ¿qué soy? ¿Qué piadoso juicio te disponías a emitir sobre mí antes de que te interrumpiera?

—Eres como los humanos que están enfermos —respondí—. ¡Me necesitas en tu sufrimiento!

—¡Putá! —me espetó, retrocediendo unos pasos.

—Eso es algo que nunca he sido —repliqué—. Me faltaba valor. Sin embargo, tú sí estás enfermo y me necesitas. Eres como Karl —continué—, como Lily durante sus últimos días, aunque Dios sabe que... —Me detuve y decidí cambiar de enfoque—. Te pareces a mi padre cuando se moría. Me necesitas, tu tormento requiere un testigo. Estás celoso y ansioso de convertirme en el testigo de tu sufrimiento, como lo están todos los seres humanos que agonizan, excepto, tal vez, en los últimos momentos, cuando se

olvidan de todo y ven cosas que los otros no podemos ver...

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿A ti no te ocurrió así?

—Nunca he muerto como es debido —respondió—; eso ya lo sabes. Jamás he visto unas luces tranquilizadoras ni oído el canto de los ángeles. ¡Sólo disparos de pistola, gritos y blasfemias!

—¿De veras? —repuse con tono despectivo—. ¡Todo un melodrama! Claro que tienes mucha imaginación.

Retrocedió bruscamente, como si le hubiera birlado la cartera.

—Toma asiento —dije—. Como sabes, me he sentado a la cabecera de

muchas personas que estaban a punto de morir. Por eso me has elegido a mí. Quizá desees poner fin a tus fantasmagóricas correrías.

—¡No me estoy muriendo, señora! —declaró él. Apartó la silla de la mesa y se sentó frente a mí—. Cada minuto, cada hora, cada año que pasa me siento más fuerte.

A continuación, se relajó en la silla y apoyó los pies sobre la pulida superficie de la mesa que nos separaba.

Él estaba de espaldas a los visillos a través de los cuales se filtraban las parpadeantes luces del tráfico, pero el tenue resplandor del candelabro

revelaba la totalidad de su rostro, demasiado juvenil para haber hecho el papel de malvado en una obra teatral, demasiado lleno de dolor para que yo disfrutara contemplándolo.

No obstante, me negué a apartar la vista.

Lo miré fijamente. Él gozó con ello.

—Entonces ¿a qué viene todo esto?
—pregunté.

Pareció tragar saliva como habría hecho cualquier ser humano y volvió a morderse el labio inferior.

—Se trata de un dueto —dijo al fin.

—Ya.

—Yo lo tocaré y tú escucharás, y

sufrirás y perderás la razón o lo que la música te inspire. Puedes volverte idiota, enloquecer como Ofelia en tu obra de teatro favorita, o acabar tan chiflado como el propio Hamlet. Me tiene sin cuidado.

—Pero es un dúo.

—Sí, sí, ésa es la palabra correcta que empleáis los humanos; un dúo, no un dueto, pues yo soy el único que crea la música.

—No es así. Sabes perfectamente que soy quien la alimenta. En la capilla te alimentaste de mí y de todos los que se hallaban presentes, pero los otros no te bastaban y una vez más recurriste a

mí, generaste unas imágenes crueles que no significaban nada para ti y me destrozaste el corazón con el desenfado de un estúpido criminal en tu deseo de hacerme sufrir: un sufrimiento del que no sabes nada, pero que necesitas. Eso es tanto un dueto como un dúo. Es música creada por dos personas.

—Santo Dios, qué facilidad de palabra, aunque para la música eres una idiota, como siempre lo fuiste. Te gusta bucear en las aguas profundas del talento de otros, revolcarte por el suelo con tu Pequeño Genio, y el Maestro, y ese ruso lunático, Chaikovski. Te gusta alimentarte de la muerte. Sí, sí, no lo

niegues. Necesitabas todas esas muertes.

Se expresaba muy apasionadamente, mirándome con rabia, abriendo sus profundos ojos en el momento justo para subrayar sus palabras. Era o había sido mucho más joven que el Olivier que encarnara a Ricardo III.

—No seas estúpido —repliqué con calma—. La estupidez está fuera de lugar en un ser que no puede esgrimir la mortalidad como excusa. Yo he aprendido a vivir con la muerte, la huelo, la trago, y limpio los residuos que deja tras su lento proceso, pero nunca la he necesitado. Mi vida pudo haber sido muy distinta. Yo no...

Sin embargo, ¿acaso no había hecho daño a mi madre? En efecto. Mi madre había muerto por culpa mía. Yo no podía ir ahora e impedir que ella saliera por la puerta lateral que no existía. No podía decir: «No debemos hacer eso, papá, sino llevarla al hospital, permanecer junto a ella, tú y Roz os ocupáis de Trink mientras yo me quedo con mamá...». ¿Y para qué habría servido que yo hiciera eso? ¿Para que mi madre saliera del hospital, como había hecho ya en otra ocasión, fingiendo que estaba en su sano juicio, pues era muy lista y encantadora, para que los médicos le dieran el alta y

regresar a casa y volver a emborracharse, para chocar de nuevo con el calentador de gas, abrirse la cabeza y hacer que se formara un charco de sangre en el suelo?

—Tu madre ha prendido fuego a la cama por dos veces —había dicho mi padre—, no podemos dejarla aquí... Katrinka está enferma y tienen que operarla, te necesito.

¿A mí?

¿Qué pretendía yo? ¿Que mi madre muriera, que la muerte pusiera fin a su enfermedad, a su sufrimiento, a su humillación, a sus desgracias? Mi madre rompió a llorar.

—¡Me niego a seguirte el juego! —
solté temblando de rabia—. Lo que te
propones es una bajeza, quieres saquear
mi mente para apoderarte de cosas que
no necesitas.

—Siempre comiéndooos el coco —
respondió con una sonrisa. Tenía un
aspecto vital, inequívocamente joven y
lozano. Deduje que había muerto en
plena juventud—. ¡Tonterías! —
prosiguió, indignado—. Fallecí hace
tanto tiempo que en mí ya no hay nada
joven. Me convertí en esto, en esta
«cosa», según me has definido
mentalmente hace un rato, cuando no
podías soportar la gracia y la elegancia

que presenciabas, me convertí en esta «cosa», esta abominación, este espíritu, cuando el que manda en tu vida, tu magnífico maestro sinfónico, estaba vivo y era mi maestro.

—No te creo. Te refieres a Beethoven. Te detesto.

—¡Él fue mi maestro! —insistió. Lo decía en serio.

—¿Fue el que lo haya amado lo que te trajo a mí?

—No, no necesito que lo ames ni que llores la muerte de tu marido ni que exhumes los restos de tu hija. Ahogaré los sonidos del Maestro con mi música antes de que hayamos terminado, hasta

que no puedas oírle ni con un aparato, ni mediante la memoria ni los sueños.

—Muy amable de tu parte. ¿Lo amabas tanto como me amas a mí?

—Me he limitado a aclararte que no soy joven. No consiento que hables de él conmigo en ese tono de superioridad posesiva; por otra parte, lo que yo he amado no te interesa.

—Bravo —dije—. ¿Cuándo dejaste de aprender? ¿Cuándo te desembarazaste de la carne? ¿Acaso tu cráneo se volvió más duro al convertirse en el cráneo de un fantasma?

Se echó hacia atrás. No salía de su estupor.

Yo también estaba un tanto asombrada; a veces mis andanadas verbales me asustan. Por eso dejé de beber hace años.

Cuando me emborrachaba solía soltar esas peroratas. Ya ni siquiera recordaba el sabor del vino o de la cerveza y no ansiaba beber ni una cosa ni otra, sino permanecer en estado consciente, con mis sueños lúcidos, en los que me paseaba a mis anchas, como en el del palacio de mármol, cuando sabía que estaba soñando, pero allí y soñando, lo que representa lo mejor de ambos mundos.

—¿Qué quieres que haga? —

preguntó él.

Levanté la vista y contemplé otras cosas, otros lugares. Clavé los ojos en su rostro. Él tenía un aspecto tan sólido como los objetos de la habitación, aunque totalmente animado, adorable, envidiable, fantástico.

—¿Qué quiero que hagas? — pregunté en tono burlón—. ¿Qué significa esa pregunta? ¿Qué quiero?

—Dijiste que me echabas de menos. Bien, yo también te echo de menos. No obstante, puedo dejarte marchar. Puedo marcharme...

—No.

—Supuse que no me dejarías

marchar —respondió él con una pequeña sonrisa que se disipó de inmediato. Estaba muy serio, y, al relajarse, sus ojos se agrandaron. Tenía unas cejas perfectas, espesas y negras, que se alzaban sobre el caballete de la nariz y le daban una expresión imponente.

—De acuerdo, has venido a mí —dije—. Has aparecido como si yo te hubiera conjurado. Un violinista, precisamente lo que siempre deseé ser, quizá la única cosa en la que traté de convertirme con todas mis fuerzas. Has aparecido. Sin embargo, no eres mi creación. Provienes de otra dimensión,

estás ávido, necesitas ayuda y eres exigente. No consigues hacerme enloquecer, y eso te pone furioso, pero te sientes atraído por esa complejidad que se te resiste.

—Lo reconozco.

—¿Qué crees que ocurrirá si te quedas? ¿Crees que voy a dejar que me hechices y me arrastres de nuevo hasta la tumba sobre la que he arrojado unas flores? ¿Crees que dejaré que me echés en cara a mi exmarido, Lev? Sí, sé que durante estas últimas horas me has obligado a pensar en él, como si estuviera muerto igual que los demás, mi Lev, en él y en su esposa, Chelsea, y en

sus hijos. ¿Crees que voy a permitirlo? Supongo que quieres que entablemos una lucha feroz. Pues bien, prepárate para la derrota.

—Pudiste haber conservado a Lev —musitó con aire pensativo—. Sin embargo, fuiste demasiado orgullosa. Tuviste que decirle: «Sí, cástate con Chelsea». No podías tolerar la traición. Tuviste que mostrarte generosa, sacrificada.

—Chelsea iba a tener un hijo suyo.

—Chelsea quería deshacerse de él.

—No es cierto; y Lev tampoco quería. Nuestra hija ya había muerto, y él deseaba otro hijo; amaba a Chelsea, y

ella lo amaba a él.

—De modo que cediste orgullosamente al hombre al que amabas desde la adolescencia y te sentiste la triunfadora, la controladora, la directora de la obra.

—¿Y qué? —repliqué—. Ya no está junto a mí. Es feliz. Tiene tres hijos, uno muy alto y rubio y unos gemelos, y tengo la casa llena de fotografías tuyas. ¿Los has visto en las fotos de mi habitación?

—Sí. También los he visto en el vestíbulo, junto a una vieja fotografía color sepia de tu santa madre, cuando era una hermosa jovencita de trece años, con su uniforme de colegio y lisa como

una tabla.

—De acuerdo, ¿de qué se trata? No consentiré que me hagas esto.

Se volvió de costado y emitió un sonido, como si tarareara. Cogió el violín que reposaba sobre sus rodillas, lo depositó con cuidado sobre la mesa, boca arriba, y dispuso el arco al lado. Sosteniendo el mástil del instrumento con la mano izquierda, alzó la vista hacia un cuadro con un motivo de flores pintado por Lev que colgaba en la pared detrás del sofá: un regalo de Lev, mi marido, poeta, pintor y padre de un hijo alto y rubio.

—No, no quiero pensar en ello —

dije.

Contemplé el violín. ¿Un Stradivarius? ¿Beethoven, su maestro?

—¡No te burles de mí, Triana! — exclamó—. Fue mi maestro, al igual que Mozart cuando yo era muy joven, poco más que un chiquillo; hace tanto que no lo recuerdo. ¡Sin embargo, el Maestro fue mi profesor!

Observé que tenía las mejillas encendidas.

—No sabes nada acerca de mí — prosiguió—. No sabes nada sobre el mundo del que fui arrancado. Tus bibliotecas están repletas de estudios de ese mundo, de sus compositores, sus

pintores, los constructores de sus palacios; sí, incluso del nombre de mi padre, mecenas de las artes, un generoso benefactor del Maestro y, a efecto, el Maestro fue mi profesor. —Se calló y volvió el rostro.

—Ah, de modo que yo debo sufrir y recordar, pero tú no —dije—. Ya comprendo. Al igual que muchos hombres, te gusta darte aires.

—No, no comprendes nada —replicó—. Sólo quiero que tú, precisamente tú, que veneras a Beethoven y a Mozart como si fueran unos santos, sepas que los conocí. No obstante, ignoro dónde se encuentran

ahora. ¡Estoy aquí, contigo!

—Así es —dije—, tal como has repetido numerosas veces, pero ¿qué vamos a hacer? Sabes que puedes pillarme desprevenida mil veces, pero no volveré a caer en ello; y cuando sueño, con el mar, las olas, cuando sueño lo que tú...

—No quiero hablar de tu sueño.

—¿Por qué? ¿Porque representa una puerta a tu mundo?

—Yo no tengo un mundo. Estoy perdido en el tuyo.

—Sin embargo, antiguamente lo tuviste, y aún tienes una historia, arrastras tras de ti una serie de

acontecimientos relacionados los unos con los otros, y ese sueño proviene de ti, porque yo jamás he visto esos lugares.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa y agachó la cabeza, como si reflexionara.

—Sin duda recordarás —dijo con una sonrisa maliciosa, alzando la cabeza y dejando que sus cejas le confirieran una expresión severa mientras su voz denotaba ingenuidad y sus labios dulzura —, después de la muerte de tu hija, que tenías una amiga llamada Susan.

—Después de la muerte de mi hija tuve muchas y excelentes amigas, y casualmente cuatro de ellas se llamaban

Susan, Suzanne o Sue. Susan Mandel, por ejemplo, que había ido a la escuela conmigo; Susie Ryder, que vino a consolarme y se convirtió en mi aliada; Suzanne Clark...

—No me refiero a ninguna de ellas. Es cierto que en determinadas épocas de tu vida has conocido a varias mujeres con el mismo nombre. ¿Recuerdas a las Annes de tus tiempos escolares? Eran tres, y solían tomarte el pelo con respecto a tu nombre, Triana, que significa tres Annes. De todas formas, no quiero hablar de ellas.

—Es lógico, son unos recuerdos agradables.

—¿Dónde están ahora todas esas amigas tuyas, especialmente la cuarta... Susan?

—No consigo seguirte.

—Te equivocas, señora, pues te tengo sujeta a mí —respondió esbozando una amplia sonrisa—, y tan firmemente como cuando toco el violín.

—Sensacional —dije—. Como sabes, es una palabra antigua.

—Por supuesto.

—Eso es precisamente lo que eres, pues tratas de producir en mí unas sensaciones intensas. Ahora, hablemos en serio. ¿A qué Susan te refieres? Ni siquiera...

—A la que provenía del sur, la pelirroja, la que conoció a Lily...

—Ah, era Susan, la amiga de Lily, la que vivía arriba y tenía una hija de la edad de la mía...

—¿Por qué no me lo cuentas? ¿Por qué te disgusta recordarlo? ¿Por qué no quieres hablar de ello? Esa mujer quería mucho a Lily. A la niña le encantaba subir a su apartamento y sentarse junto a ella y hacer dibujos, y varios años después de la muerte de Lily, cuando estabas aquí, en Nueva Orleans, esa mujer llamada Susan, que quería tanto a tu hija, te escribió y te dijo que ésta había renacido, que se había

reencarnado, ¿lo recuerdas?

—Vagamente. Es un placer pensar en eso y no en la época en que ambas estaban juntas, dado que una ha muerto y la carta me pareció francamente absurda. ¿Es posible que la gente renazca? ¿Vas a contarme esos secretos?

—No; además los ignoro. Mi existencia constituye una estrategia continua. Sólo sé que estoy aquí o allá, sin solución de continuidad, y las personas que amo o llego a odiar mueren, pero yo sigo aquí. Eso es cuanto sé. Ningún alma ha aparecido nítidamente ante mí afirmando ser la reencarnación de alguien que me hubiera

lastimado...

—Continúa, te escucho.

—¿Recuerdas a esa Susan y lo que te decía en su carta?

—Sí; me aseguraba que Lily había renacido en otro país. ¡Ah! —Hice una pausa y proseguí—: Eso es lo que me hiciste ver en ese sueño: un país en el que jamás había estado, donde se encontraba Lily. ¿Es eso lo que quieres hacerme creer?

—No —contestó—. Sólo quería echarte en cara el que nunca hubieras ido en busca de ella.

—¡Otro truco! Tienes mil trucos. ¿Quién te lastimó? ¿Quién disparó esa

pistola que oíste poco antes de morir?
¿No quieres hablarme de ello?

—¿Como te hablaba Lev de sus aventuras con otras mujeres? ¿Como cuando el padre de tu hija moribunda te contó que durante la enfermedad de Lily se había acostado con una joven tras otra en busca de consuelo?

—Eres un cerdo —protesté—. No quiero rebajarme contestándote como te mereces. Sólo te diré que es cierto, que Lev tuvo unas breves historias con mujeres jóvenes, sin amor, y que yo me di a la bebida. Bebía mucho. ¿Que engordé? De acuerdo, pero eso no viene a cuento, ¿o es lo que pretendías? No

existe el día del Juicio Final. Dejé de creer en él, así como en la confesión y la autodefensa. Vete. Volveré a poner en marcha el aparato de música. ¿Qué harás? ¿Romperlo? Tengo otros. Sé cantar varias piezas de Beethoven. Me sé el *Concierto para violín* de memoria.

—Ni se te ocurra hacer eso.

—¿Por qué? ¿Existe en el infierno una música grabada para que la escuches?

—¿Cómo quieres que lo sepa, Triana? —preguntó él, suavizando el tono de su voz—. ¿Cómo quieres que sepa qué tienen en el infierno? Tú misma puedes ver los términos de mi perdición.

—En todo caso, es mejor que el fuego eterno. Pondré la música del dueño de mi vida, Beethoven, siempre que me apetezca, y cantaré lo que consiga recordar, aunque me equivoque de tono y de melodía...

Se inclinó con timidez; antes de que yo lograra reunir fuerzas, bajé la vista. Observé la mesa al tiempo que sentía una tristeza inmensa, tan profunda que apenas podía respirar. El violín. Isaac Stern en el auditorio, mi ingenua certidumbre de que yo conseguiría alcanzar esa grandeza...

No, basta. Miré el violín. Tendí la mano. Él no se movió. Yo no podía

cubrir el metro y medio que medía la mesa, de modo que me levanté y me senté en la silla que había a su lado.

Él no me quitó la vista de encima y se mantuvo deliberadamente impertérrito, como si temiese que le jugara una mala pasada. Quizá fuese ésa mi intención. Sin embargo, yo no conocía los mismos trucos que él, así que no merecía la pena intentarlo.

Palpé el violín.

Tenía un aspecto superior, pulcro y muy bello.

Me senté frente al violín. Él apartó la mano derecha, para que yo pudiera acariciar el instrumento. Incluso me lo

acercó un poco, aunque sin soltar el mástil ni el arco.

—Un Stradivarius —dije.

—Sí. Uno de los muchos que he tocado, sólo que éste se ha convertido en un fantasma, en un espectro, al igual que yo. No obstante, es fuerte. Él es él y yo soy yo. Sigue siendo un Stradivarius en este ámbito al igual que lo era en vida. —Miró el violín con amor. Luego, volviéndose hacia mí, añadió—: Puede decirse que morí por él. —Hizo una pausa—. Después de recibir la carta de Susan, ¿por qué no fuiste en busca del alma renacida de tu hija?

—No creí lo que decía la carta. La

tiré a la papelera. Me pareció una estupidez. Sentí lástima de Susan, pero fui incapaz de responder a su carta.

Sus ojos brillaron de manera extraña. Esbozó una sonrisa taimada.

—Creo que mientes. Estabas celosa —dijo.

—¿De qué demonios iba a estar celosa? ¿De que una vieja amiga hubiera perdido la razón? Hacía años que no veía a Susan; no sé dónde se encuentra ahora...

—Sin embargo, estabas celosa, reconcomida por la rabia, más celosa de ella que de las mujeres de Lev.

—Explícate.

—Lo haré encantado. La envidia te consumía, pues tu hija reencarnada se había aparecido a Susan y no a ti. Eso fue lo que pensaste. Que no podía ser cierto, porque ¿cómo iba a ser más fuerte el vínculo entre Lily y Susan? Sentiste rabia, orgullo, el orgullo que te llevó a renunciar a Lev cuando estaba tan trastornado que no sabía lo que hacía, cuando él...

No respondí.

Él tenía toda la razón.

Me atormentaba la idea de que alguien pudiera haber alcanzado tal grado de intimidad con mi difunta hija, que la perturbada Susan pudiera

imaginar que Lily, reencarnada, hubiera confiado en ella en lugar de hacerlo en mí.

Sí, él tenía razón; qué estúpida había sido. Lily adoraba a Susan. Ambas estaban muy compenetradas.

—De modo que te has sacado otra carta de la manga... ¿Y ahora qué? — Tendí la mano para coger el violín, pero él no lo soltó, sino que lo sujetó con más fuerza.

Acaricié el instrumento, pero él, sin apartar la mirada de mí, no dejó que lo moviera. El instrumento tenía un tacto real; sin emitir una sola nota de música, era magnífico; lustroso, material y

espléndido de por sí. Acariciarlo, acariciar un violín tan antiguo y maravilloso, era un placer.

—Imagino que es un privilegio — comenté con amargura, y me dije que no debía pensar en Susan y su historia sobre la reencarnación de Lily.

—Sí, es un privilegio... pero tú te lo mereces.

—¿Y eso?

—Porque su sonido te fascina más que a ningún otro mortal ante quien haya tocado.

—¿Incluido Beethoven?

—Beethoven estaba sordo, Triana —respondió él en voz baja.

Me eché a reír. ¡Por supuesto que Beethoven estaba sordo! Todo el mundo lo sabía, como sabía que Rembrandt era holandés o que Leonardo da Vinci había sido un genio. Reí con ganas, suavemente.

—No deja de ser divertido que yo olvidara ese detalle.

Él no le veía la gracia.

—Deja que lo coja.

—No.

—Tú mismo has dicho...

—¿Y qué si lo dije? El privilegio no te da derecho a ello. No puedes cogerlo; tocarlo sí, pero eso es todo. ¿Crees que dejaría que una criatura como tú pulsara

siquiera una sola de sus cuerdas? ¡Ni lo intentes!

—Debiste de morir enfurecido.

—En efecto.

—Entonces tú, el discípulo, ¿qué opinabas de Beethoven? Aunque él no pudiera oírte tocar, ¿qué juicio te merecía?

—Lo adoraba —murmuró—, del mismo modo que tú lo adoras en tu imaginación, sin haberlo conocido personalmente; pero yo lo conocía, y me convertí en un fantasma antes de que él muriera. Visité su tumba. Cuando penetré en ese viejo cementerio creí que moriría de nuevo a causa del dolor y el

horror que me producía el que hubiera muerto, el que una lápida señalara su tumba... pero no pude. —El rencor había desaparecido por completo de su rostro—. Ocurrió de súbito. Así es como ocurren las cosas en el ámbito en el que ahora habito. Todo sucede muy rápido o bien se demora eternamente. Pasé varios años sumido en una especie de bruma. Después, mucho más tarde, a través de la cháchara de los vivos me enteré de que habían organizado un funeral grandioso en su memoria, que habían transportado el féretro de Beethoven por las calles (a los vieneses les encantan los funerales) y que habían

erigido un monumento al Maestro. —Su voz era apenas un murmullo—. Lloré desconsoladamente ante su tumba. —Miró el vacío, como si estuviera ensimismado, pero no soltó el violín ni por un instante—. ¿Recuerdas que cuando murió tu hija deseaste que todo el mundo lo supiera?

—Sí, o que se detuviera para meditar durante un segundo... o algo así.

—Tus amigos californianos no sabían qué cara poner durante el funeral, y la mitad de ellos perdieron el rastro del coche fúnebre en la autovía.

—¿Y qué?

—El Maestro a quien veneras tuvo

el funeral que tú hubieras deseado para tu hija.

—Sí, y se trata de Beethoven. Tú lo conociste y yo lo conozco, pero ¿qué tiene que ver con Lily? ¿En qué se ha convertido Lily? ¿En unos huesos? ¿En un montón de polvo?

Me miró con ternura y compasión.

Mi voz no sonó estridente ni reflejaba enfado.

—Huesos, polvo, un rostro... lo recuerdo perfectamente: redondo, con la frente amplia como la de mi madre, no como la mía... ¡Ah, el rostro de mi madre! Me gusta pensar en ella y recordar lo guapa que era...

—¿Y cuando Lily perdió el pelo y lloró?

—Seguía siendo muy bonita, ya lo sabes. ¿Tú eras hermoso cuando falleciste?

—No.

El violín tenía un tacto sedoso y perfecto.

—Fue fabricado en 1690 —dijo—. Mucho antes de que yo naciera. Mi padre se lo compró a un hombre en Moscú, un lugar en el que jamás he estado, ni siquiera después de convertirme en fantasma, y al que tampoco pienso ir, bajo ningún concepto.

Miré embelesada el violín. Apenas me importaba nada en el mundo salvo ese violín, ya fuera real o fantástico.

—Real y espectral —me corrigió—. Mi padre poseía veinte instrumentos hechos por Antonio Stradivari, todos ellos espléndidos, pero ninguno como este violín largo.

—¿Veinte? ¡No te creo! —solté inopinadamente. No sé por qué lo dije. Por rabia, supongo.

—Por celos, porque no tienes ningún talento —me corrigió él.

Lo observé con atención; no tenía una postura definida. No estaba claro si me odiaba o me amaba, sólo que me

necesitaba con desesperación.

—No precisamente a ti —replicó—, sino a alguien.

—¿Alguien que ame este violín? —pregunté—. ¿Que sepa que es el Stradivarius largo que el viejo Stradivari fabricó hacia el fin de su vida, cuando ya no se hallaba bajo la influencia de Amati? —pregunté.

Su sonrisa era suave y triste; no, peor que eso, más profundo que eso: rebosante de dolor, ¿o era tal vez gratitud?

—Unas aberturas para el sonido perfectas —añadí con tono reverente, deslizando los dedos sobre las efes. No

toques las cuerdas.

—No, no las toques —dijo—, pero puedes tocar el resto.

—Ahora eres tú quien llora. ¿Son lágrimas auténticas?

Quise zaherirlo con mis palabras, pero éstas perdieron fuerza. Contemplé el violín y pensé en lo exquisito e inexplicable que era. Es poco menos que imposible describir a alguien que nunca ha oído un violín el sonido que éste emite, la voz del instrumento... ¡Y pensar que han existido multitud de generaciones que jamás han oído un sonido semejante!

Las lágrimas del espectral violinista

resaltaban el encanto de sus ojos hundidos. No trató de reprimirlas. Quizá las hubiese creado a propósito, como había hecho con la totalidad de su imagen.

—Ojalá fuera tan sencillo — confesó.

—Un barniz oscuro —observé sin apartar los ojos del violín—. Eso indica la fecha, ¿verdad?; eso y el que la parte dorsal esté formada por dos piezas, y la madera provenga de Italia.

—No —respondió él—. Aunque en muchos fuera así. —Tuvo que carraspear, o algo parecido, para proseguir—. Es el violín largo, sí, tienes

razón; lo llaman *stretto lungo*. —Se expresaba con sinceridad, casi afablemente—. Posees muchos conocimientos, sabes un montón de detalles sobre Beethoven y Mozart, y lloras al escuchar su música, abrazada a la almohada...

—Te sigo —precisé—. No olvides a Chaikovski, el ruso lunático, como lo llamas despectivamente. Lo interpretas muy bien, por cierto.

—Sí, pero ¿de qué te ha servido todo eso? Tus conocimientos, tu afán de leer las cartas de Beethoven o de Mozart, el interminable estudio de los sórdidos detalles de la vida de

Chaikovski... Mírate, estás aquí, ¿qué eres?

—Esos conocimientos me hacen compañía —respondí lenta y pausadamente, tratando de que mis palabras le resultaran tan elocuentes como a mí misma—, al igual que tú. — Me incliné hacia el violín tanto como pude. La luz del candelabro era débil. No obstante, a través de la abertura para el sonido distinguí la etiqueta, el círculo, las siglas AS y el año que él había dicho: 1690.

Me abstuve de besar el instrumento, pues el mero hecho de pensar en ello me pareció un gesto ridículo y vulgar. Sólo

deseaba sostenerlo, apoyarlo en mi hombro —algo que sí sabía hacer—, sujetarlo con los dedos.

—Eso, jamás.

—De acuerdo —dije, y dejé escapar un suspiro.

—Paganini poseía dos violines de Antonio Stradivari cuando lo conocí, pero ninguno era tan espléndido como éste...

—¿Lo conocías bien?

—Oh, sí; se diría que Paganini desempeñó un papel importante, aunque involuntario, en mi caída. Nunca supo qué fue de mí. No obstante, en un par de ocasiones lo observé a través del velo

oscuro, era cuanto pude soportar, pues el tiempo ya carecía de una medida natural. Sin embargo, él jamás poseyó un instrumento como éste...

—Comprendo... y tú tuviste veinte.

—Fue en casa de mi padre, como ya te he dicho. No seas tonta. Saca provecho de lo que has leído. Ya sabes cómo era Viena en aquellos tiempos; había príncipes que poseían orquestas privadas.

—¿Y tú perdiste la vida por este violín?

—La habría sacrificado por cualquiera de ellos —contestó acariciando el instrumento con los ojos

—. A punto estuve de perderla por ellos. Yo... Pero éste era mío, al menos eso afirmamos siempre, aunque por supuesto yo era sólo su hijo; había muchos violines y yo los tocaba todos. —Guardó silencio y permaneció pensativo.

—¿Es cierto que perdiste la vida por este violín? —inquirí.

—¡Sí!, y por la pasión de tocarlo. Si hubiera sido un idiota sin el menor talento, como tú, como cualquier persona corriente, me habría vuelto loco. Me asombra que tú no hayas enloquecido. —Al instante pareció arrepentirse de haber hecho ese

comentario y me miró con expresión contrita—. Aunque reconozco que pocos me han escuchado como tú.

—Gracias —respondí.

—Pocos comprenden como tú el verdadero lenguaje de la música.

—Gracias —repetí.

—Pocos han... ansiado abarcar tanto con respecto a la música. — Parecía perplejo. Miró el violín que estaba ante él casi con aire de impotencia.

No abrí la boca.

Me miró con nerviosismo.

—¿Y el arco? —pregunté, temiendo de pronto que se marchara, que volviera

a desaparecer para vengarse de mí—. ¿Lo fabricó también el gran Stradivari?

—Es posible, pero lo dudo. No solía fabricar arcos, ya lo sabes. Éste podría ser suyo; naturalmente, sabes también de qué madera está hecho —añadió esbozando una sonrisa un tanto inquisitiva.

—¿Sí? Pues creo que no lo sé —contesté—. ¿De qué madera está hecho? —pregunté tocando el largo y amplio arco—. Es muy ancho, más que los arcos modernos o los que se utilizan hoy en día.

—Para que el sonido sea más perfecto —aclaró contemplando el arco

—. Eres muy observadora.

—Es un detalle evidente; cualquiera habría reparado en él. Estoy segura de que quienes fueron a oírte a la capilla advirtieron que se trataba de un arco muy ancho.

—No estés tan segura de ello. ¿Sabes por qué es tan ancho?

—Para que las crines y la madera no rocen fácilmente y así se pueda tocar de manera más estridente.

—Estridente... —repitió él con una sonrisa—. No se me había ocurrido.

—Sin embargo, a menudo empiezas a tocar con violencia. Para ello es preciso emplear un arco ligeramente

cóncavo, ¿no? ¿De qué madera está hecho el arco? Parece de una clase especial. Antes conocía esos detalles. Explícamelo.

—Encantado de complacerte —respondió—. No sé quién lo fabricó, pero sí de qué madera se trata, pues lo averigüé cuando estaba vivo. Es palo de Pernambuco. —Tras estas palabras me observó atentamente, esperando mi reacción—. ¿No te dice nada el nombre de Pernambuco? ¿No te suena?

—Sí, pero ¿qué es exactamente el palo de Pernambuco? No sé...

—Una madera del Brasil —contestó—. En la época en que se fabricó este

arco sólo provenía de Brasil. Brasil.

Lo miré fijamente.

—Ah, sí —dije.

De pronto apareció el ancho mar, el agua refulgente iluminada por la luz de la luna, y luego un gigantesco oleaje. Era una imagen tan intensa que eclipsó la figura del violinista y me atrapó, pero al cabo de unos segundos noté su mano sobre la mía.

Lo vi a él, y vi su violín.

—¿No lo recuerdas? Piensa.

—¿El qué? —pregunté—. Veo una playa, un océano, olas...

—Ves la ciudad en la que, según tu amiga Susan, había renacido tu hija —

respondió ásperamente.

—Brasil... —Lo miré—. En Río, en Brasil, oh, sí, eso fue lo que Susan decía en su carta, que Lily era...

—Un músico en Brasil, precisamente lo que tú siempre habías anhelado ser, un músico, ¿lo recuerdas? Lily se reencarnó en un músico brasileño.

—Ya te he dicho que arrojé la carta a la papelera. Jamás he estado en Brasil, ¿por qué quieres que lo visualice?

—No quiero que lo visualices.

—Por supuesto que sí.

—No.

—Entonces ¿por qué veo eso? ¿Por

qué me despiertas cuando contemplo el mar y la playa? ¿Por qué sueño con ello? ¿Por qué acabo de ver esa escena? No recuerdo esa parte de la carta de Susan. No sabía el significado de la palabra «pernambuco». Nunca he estado...

—Mientes de nuevo, pero eres inocente —dijo—. Lo cierto es que tu memoria contiene algunas lagunas misericordiosas, o puntos donde la urdimbre se ha debilitado. San Sebastián, el santo patrón de Brasil. —Alzó la vista hacia el cuadro de san Sebastián, una obra maestra italiana que había comprado Karl y que colgaba

sobre la chimenea—. ¿No recuerdas que Karl deseaba ir para adquirir los cuadros portugueses de san Sebastián que sabía que existían allí y completar así su obra, pero tú dijiste que preferías no ir?

Me sentí dolida e incapaz de responder. Era verdad que me había negado a acompañarlo, lo que le había disgustado. Más adelante su enfermedad le había impedido emprender ese viaje.

—Naturalmente, te echas toda la culpa —observó él—. No quisiste ir porque era el lugar que Susan había mencionado en la carta.

—No lo recuerdo.

—Por supuesto que lo recuerdas, porque de lo contrario yo no lo sabría.

—No logro imaginar un mar embravecido en Brasil. Tendrás que buscar algo peor, más específico, o desentenderte del asunto, porque no deseas que yo lo vea, lo cual sólo puede significar...

—Estoy harto de tus estúpidos análisis.

Me eché hacia atrás en la silla.

Por unos instantes el dolor había ganado la partida. Fui incapaz de articular palabra. Karl había deseado ir a Río, y cuando yo era muy joven había expresado numerosas veces el deseo de

visitar el sur de Brasil, Bolivia, Chile, Perú, todos esos lugares de fábula, y Susan había dicho en su carta que Lily había renacido en Río de Janeiro; pero había otra cosa, un fragmento, un detalle...

—Las chicas —dije.

De pronto lo recordé.

Recordé que en nuestro apartamento de Berkeley, encima del de Susan, vivían una hermosa brasileña y sus dos hijas, universitarias, y que al partir habían dicho: «Nunca te olvidaremos, Lily». En Berkeley había varias familias brasileñas. Fui al banco, saqué unos dólares de plata y entregué cinco a cada

una de esas bonitas jóvenes de voz ronca y sensual... ¡Sí, ése era el extraño acento que había oído en sueños! Miré al violinista.

La lengua que hablaban en el templo de mármol era portugués.

Se levantó enfurecido, apartó el violín y exclamó:

—¡No te resistas, sufre! Les diste unos dólares de plata, y ellas besaron a tu hija; sabían que la niña se moría, pero creías que Lily lo ignoraba. Fue después de morir Lily cuando su amiga Susan, que la quería como una madre, te dijo que Lily había sabido siempre que iba a morir.

—¡No, me niego! ¡Juro que no te lo consentiré! —Me levanté de un salto—. Antes de dejar que me hagas esto te exorcizaré como si fueras un vulgar demonio.

—Te lo haces tú misma.

—Has ido demasiado lejos, y con el único afán de beneficiarte. Recuerdo a mi hija, con eso ya basta. Yo...

—¿Qué? ¿Yaces a su lado en una tumba imaginaria? ¿Cómo imaginas mi tumba?

—¿Tienes una tumba?

—No lo sé —contestó—. Nunca me he molestado en buscarla, aunque lo cierto es que no me enterraron en ningún

camposanto ni colocaron lápida alguna.

—Pareces tan triste y hundido como yo.

—No es verdad.

—¡Bonita pareja hacemos!

Sujetando el violín contra su pecho, retrocedió, como si me temiera.

Oí el sonido de un reloj al dar la hora; se trataba de uno de los diversos relojes de la casa, probablemente el del comedor, que era el más sonoro. Habían transcurrido varias horas, mientras él y yo seguíamos enzarzados en un combate verbal.

Al mirarlo, empezó a crecer en mi interior un sentimiento malsano, el afán

de vengarme de él por conocer mis secretos, por sacarlos a la luz y jugar con ellos. Tendí la mano para arrebatárselo el violín.

—¡No! —exclamó dando un paso atrás.

—¿Por qué? ¿Temes que si lo sueltas se evapore?

—¡Es mío! —respondió—. Me lo llevé al morir y permanecerá conmigo. Hace mucho que no pregunto por qué, que no hago preguntas.

—¿Y si se rompiera a causa de un accidente?

—Es imposible.

—Yo no lo creo así.

—Eres una loca estúpida.

—Me siento cansada —repliqué—.

Has dejado de llorar y ahora me toca a mí.

Me levanté y me dirigí hacia la puerta trasera de la estancia, que comunicaba con el comedor. Al abrirla, vi los ventanales posteriores de la casa; los grandes laurocerasos se recortaban contra la verja de la vivienda del cura de la capilla, y sus relucientes hojas, bañadas por la luz eléctrica, se mecían como si soprase la brisa, aunque yo ni siquiera había notado —en aquella enorme casa repleta de crujidos— que se había levantado viento. Entonces lo

oí que batía los cristales y se filtraba a través de las tablas del suelo.

—Dios mío —musité. Estaba de espaldas a él y lo oí dirigirse a mí, con cautela, como si sólo deseara aproximarse.

—Sí, llora —dijo—. ¿Qué tiene de malo?

Lo miré. Por un instante me pareció muy humano, casi cálido.

—Prefiero la otra música —contesté—. Lo sabes muy bien. Has convertido este asunto en un pequeño infierno para ambos.

—¿Crees que es posible que exista un vínculo más satisfactorio entre los

dos? —Su tono parecía sincero; su expresión, también—. ¿Crees posible que yo, a estas alturas, tan alienado de la vida, me deje conquistar por algo parecido al amor? No, para mí el amor no contiene la suficiente pasión, al menos desde la noche en que me liberé de la carne y me llevé este asombroso instrumento.

—Adelante, llora si lo deseas. Hazlo.

—No —respondió él, retrocediendo. Me volví y contemplé las verdes hojas. De golpe se apagaron las luces.

Eso significaba que era una hora determinada y que el reloj había dado

esa hora en la que las luces se apagaban en un lugar y se encendían en otro automáticamente.

En la casa no se oía el menor ruido. Althea y Lcomb dormían. No, esa noche Althea había salido y no regresaría hasta la mañana siguiente, y Lcomb se había acostado en la habitación del sótano para fumar sin que el olor del tabaco me molestara. La casa estaba desierta.

—No, estamos tú y yo —murmuró.

—¿Stefan? —pronuncié el nombre como lo había hecho la señorita Hardy, acentuando la primera sílaba.

Se le borraron las arrugas del ceño y

su rostro adquirió una expresión más animada.

—La vida es corta —dijo—. ¿Por qué no te compadeces de mi penosa situación?

—Entonces toca para mí. Toca para mí y déjame soñar y recordar sin escatimarte nada. ¿Acaso no debo odiar esto? ¿Te bastará que por una vez te ofrezca todo mi dolor?

Mis palabras lo hirieron profundamente. Me miró como un niño al que acabara de propinar un bofetón. Cuando alzó los ojos comprobé que los tenía arrasados en lágrimas, que su mirada era pura y le temblaban los

labios.

—Eras muy joven al morir —dije.

—No tanto como tu hija Lily —replicó él con amargura y rencor, pero sus palabras apenas eran audibles—. ¿Qué te dijeron los sacerdotes? ¿Que tu hija no había alcanzado siquiera «la edad de la razón»?

Nos miramos mutuamente, mientras yo sostenía a Lily en mis brazos y escuchaba sus precoces palabras, el inteligente sentido del humor y la ironía producto del dolor y de drogas como Dilantin, que estimulaban su verborrea. Lily, mi hermosa hija, que alzaba el vaso en un brindis entre todas sus

amigas, calva, esbozando una sonrisa tan maravillosa que me sentí agradecida de poder contemplar aquella escena tan intensamente en esos momentos. Oh, sí, por favor, quiero verla sonreír, y oír su risa, que suena como si algo cayera rodando alegremente por la colina.

Recordé mi conversación con Lev. «Mi hijo Christopher se ríe de la misma forma, con aquella risa profunda y espontánea», me había dicho durante una llamada de larga distancia, después de nacer sus gemelos, cuando Chelsea se puso también al teléfono y todos lloramos de felicidad.

Crucé el comedor despacio. Las

luces de la casa se habían apagado debidamente y no se encenderían hasta la mañana. Sólo seguía encendido un pequeño aplique que había junto a la puerta de mi habitación. Pasé junto a él y entré en ésta.

Él me siguió, con sigilo pero pegado a mis talones, como una sombra enorme, un manto gigantesco de pura oscuridad.

Sin embargo, luego contemplé su rostro vulnerable, su aire desvalido, y pensé: «Señor, no quiero que él lo sepa, pero está en la misma situación que los otros, se está muriendo y me necesita. No pretendo herirle ni insultarle; pero es así».

Me observó perplejo.

Sentí deseos de quitarme la ropa, la túnica de terciopelo y la falda de seda, todo lo que me oprimía. Deseaba ponerme un camisón holgado, deslizarme entre las sábanas y soñar, soñar el sueño de las tumbas, los muertos y todo eso. Tenía calor y ofrecía un aspecto desaliñado, pero no estaba cansada; no, en absoluto.

Estaba dispuesta a presentar batalla y salir por una vez victoriosa, pero ¿qué experimentaría al ganar? ¿Sufriría él? ¿Podía desearle eso incluso a alguien tan impresentable, odioso y literalmente fuera de este mundo?

No me entretuve pensando en esa joven criatura salvo para comprender, con un sobresalto, que se encontraba realmente ahí, que si yo estaba loca, al menos me hallaba segura en un lugar donde nadie podía alcanzarme excepto él. Estábamos juntos.

Empecé a recordar algo, algo horrible que no pasaba un mes sin que acudiese a mi mente, que se clavaba en mí como un trozo de cristal, y de lo que jamás había hablado con nadie, ni siquiera con Lev.

Me estremecí. Me senté muy lentamente en la cama, pero ésta era tan alta que mis pies no tocaban el suelo.

Me levanté y eché a andar. Él se apartó para dejarme pasar.

Percibí la lana de su chaqueta. Sentí su cabello. De pronto tendí la mano junto a la puerta del gabinete, frente al comedor, y lo cogí del cabello.

—Es sedoso como las barbas del maíz, pero negro —dije.

—Basta —protestó él, liberándose. Noté que, al deslizarse por mi mano, su pelo tenía un tacto resbaladizo y me apresuré a abrir el puño.

Se escurrió hacia el comedor, alejándose de mí. A continuación empuñó el arco. Por lo visto, antes de tocar no era necesario tensar las crines

del espectral arco de palo de Pernambuco.

Cerré los ojos para no verlo, a él y al mundo que me rodeaba, pero no los cerré al pasado ni a ese recuerdo. Eso era para él, ese dolor... tan pequeño, escurridizo y difícil de afrontar, como cortarse la mano con una esquila de cristal...

No obstante, estaba obligada a hacerlo. ¿Qué podía perder? Ni siquiera esa cosa trivial, fea e inconfesada, lograría empujarme más allá de los límites de la razón. Si aún era capaz de crear sueños lúcidos y fantasmas, nada podía infundirme temor, ni siquiera él.

10

Comenzamos juntos. Me dejé arrastrar por mis pensamientos; aquel tormento concreto era privado, vergonzante, tan infame que ni siquiera era posible relacionarlo con la tristeza.

Tristeza.

Era la misma casa en que nos encontrábamos en ese momento. Tocó una sonata para mí en tono menor, deslizando el arco sobre las notas graves con tal habilidad que mis ojos parecían contemplar una época anterior

con tanta nitidez como lo hacía mi mente.

No obstante, me hallaba al otro lado del largo comedor.

Percibí el olor del verano antes de que aparecieran esos aparatos para enfriar las casas, cuando la madera adquiría aquel olor especial a recalentada, y el penetrante aroma de los alimentos corrientes que se preparaban en la cocina, como la col y el jamón, impregnaba la atmósfera durante una eternidad. ¿Había en aquellos tiempos alguna casa que yo conociera y no apestara a col hervida? Sin embargo, yo pensaba en las casas pequeñas, en las

casas ramplonas y achaparradas situadas en el muelle de los alemanes e irlandeses, de donde venía mi familia — al menos una parte de ella— y adonde yo iba con frecuencia con mi madre o mi padre, cogida de la mano de uno o de otro, contemplando las angostas y yermas aceras, añorando los árboles, la suave mezcolanza de mansiones del Garden District.

A fin de cuentas, ésa era una casa de grandes dimensiones; un chalé consistente en cuatro amplias habitaciones en la planta noble, donde los niños ocupaban unos pequeños dormitorios situados debajo de un ático

abuhardillado. Con todo, cada una de esas cuatro habitaciones era espaciosa, y aquella noche, la que recordé, o en el fondo jamás podría olvidar, la noche cuyo recuerdo era incapaz de compartir con nadie, esa noche horrenda, el comedor que había entre el dormitorio principal y yo parecía tan vasto que sin duda yo no debía de tener más de ocho años a lo sumo.

Sí, ocho, lo recuerdo porque Katrinka ya había aprendido a gatear y dormía arriba, y yo había despertado asustada durante la noche y quería refugiarme en el lecho de mi madre, lo que no era infrecuente. Yo acababa de

bajar por la escalera.

Mi padre, que había regresado de la guerra hacía tiempo, había empezado a desempeñar trabajos nocturnos, al igual que sus hermanos, quienes trabajaban febrilmente para mantener a sus familias; pero esa noche no estaba en casa, aunque el lugar donde se hallara no viene al caso. Lo único importante era que mi madre había empezado a beber, mi abuela había muerto y que éramos presa de un temor terrible y persistente. Yo sabía que sobre nosotros se cernía una lóbreguez que amenazaba con devorar toda esperanza; era consciente de ello cuando bajé

sigilosamente por la escalera y entré en el comedor, confiando en distinguir la luz de su habitación, porque, aunque mi madre estuviera «indispuesta», como lo llamábamos entonces, su aliento tuviera un sabor amargo (léase alcohol), y durmiera tan profundamente que aunque le hubiésemos sacudido la cabeza no habría movido un músculo, su cuerpo emanaba calor y la luz estaría encendida, ya que ella odiaba y temía la oscuridad.

No vi ninguna luz encendida. «Deja que tu música hable sobre el temor, el temor abrumador de una niña, el temor de que todo el entramado de las cosas se

haya desgarrado y no pueda subsanarse jamás». Ya entonces deseé no haber nacido, aunque no supiera expresarlo con palabras.

Sin embargo, yo sabía que me habían lanzado a una existencia espantosa erizada de angustias y peligros, que traspasaría una y otra vez los dominios del bienestar y la seguridad, cerrando los ojos, deseando tan sólo que amaneciera, buscando la compañía de otros, el solaz en el resplandor de los faros de los vehículos que pasaban, cada uno de los cuales presentaba una forma distinta y particular.

Había descendido por la escalera

estrecha y curva y había entrado en el comedor.

Mirad, ése era el aparador de roble negro que teníamos entonces, tallado a máquina, bulboso e imponente, el que mi padre regaló al morir mi madre aduciendo que tenía que entregarle los muebles de mi madre a «su familia», como si nosotras, sus hijas, no fuéramos su familia. Pero eso, la noche a la que me refiero, ocurrió mucho antes de que ella muriera. El aparador constituía un eterno referente en el mapa del temor.

Faye aún no había nacido. Diminuta, surgida medio muerta de hambre de las aguas negras de un útero podrido,

nuestra amada y diminuta Faye aún no había aparecido como un regalo del cielo para crear un ambiente cálido, bailar, distraernos, hacernos reír a todos; por intenso que fuera el dolor que le hubieran infligido a Faye, hermosa como el día, le gustaba tumbarse durante horas en el jardín y observar los movimientos de los verdes árboles y sus ramas mecidas por el viento; Faye, que nació en el veneno y nos ofreció siempre a todos su infinita dulzura.

No, eso ocurrió antes de que Faye naciese, y era una situación triste, precaria, la más sombría que se pudiera imaginar, incluso más desesperada que

aquellas en que se alcanza el conocimiento con la edad, porque yo no podía apoyarme en la experiencia. Tenía miedo, mucho miedo.

Es muy posible que aquella noche Faye ya se hallara en el útero de nuestra madre, quien sufrió varias hemorragias mientras estaba embarazada de Faye. En tal caso, ésta flotaba en un mundo contaminado por el alcohol, ciego, tal vez traspasado de dolor. ¿Late un corazón ebrio con la misma fuerza que cualquier otro corazón? ¿Ofrece el cuerpo de una madre borracha la tibieza necesaria al diminuto feto que flota, que trata de alcanzar la conciencia, que

aguarda nacer en un mundo de habitaciones oscuras y gélidas donde el temor acecha en el umbral? El pánico y el dolor se dan la mano en una criatura tímida que se siente culpable y mira a través de una habitación desaseada.

Contemplad la chimenea delicadamente tallada, las rosas incrustadas en la madera rojiza, un marco de piedras pintado, una estufa de gas apagada que podía chamuscar la repisa. Observad las molduras en el techo, las elevadas puertas de madera, las sombras proyectadas aquí y allá por el tráfico que se desliza en el exterior.

La casa estaba sucia, al menos en

aquella época, ¿quién va a negarlo? Eran los años anteriores a las aspiradoras y lavadoras, cuando el polvo imperaba en los rincones. Cada mañana el repartidor de hielo, un hombre que siempre andaba con prisas, acarreaba su mágica carga por los escalones del porche. La leche que había en la nevera apestaba. Las cucarachas correteaban sobre la superficie metálica, lacada en blanco, de la encimera. Antes de sentarnos a comer descargábamos unos golpes sobre la mesa para ahuyentarlas. Siempre había que enjuagar los vasos antes de utilizarlos.

En verano mis hermanas y yo siempre andábamos descalzas. Las mosquiteras de las ventanas estaban cubiertas de polvo y al cabo de un tiempo se oxidaban y adquirían un intenso color negro. Cuando en verano poníamos en marcha el ventilador de la ventana, éste atraía el polvo y hacía que se filtrara en casa. Durante la noche, la porquería volaba de un lado para otro, y se adhería impunemente a las volutas y repisas de forma tan natural como el musgo a los robles que crecían en el jardín.

No obstante, eran cosas normales; a fin de cuentas, ¿cómo iba mi madre a

mantener limpias unas habitaciones tan grandes?, ella, que soñaba con leernos poesías, y consideraba que sus niñas, sus pequeños genios, sus hijas perfectamente sanas y robustas no debían ocuparse de tareas domésticas, de modo que dejaba que la ropa sucia se amontonara en el suelo del cuarto de baño mientras leía y reía alegremente. Tenía una risa encantadora.

La magnitud de la situación era abrumadora. Qué vida. Recuerdo a mi padre subido en una escalera, con el brazo rígido debido al cansancio mientras pintaba unos techos de cinco metros. El yeso de las paredes se caía a

pedazos; las vigas del ático estaban podridas; la imagen de la casa hundiéndose cada año un poco más me estrujaba el corazón.

Nuestra casa nunca estaba limpia, terminada ni ordenada; las moscas se paseaban sobre los cacharros sucios en la cocina, y la comida se había quemado. Bajé a toda prisa por la escalera a través de la atmósfera acre y húmeda de la noche, descalza, desobediente, después de levantarme de la cama cuando no debía, aterrorizada.

Sí, aterrorizada.

¿Y si tropezaba con una cucaracha o una rata? ¿Y si las puertas no estaban

cerradas y había entrado un ladrón? ¿Y si ella estaba acostada en su habitación, borracha, y yo no conseguía despertarla? ¿Y si no lograba hacer que se levantara? ¿Y si se declaraba un incendio? Oh, sí, un incendio pavoroso, como el que había destruido una antigua casa victoriana situada en la esquina de Philip y St. Charles, un incendio cuyo recuerdo, que me producía un pánico tremendo, era más antiguo y que por entonces pareció fruto de la lobredez y la maldad que reinaban en aquella casa consumida por las llamas, de nuestro mundo, nuestro precario mundo, donde unas palabras amables precedían a una

borrachera, a la frialdad, al abandono; donde las cosas se acumulaban eternamente y creaban un universo regido por el desorden... Un lugar tan sombrío y siniestro como aquella vieja mansión victoriana, un gigantesco monstruo que se alzaba en la esquina de aquella manzana, que había ardido envuelta en las llamas más descomunales que yo había visto jamás.

¿Qué podía impedir que ocurriera lo mismo aquí, en estas espaciosas habitaciones, detrás de las columnas blancas y las barandillas de hierro? Mirad, la estufa de gas encendida, la estufa de gas de patas gruesas, la llamita

de hierro ornamentado que ardía en el extremo del tubo de gas, muy cerca de la pared, demasiado cerca. Yo sabía que los muros se recalentaban debido a las estufas que teníamos instaladas en casa. Lo sabía muy bien.

En ese caso no debía de ser verano, y tampoco era invierno, ¿o sí? El temor hacía que me castañetearan los dientes.

Los dientes no me dejaron de castañetear ni en el recuerdo ni en el momento de evocarlos, mientras Stefan seguía tocando y yo dejaba que se desarrollara esa angustiosa escena de mi infancia.

Stefan interpretó una música lenta,

para caminar, como la del segundo movimiento de la *Novena* de Beethoven, aunque más tenebrosa, como si él caminara a mi lado sobre el parqué, que en aquellos tiempos mostraba un aspecto totalmente deslucido y considerábamos un caso perdido, dados los recursos químicos y mecánicos de la época... ¿en 1950? No...

Vi la estufa de gas en la habitación de mi madre; las llamas anaranjadas me hicieron pestañear, y me tapé los ojos, aunque estaba en otra estancia, junto al gabinete; pensé en el fuego y en tratar de salvar a Katrinka, y en mi madre borracha, y en Rosalind... ¿dónde

estaba Rosalind? No figuraba en mi recuerdo ni en mis fobias. Yo estaba sola y sabía lo vieja que era la instalación eléctrica, pues a veces se referían a ello con indiferencia, como de pasada, a la hora de comer:

—Esta casa está tan reseca que ardería como una tea —comentó mi padre en una ocasión.

—¿Qué has dicho? —pregunté.

Ella había mentido para tranquilizarme. No obstante, cuando se ponía a planchar, las bombillas de sesenta vatios de aquel entonces parpadeaban, y cuando se emborrachaba solía dejar caer el cigarrillo o se

olvidaba de desenchufar la plancha; los cables estaban desgastados, los enchufes soltaban chispas. ¿Y si la casa comenzaba a arder y yo no lograba sacar a Katrinka de la cuna, mientras mi madre, asfixiada por el humo, se ponía a toser y a toser, como hacía en esos momentos, y era incapaz de ayudarme...?

Posteriormente, como ambas sabemos, yo la asesiné.

Aquella noche oí que se esforzaba en reprimir su constante y violenta tos de fumador, que nunca cesaba por mucho tiempo, si bien ello me dio a entender que estaba despierta más allá

de la oscura estancia, al menos lo suficiente para tratar de aclararse la garganta, para toser, acaso para indicarme que podía meterme en su cama y acurrucarme junto a ella, aunque se había pasado el día durmiendo la mona. Sí, yo lo sabía, sabía que se había acostado con la ropa interior —como tenía por costumbre—, con unas bragas rosadas y sin sujetador, y que exhibía sus pechos menudos y vacíos, aunque había amamantado a Katrinka durante un año. Sus piernas desnudas, que yo había tapado con la manta, mostraban por detrás unas varices tan hinchadas que no me atrevía a mirarlas. Esas pantorrillas

surcadas de varices causadas por sus «tres embarazos», según le había comentado a su hermana Alicia por teléfono en cierta ocasión en que le puso una conferencia, debían de dolerle...

Mientras andaba, temí desintegrarme, que algo espantoso surgiera de la oscuridad y me hiciera soltar un grito de terror. Tenía que llegar junto a ella. Tenía que pasar por alto las llamas anaranjadas y los violentos latidos de mi corazón, mi pavor a que estallara un incendio, las imágenes recurrentes que no cesaban de dar vueltas en mi mente, la casa invadida de humo tal como la había visto el día en

que mi madre había prendido fuego al colchón y luego lo había apagado. Tenía que llegar hasta su cama. Su tos era lo único que se oía en la casa, que parecía aún más vacía debido a sus voluminosos muebles negros de roble: la mesa, con sus cinco patas bulbosas, y el imponente aparador con sus gruesas puertas inferiores talladas y su elevado espejo jaspeado.

Cuando éramos pequeñas, Rosalind y yo solíamos escondernos en el aparador entre los restos de la vajilla y un par de copas que le habían regalado a mi madre cuando se casó. Era por la época en que mi madre nos dejaba

escribir en las paredes y romper lo que quisiéramos, pues deseaba que sus hijas se sintieran libres. Entre otras cosas, pegábamos nuestros monigotes de papel a la pared con cola que comprábamos en una tienda de baratijas. Habíamos construido un mundo de fantasía poblado de personajes: Mary, Madene, Betty Headquarters, al que más tarde se incorporó el favorito de Katrinka, Doan la Piedra, cuyo cómico nombre nos hacía reír. No obstante, eso ocurrió más tarde.

En este recuerdo no había nadie salvo mi madre y yo... Ella tosía en el dormitorio y yo me dirigía hacia su

cama de puntillas, temerosa de que estuviera tan borracha que hiciera un movimiento brusco con la cabeza y se la golpeará contra el suelo de madera, o que sus ojos tuvieran un aspecto vidrioso, como los de las vacas que había visto en unas ilustraciones, grandes y ausentes, lo que podía ser un espectáculo lamentable, aunque en realidad eso no me importaba demasiado. Me refiero a que si conseguía llegar hasta su lecho y acostarme junto a ella, habría valido la pena. Pese al abultado vientre, las varices y los pechos caídos, su cuerpo no me repelía.

Por lo general, mi madre andaba por casa vestida tan sólo con las braguitas y una camisa de hombre; le gustaba sentirse libre. Hay cosas que uno jamás revela a nadie.

Eran cosas feas y repugnantes, como cuando se sentaba en el retrete para hacer caca, con la puerta del cuarto de baño abierta de par en par y las piernas separadas, porque le gustaba que le hiciéramos compañía mientras leía exhibiendo su vello pubiano y sus muslos blancos; entonces Rosalind decía: «Mamá, qué olor, qué olor», mientras ella seguía defecando tranquilamente, sosteniendo el *Reader's*

Digest en una mano y un cigarrillo en la otra. Nuestra bella madre, de frente noble y ojos grandes y pardos, se reía de Rosalind, que no encontraba el modo de largarse de allí, y a continuación nos leía otra historia divertida que aparecía en la revista, y nosotras nos reíamos.

Siempre he sabido que la gente tiene sus propios gustos y manías con respecto al momento de ir al baño: que todas las puertas estén cerradas, que nadie entre a molestarles o que el baño no tenga ninguna ventana; a algunos, como mi madre, les gusta tener a su lado a alguien que les haga compañía y charle con ellos. ¿Por qué?

Me tenía sin cuidado. Lo único que deseaba era llegar junto a ella; lo demás, el aspecto grotesco que mi madre pudiera presentar, no me importaba. Por borracha que estuviera, siempre daba la impresión de limpieza y calidez; su lustroso cabello brotaba de un cuero cabelludo blanco por el que yo deslizaba los dedos; su piel era lisa y reluciente. Quizá la porquería que la rodeaba fuese capaz de engullirla, pero nunca de corromperla.

Me acerqué sigilosamente a la puerta del gabinete. El dormitorio de mi madre, que ahora es el mío, contenía entonces sólo un lecho de hierro forjado,

con un sencillo somier de muelles debajo del colchón a rayas, que ella cubría de vez en cuando con una colcha blanca y ligera, y por lo general, con unas sábanas y unas mantas. Me parecía que todo el mundo vivía como nosotros, es decir, que bebía café en tazones blancos invariablemente desportillados, utilizaba toallas raídas, llevaba zapatos con las suelas agujereadas, y tenía los dientes cubiertos por una capa verduzca hasta que nuestro padre nos increpaba: «¿Es que nunca os laváis los dientes?».

Durante unos días había un cepillo, o dos o tres, y unos polvos con los que lavarnos los dientes, pero luego esas

cosas se caían al suelo, se perdían o desaparecían, y nuestra vida recuperaba el ritmo habitual y quedaba cubierta por una nube densa y plomiza. Mi madre lavaba los cacharros a mano en el fregadero de la cocina, como había hecho nuestra abuela hasta el día de su muerte.

Mil novecientos cuarenta y siete.
Mil novecientos cuarenta y ocho.
Llevábamos las sábanas al jardín en un gran cesto; mi madre tenía las manos hinchadas de tanto retorcerlas para escurrirlas. A mí me gustaba jugar con la tabla de lavar. Tendíamos las sábanas en una cuerda, cuyo extremo sostenía yo

para evitar que cayera sobre el barro; me encantaba corretear entre las sábanas limpias.

Un día, poco antes de morir, aunque me estoy adelantando unos siete años, mi madre me dijo que en el jardín, oculto entre las sábanas, había visto a un extraño ser, una criatura demoníaca con dos patitas negras. En ese instante comprendí que se había vuelto loca y supuse que no tardaría en morir. Así fue.

Sin embargo, este recuerdo se remonta a mucho antes de que yo sospechara que pudiera morir, aunque nuestra abuela ya había fallecido. A los ocho años yo estaba convencida de que

la gente regresaba del más allá; la muerte no me infundía un gran temor. Era ella quien me atemorizaba, en todo caso, o el hecho de que mi padre trabajara de noche, repartiendo telegramas sobre una moto después de cumplir su jornada laboral en la oficina de correos, o distribuyendo la correspondencia en el American Bank. Todo lo que sabía sobre los trabajos que desempeñaba mi padre era que lo obligaban a pasarse el día fuera de casa, que tenía dos empleos y que los domingos iba con el resto de los parroquianos de la iglesia del Sagrado Nombre de Jesús, donde entregaban

comida, ropa y juguetes a los niños pobres; lo recuerdo porque un domingo se llevó mis lápices de colores, los únicos que yo tenía, para dárselos a un «niño pobre», y yo cogí tal rabieta que él me miró disgustado y me echó en cara mi egoísmo al tiempo que daba media vuelta y se marchaba.

¿Dónde se encontraba la fuente segura de lápices de colores en este mundo? Más allá del campo pedregoso de la lasitud y dejadez, en una tienda de baratijas a la que quizá no lograra arrastrar a nadie hasta al cabo de muchos años para comprarme otros lápices de colores.

Sin embargo, él no estaba allí; la luz procedía de la estufa. Me paré ante la puerta del dormitorio de mi madre. Distinguí la estufa y al lado otra cosa, blanca, vaga, blanca y oscura, reluciente. Yo sabía lo que era, pero no por qué relucía.

Entré en la habitación. Reinaba allí una atmósfera densa y cálida aprisionada por la puerta, y a mi izquierda, en un lecho cuya cabecera estaba adosada a la pared más próxima a mí, yacía mi madre; el lecho ocupaba el mismo lugar que ahora, sólo que entonces se trataba de una vieja cama desvencijada que crujía y los muelles de

cuyo somier estaban cubiertos de polvo, tal como comprobaba fascinada cuando me metía debajo.

Mi madre tenía la cabeza apoyada sobre la almohada; su cabellera larga y oscura, que aún no se había cortado para venderla, estaba desparramada sobre su espalda desnuda, y cada vez que tosía le temblaba el cuerpo. La luz de la estufa ponía de relieve las gruesas varices de sus pantorrillas y las braguitas rosadas que cubrían su pequeño trasero.

¿Qué había al lado de la estufa? Dios mío; era peligroso, podía quemarse como las patas de las sillas, que estaban chamuscadas por haberlas colocado

demasiado cerca. La habitación olía a gas, las llamas eran anaranjadas, y retrocedí espantada hacia la puerta.

No me importaba que mi madre se enfadara conmigo por haber bajado; si me ordenaba que regresara a la cama, no la obedecería; no podía marcharme, ni siquiera moverme.

¿Por qué relucía aquel objeto?

Era una compresa de algodón blanco que mi madre llevaba sujeta en las bragas con un imperdible cuando tenía la menstruación, y estaba arrugada por haberla llevado todo el día, y manchada de sangre, por supuesto; pero ¿por qué relucía?

Avancé hasta la cabecera de la cama y con el rabillo del ojo vi que mi madre se incorporaba bruscamente. Tosía de forma tan violenta que se asfixiaba y no podía seguir tendida.

—Enciende la luz, Triana —me pidió con voz de borracha—. Cierra la persiana y enciende la luz.

—Pero eso... —dije—. Eso... — Me acerqué y señalé la compresa arrugada y empapada de sangre. ¡Estaba llena de hormigas! ¡Por eso relucía! ¡Dios mío, fíjate en eso, mamá! La compresa estaba invadida de hormigas, unas hormigas capaces de llevarse un plato que hubieras dejado fuera,

devorando la sangre, minúsculas, imposibles de matar—. ¡Mira, mamá, la compresa está llena de hormigas!

Si Katrinka hubiese entrado a gatas en la habitación y hubiera encontrado aquella cosa repugnante, si alguien la hubiera visto... Me acerqué más.

—Mira —dije a mi madre.

Ella siguió tosiendo. Agitó el brazo derecho como para indicarme que me olvidase de la compresa, pero era imposible pasar por alto aquella cosa cubierta de hormigas, tirada en un rincón. Estaba junto a la estufa, podía quemarse, y las hormigas... ¡deteneos, malditas hormigas! Éstas se filtraban por

todas partes. Había que proteger de las hormigas el viejo mundo de 1948 o 1949, impedir que lo invadieran todo: devoraban los pájaros muertos en cuanto caían sobre la hierba, o se deslizaban en fila por debajo de la puerta y trepaban por la encimera de la cocina en busca de alguna gota de melaza que se hubiera derramado.

—¡Aj! —exclamé—. ¡Mira, mamá!
—No quería tocarlo.

Se levantó con torpeza y se acercó. Me agaché y con una mueca de asco señalé la compresa.

Mi madre, situada detrás de mí, trató de decir «¡basta!, ¡basta!».

—Déjalo en paz —balbuceó. Luego le sobrevino otro acceso de tos y por un instante pareció que iba a asfixiarse. Me agarró del pelo y me dio una bofetada.

—Pero, mamá —insistí, señalando la compresa.

Me abofeteó de nuevo, una y otra vez. Alcé los brazos para protegerme, pero siguió golpeándome.

—¡Para, mamá!

Caí de rodillas, donde la estufa se reflejaba sobre las polvorientas tablas del suelo cubiertas por una vieja capa de barniz. Percibí un olor a gas y vi la sangre seca que empapaba la compresa cubierta de hormigas.

Mi madre volvió a darme un bofetón. Yo tendí la mano derecha y grité. Logré amortiguar la caída, pero mi mano casi rozó la compresa, y las hormigas comenzaron a corretear despavoridas sobre la sangre reseca.

—¡No me pegues más, mamá!

Me volví; no quería recogerla, pero alguien tenía que hacerlo.

Mi madre estaba de pie a mi lado, bamboleándose. Las braguitas rosadas apenas le cubrían la voluminosa tripa; los pechos, rematados por un pezón marrón oscuro, le colgaban flácidos, y el cabello le caía enmarañado sobre la cara, mientras seguía tosiendo y

agitando el brazo para indicarme que me fuera, que me alejase de ella. De pronto me dio un rodillazo en el vientre con todas sus fuerzas. Con saña.

Con verdadera saña.

¡Jamás en la vida había experimentado una sensación semejante!

No era dolor. Era el fin de todo.

No podía respirar. No estaba viva. No lograba recuperar el aliento. Me dolían el estómago y el pecho, pero no tenía voz para gritar y creí que iba a morir irremediablemente. Dios mío, mi madre me había dado una patada en la barriga. Tenía ganas de decir: «¡Me has pegado una patada, no pretendías

hacerlo, no puede ser que quisieras hacerlo, mamá!». Sin embargo, no podía respirar, y menos aún hablar, iba a morir. De pronto rocé con el brazo la estufa de gas y noté el hierro ardiente.

Mi madre me agarró del hombro. Grité. Jadeé sin parar y grité una y otra vez —y también al rememorallo, como había hecho entonces, pero en este momento—... la compresa relucía y estaba cubierta de hormigas y sentí dolor en el vientre y al gritar vomité; eso fue todo... No pretendías hacerlo, no querías... Era incapaz de levantarme.

«No. ¡Basta!».

Stefan.

Era su voz, etérea y fuerte.

La gélida casa de ahora, ¿está menos maldita?

Él se encontraba de pie junto al lecho con dosel; parecía abatido. Ahora era cuarenta y seis años después, y todos ellos estaban muertos y enterrados, excepto yo y la criatura que dormía arriba, que estaba tan llena de temor y de odio hacia mí que no pude ahorrarle esas cosas, y no lo hice... y él, nuestro huésped, mi fantasma... Se inclinó y sujetó la hermosa columna tallada de caoba.

Sí, te lo ruego, deja que lo recuerde todo, mis edredones de encaje, mis

cortinas, mi seda, yo no, mi madre, ella no pretendía, no pudo... el dolor, no puedo respirar, el dolor, el dolor y las náuseas, ¡no puedo moverme!

Vómitos.

«Basta, no sigas», dijo él.

Rodeó la columna de la cama con el brazo derecho y dejó caer el violín sobre el edredón que cubría el mullido colchón. Se sujetó a la columna y lloró.

—Yo era una criatura —dije—. ¡Menos mal que no me hirió con un cuchillo!

—Lo sé, lo sé —exclamó él, sollozando.

—Imagínatela —dije—, desnuda,

con aquel aspecto tan grotesco, y me dio una patada con el pie desnudo, con todas sus fuerzas; estaba borracha, y yo me quemé el brazo con la estufa.

—¡Basta! —me suplicó—. No sigas, Triana. —Se cubrió el rostro con las manos.

—¿Puedes crear una música inspirándote en esto? —pregunté, acercándome a él—. ¿Eres capaz de convertir en arte una anécdota tan privada, vergonzosa y vulgar como ésta?

Siguió llorando, igual que debí de llorar yo.

El violín y el arco estaban sobre el edredón.

Me precipité sobre la cama, cogí ambas cosas —el violín y el arco— y retrocedí para que él no pudiera alcanzarme.

Se quedó perplejo.

Tenía el rostro blanco y húmedo. Me miró confuso, como si no se hubiera percatado de lo que yo había hecho. Después fijó los ojos en el violín y cayó en la cuenta.

Me llevé el violín al mentón; sabía cómo hacerlo; empuñé el arco y empecé a tocar. No pensé en lo que hacía, ni lo había planeado ni temía fallar; dejé que el arco, que sostenía con dos dedos, volara sobre las cuerdas. Percibí el olor

de las cerdas y el barniz del arco, sentí que mis dedos se deslizaban por el mástil, que oprimían las vibrantes cuerdas, y deslicé el arco sobre éstas vertiginosamente. Entre las caricias de mis dedos y los golpes de arco surgió una canción, una canción coherente, una danza ebria y frenética, mientras las notas se sucedían con tanta rapidez que no lograba controlarlas; era una danza endiablada, como aquel lejano picnic, rebosante de alegría y alcohol, en el que Lev bailó y yo toqué sin parar, y el arco y mis dedos se movieron incesantemente. Era parecido a aquello, pero mucho más: una canción rural

febril y discordante, enloquecida como todas las canciones de las tierras altas y los oscuros parajes montañosos, y unas danzas extrañas y siniestras que de golpe brotan en la memoria y en los sueños.

Brotó de forma improvisada... «Te quiero, mamá, te quiero, te quiero, te quiero». Era una canción real, sincera, alegre, vibrante, que emanaba de su Stradivarius sin interrupción, mientras yo me balanceaba y movía el arco con frenesí dejando que mis dedos brincaran sobre las cuerdas. Me encantaba esa canción rústica, improvisada y oscura, mi canción.

Trató de arrebatarme el violín.

—¡Devuélvemelo!

Le di la espalda y continué tocando.

Me detuve por unos segundos y luego deslicé el arco sobre las cuerdas y emití un lamento prolongado, grave y desgarrador; toqué la frase más triste, oscura y dulce, que mis ojos vistieron y embellecieron, y la vi en el parque, a nuestro lado, con su cabello castaño peinado y su rostro hermosísimo; ninguna de nosotras poseyó jamás su belleza.

Los años parecían flotar en torno a la música, envolviéndola, pero no significaban nada. Seguí tocando.

Observé que lloraba, postrada sobre la hierba. Me dijo que deseaba morir. Durante la guerra, cuando Rosalind y yo éramos pequeñas, caminábamos siempre a su lado, cogidas cada una de una mano, y una tarde nos quedamos encerradas por error en el sombrío museo de Cabildo. Ella no tenía miedo. No estaba borracha, sino llena de sueños y esperanzas. La muerte no apareció; fue una aventura. Recuerdo su semblante risueño cuando el guardia vino a rescatarnos.

Oh, desliza lentamente el arco sobre las cuerdas y deja que las notas se claven en tu alma, tan hondo que sientas

temor ante algo capaz de emitir este sonido. Él trató de nuevo de arrebatarme el violín. Yo le di un puntapié igual que mi madre me lo había dado a mí, sólo que, al alzar yo la rodilla, él cayó hacia atrás.

—¡Dámelo! —gritó, tratando de recuperar el equilibrio.

Seguí tocando con fuerza para no oírlo, me volví de espaldas a él y la vi sólo a ella. «Te quiero, te quiero, te quiero».

Mi madre dijo que deseaba morir. Nos encontrábamos en el parque, yo era una adolescente y ella dijo que iba a arrojar al lago para acabar con su

vida. Varios estudiantes se habían ahogado en el lago del parque, que era muy profundo. Los robles y las fuentes nos ocultaban del mundo de la avenida, de los trolebuses. Juró que se suicidaría y para ello se arrojaría a las aguas turbias de aquel lago.

Deseaba hacerlo, y Rosalind, desesperada, la bonita Rosalind, que a la sazón tenía quince años, con sus lustrosos rizos que enmarcaban hermosamente su rostro, le suplicó que no lo hiciera. Mis pechos se insinuaban debajo del vestido, pues, como siempre, no llevaba sujetador.

Cuarenta años más tarde o más, me

hallaba en el mismo lugar, tocando el violín, golpeando las cuerdas con el arco. Moví el pie al compás de la música. Hice que el violín emitiera un sonido agudo, mientras yo daba vueltas en un sentido y en otro.

En el parque, cerca del repugnante mirador donde los viejos orinaban y por el que siempre andaban merodeando, ansiosos de mostrar un pene flácido en la mano —se trataba de no prestarles atención—, había instalado a Katrinka y a Faye en los columpios, unos pequeños columpios de madera provistos de una barra para que los niños no se cayeran; de todos modos, percibía el hedor de los

orines mientras columpiaba a mis hermanas, por turnos, un empujón para Faye y otro para Katrinka. Por su parte, los marineros no me dejaban en paz: eran chicos apenas unos años mayores que yo, marineros jóvenes que en aquella época recalaban en un puerto tras otro, chicos ingleses o quizá del norte, no lo sé, que caminaban por la calle Canal, fumando cigarrillos, unos chicos jóvenes como tantos otros.

—¿Ésa es tu madre? ¿Qué le pasa?

No respondí. Deseaba que los muchachos se fueran. No pensé en una respuesta. Me limité a seguir columpiando a mis hermanas.

Mi padre nos había obligado a salir; dijo, tenéis que sacarla de esta casa, tengo que sacarla de aquí y limpiar la casa, no lo soporto más, lleváosla; nosotras sabíamos que estaba borracha, borracha perdida, pero él nos obligó a sacarla de la casa. «Te odiaré hasta el día que me muera», dijo Rosalind, y subimos todas al trolebús, donde ella no paraba de mover incontroladamente la cabeza, borracha y medio dormida, mientras nos dirigíamos hacia el centro.

¿Qué pensaría la gente de ella, de aquella señora con sus cuatro hijas? Supongo que llevaba un vestido respetable, pero lo único que recuerdo

es su cabello, peinado hacia atrás, que la favorecía mucho, y sus labios apretados; de repente despertó y se sentó muy tiesa, pero al cabo de unos instantes su cabeza volvió a desplomarse sobre el pecho. Tenía los ojos vidriosos, y la pequeña Faye se aferraba a ella con fuerza.

La pequeña Faye, que no hacía preguntas, tenía la cabeza apoyada sobre la falda de su madre, y Katrinka, solemne, avergonzada, muda y con la mirada como ausente ya a aquella tierna edad.

Cuando el trolebús llegó al parque mi madre anunció que ya habíamos

llegado. Todas la seguimos hacia la puerta delantera del vehículo para apearnos, porque estábamos más cerca que de la trasera, lo recuerdo bien. La iglesia del Sagrado Nombre de Jesús estaba frente a nosotras, y al otro lado se extendía el hermoso parque, con sus balaustradas, sus fuentes y su césped, el césped al que mi madre solía llevarnos con frecuencia, hacía muchos años.

No obstante, se produjo un contratiempo. El trolebús se detuvo. Los pasajeros sentados en los asientos de madera observaron la escena con curiosidad. Me quedé plantada en la acera, mirándola. Se trataba de

Rosalind, que estaba sentada en un asiento trasero y miraba por la ventanilla, fingiendo que no iba con nosotras, sin hacer el menor caso a nuestra madre, mientras ésta le imploraba de manera tan educada que era imposible creer que estaba borracha: «Vamos Rosalind, cariño».

El conductor aguardó. Iba sentado en la parte delantera del vehículo, donde estaban los controles y las dos palancas, y esperó mientras todos los pasajeros nos miraban extrañados. Yo cogí a Faye de la mano para impedir que cruzara la calle y la atropellara un coche. Katrinka, malhumorada, con las mejillas redondas,

rubia y despistada, se chupaba el dedo y observaba la escena sin comprender qué sucedía.

Mi madre se dirigió hacia la parte posterior del trolebús. Rosalind no podía resistirse eternamente. Por fin, se levantó y se apeó.

Sin embargo, en el parque, cuando mi madre amenazó con arrojarse al lago, Rosalind, sollozando con amargura sobre la hierba, le suplicó una y otra vez que no lo hiciera.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntaron los marineros—. ¿Ésa es tu madre? ¿Qué le pasa? Deja que te ayude con tu hermanita.

—No.

¡No quería su ayuda! No me gustaba la forma en que me miraban. Tenía trece años. No sabía qué querían ni qué demonios les ocurría, por qué me rodeaban de esa forma, y además estaban las dos niñas, y más allá nuestra madre, tumbada de costado y con los hombros temblorosos. Oí sus sollozos. Tenía una voz preciosa, que se hizo más suave a medida que remitió el dolor que le había causado el que Rosalind se negara a bajar del trolebús a causa de la vergüenza que sentía, el que nuestro padre la hubiera obligado a salir, el que fuera consciente de que estaba borracha,

el que deseara morir.

—¡Devuélvemelo! —gritó él—.

Dame el violín.

¿Por qué no me lo arrebatava de las manos? El motivo me tenía sin cuidado.

Seguí con mi danza caótica, una giga, moviendo los pies como Johnny Belinda, la sordomuda de la película, al son de las vibraciones de un violín que ella sólo podía sentir, unos pies, unas manos, unos dedos que danzaban enloquecidamente al son de la música irlandesa, febril, caótica. Bailé en el dormitorio, bailé, toqué y dejé que el arco se inclinara hacia la izquierda y golpeé luego las cuerdas con él,

mientras los dedos elegían su propio camino, imponían su propio *tempo*, sí, dale, dale, como me habían dicho durante el picnic, no te cortes, dale.

No te cortes, suelta lo que llevas dentro. Continué tocando.

Él trató de sujetarme, pero no tenía la suficiente fuerza para dominarme.

Retrocedí hacia la ventana y estreché el violín y el arco contra mi pecho.

—Devuélvemelo —dijo.

—¡No!

—No sabes tocarlo. Es el violín el que emite esos sonidos; es mío, me pertenece.

—No.

—¡Dámelo, es mío!

—¡Antes lo aplastaré!

Estreché el violín entre mis brazos, no quería destrozarlo, pero él no sabía con cuánta fuerza lo abrazaba. Debí de parecerle una lunática, abrazada al violín mientras lo apuntaba con los codos y lo miraba con ojos como platos.

—No —dije—, yo lo he tocado, lo toqué así hace mucho, toqué mi canción, mi versión de ella.

—¡Estás mintiendo, puta! ¡Dame mi violín, maldita seas! ¡Es mío, no puedes quedártelo!

Al mirarlo me estremecí. Trató de

arrebatarme el instrumento, pero retrocedí hacia el rincón y lo estreché con más fuerza.

—¡Lo destrozaré!

—No debes hacerlo.

—¿Qué más da? Es un objeto espectral, ¿no?, un fantasma, como tú. Deseo volver a tocarlo, deseo... sostenerlo en mis brazos. No puedes quitármelo.

Apoyé de nuevo el violín bajo mi mentón. Él tendió la mano, pero cuando trató de cogerlo yo le propiné otro puntapié en las piernas. Apliqué el arco sobre las cuerdas y toqué un largo, enloquecido y angustioso lamento, y

luego, lentamente, con los ojos cerrados, haciendo caso omiso de él, sosteniendo el violín con cada fibra de mi cuerpo, toqué suave y pausadamente, tal vez una canción de cuna, para ella, no para mí, para Roz, para mi dolida Katrinka, para mi frágil Faye, una canción sobre el crepúsculo como el viejo poema de mi madre, mientras ella nos leía en voz alta, antes de que la guerra hubiese terminado y mi padre hubiera regresado a casa. La oí elevar el tono, su tono profundo y melodioso; ah, ése era el toque, el toque preciso... la forma correcta de deslizar el arco sobre las cuerdas sin aplicar una excesiva presión sobre ellas, y comencé

a desgranar una frase tras otra. «Te quiero, mamá, te quiero, te quiero». Él jamás regresará, la guerra ha terminado, siempre estaremos juntas. Esas notas agudas eran sutiles y puras, alegres y tristes al mismo tiempo.

El violín no pesaba nada, aun así me producía un ligero dolor en el hueso del hombro, y me sentí mareada, pero la canción constituía una extensión del instrumento. Yo no conocía notas ni melodías, sino sólo esas frases que brotaban espontáneamente y que expresaban melancolía y dolor, esos infinitos y dulces lamentos gaélicos, entretejidos los unos con los otros, pero

que fluían con facilidad, ¡Dios mío!, fluían sin interrupción, como la sangre, como la sangre que empapaba aquella repugnante compresa que había en el suelo; como la sangre, el infinito torrente de sangre que brota del útero y del corazón de una mujer, no lo sé. Durante el último mes de su vida mi madre sufrió una hemorragia tras otra, al igual que yo al término de mi vida fértil, y ya no podía tener hijos, jamás volvería a tener hijos a mi edad, como la sangre viva; deja que fluya.

Deja que fluya.

¡Era la música!

Noté que algo me rozaba la mejilla.

Eran sus labios. Alcé el codo, lo golpeé y lo derribé junto a la cama. Quedó tendido en el suelo con aire torpe, impotente, sujetando la columna de la cama y mirándome enfurecido mientras trataba de incorporarse.

Me detuve y dejé que las notas brillaran suspendidas en el aire... Dios mío, habíamos pasado la larga noche inmersos en nuestros respectivos delirios, o quizá fuera la luna, sí, la luna que se filtraba a través de los laurocerasos y la impenetrable oscuridad del edificio contiguo, una oscuridad que lo engullía todo, un muro del mundo moderno que podía

ensombrecer pero jamás destruir este paraíso.

Sentí un intenso dolor por ella en el fatídico momento en que me había propinado el puntapié, a mí, una niña de ocho años, en aquella misma habitación, un dolor que fluía junto con la resonancia de las notas que flotaban en el aire. No tenía sino que alzar el arco. Era un gesto natural.

Apoyado contra la pared que había frente a mí, él me miró temeroso.

—Te lo advierto, si no me lo devuelves lo pagarás caro.

—¿Llorabas por mí o por ella?

—¡Devuélvemelo!

—¿O fue por la crueldad de ese episodio? ¿Por qué llorabas?

¿Fue por una niña a quien el dolor le impedía respirar, aterrorizada, mientras se sujetaba el vientre y se quemaba el brazo al rozarlo contra la estufa encendida? Oh, era un dolor insignificante en un mundo lleno de horrores, y, sin embargo, de todos mis recuerdos ése era el más secreto, el más espantoso, el que jamás me había atrevido a revelar a nadie.

Me puse a tararear una melodía.

—Deseo tocar.

Comencé a tocar suavemente y me percaté de lo sencillo que era deslizar el

arco con delicadeza sobre las cuerdas *la* y *sol* y componer una canción sobre una cuerda grave si me apetecía, dejando que emanara un sonido suave y persistente con cada golpe del arco. Lloro, lloro por una vida desperdiciada... percibí las notas, dejé que me sorprendieran y expresaran mi alma; sí, venid a mí, dejad que lo averigüe, dejad que mi mente bucee a través de este caos para hallarse a sí misma; ella no vivió un año más después del día en que lloró en el parque, ni un año más, tenía el cabello largo y castaño, y el último día nadie la acompañó hasta la verja.

Creo que canté mientras tocaba. ¿Por quién llorabas, Stefan?, canté. ¿Llorabas por ella, por mí o por lo horrendo y sórdido de aquello? Me complacía sentir el tacto del violín sobre el brazo, mis dedos flexibles y exactos, como unos diminutos cascos que pisaran las cuerdas, mientras la música se acumulaba en mis oídos sin una clave grave o aguda: un guión muy pobre para el sonido, un código muy antiguo e inadecuado; yo dominaba ese tono, pero al mismo tiempo me sentía maravillada y cautivada por él como siempre había estado cautivada por el sonido del violín, ¡sólo que en esos momentos lo

sostenía en mis manos!

Vi el cadáver de mi madre en el ataúd, pintarrajeada como una puta.

—Esta mujer se ha tragado la lengua —soltó el empleado de la funeraria.

—Estaba tan desnutrida que su rostro se volvió negro y se descompuso —dijo mi padre, dirigiéndose a mis hermanas y a mí—, de modo que el hombre ha tenido que aplicarle una cantidad exagerada de maquillaje. Oh, no, mira, Triana, esto no puede ser, Faye no la reconocerá.

¿Y de quién era el vestido rojo oscuro que llevaba puesto? No era suyo; debía de ser de la tía Elvia, por quien

mi madre no sentía ningún cariño.

—Elvia dijo que no encontró nada adecuado en el armario. Supongo que tu madre tenía mucha ropa, ¿verdad?

El instrumento era ligero, fácil de sostener, y yo movía el pie al ritmo de la música y hacía que brotara un torrente acústico, familiar, querido, que los hombres y las mujeres de las colinas asimilaban fácilmente y a cuyo son bailaban con los niños, antes de que éstos aprendieran a leer y a escribir, quizás incluso a hablar, un sonido al que yo me había entregado, y él a mí.

Lo del vestido de la tía Elvia había sido un disparate, nada trágico, sino

inolvidable, una última y terrible ironía, un amargo símbolo del abandono al que habíamos condenado a mi madre.

¿Por qué no le compré vestidos, por qué no la lavé, por qué no la ayudé a vencer su enfermedad? ¿Qué demonios me pasaba? La música expresaba esa acusación, y el castigo, en una corriente ininterrumpida y coherente.

—¿Sabes si mamá tenía ropa? — pregunté con frialdad a mi padre. Una combinación negra, lo recuerdo, sí, que llevaba cuando se sentaba debajo de la lámpara, con un cigarrillo en la mano, las noches de verano. ¿Ropa? Un abrigo, un abrigo viejo.

Dios mío, pensar que dejamos que muriera de esa forma... Yo tenía catorce años, era lo bastante mayor para ocuparme de ella, demostrarle mi cariño, ayudarla a restablecerse.

Deja que las palabras se fundan. Eso es lo maravilloso. Deja que las palabras fluyan, que este sonido amplio y rotundo narre la historia.

—¡Devuélvemelo! —gritó Stefan—. Te llevaré conmigo, te lo advierto.

Me detuve en seco, aturdida.

—¿Qué has dicho?

No respondió.

Empecé a tararear de nuevo mientras sostenía el violín, inmóvil, entre el

hombro y el mentón.

—¿Adónde? —pregunté suavemente
—, ¿adónde me llevarás?

No esperé su respuesta.

Interpreté la delicada canción que no precisaba ningún acicate consciente y dejé que las dulces notas se sucedieran con la misma facilidad con que uno besa las manos, el cuello y las mejillas de un bebé, como cuando yo abrazaba y besaba una y otra vez a Faye, una niña tan menuda... ¡Dios mío, mamá, Faye se ha caído a través de los barrotes de su camita! La he recogido del suelo; pero había sido Lily, ¿no? O Katrinka, a quien, al regresar, encontré sola en

aquella lúgubre casa con la pequeña Faye.

El suelo lleno de vómitos.

¿Qué ha sido de nosotras?

¿Dónde estaba Faye?

—Creo... que deberías empezar a llamar —había dicho Karl—. Hace dos años que desapareció tu hermana Faye. No creo... no creo que regrese.

«Regrese». Regrese, regrese.

Eso fue lo que había dicho el médico mientras Lily estaba debajo de la máscara de oxígeno. «No regresará».

Deja que la música grite esto, y que hierva y que mitigue este dolor y le procure una nueva forma.

Abrí los ojos y seguí tocando y viendo cosas, un mundo resplandeciente, extraño y prodigioso, pero no nombré las cosas que veía, sino que simplemente observé su forma inevitable y brillante a la luz de las ventanas: el tocador con faldones perteneciente a mi vida con Karl, y la fotografía de Lev, y su hermoso hijo, el primogénito, alto y con el cabello rubio, como Lev y Chelsea, el que se llama Christopher.

Stefan se arrojó sobre mí.

Cogió el violín, pero yo lo sujeté con firmeza.

—¡Vas a romperlo! —exclamé,

arrebatándoselo. Sólido, ligero, como la cáscara de algo, rebosante de vida como el caparazón de un grillo antes de desprenderse de él, de abandonarlo, tan frágil que podía romperse con mayor facilidad que el cristal.

Retrocedí hacia la ventana.

—Lo destrozaré, ¡y tú lo lamentarás más que yo!

Estaba frenético.

—No sabes lo que es un fantasma —dijo—, ni tampoco qué es la muerte. Hablas sobre ella como si fuese algo tan puro como una cuna. Es hedor, odio y podredumbre. Tu marido, Karl, no es más que un montón de cenizas, ¡cenizas!,

y el cadáver de tu hija está hinchado debido a los gases y...

—No —lo interrumpí—. Tengo el violín en mi poder y puedo tocarlo.

Avanzó hacia mí, se irguió y en su rostro apareció una expresión pensativa que suavizó sus rasgos, pero sólo por unos segundos. Fijó en mí sus ojos profundos bordeados por unas pestañas largas y oscuras, sin fruncir las cejas.

—Te lo advierto —dijo con voz grave, áspera, aunque su mirada era franca y transmitía un dolor profundo—. Te has apoderado de una cosa que proviene del mundo de los muertos, de los dominios donde yo habito, y no te

pertenece. Si no me lo devuelves, te llevaré conmigo, a mi mundo, a mis recuerdos y a mi dolor, y entonces comprenderás lo que significa el dolor, estúpida, perra, ladrona; eres un ser codicioso, amargado y desesperado; has herido a todas las personas que te han amado, dejaste que ella muriera, y también lastimaste a Lily, acuérdate, la cadera, el hueso, recuerda la expresión con que te miró, estabas borracha, la depositaste sobre la cama y ella...

—¿Me llevarás al mundo de los muertos? ¿Y eso no es el infierno?

El rostro de Lily. Yo la había arrojado bruscamente sobre la cama; las

drogas habían consumido sus huesos. La había lastimado debido a las prisas, y ella me había mirado, sí, calva, dolorida, temerosa, una niña que parecía la llamita de una vela, preciosa en la salud y en la enfermedad. Yo estaba borracha, Dios santo, y por eso merezco consumirme eternamente en el infierno; yo misma atizaré las llamas de mi perdición. Suspiré. Yo no hice eso, no pude hacerlo.

—Sin embargo, lo hiciste, aquella noche la maltrataste, la empujaste, estabas borracha, tú, que habías jurado no permitir jamás que un niño padeciera lo que habías padecido tú junto a tu

madre alcohólica...

Alcé el violín y golpeé la primera cuerda, el *mi*, con el arco, arrancándole un lamento agudo. Puede que en definitiva todas las canciones sean un lamento, un grito organizado; el sonido que emite un violín cuando alcanza el timbre mágico es tan agudo como el de una sirena.

Él no consiguió detenerme, no era lo bastante fuerte; con ademanes torpes trató de obligarme a soltar el instrumento, pero no lo logró. ¡Fantasma, espectro, el violín es más poderoso que tú!

—Has roto el velo —me espetó—.

Te lo advierto. Lo que sostienes en las manos me pertenece, y sabes que ni él ni yo pertenecemos a este mundo. Una cosa es vislumbrarlo, y otra muy distinta venir conmigo.

—¿Qué veré cuando vaya contigo? ¿Un dolor tan intenso que me obligará a devolverte el violín? Te presentas aquí, me ofreces exasperación en lugar de desesperación, ¿y pretendes que lllore por ti?

Se mordió el labio inferior con expresión de duda; no quería vulgarizar lo que iba a decir.

—Sí, comprobarás, verás... lo que distingue al dolor... lo que... ellos...

—¿Quiénes son ellos? ¿Quiénes son esos seres tan terribles que te arrojaron de tu vida haciendo que adoptaras esta forma, te llevaras el violín y, bajo la apariencia de un amigo que desea consolarme, te presentaras a mí para hundirme, para obligarme a ver esos rostros sollozantes, a mi madre, tú... te aborrezco... mis peores recuerdos.

—Te complaces atormentándote; tú misma creaste tus imágenes y poemas sobre cementerios, le cantaste a la muerte con avidez. ¿Crees que la muerte son unas flores? Dame el violín. Grita con tus cuerdas vocales, pero devuélvemelo.

Mi madre en un sueño dos años después de su muerte.

—Tú misma viste las flores, hija mía.

—¿No estás muerta? —exclamé en sueños, pero entonces comprendí que esa mujer no era mi madre, sino una impostora; lo supe al observar su sonrisa cruel. No podía ser mi madre, porque mi madre estaba muerta. La impostora me dijo con saña:

—El funeral fue una farsa, tú misma viste las flores.

—Apártate de mí.

—Es mío.

—¡Yo no te he invitado a venir!

—Desde luego que lo hiciste.

—No me merezco esto.

—Te equivocas.

—Creé plegarias y fantasías, sí, tal como has dicho. Deposité los tributos sobre la tumba, y esos tributos tenían pétalos. Cavé fosas a mi medida. Tú me obligaste a regresar al pasado, a contemplar unos recuerdos descarnados, ocultos; casi lograste que perdiera la razón. El impacto fue tan violento que quedé conmocionada. Sin embargo, ahora puedo tocar este violín.

Me volví de espaldas a él y toqué mi canción, moviendo el arco con gracia exquisita. Mis manos sabían qué debían

hacer.

—Sólo porque es mío, porque no es real, ¡dámelo, bruja!

Retrocedí sin parar de tocar, arrancando al violín unas notas graves, profundas y desgarradoras, haciendo caso omiso de los desesperados intentos por parte del fantasma de arrebatarme el instrumento. De pronto, me detuve, temblorosa.

Se había producido el vínculo mágico entre mi intelecto y mis manos, entre mi voluntad y mis dedos, entre el querer y el poder. ¡Bendito sea Dios! Había ocurrido.

—¡Surge del violín porque es mío!

—insistió él.

—No, y el que no puedas arrebatármelo lo demuestra con claridad. Lo has intentado, pero no has podido. Eres capaz de traspasar muros, puedes tocarlo, te lo llevaste contigo al morir, de acuerdo, pero no puedes quitármelo. Soy más fuerte que tú. El violín está en mi poder, y no lo soltaré. Escúchalo cantar. ¿Y si estuviese destinado a mí? ¿No has pensado en ello, criatura depredadora y malvada? ¿Alguna vez, antes o después de morir, has amado a alguien lo suficiente para pensar que tal vez...?

—Es inaudito —replicó—. No eres

nada, una de tantas, una entre cientos, la típica persona que lo quiere todo y no crea nada; no eres sino...

—En cambio, tú eres muy listo. Sabes componer una mueca de dolor, como Lily, como mi madre.

—¿Cómo has sido capaz de hacerme esto? —murmuró—. No es justo; yo me habría marchado, habría desaparecido al instante si me lo hubieses pedido. ¡Me has engañado!

—Sin embargo, no desapareciste. Me querías atrapar, me atormentaste, no te marchaste hasta que fue demasiado tarde y comprendí que te necesitaba. ¿Cómo te atreves a hurgar en unas

heridas tan profundas? No obstante, ahora poseo esto y soy más fuerte que tú. Algo en mi interior lo reclama, y no te lo entregaré. ¡Puedo tocarlo cuando me apetezca!

—No, forma parte de mí, al igual que mi rostro, mi chaqueta, mis manos o mi pelo. Esta cosa y yo somos fantasmas; no te imaginas ni remotamente lo que me hicieron, no tienes autoridad alguna, no puedes interponerte entre este instrumento y yo, no comprendes esta perdición. Ellos...

Volvió a morderse el labio inferior; su rostro estaba tan pálido, tan exangüe, que parecía a punto de desvanecerse.

Abrió la boca para decir algo.

Yo no soportaba verlo herido. Era superior a mis fuerzas. Contemplar a Stefan en aquel estado, tan dolido, a alguien a quien apenas conocía y al que había robado su violín, representaba la última torpeza, la última injusticia, la última derrota. Aun así, me negaba a devolverle el instrumento.

Las lágrimas velaron mis ojos. No sentí nada, el inmenso y frío vacío de la ausencia de sentimientos. Nada. Sonó una música en mi cabeza, una repetición de la música que había estado interpretando. Agaché la cabeza y cerré los ojos. Tócala otra vez...

—De acuerdo —dije. Desperté de aquel letargo y lo miré, sujetando el violín con firmeza.

—Tú misma lo has decidido —replicó él enarcando las cejas y observándome asombrado.

—¿Qué he decidido?

La luz de la habitación se hizo más tenue; las relucientes hojas que se adivinaban a través de los visillos formaron unas siluetas más imprecisas. Los olores de la habitación y el mundo ya no eran los mismos.

—¿A qué te refieres?

—A acompañarme. ¡Ahora estás conmigo, en mis dominios! Poseo muchas virtudes y defectos, no tengo poder para matarte, pero sí para hechizarte mediante sortilegios y

sumergirte en el verdadero pasado del mismo modo que podría hacerlo un ángel o tu conciencia. Tú me obligas a ello.

Un viento cortante me agitó el pelo. El lecho había desaparecido, al igual que las paredes. Era de noche y aparecieron unos árboles que se desvanecieron súbitamente. Hacía frío, un frío polar, ¡pero ardía un fuego! Mirad ese inmenso y espeluznante resplandor que se recorta contra las nubes...

—¡Dios mío, no me lleves allí! —le rogué—. ¡No quiero ir! ¡Dios mío, esa casa en llamas, ese temor, ese viejo

temor infantil al fuego! Ah, destrozaré este violín, lo haré pedazos...

La gente gritaba despavorida. Oí el tañido de unas campanas. La noche rebosaba de caballos, carruajes y personas que corrían de un lado a otro, y el fuego era monstruoso...

El incendio había estallado en una grandiosa mansión larga y rectangular de cinco plantas; las ventanas del piso superior vomitaban llamas.

Aquellas personas tenían aspecto anticuado; las mujeres llevaban el cabello recogido en un moño y una falda larga y vaporosa que descendía desde el pecho, y los hombres lucían levita.

Todos estaban aterrorizados.

—¡Dios Santo! —exclamé. Tenía frío, y el viento me azotaba el rostro. Las pavesas caían por doquier, las chispas prendían en mi vestido. La gente corría acarreando cubos de agua, gritando sin cesar. Advertí unas figuras diminutas en la ventana de una casa gigantesca; arrojaban objetos a la multitud que se agolpaba abajo. De pronto, voló por los aires un cuadro de grandes proporciones, aunque en comparación con las llamas parecía un sello de correos oscuro, y unos hombres se apresuraron a atraparlo antes de que tocase el suelo.

La gran plaza estaba repleta de gente que contemplaba la escena llorando, gimiendo y tratando de echar una mano. Alguien arrojó unas sillas por las ventanas superiores. Un enorme tapiz salió despedido de otra ventana y cayó al suelo donde quedó formando una masa revuelta.

—¿Dónde estamos? Dímelo.

Observé la vestimenta de quienes pasaban corriendo por nuestro lado. Los trajes largos y vaporosos eran del siglo pasado, de antes de que aparecieran los corsés, y los hombres vestían una levita con grandes bolsillos, ¡y mirad!, incluso la camisa de ese individuo tan

desastrado que yacía en la camilla, quemado y cubierto de sangre, tenía las mangas abullonadas y levemente fruncidas.

Los soldados lucían sombreros de ala ancha doblada hacia arriba, ladeados. Aparecieron unos carruajes grandes y chirriantes que se aproximaron al fuego todo lo que pudieron, se abrieron sus puertas y de ellos saltaron unos hombres para ayudar a sofocar las llamas. Fue un asalto concertado entre plebeyos y caballeros.

Un hombre que estaba a mi lado se quitó la gruesa levita y cubrió con ella los hombros de una mujer que se

apoyaba en él sin dejar de llorar; el vestido de la mujer parecía un largo lirio invertido de seda marchita, y su cuello desnudo daba la impresión de estar tan frío como la levita que lo había cubierto.

—¿No quieres entrar? —me preguntó Stefan con tono de enfado. Estaba temblando. No era inmune a lo que él mismo había conjurado. Temblaba, pero estaba furioso. Yo seguía sujetando el violín, jamás me desprendería de él—. Vamos, ¿no quieres contemplar el espectáculo? ¡Mira!

La gente pasaba junto a él rozándolo,

empujándonos, sin reparar en nuestra presencia; chocaban contra nosotros como si tuviéramos peso y espacio en su mundo, aunque evidentemente no era así; era la naturaleza del efecto óptico: una solidez seductora, tan vital como el fragor de las llamas. La gente corría de un lado a otro tratando de sofocar el fuego, y de pronto se acercó un hombre singular, de baja estatura, picado de viruela y con el pelo entrecano. A pesar de su aspecto desmañado rebosaba autoridad y poder, y parecía muy enojado. Miró a Stefan con sus ojillos negros, y yo exclamé:

—¡Dios santo! Sé quién eres.

El individuo permaneció por unos instantes en la sombra, y luego se movió de forma que el resplandor de las llamas puso de relieve su expresión airada.

—¿Por qué estamos aquí, Stefan? —inquirió el hombre—. ¿Por qué haces esto de nuevo?

—Ella me ha arrebatado el violín, Maestro —contestó Stefan, esforzándose en modular sus frágiles palabras—. Me lo ha robado.

El hombrecillo meneó la cabeza y retrocedió, engullido por la multitud, observándonos con aire de reproche. Su corbata de seda estaba cubierta de manchas; era el dueño de mi vida, mi

Beethoven.

—¡Maestro! —gritó Stefan—.

¡Maestro, no me abandones!

Eso es Viena, otro mundo, y el viento... No eran las ásperas dimensiones del sueño lúcido, aquél era un mundo vasto que se extendía hasta las nubes. Continuaban arrojando agua para apagar las llamas, los charcos que inundaban la acera reflejaban el resplandor del fuego y por las ventanas surgía una infinita y heterogénea serie de espejos, candelabros y demás objetos; pese a la distancia, los oía chocar entre sí, y unos hombres subidos en unas escaleras se los pasaban unos a otros.

A través de una ventana interior irrumpió una violenta lengua de fuego que derribó la escalera. Se oyeron gritos. Una mujer se inclinó y soltó un grito desgarrador.

Cientos de personas echaron a correr despavoridas, pero se vieron obligadas a retroceder cuando por todas las ventanas inferiores surgieron otras lenguas de fuego. El edificio iba a estallar. Las llamas devoraban el tejado de la vivienda de cinco plantas. Una ráfaga de chispas y hollín me azotó el rostro.

—¡Maestro! —gritó Stefan, aterrorizado, pero el hombre había

desaparecido.

Stefan se volvió, enfurecido, herido, y me indicó que lo siguiera.

—Ven, quieres contemplar el fuego de cerca, ¿verdad? Ojalá hubieras sido testigo de la primera vez que estuve a punto de perder la vida por el objeto que me has robado. Ven...

Penetramos en el enorme edificio.

El humo hacía que la cadena de arcos que se erguía sobre nosotros tuviese una apariencia fantasmagórica, pero era real, tan real como el aire impregnado de hollín que nos asfixiaba.

El cielo pagano pintado en el techo, interrumpido por un arco tras otro,

estaba repleto de deidades que se esforzaban por dejarse ver de nuevo y mostrar su color, sus músculos y sus alas. La gran escalinata era de mármol blanco y poseía unas balaustradas bulbosas; Viena, el barroco, el rococó; no hay nada tan delicado como París ni tan austero como Inglaterra, pero no, aquello era Viena, una ciudad casi rusa en sus excesos. Mirad esa estatua que se ha caído, las prendas de mármol retorcidas, la madera pintada. Viena, en la frontera de Europa Occidental, y aquél era uno de sus palacios más soberbios.

—En efecto, has acertado —dijo él

con voz temblorosa—. ¡Mi hogar, mi hogar! La casa de mi padre. —Sus murmullos quedaron sofocados por el chisporroteo del fuego y los pasos apresurados de la muchedumbre.

Todo cuanto nos rodeaba quedaría calcinado: los elevados arriates de terciopelo rojo como la sangre, la cornisa de oro trenzado; por doquier había motivos de *boiserie*, madera pintada de blanco y dorado tallada de acuerdo con el recargado estilo vienés, la cual ardería exhalando olor a árboles, como si nadie hubiera decorado esos muros con murales que mostraban idílicas escenas cotidianas o victorias

guerreras, en unos marcos rectangulares sobre un material perecedero.

El calor abrasaba a la multitud que habitaba en los murales, las columnas acanaladas, los arcos romanos. Mirad, incluso los arcos son de madera, una madera pintada a imitación del mármol. Por supuesto. Esto no es Roma, sino Viena.

El cristal se rompía en mil pedazos. Los fragmentos volaban por los aires, formando remolinos y descendiendo entre las chispas que saltaban alrededor de nosotros.

Unos hombres bajaron a toda prisa por la escalinata acarreando un enorme

armario de marfil, plata y oro; a punto estuvo de caérseles, y lo alzaron de nuevo entre gritos e imprecaciones.

Entraron en el gran salón. Señor, es demasiado tarde para esta magnificencia. Ya no hay tiempo, las llamas avanzan con voracidad apasionada.

—¡Apresúrate, Stefan!

¿De quién era esa voz?

Había hombres y mujeres por doquier, tosiendo como solía toser mi madre, sólo que el lugar estaba lleno del humo denso y terrorífico de una conflagración, que descendía implacable desde el espacio natural que ocupaba

bajo los techos.

Vi a Stefan, no el que estaba junto a mí, no el que me sujetaba cruelmente por un hombro, ni el fantasma que me retenía a su lado, casi como un amante, sino a un Stefan vivo, un recuerdo expresado en carne y hueso que lucía un elegante cuello alto, chaleco y camisa blanca con chorreras, todo ello manchado de hollín. Rompió el cristal de unas vitrinas situadas al otro lado de la habitación, cogió los violines y se los pasó a un hombre que, a su vez, se los entregó a otro, y así sucesivamente hasta que entre todos lograron sacar los instrumentos por las ventanas.

Incluso el aire era un enemigo, pues soplaba un viento racheado extremadamente peligroso.

—Apresúrate.

Otros se detenían para recoger lo que podían. Stefan tropezó con una silla dorada y un violín se le cayó de las manos. Soltó una maldición. Más hombres salían por las ventanas tratando de salvar cuanto fuera posible, incluidas unas partituras. El viento se llevó algunas y las destrozó. Tanta música perdida...

Sobre el techo abovedado que se alzaba sobre los arcos, los dioses y diosas pintados en él aparecían

chamuscados y arrugados. Un bosque pintado había comenzado a desprenderse de los muros. Las chispas saltaban formando una espuma artística y decorativa que contrastaba con los medallones blancos de madera incrustados en las paredes.

Las llamas estallaron abriendo en el techo un agujero gigantesco semejante al producido por un cañonazo, a través del cual se veía su siniestro resplandor.

Cogí a Stefan del brazo y me apreté contra él mientras ambos retrocedíamos hacia la pared y contemplábamos la descomunal lengua de fuego.

Aquí y allá veía cuadros de grandes

proporciones, enmarcados, colgados de las paredes; representaban a hombres y mujeres con pelucas blancas que miraban con ojos fríos e impotentes, observándonos a nosotros y al tiempo; uno comenzó a desprenderse del marco y a enroscarse; de pronto sonó un ruido seco y las sillas artísticamente talladas sucumbieron como todo lo demás. El humo que salía del agujero abierto en el techo se retorció, y mientras trataba de ascender de nuevo se extendía por debajo del techo aniquilando para siempre los Campos Elíseos de estilo rococó.

Unos hombres corrían a rescatar

unos violonchelos y violines que estaban desperdigados sobre la alfombra decorada con motivos de rosas, tirados por doquier como si las personas que acababan de huir precipitadamente los hubieran dejado caer. Un salón de baile, sí, el suelo, y unas mesas con bandejas de comida, resplandecientes, como si alguien fuera a entrar y probar los manjares que se ofrecían. El humo descendía como un velo sobre una mesa rebosante de comida: plata y más plata y grandes bandejas de fruta.

Las velas de la araña que se balanceaba en el techo parecían manantiales de cera ardiente que se

derramaba sobre las alfombras, las sillas, los instrumentos musicales, incluso sobre el rostro de un chico que lanzó un grito y huyó sosteniendo un cuerno dorado en la mano.

En el exterior, la multitud rugía como si se dispusiera a presenciar un desfile.

—Por el amor de Dios —exclamó alguien—. ¡Hasta los muros están ardiendo!

Una figura encapuchada, calada hasta los huesos, pasó por nuestro lado, como una exhalación, si bien noté que algo húmedo me rozaba el dorso de la mano derecha y percibí el destello de

sus lustrosas botas. Entonces, el encapuchado entregó a Stefan una gran sábana empapada en agua para que se cubriera y protegiese con ella; luego, tras recoger un laúd del suelo, echó a correr hacia la ventana y bajó por la escalera.

—¡Date prisa, Stefan! —gritó.

El laúd desapareció al pasar de mano en mano. Un hombre se volvió, con los ojos llorosos y el rostro congestionado a causa del humo y tendió los brazos para coger el violonchelo que Stefan se disponía a entregarle.

De pronto se produjo un violento estallido en el edificio.

La luz se hizo insoportablemente intensa, como si hubiese llegado el día del Juicio Final. Al otro lado de una alejada puerta lateral todo seguía ardiendo. Las llamas y el humo engulleron las cortinas de la ventana situada en el extremo de la sala y las vigas cayeron al suelo como lanzas retorcidas.

Mirad esos magníficos instrumentos, esos prodigios musicales tan maravillosamente fabricados cuya perfección nadie, pese a la tecnología de un mundo electrónico, será capaz de igualar. Alguien había pisado ese violín. Alguien había aplastado esa viola, un

objeto sagrado, que yacía destrozado.

¡Todo cuanto había allí sería pasto de las llamas!

La araña de cristal, envuelta por aquella bruma perniciosa, comenzó a oscilar peligrosamente y todo el techo tembló.

—¡Apresúrate! —dijo el otro.

Un hombre cogió un violín pequeño, quizá perteneciente a un niño, y huyó por una ventana, mientras que otro individuo, de espesa cabellera, cayó de rodillas sobre la alfombra y comenzó a toser, se postró de rodillas en el suelo, medio ahogado.

El joven Stefan, con el pelo

alborotado y su elegante levita cubierta de diminutas chispas moribundas, arrojó la sábana empapada sobre el hombre que estaba postrado de rodillas.

—¡Levántate, Joseph! ¡Si no lo haces, morirás aquí dentro!

Oí un estrépito ensordecedor.

—¡Es demasiado tarde! —grité—. ¡Ayúdalo! ¡No lo abandones aquí!

Stefan, el fantasma, estaba a mi lado, riendo a carcajadas, con una mano apoyada en mi hombro. El humo creaba un velo entre ambos, una nube que envolvía nuestras etéreas figuras, a salvo y monstruosamente distantes; su hermoso rostro, vuelto hacia mí con

expresión despectiva, parecía tan juvenil como la otra imagen; pero, en realidad, era una vulgar máscara, en cierto modo tan inocente que apenas lograba ocultar sus sufrimientos, su intolerable dolor.

Después se volvió y señaló la imagen distante y activa de sí mismo; empapado, gritaba desaforadamente mientras dos hombres que habían penetrado por una ventana se lo llevaban a rastras. El individuo que se había extraviado seguía andando a tientas en la oscuridad, arañando la alfombra; lo sé, lo sé, no puedes respirar. Vas a morir. Era el que se llamaba Joseph. Estaba

muerto, ya era demasiado tarde para él. Santo Dios, mirad. Una viga se había desplomado entre él y yo.

Por doquier volaban esquirlas de cristal procedentes de las puertas de las vitrinas, que estaban hechas añicos. Vi abandonados numerosos violines y relucientes trompetas; también un corno inglés, una bandeja de dulces desparramados por el suelo, y unas copas relucientes, no... más bien envueltas en llamas bajo el resplandor del fuego.

El joven Stefan, irremediablemente atrapado por las circunstancias, forcejeaba para librarse de sus

salvadores y exigía que lo dejaran recuperar otro de los violines que había en una vitrina.

Al pasar por delante de ella tendió la mano derecha y consiguió coger otro violín, un Stradivarius largo, para lo cual apartó los fragmentos de cristal diseminados sobre el estante. Había conseguido apoderarse de él, junto con el arco.

Oí a mi fantasma emitir un suspiro; ¿acaso había dejado de interesarle su propia magia? Yo no podía apartar la vista de aquella escena.

Las crepitantes llamas habían comenzado a devorar el techo del salón.

Alguien gritó desde el amplio pasillo situado detrás de nosotros. Stefan necesitaba el arco, además del violín, e inopinadamente un gigantesco y musculoso individuo, furioso y asustado, agarró a Stefan y lo arrojó por la ventana.

El fuego se encabritó, lo mismo que había ocurrido siendo yo una niña en aquella espantosa mansión de la avenida, aquel sombrío lugar de arcos más sencillos y sombras más pedestres, un tenue y vulgar eco americano en medio de aquel increíble esplendor.

Las llamas siguieron alimentándose y creciendo hasta convertirse en una

sábana de fuego. La noche era roja y brillante, y nadie estaba a salvo; el hombre arrodillado sobre la alfombra seguía tosiendo, y finalmente murió asfixiado, mientras el fuego se aproximaba cada vez más. Los elegantes sofás dorados que había a nuestro lado ardieron de pronto, como si el fuego hubiera prendido en sus mismas entrañas. Las cortinas parecían antorchas y las ventanas portales que daban a un firmamento negro y desierto.

Creo que me puse a gritar.

Entonces me detuve, sin soltar el espectral violín, cuya imagen Stefan acababa de rescatar.

Gracias a Dios, ya no nos encontrábamos en aquella casa, sino en la plaza atestada de gente. El horror iluminaba la noche.

Las damas ataviadas con sus largos trajes corrían de un lado para otro, lloraban, se abrazaban, señalaban.

Stefan y yo nos situamos frente a la fachada en llamas de la casa, invisibles para los hombres que sollozaban desesperados y seguían entrando en ella a fin de salvar los objetos restantes. El muro se desplomaría sobre los sillones de terciopelo verde y los divanes que habían arrojado precipitadamente por las ventanas; los valiosos cuadros

aparecían destrozados.

Stefan me rodeó con el brazo como si tuviera frío, y con su mano blanca cubrió aquella con que yo sujetaba el violín, pero sin tratar de arrebatármelo. Noté que temblaba. Estaba abstraído en el espectáculo. Habló en un murmullo triste y angustiado que, sin embargo, se dejó oír sobre el tumulto.

—La has visto desplomarse —me susurró al oído con un suspiro—. Has visto caer la gran casa rusa en la hermosa Viena, una casa que había sobrevivido a los cañones y a los soldados de Napoleón, a las conspiraciones de Metternich y sus

diligentes espías, la última gran casa rusa que poseía una orquesta particular, un ejército de camareros para servir las mesas, unos músicos dispuestos a interpretar las sonatas de Beethoven tan pronto como la tinta se hubiera secado en la partitura, capaces de interpretar a Bach mientras bostezaban, o a Vivaldi noche tras noche, hasta que una vela, una sola vela rozó un pedazo de seda y una corriente del infierno guio el fuego a través de cincuenta habitaciones. La casa de mi padre, su fortuna, sus sueños respecto de sus hijos e hijas rusos, que bailábamos y cantábamos en esta frontera entre el Este y el Oeste sin

haber contemplado jamás nuestra patria, Moscú.

Stefan se apretó contra mí, tratando de dominarse, sujetándome el hombro con la mano derecha y cubriendo con la izquierda la mano con la que sostenía el violín y el arco.

—Fíjate, mira alrededor de ti los otros palacios, las ventanas con sus arquitrabes. ¿Lo ves? Te encuentras en el centro del mundo musical. Estás donde Schubert no tardaría en hacerse un nombre en un minúsculo apartamento y en morir de la noche a la mañana sin haberme hallado nunca sumido en mi tristeza, te lo aseguro, y donde Paganini

aún no se había atrevido a venir por temor a la censura: Viena, y la casa de mi padre. ¿Temes el fuego, Triana?

No respondí. Él sufría tanto como me había hecho sufrir a mí. Se sentía tan herido que su dolor era incandescente como el fuego.

Me deshice en llanto, pero estos accesos se habían convertido en algo tan habitual en mí que quizá debería prescindir de consignarlos en este lugar o cualquier otro. Lloré mientras observaba los carruajes que llegaban para llevarse a personas que sollozaban de desesperación, a mujeres que, envueltas en suntuosas pieles, agitaban

la mano a través de la ventanilla del carruaje, tirado por caballos que relinchaban asustados por el tumulto.

—¿Dónde estás ahora, Stefan? Te he visto abandonar la habitación. ¿Dónde estás? ¡Ya no te veo!

Me sentía aturdida, sí, pero lejos de él aunque me hallara a su lado, y lo que él señalaba eran tan sólo imágenes del pasado. Yo lo sabía; cuando niña un incendio de semejante magnitud me había hecho gritar horrorizada. No obstante, mi niñez había desaparecido y eso era una pesadilla para una mujer que lloraba a sus muertos, una pesadilla que me hacía sollozar en silencio y sentir

que las fuerzas me abandonaban. El gélido viento azuzó las llamas y arrancó un ala de la casa; los muros se desprendieron, los cristales de las ventanas se partieron y el techo estalló en medio de una nube de humo negro. La enorme mole parecía una linterna gigantesca. La muchedumbre retrocedió aterrada. Algunas personas cayeron. Gritaban.

Una última figura condenada a morir saltó del tejado, y como un monigote voló por el aire teñido de amarillo a causa del fuego. La multitud gritó aterrorizada. Algunos se precipitaron hacia la negra figura que caía al vacío,

un pobre hombre predestinado a morir en el incendio, pero las llamas, violentas y cegadoras, les impidieron acercarse a él. Las ventanas de la planta baja se abrieron con un estallido, como flores ardientes.

Cayó sobre nosotros otra lluvia de chispas, que me rozaron los párpados y el cabello. Protegí con los brazos el espectral violín. Las chispas continuaron lloviendo sobre nosotros y quienes nos rodeaban, sobre esa visión y ese sueño, insistentes y con hedor a destrucción.

Rompe esta visión. Es un truco. En otras ocasiones has roto sueños lúcidos que te tenían tan atrapada que creías

haber muerto y desaparecido de este mundo. Rompe este sueño.

Fijé la vista en los sucios adoquines de la calle. Apestaban a estiércol. Los pulmones me escocían debido al aire viciado y al humo que inhalaba. Observé los palacios rectangulares de múltiples plantas que se elevaban alrededor. Aquellas fachadas barrocas eran reales, auténticas, y contemplé la bóveda celeste, santo Dios, mirad el fuego sobre las nubes; ésa indicaba la magnitud de una catástrofe que había causado un sinnúmero de víctimas. Percibí la pestilencia del fuego y lloré. Intenté atrapar las chispas con las manos, pero

morían en el gélido viento. Éste laceraba mis párpados más intensamente que las chispas.

Miré a Stefan, mi Stefan, el fantasma, que contemplaba el dantesco espectáculo como hipnotizado, con los ojos anegados de lágrimas, la boca contraída en un rictus de dolor y los delicados músculos de su rostro que se movían como si forcejeara desesperadamente contra lo que veía. ¿No podía modificarse esto o aquello? ¿Era preciso que se destruyera?

Se volvió de repente y me miró. Su rostro reflejaba tristeza y sus ojos parecían preguntarme en silencio: «¿Ves

todo esto?».

La muchedumbre siguió empujándonos y chocando contra nosotros, pero nadie reparaba en nuestra presencia; no formábamos parte de aquel frenesí, no éramos un obstáculo, sino sólo dos figuras capaces de sentir y ver todo lo que contenía este mundo, en perfecta empatía con él.

De pronto divisé una figura a lo lejos que me resultaba familiar.

—¡Estás ahí! —grité. Era el joven Stefan, que vivía en un mundo de levitas y cuellos altos, a una distancia prudencial del fuego, rodeado de instrumentos musicales. Un anciano se

inclinó para besarlo en la mejilla y contener sus lágrimas.

El Stefan vivo sostenía el violín que había rescatado; era un Stefan juvenil cuyas elegantes ropas estaban sucias y hechas jirones. En ese momento apareció una mujer que lucía una capa de seda verde ribeteada de piel y lo envolvió con ella.

Unos jóvenes examinaron el precioso botín que habían logrado salvar.

De repente me golpeó algo que me dejó conmovida, como una ráfaga de viento que no perteneciera a la visión. Sueña, sí, despierta. Sin embargo, no

puedes; sabes que no puedes.

—Por supuesto que no. ¿Estarías dispuesta a hacerlo? —murmuró Stefan. Sentí su mano fría sobre la mía, la que sostenía el violín auténtico. ¿Y qué había de aquello, del juguete que el joven había logrado rescatar? ¿Cómo habíamos llegado hasta allí?

En aquel instante observé algo extraordinariamente interesante por el rabillo del ojo.

Ahí estaba el Maestro, no más vivo que nosotros en este mundo; alejado de la multitud, y terroríficamente cercano, se aproximó hasta que distinguí unos mechones entrecanos que le caían sobre

la angosta frente, los ojos negros y escrutadores que danzaban sobre nosotros, los labios exangües contraídos en un rictus de desaprobación; Dios mío, el dueño de mi vida, sin el cual yo ni siquiera imaginaba la existencia.

Yo no quería rehuir esa visión.

—¿A qué viene esto ahora, Stefan?
—inquirió Beethoven, el hombrecillo que yo, al igual que todo el mundo, conocía gracias a unas estatuas que lo mostraban con expresión hosca y unos dibujos en los que aparecía picado de viruela, feo pero ferozmente orgulloso; un fantasma igual que nosotros. Fijó la vista en mí, en el violín y en su espectral

discípulo.

—¡Maestro! —exclamó Stefan, estrechándome contra sí mientras el fuego seguía ardiendo y la noche se llenaba de gritos y tañido de campanas —. ¡Ella me lo ha robado! Mirad. ¡Ella me ha robado el violín! ¡Obligadla a devolvérmelo, Maestro, ayudadme!

El hombrecillo sacudió la cabeza y dio media vuelta con aire despectivo, enojado, disgustado; se alejó y fue engullido de nuevo por la informe multitud, que no cesaba de parlotear y llorar, lo que creaba un verdadero caos alrededor de nosotros. Stefan, rabioso, continuó sujetándome con fuerza,

tratando de apoderarse del violín.

No obstante, yo lo tenía en mi poder.

—¡Me volvéis la espalda, Maestro!

—exclamó Stefan desesperado—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué has hecho conmigo? Triana, ¿adónde me has conducido? ¿Qué has hecho? Lo he visto y no me ha hecho caso...

—Tú abriste esa puerta —respondí.

El rostro de Stefan reflejaba impotencia y un dolor profundo. Ninguna emoción podría haber hecho que pareciese más bello. Retrocedió bruscamente, frenético, retorciéndose las manos; fijaos en sus blancos dedos mientras se retuerce las manos, mientras

contempla con ojos enloquecidos y atormentados cómo su casa se desploma estrepitosamente.

—¿Qué has hecho? —repitió, dirigiendo la vista hacia mí y mirando a continuación el violín. Le temblaban los labios y tenía el rostro humedecido por las lágrimas—. ¿Por qué lloras? ¿Por mí? ¿Por el violín? ¿Por ti? ¿Por ellos?

Miró a derecha e izquierda una y otra vez.

—¡Maestro! —gritó escrutando la noche. Dio un paso atrás, sollozando y con expresión de disgusto—. Devuélvemelo —me exigió—. En dos siglos, jamás he visto una sombra con

tanta nitidez. Es el Maestro y me ha vuelto la espalda. Maestro, os necesito, os necesito...

Stefan se alejó de mí, pero no a propósito; era tan sólo la fútil danza de sus desesperados gestos, su mirada penetrante.

—¡Dámelo, bruja! —gritó—. Ahora estás en mi mundo. Sabes bien que estos objetos son fantasmas.

—Tú también lo eres, igual que él —repliqué con voz entrecortada, rota, perdida, pero insistente—. El violín está en mis brazos, y jamás te lo devolveré. Me niego a hacerlo.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó,

encogiéndose de hombros y tendiendo las manos hacia mí; sus oscuras y rectas cejas conferían a sus ojos una expresión más intensa.

—¡No lo sé! —contesté entre sollozos. Traté de recuperar el aliento y, cuando lo conseguí, comprobé que no lo necesitaba, que no bastaba y que no importaba—. Quiero el violín. Quiero este regalo. Lo he tocado en mi casa, he sentido que me entregaba a él por completo.

—¡No! —exclamó él. Parecía a punto de enloquecer en ese espacio donde él y yo nos hallábamos solos, invisibles para todos los seres de carne

y hueso que pasaban por nuestro lado corriendo y chillando.

Se lanzó hacia delante, me abrazó y apoyó la cabeza sobre mi hombro. Alcé la vista y sentí su sedoso cabello en mi rostro. Miré por encima de su cabeza y vi al joven Stefan, y a su lado un Beethoven vivo, de cabello canoso, con la espalda encorvada, con expresión beligerante y aun así lleno de amor, despeinado, con sus ropas desarregladas, sosteniendo por los hombros a su discípulo, que no cesaba de sollozar y agitar el violín como si de una batuta se tratara, mientras los otros se postraban de rodillas o se sentaban en

los fríos adoquines y lloraban con amargura.

El humo invadía mis pulmones, pero no me afectaba. Las chispas giraban incesantemente en torno a nosotros, pero sin quemarnos. Stefan me abrazó, temblando y procurando no aplastar su precioso tesoro. Me estrechó entre sus brazos, ciegamente, y hundió su frente en mi cuello.

Sin dejar de sujetar el instrumento con firmeza, alcé la mano izquierda para sostener su cabeza y palpar el cráneo bajo su espesa, suave y aterciopelada cabellera; sentía el ritmo vibrante y sofocado de sus sollozos contra mi

cuello.

El fuego palideció, la multitud se desvaneció; la oscuridad se tornó fresca y el aire salado del mar impregnó la atmósfera.

Estábamos solos, o a una gran distancia.

El fuego había desaparecido. Todo había desaparecido.

—¿Dónde estamos? —le murmuré al oído.

Él siguió abrazado a mí, como sumido en un trance. Percibí un olor a tierra, a objetos viejos y enmohecidos... el hedor de los cadáveres recientes y de los antiguos, pero por encima de todo

percibí el olor limpio y salado del aire que soplaba del mar.

Alguien tocaba un violín de manera exquisita, arrancando de sus cuerdas un sonido encantador. ¿Quién tocaba con esa sencilla elocuencia?

¿Se trataba acaso de mi Stefan? El que tocaba era un bromista, dotado de un inmenso poder y seguridad en sí mismo, que ejecutaba a una velocidad vertiginosa una melodía que, más que conmover, impresionaba por su endiablada dificultad.

La música perforó la noche como una navaja afilada. Era un sonido terso e intemporal, una melodía juguetona,

alegre, por momentos rebosante de ira.

—¿Dónde estás, Stefan? ¿Dónde nos hallamos ahora?

No obstante, mi fantasma se limitó a abrazarme con más fuerza, como si no deseara contemplar ni reconocer el lugar. A continuación dejó escapar un profundo suspiro, como si aquella melodía febril no hubiera tocado las fibras más recónditas de su ser, como si no hubiese galvanizado sus espectrales brazos, como si no pudiera atraparlo en la muerte como me había atrapado a mí.

Sobre nosotros sopló de nuevo la suave brisa marina; noté de nuevo que el aire estaba impregnado de la humedad y

el olor del mar, y a lo lejos vi la siguiente escena:

Una nutrida multitud compuesta por figuras que portaban velas; lucían capas, flamantes sombreros de copa, vestidos largos cuyas vaporosas faldas rozaban el suelo, y llevaban las manos enguantadas para protegerlas de las oscilantes llamas de los candiles. Aquí y allá ardían antorchas que iluminaban sus rostros serios y expectantes. La música que sonaba era frágil, pero de pronto adquirió una fuerza inusitada y se convirtió en un torrente que asaltó mis oídos.

—¿Dónde estamos? —repetí. Había

un olor a muerte, a cadáveres corrompidos—. ¡Mira esas sepulturas de mármol! —exclamé—. Estamos en un cementerio. ¿Quién toca esa música? ¿Quiénes son esas personas?

Él continuó sollozando. Por fin alzó la cabeza. Aturdido, observó la lejana multitud. De pronto, la música pareció hacerlo reaccionar.

El lejano solo de violín había dado paso a una danza cuyo nombre yo no lograba recordar; era una danza campesina que, en cualquier país, contiene siempre una advertencia sobre la destrucción inherente al abandono.

Sin apartarse, pero sosteniéndome

con menos fuerza, Stefan volvió la cabeza y dijo:

—Sí, nos encontramos en un cementerio.

Estaba exhausto de tanto llorar. Me estrechó de nuevo entre sus brazos, con cuidado de no dañar el violín; nada en su talante o su expresión indicaba que deseara arrebatármelo.

Stefan contempló conmigo las figuras lejanas. Parecía inhalar el poder de la alegre melodía.

—Estamos en Venecia, Triana —me informó al tiempo que me besaba la oreja. Emitió un suave gemido, como un animal herido—. Esto es el cementerio

del Lido. ¿Quién dirías que toca aquí, para cosechar aplausos y lisonjas por capricho? Bajo Metternich, la ciudad está atestada de espías a favor del estado Habsburgo, que jamás permitirá que estalle otra revolución ni que aparezca otro Napoleón o un gobierno de censores y dictadores; la persona que toca en ese camposanto desafía a Dios, por así decirlo, pues interpreta una canción que nadie se atrevería a consagrar.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —musité—. Nadie la consagraría.

Las notas me hicieron estremecer. Deseé tocar el violín y unirme a ellos

como si fuera un baile campestre y todo el que tuviera un violín pudiera participar en él. ¡Qué arrogancia!

Aparté la vista del grupo de rostros y velas. Acto seguido, observé unos ángeles de mármol que no protegían a nadie en la densa noche. Entonces alargué la mano derecha y toqué un sepulcro de mármol provisto de un frontón y una puerta. No era un sueño, sino algo tan sólido como Viena; se trataba del Lido, había dicho él, una isla frente a la ciudad de Venecia.

Stefan y yo nos miramos; él parecía afable, casi perplejo. Creo que sonreí, aunque no estoy segura. Las velas

arrojaban una luz débil y la escena se desarrollaba a lo lejos. Se inclinó y me besó en los labios. Sentí un dulce estremecimiento.

—Stefan, mi pobre Stefan —susurré mientras le besaba.

—¿Lo oyes, Triana?

—¿Que si lo oigo? Me tiene prisionera —respondí.

Me sequé las mejillas. El viento era mucho menos frío que en Viena: tan sólo una brisa fresca que transportaba los olores pútridos del mar y el cementerio. De hecho, el hedor del mar parecía contener en sí mismo el de las tumbas y declarar que ambos eran totalmente

naturales.

—¿Quién es ese virtuoso? — pregunté. Le besé de nuevo, deliberadamente. Él no opuso resistencia. Alcé la mano y le acaricié la frente y las sedosas cejas. Sus pestañas, finas, oscuras y no excesivamente espesas, danzaron en la palma de mi mano—. ¿Quién toca de este modo? — añadí—. ¿Tú? ¿Podemos pasar a través de la multitud? Deseo verte.

—No soy yo, cariño, aunque puedo competir con él, como no tardarás en comprobar. Mira, yo estoy allí, ¿lo ves? Soy un mero espectador, un adorador. Sostengo una vela en la mano y me

estremezco como todos al oír a este genio que toca el violín por el placer de suscitar en nosotros estas emociones, por mor del espectáculo que ofrece el cementerio iluminado por las velas. ¿Quién crees que es? ¿A quién crees que he venido a escuchar desde Viena después de recorrer los azarosos caminos italianos? Fíjate en lo sucio que tengo el pelo, en mi chaqueta raída. He emprendido un viaje tan largo sólo para escuchar al hombre que todos consideran el mismísimo diablo, el poseído, el Maestro. ¡Paganini!

En aquel preciso instante distinguí con toda nitidez que el Stefan vivo, con

sus mejillas arreboladas, mostraba en sus pupilas el reflejo de dos llamitas idénticas, aunque él no sostenía una vela, movía las manos enguantadas, sostenía la muñeca izquierda con los dedos de la derecha, escuchaba con atención.

—Sólo que, como verás... — comentó el fantasma, a mi lado. Me cogió la cara entre las manos y me obligó a mirarlo—. Existe una diferencia.

—Ya entiendo —dije—. Deseas que contemple estas cosas, que comprenda.

Sacudió la cabeza, como si aquello fuera excesivamente cruel y aterrador.

Luego balbuceó:

—Jamás los he observado.

La música adquirió unos acentos más suaves; la noche se cerró y se abrió a una tonalidad distinta de luz.

Me volví. Traté de distinguir las tumbas, la multitud, pero en lugar de ello vi una escena muy diferente.

Nosotros, el fantasma y la viajera — amante, torturadora, ladrona o lo que fuera—, éramos sólo dos espectadores invisibles, carentes de un lugar geométrico, aunque sentí el violín a salvo en mis manos, mi espalda apoyada firmemente contra su pecho y mis pechos, entre los que sostenía el

instrumento con reverencia, cubiertos por sus brazos. Sentí sus labios sobre mi cuello. Sus besos eran como palabras que derramara sobre mi piel.

Miré frente a mí.

—¿Deseas que contemple...?

—Que Dios me asista.

12

La góndola navegaba por un canal estrecho; había dejado atrás el Gran Canal para dirigirse hacia una franja de agua verde, oscura y hedionda, que corría entre hileras de palacios que se alzaban el uno junto al otro, dotados de ventanas de arcos morunos, cuyo color había sido engullido por la oscuridad. Imponentes fachadas de soberbios edificios enraizados en el agua exhibían su arrogancia y esplendor: Venecia. A la luz de las farolas, observé que, a los

lados, sus muros estaban tan húmedos y cubiertos de fango que la ciudad parecía haberse alzado de las profundidades del mar para mostrar a la luz de la luna, con siniestro afán, una podredumbre nocturna.

Ahora comprendo, por primera vez, las líneas suaves y elegantes de la góndola, la asombrosa facilidad que posee esta larga embarcación de proa elevada para deslizarse entre los pedregosos bajíos, a la luz mortecina de las oscilantes linternas.

El joven Stefan iba sentado en la góndola, hablando vehementemente con Paganini, que lo escuchaba, al parecer,

fascinado.

Paganini, con su larga nariz ganchuda y sus ojos desmesuradamente grandes y saltones, tal como se lo representa en multitud de retratos, tenía una presencia poderosa en la que el elemento dramático había superado sin esfuerzo a la fealdad para crear puro magnetismo.

En nuestra ventana invisible que daba a ese mundo, el fantasma que se hallaba a mi lado se estremeció. Besé sus dedos, que seguían apoyados en mi hombro.

Venecia.

Desde una ventana alta que, por

tener los postigos abiertos, formaba un cuadrado perfecto de luz amarilla en la noche, una mujer arrojaba flores mientras gritaba en italiano; la luz iluminaba las flores que caían sobre el virtuoso, y las frases que pronunciaba la mujer. —«¡Bendito seas, Paganini, por tocar sin recompensa para los muertos!»— trazaban un *crescendo* típicamente italiano. Como un collar, la frase central describía una pronunciada curva tras la cual el tono iba decreciendo y la palabra «muertos» coincidía con el momento en que la mujer aspiraba el aire.

Otras personas se hicieron eco de

aquellas aclamaciones. Las ventanas se abrieron de par en par. Desde un tejado, unas figuras volcaron unas cestas llenas de rosas sobre las verdes aguas al paso de la góndola.

Rosas, rosas, rosas.

La risa de la gente trepaba por las húmedas piedras; en los portales pululaban oyentes ocultos que espiaban las conversaciones. Algunas figuras permanecían agazapadas en los callejones; un hombre atravesó apresuradamente un puente en el preciso instante en que la góndola se deslizaba por debajo de éste. Una mujer, de pie en el centro del puente, se inclinó sobre el

pretil y mostró sus pechos a la luz de la linterna de la embarcación.

—He venido para estudiar con vos —dijo Stefan, sentado en la góndola, a Paganini—. He venido sin más ropa que la que tengo puesta y sin la bendición de mi padre. Deseaba escucharos, y lo que he oído no era la música del diablo, malditos sean quienes lo afirman, sino el hechizo; sí, un hechizo que viene de antiguo y que no guarda relación alguna con el diablo.

Paganini, sentado con la espalda encorvada, soltó una sonora carcajada; el blanco de sus ojos relucía en la oscuridad. A su lado había una mujer,

apoyada lánguidamente en él como una joroba que brotara de su costado izquierdo, y cuya roja cabellera se esparcía sobre su chaqueta.

—Príncipe Stefanovski —dijo el gran italiano, el ídolo, el violinista byroniano por excelencia, el amor romántico de las adolescentes—, he oído hablar de vos y de vuestro talento, de vuestra casa en Viena, donde el mismo Beethoven presenta sus obras, y de que en cierta ocasión Mozart acudió allí para impartiros clase. Sé quién sois, el vástago de una familia rusa acaudalada. Obtenéis vuestro oro de las arcas sin fondo que maneja el zar.

—No os confundáis conmigo —le repuso Stefan con tono amable, respetuoso, desesperado—. Tengo dinero para pagaros bien vuestras lecciones, *signore* Paganini. Poseo un violín, mi propio y preciado Stradivarius. No me he atrevido a traerlo, dado que, para llegar aquí, debía viajar día y noche por caminos frecuentados por las diligencias. He venido solo, pero tengo dinero. Ante todo deseaba oíros tocar, saber que me aceptaríais como discípulo, que me consideraríais digno...

—Príncipe Stefanovski, ¿debo acaso instruiros en la historia de zares y

príncipes? Vuestro padre no permitirá que estudiéis con el campesino Niccolò Paganini. Vuestro sino es servir al zar, según la tradición de vuestra familia. La música constituía una mera distracción en vuestra casa; no, no os ofendáis, sé que el propio Metternich —Paganini se inclinó para murmurar al oído de Stefan—, el alegre dictadorzuelo, toca muy bien el violín; yo mismo he tocado para él. Pero de aquí a que un príncipe llegue a convertirse en lo que me he convertido... Príncipe Stefanovski, mi vida es el violín —afirmó Paganini señalando el instrumento que transportaba en su estuche de madera

pulida, semejante a un diminuto ataúd—; y vos, mi apuesto joven ruso, debéis vivir conforme a vuestras tradiciones nacionales y vuestro deber de súbdito del zar. Os aguarda la milicia, honores, el servicio en Crimea.

Gritos y aclamaciones. Unas antorchas en el desembarcadero. El crujir de los trajes de seda de unas mujeres que se apresuraban a instalarse en otro puente más elevado. Unos pezones rosados en la noche, sobre unos corpiños que parecían exhibirlos como un envoltorio.

—¡Paganini, Paganini!

Cayó otra lluvia de rosas sobre el

maestro, que se las sacudió de encima mientras observaba fijamente a Stefan. La voluminosa mujer-joroba que estaba sentada junto a Paganini introdujo una blanca mano entre las piernas del virtuoso y tocó sus partes íntimas como si éstas fueran una lira o un violín. Paganini no pareció percatarse de ello.

—Creedme, deseo vuestro dinero —dijo el maestro—. Lo necesito. Sí, toco para los muertos, pero vos conocéis mi tumultuosa vida, los pleitos, los líos. Sin embargo, soy un campesino, príncipe, y no estoy dispuesto a renunciar a mis victorias itinerantes para encerrarme con vos en un salón vienés... ¡Ah, los

vieneses son muy críticos, se aburren, ni siquiera reconocieron a Mozart el mérito que le correspondía! ¿Habéis conocido a Mozart? No, y tampoco podéis quedaros conmigo. Imagino que a estas horas Metternich, a instancias de vuestro padre, habrá enviado a alguien a buscaros. Acabarán acusándome de una infame traición.

Stefan estaba triste, cabizbajo, y tenía las mejillas sonrojadas debido a la aflicción. En sus pupilas se reflejaba la luz de las turbias pero relucientes aguas.

Un interior: Era una habitación veneciana, desordenada y dañada por la humedad; los muros de yeso estaban

cubiertos de manchas y el elevado techo amarillo sólo mostraba unos restos desteñidos del enjambre pagano que había resplandecido de gloria antes de su desaparición en el suntuoso palacio vienés de Stefan. Una larga cortina, una cuchillada de polvoriento terciopelo color borgoña mezclado con satén verde, colgaba de un gancho en lo alto de la pared, y a través de la angosta ventana divisé el muro ocre del palacio situado enfrente, tan próximo que si se deseaba hablar con sus moradores no había más que tender el brazo a través del callejón y golpear los recios postigos de madera pintados de verde.

Sobre la cama deshecha se observaba un montón desordenado de batas de damasco y camisas de lino adornadas con costosos encajes de Reticella; sobre las mesas había pilas de cartas cuyos sellos de lacre aparecían rotos, y por todas partes ardían cabos de velas. La habitación estaba llena de ramos de flores marchitas.

Mirad.

¡Stefan estaba tocando! Se hallaba en el centro de la habitación, de pie sobre el pulido y reluciente suelo veneciano. No tocaba nuestro espectral violín, sino otro fabricado sin duda por el mismo maestro. Paganini bailaba en

torno a Stefan, ejecutando unas variaciones que se mofaban del tema interpretado por éste; era una competición, un juego, un dueto, o tal vez una guerra.

Stefan tocaba el sombrío *Adagio* de Albinoni, en sol menor, para cuerdas y órgano, pero él lo había convertido en su solo, y se movía de un lado a otro, expresando su dolor por su casa destruida por el fuego; a través de la música vislumbré vagamente el palacio en llamas en la fría Viena y toda aquella belleza reducida a un montón de escombros. Stefan estaba tan cautivado por la música, la cual se desarrollaba de

forma lenta y sostenida, que ni siquiera reparaba en la figura que danzaba alrededor de él.

¡Qué música! Representaba el máximo dolor que puede expresarse con una dignidad perfecta. No contenía reproche alguno. Manifestaba una gran sabiduría y una profunda tristeza.

Los ojos se me llenaron de lágrimas, unas lágrimas similares a unas manos con las que aplaudir, lo que demostraba la empatía que yo sentía hacia él, hacia el muchacho que se encontraba en aquella habitación mientras el genio italiano brincaba en torno a él como un duendecillo.

Paganini se apoderaba de un hilo tras otro del *Adagio* para convertirlo en un capricho, un *divertimento* mientras sus dedos se movían con tal velocidad sobre las cuerdas que era imposible seguirlos, y de golpe, con una precisión asombrosa, descendía para atrapar la frase a la que Stefan había llegado siguiendo el ritmo sombrío de la obra. La habilidad de Paganini parecía cosa de magia, como se había dicho siempre, y en todo ello —la figura solitaria, esbelta, de gesto imperial que tocaba inmune en su dolor, y Paganini, el bailarín que se mofaba o desgarraba el entramado de la pieza para apoderarse

de sus hilos— no había nada discordante, sino algo totalmente original y espléndido.

Stefan tenía los ojos cerrados, la cabeza ladeada. Las largas y abullonadas mangas de su camisa estaban manchadas, tal vez debido a la lluvia, el fino encaje *punto in aria* que ribeteaba sus puños aparecía roto; sin embargo, su brazo era perfecto en sus medidas. Sus oscuras y rectas cejas nunca habían parecido más suaves y hermosas, y cuando inició la parte del órgano de aquella celebérrima obra musical, creí que se me partiría el corazón, e incluso Paganini dejó de

mofarse para interpretar junto con Stefan esos acordes atormentados, para hacerse eco de él, para proclamar su dolor por encima y por debajo de él, pero con honor.

Ambos se detuvieron; el joven alto y delgado observó al otro con estupor.

Paganini depositó su violín con cuidado sobre la colcha y los cojines con borlas del desordenado lecho, que estaba revestido en tonos dorados y azul noche. Sus grandes ojos saltones reflejaban una generosa admiración, y sus labios, una sonrisa diabólica. Se frotó las manos con expresión de gozo, animado por una deliciosa sensación de

plenitud.

—¡Sí, estáis dotado, no me cabe duda! ¡Tenéis grandes cualidades!

«Tú jamás tocarás así». Eso fue lo que mi fantasma me susurró al oído mientras su cuerpo se apretaba contra el mío suplicándome que le proporcionara solaz.

No respondí. Dejemos que la escena siga desarrollándose.

—Entonces ¿accedéis a darme clases? —preguntó Stefan en un italiano impecable, el italiano de Salieri y sus coetáneos, una lengua que maravillaba a alemanes e ingleses.

—Sí, os daré clases. Si debemos

abandonar este lugar, lo haremos, aunque sabéis lo que eso representa para mí, habida cuenta de que Austria está empeñada en mantener a Italia bajo su dominio; pero decidme una cosa.

—¿Qué?

El hombrecillo de ojos saltones se echó a reír; se paseó de un lado a otro de la habitación, haciendo resonar sus tacones sobre el suelo encerado, con la espalda encorvada y las cejas largas y rizadas en los extremos de su rostro, como si se las hubiera pintado para hacerlas resaltar.

—Estimado príncipe, ¿qué deseáis que os enseñe? Tocáis muy bien el

violín, de eso no cabe la menor duda. ¿Qué queréis que aporte a un discípulo de Ludwig van Beethoven? ¿Una cierta ligereza italiana, quizás? ¿Una ironía italiana?

—No —respondió Stefan en voz baja, sin apartar la vista de aquel hombrecillo que no dejaba de caminar por la estancia—. El valor, Maestro, para dejar de lado todo lo demás. Oh, me produce una gran tristeza que mi maestro no pueda oíros tocar.

Paganini se detuvo y apretó los labios.

—Os referís a Beethoven, ¿verdad?

—Está demasiado sordo para captar

las notas altas —contestó Stefan con delicadeza.

—¿De modo que él no puede infundiros el valor que deseáis?

—No me habéis entendido. —Stefan cogió el maravilloso violín que había tocado y lo examinó.

—Stradivari, sí, un regalo que me hicieron, tan extraordinario como el vuestro, ¿no? —dijo Paganini.

—Sí, o quizá superior, no lo sé —respondió Stefan, y retomó el tema anterior—. Beethoven es capaz de infundir valor a cualquiera. No obstante, en la actualidad se dedica a componer, ya que su sordera, que le impide tocar,

lo ha obligado a encerrarse con pluma y tinta como únicos medios para crear música.

—Ah, pero nosotros hemos salido ganando con ello —comentó Paganini—. Me gustaría observarlo siquiera una vez, o que él me viera tocar. Sin embargo, si me gano la enemistad de vuestro padre, jamás podré poner los pies en Viena. Y Viena es, después de Roma... — Paganini suspiró—. No puedo arriesgarme a que me impidan la entrada en Viena.

—Dejadlo de mi cuenta —murmuró Stefan. Se volvió, miró por la estrecha ventana y observó los muros de piedra.

Aquel lugar parecía escuálido en comparación con los exquisitos corredores que habían sido pasto de las llamas, pero tenía un sabor auténticamente veneciano debido a las prendas de terciopelo color cobre y los elegantes zapatos de satén esparcidos por el suelo de la estancia y un melocotón reseco partido por la mitad.

—Lo sé —dijo Paganini—, y lo comprendo. De haber tocado Beethoven en la Argentina y en el palacio de Schönbrunn, de haber ido a Londres y de haberle perseguido las mujeres, probablemente sería como yo, un hombre poco dotado para componer,

pero siempre el centro de toda reunión, por mí mismo y por mi música, por mi forma de tocar el violín.

—Sí —respondió Stefan, volviéndose—, eso es precisamente lo que deseo hacer, tocar el violín.

—El palacio de vuestro padre en San Petersburgo es legendario. Pronto llegará allí. ¿Estaríais dispuesto a renunciar a estas comodidades?

—Jamás lo he visto. Como os he explicado, mi cuna ha sido Viena. En cierta ocasión me quedé adormilado en un sofá mientras Mozart jugueteaba con el piano; creí que el corazón me iba a estallar. Vivo para gozar con este

sonido, el sonido del violín, y no, como mi gran maestro, para escribir notas para mí o para otros.

—Tenéis el coraje de convertiros en un vagabundo —observó Paganini con una sonrisa un tanto fría—. Sin embargo, me cuesta imaginarlo. Ah, los rusos... No logro imaginaros...

—No me menospreciéis.

—No os menosprecio. De todas formas, debéis resolver el problema con vuestro padre. Regresad a casa en busca de ese violín del que me habéis hablado, el que lograsteis rescatar del fuego, y lleváoslo con la bendición de vuestro padre, de lo contrario no nos dejarán en

paz, pues conozco a estos implacables nobles acaudalados, y me acusarán de haber inducido al hijo del embajador a no cumplir con sus deberes para con el zar. Sabéis que pueden hacerlo.

—Debo solicitar el permiso de mi padre —dijo Stefan, como si tomara buena nota de ello.

—Así es, y traed con vos el Stradivarius largo del que me habéis hablado. No pretendo sustraéroslo. Como veis, tengo un excelente violín. Sin embargo, quiero probar vuestro instrumento y oíros tocar con él. Si lo traéis con la bendición de vuestro padre, nos libraremos de los chismosos.

Podréis acompañarme en mis viajes.

—¡Ah! —Stefan se mordió el labio inferior—. ¿Me lo prometéis, *signore* Paganini? Tengo dinero pero no una fortuna. Si soñáis con carruajes rusos y...

—No, no, muchacho. No me habéis entendido. He dicho que dejaré que me acompañéis y permanezcáis junto a mí. No pretendo ser vuestro sirviente, príncipe. ¡Soy un viajero impenitente! ¡Un virtuoso! Cuando me oyen tocar, todas las puertas se me abren; no necesito dirigir una orquesta ni componer ni montar espectáculos con unas sopranos que se desgañitan y unos

violinistas muertos de aburrimiento en el foso. ¡Soy Paganini! Y vos seréis Stefanovski.

—Iré en busca del violín y conseguiré la bendición de mi padre — contestó Stefan—. Para él no supondrá ningún problema asignarme una pensión.

Stefan sonrió, y el hombrecillo se acercó a él y le cubrió el rostro de besos, probablemente una costumbre italiana, o rusa.

—Mi valiente y hermoso Stefan — dijo Paganini.

Stefan, abochornado, le devolvió el precioso violín. Al mirarse las manos, advirtió que las tenía cargadas de

anillos, todos ellos con rubíes, esmeraldas y otras piedras preciosas engastadas. Se quitó uno y se lo entregó.

—No puedo aceptarlo, hijo —dijo Paganini—. No lo quiero. Tengo que vivir, tocar, pero no necesitáis utilizar el soborno para obligarme a cumplir la promesa que os he hecho.

Stefan agarró a Paganini por los hombros y le estampó un beso en la cara. El hombrecillo rio de gozo.

—Debéis traer ese violín. Deseo contemplar ese Stradivarius largo, según lo llaman, y tocarlo.

De nuevo Viena. La pulcritud imperaba en la estancia; las sillas

estaban doradas o pintadas de blanco y oro, los suelos de parqué aparecían immaculados. Reconocí de inmediato al padre de Stefan, sentado en un sillón junto al fuego, con una manta de oso ruso sobre las rodillas, observando a su hijo; todos los violines se hallaban dispuestos en unas vitrinas, dentro de sus estuches, como antes, aunque ése no era el espléndido palacio que se había quemado, sino un hogar provisional.

«Sí, en el que se habían instalado hasta que pudiéramos trasladarnos a San Petersburgo. Yo había regresado a toda prisa. Tras asearme, había pedido que me enviaran ropa limpia para luego

cruzar las puertas de la ciudad. Mira, escucha».

Vestido con el elegante atuendo de la época, consistente en una elegante levita negra con botones de filigrana, cuello blanco almidonado y corbata de seda, Stefan ofrecía un aspecto muy distinto; llevaba el pelo cepillado y lustroso, suelto pero bastante largo tras su viaje, como una divisa que confirmara su voluntad de renunciar a todo, como el cabello de los cantantes de rock de nuestro tiempo, que grita las palabras «Cristo» y «Marginado» con la misma fuerza.

Era evidente que temía a su padre,

quien lo miraba desde su sillón junto al fuego:

—¡Un virtuoso, un violinista! ¿Crees que he invitado a grandes músicos a mi casa para que te inculcaran esto, para que te indujeran a fugarte con ese italiano maldito y diabólico? Ese farsante que utiliza los dedos para hacer trucos en lugar de interpretar verdadera música. ¡No tiene el valor de tocar en Viena! Que se lo queden los italianos, que inventaron el *castrato* para que cantara torrentes de notas, arpeggios e interminables *crescendos*.

—Padre, escucha. Tienes cinco hijos.

—No dejaré que me hagas eso — replicó su padre, cuyo escaso cabello blanco caía sobre los hombros de su bata de seda—. ¡Basta! ¿Cómo te atreves a desafiarme, tú, mi primogénito? —Con un tono menos áspero, añadió—: Sabes que el zar pronto te enviará a cumplir tu primer servicio militar; nosotros siempre hemos servido al zar. Además, ahora dependo de él para restaurar nuestro palacio en San Petersburgo. —El anciano suavizó el tono y se mostró más tolerante, como si los años que los separaban le hubieran otorgado una sabiduría que le hacía compadecerse de su hijo—.

Stefan, hijo, tu deber es hacia tu familia y el emperador; no conviertas en una obsesión los juguetes que te he dado para que te solaces con ellos.

—Tú nunca consideraste que nuestros violines y nuestros pianofortes fueran meros juguetes; trajiste aquí los mejores para que los tocara Beethoven cuando aún podía hacerlo...

El padre se inclinó en el amplio y confortable sillón de armazón blanco, cuyo estilo era inequívocamente Habsburgo. Se volvió hacia una enorme estufa ornamentada que trepaba por la pared hacia el inevitable techo pintado; el fuego ardía bajo una reluciente

cubierta de hierro esmaltado en blanco y unas complicadas volutas doradas.

Lo sentí, lo sentí como si mi guía fantasma se hallara en la habitación, muy cerca de esas personas que veíamos con absoluta claridad. Percibí el aroma de unas tortas que se horneaban, observé los grandes ventanales; la humedad del lugar era limpia, como la de la bruma que se alza del mar.

—Es cierto —dijo el padre, esforzándose por mostrarse razonable, amable—. He traído a esta casa a los músicos más grandes para que te dieran clases y alegraran tu niñez. En cuanto a mí —añadió encogiéndose de hombros

—, me gustaba tocar el violonchelo con ellos, no lo niego. He procurado daros a ti, a tu hermana y a tus hermanos cuanto he podido, al igual que mis padres hicieron conmigo... En las paredes colgaban grandes cuadros antes de que el fuego los devorara, y siempre has tenido la ropa más fina, los mejores caballos de nuestros establos; sí, los mejores poetas han leído para ti en voz alta, y sigo manteniendo tratos con Beethoven, el desdichado y trágico Beethoven, por ser quien es, para que nos deleite a ti y a mí con su música.

»Pero ésa no es la cuestión, hijo mío. Estás a las órdenes del zar. ¡No

somos comerciantes vieneses! No frecuentamos las tabernas y los cafés donde proliferan los chismorreos y las calumnias. Eres el príncipe Stefanovski, mi hijo. En primer lugar te enviarán a Ucrania, como a mí. Allí pasarás los años que hagan falta hasta incorporarte a un cargo gubernamental más importante.

—No. —Stefan se irguió.

—No empeores las cosas —señaló su padre con voz cansina. La melena blanca enmarcaba sus flácidas mejillas—. Hemos perdido mucho, muchísimo; hemos tenido que vender todo cuanto conseguimos salvar de las llamas para abandonar esta ciudad, cuando sólo aquí

me había sentido feliz.

—Entonces trata de sacar alguna lección de tu propio sufrimiento, padre. No puedo, me niego a renunciar a la música para servir a un emperador, sea quien fuere. Yo no nací en Rusia, sino en unas habitaciones donde tocaba Salieri y cantaba Farinelli. Te lo suplico. Deseo que me entregues mi violín. Dámelo. Déjame marchar sin un centavo y haz correr la voz de que no lograste disuadirme de mi empeño. El deshonor no caerá sobre ti. Entrégame el violín y me marcharé.

El padre de Stefan adoptó una expresión más amenazadora. Sonaron

unos pasos; como si no se hubieran percatado de ello, padre e hijo siguieron mirándose fijamente.

—No pierdas los nervios, hijo mío.

El hombre de blanca cabellera se levantó y dejó caer al suelo la manta de piel de oso. De pie, ataviado con su bata de seda ribeteada de piel y sus dedos adornados con rutilantes sortijas, presentaba un aspecto imponente.

Era tan alto como Stefan; por las venas de ambos no corría una sola gota de sangre campesina, sino tan sólo sangre nórdica que, mezclada con la eslava, los convertía en hombres altos como Pedro el Grande, en unos

auténticos príncipes.

El padre se acercó a su hijo, y a continuación se volvió hacia los magníficos instrumentos lacados guardados en los aparadores, en cuyas puertas se representaban jardines pintados según el más puro estilo rococó. Las paredes estaban revestidas de paneles de seda, y las largas franjas de oro pintado alcanzaban el mural que cubría un nicho.

Era una orquesta de cuerda. El mero hecho de contemplar esos instrumentos hizo que me estremeciera. El violín que sostenía en la mano era idéntico a todos los que había allí.

El padre emitió un suspiro. El hijo aguardó, acostumbrado a no llorar ante su padre como habría hecho ante mí, y como, en efecto, hizo en la invisibilidad desde la que presenciábamos la escena. Le oí suspirar, pero luego la visión adquirió mayor intensidad y se mantuvo firme.

—No puedes ir, hijo —dijo el padre —, no puedes vagar por esos mundos con ese hombre rústico y vulgar. Es imposible. Tampoco puedes llevarte el violín. Negarme a ello me parte el corazón; pero es una quimera, y dentro de un año volverías para pedirme que te perdonara.

Stefan apenas si pudo controlar su voz al contemplar el violín, que le pertenecía por derecho propio.

—Padre, aunque discutamos, este instrumento es mío; fui yo quien lo rescató de la habitación en llamas, yo...

—Hijo, ese instrumento está vendido, te lo aseguro, como todos los Stradivarius, los pianofortes y el clavecín en que tocó Mozart.

Stefan quedó anonadado. El fantasma que estaba a mi lado en la penumbra mostraba una expresión demasiado triste como para que me burlara de él. Me abrazó más fuerte, temblando, como si todo aquello, la

nube que parecía a punto de estallar y que él no volvería a introducir en su caldero mágico, fuera demasiado para él.

—No... No puedes haberlos vendido... Los violines no, no... Mi violín... Yo... —Stefan palideció, apretó los labios y una expresión de ira desfiguró sus facciones—. No, no te creo, ¿por qué me mientes?

—Contén esa lengua, Stefan. Eres mi hijo predilecto —dijo el anciano de pelo blanco, apoyándose con una mano en el respaldo del sillón—. Ya te he dicho que tuve que venderlo todo para salir de aquí y trasladarnos a nuestro

hogar de San Petersburgo. Las joyas de tu hermana y de tu madre, los cuadros, todo ha sido vendido a fin de salvar para vosotros aquellas posesiones que debemos conservar. A Schlesinger, el comerciante, le vendí hace cuatro días los violines. Se los llevará cuando hayamos partido. Tuvo la amabilidad de...

—¡No! —exclamó Stefan, llevándose las manos a las sienes—. ¡Mi violín no! No, no puedes vender el Stradivarius largo.

Stefan se volvió y recorrió con mirada febril la parte superior de los largos aparadores pintados donde

reposaban los instrumentos sobre unos cojines de seda; los violonchelos estaban apoyados contra unas sillas; los cuadros, dispuestos para su inmediato traslado.

—¡Te digo que los he vendido! — insistió su padre. Tras volverse a derecha e izquierda, halló su bastón de plata y lo empuñó con la mano derecha, primero por el mango y luego por el centro.

Stefan descubrió su violín y corrió hacia él.

Sí, pensé de corazón, cógelo, sálvalo de esta terrible injusticia, de este estúpido capricho del destino, es

tuyo, tuyo... ¡Cógelo, Stefan!

«Y tú me lo has arrebatado a mí». En la insondable oscuridad el fantasma me besó la mejilla, pero estaba demasiado apenado para oponerse a mi voluntad. «Observa».

—No lo toques, no lo cojas —dijo su padre, avanzando hacia Stefan—. ¡Te lo advierto! —Blandió el bastón como si se dispusiera a utilizarlo para golpear a su hijo.

—¡Ni se te ocurra destrozar mi Stradivarius! —exclamó Stefan.

El anciano se enfureció al oír esas palabras, al comprobar la estúpida suposición de su hijo, lo inconcebible

de aquel hecho.

—Tú, de quien siempre me he sentido orgulloso —dijo al tiempo que avanzaba hacia su hijo—. El favorito de su madre y el querubín de Beethoven, ¿crees que yo sería capaz de destrozar ese instrumento con mi bastón? ¡Tócalo y verás lo que hago!

Stefan tendió la mano para coger el instrumento, pero su padre le dio un golpe en un hombro con el bastón. El joven acusó el impacto y dio un paso vacilante hacia atrás. Su padre lo golpeó de nuevo, esta vez en el lado izquierdo de la cabeza.

—¡Padre! —exclamó Stefan, de cuya

oreja comenzó a brotar un hilo de sangre.

Tuve que hacer un esfuerzo para no saltar sobre el anciano y obligarlo a detenerse... Maldito, no vuelvas a golpear a Stefan, ¡no te atrevas!

—Este violín no es nuestro —dijo el padre—. ¡Pero tú eres mi hijo, Stefan!

Stefan alzó las manos para protegerse y el anciano volvió a descargar un golpe con el bastón.

Creo que grité, pero no podía intervenir. El bastón alcanzó a Stefan en la mano izquierda y éste lanzó un grito y, con los ojos cerrados, se llevó la mano al pecho.

No reparó en que su padre alzaba nuevamente el bastón y lo descargaba sobre su mano derecha, con la que se cubría la izquierda, que tenía herida. El bastón le hirió los dedos.

—¡No, en las manos no, padre! —suplicó Stefan.

Oí unos pasos y unos gritos.

—¡Stefan! —Era la voz de una mujer joven.

—Me has desafiado —dijo el anciano—. ¡Te has atrevido a desafiar a tu padre!

Agarró a su hijo —tan conmovido que apenas era capaz de esbozar una mueca de dolor, de

defenderse siquiera— por las solapas de la chaqueta con la mano izquierda, lo arrojó de bruces sobre el aparador y descargó de nuevo un bastonazo sobre los dedos de Stefan.

Cerré los ojos. «Ábrelos, mira lo que me ha hecho mi padre. Hay unos instrumentos de madera, y otros de carne y hueso. Fíjate en lo que me ha hecho».

—¡Basta, padre! —gritó la joven. La vi por detrás; era una figura esbelta y grácil ataviada con un vestido estilo imperio de seda dorada, que dejaba sus brazos al descubierto.

Stefan retrocedió. Estaba aturdido debido al dolor. Retrocedió otros dos

pasos y observó la sangre que manaba de sus dedos aplastados.

El padre empuñó el bastón como si se dispusiera a golpearlo de nuevo.

Entonces fue Stefan quien mudó de expresión; de su semblante desapareció toda compasión, como si ese sentimiento no tuviera cabida en la máscara de cólera y venganza que mostraba su rostro.

—¡Cómo has sido capaz de hacerme esto! —exclamó, agitando las manos sangrantes e inútiles—. ¡Me has destrozado las manos!

Estupefacto, el padre reculó, pero en su rostro persistía una expresión dura,

empecinada. Ante las puertas de la sala se agolpaban los curiosos, hermanos, hermana, sirvientes, que habían acudido a presenciar la escena.

La mujer joven trató de aproximarse.

—No te acerques, Vera —le ordenó el anciano.

Stefan se arrojó sobre su padre, lo empujó contra la ardiente estufa de esmalte y luego le asestó una patada en la ingle. El anciano soltó el bastón y cayó de rodillas, al tiempo que trataba de protegerse.

Vera soltó un grito.

—¡Fíjate en lo que me has hecho! —dijo Stefan—. ¡Fíjate en lo que me has

hecho! —repitió mientras la sangre seguía brotando de sus manos heridas.

El siguiente puntapié alcanzó al anciano en el mentón y lo hizo caer al suelo, donde permaneció tendido como un monigote sobre la alfombra. Stefan siguió propinándole puntapiés en la cabeza.

Me volví. No quería seguir contemplando aquella escena. «No, observa junto a mí. —Su voz sonaba dulce, implorante—. Está muerto; yace muerto en el suelo, pero yo no lo sabía. Fíjate, le he asestado otra patada. Mira. No contrae las piernas, aunque le he golpeado exactamente donde tu madre te

golpeó a ti, en el estómago. Lo golpeo una y otra vez... pero creo que murió a causa de la primera patada en el mentón; nunca lo supe con certeza».

Parricida, parricida.

Unos hombres se abalanzaron sobre Stefan, pero Vera se volvió y extendió las manos para cerrarles el paso.

—¡No, no tocaréis a mi hermano!

Eso concedió a Stefan un instante para levantar la vista; de repente echó a correr hacia la puerta más cercana, hizo violentamente a un lado a los atónitos sirvientes y bajó a toda prisa por las escaleras de mármol.

«Las calles. ¿Esto es Viena?».

Stefan había conseguido hacerse con un abrigo y unas vendas para las manos. Avanzaba sigilosamente, como una figura embozada, pegado a los muros. La calle era antigua y tortuosa.

«Oh, amable ramera, ¿qué crees, que me quedaban unas monedas de oro? Sin embargo, Viena estaba conmocionada por la noticia. Yo había matado a mi padre. Había matado a mi padre».

Aquello era el Graben, transportado a la realidad, lo reconocí por sus vueltas y recodos. Era el lugar donde había residido Mozart, un barrio siempre animado durante el día. No obstante, era de noche, casi de madrugada. Stefan

esperó en las sombras hasta que, de una taberna, salió un individuo, acompañado por una súbita erupción de ruido.

El hombre cerró la puerta al ambiente cálido que reinaba en el interior, repleto del humo de las pipas, del aroma a malta y café y del rumor de cháchara y risas.

—¡Stefan! —murmuró el hombre. Cruzó la calle y cogió a Stefan del brazo —. Vete inmediatamente de Viena. Hay orden de disparar contra ti. El mismo zar ha entregado a Metternich la orden por escrito. La ciudad está atestada de soldados rusos.

—Lo sé, Franz —respondió Stefan,

sollozando como un niño—. Lo sé.

—Tus manos... —dijo el joven—, ¿qué ha pasado?

—Podía haber sido peor; aun así, los huesos están rotos. Todo ha terminado. —Stefan guardó silencio y elevó los ojos al cielo—. ¡Dios mío! ¿Cómo ha podido suceder esto, Franz? ¿Cómo he podido llegar a esto cuando hace un año estábamos todos en un salón de baile, tocábamos e incluso el Maestro estaba ahí y me aseguraba que le gustaba observar el movimiento de nuestros dedos? ¡Cómo es posible!

—¿Verdad que no has sido tú quien lo mató? —preguntó el joven llamado

Franz—. Mienten, propagan una versión falsa. Ocurrió algo, pero Vera dice que te acusan injustamente...

Stefan no se atrevió a responder. Tenía los ojos cerrados, la boca contraída en un rictus de amargura. Se apartó de su amigo y echó a correr al tiempo que su capa flotaba tras él como una estela, y sus botas resonaban sobre los adoquines redondeados.

Lo seguimos; se convirtió en una figura minúscula, las estrellas formaron un arco sobre la escena y la ciudad se desvaneció.

Estábamos en un bosque oscuro pero joven, con árboles de hojas pequeñas,

que Stefan aplastaba al correr. Eran los bosques de Viena, que yo conocía bien gracias a una breve excursión con mis compañeros universitarios y a numerosos libros y discos. Frente a nosotros había una población, y Stefan se dirigió hacia allí; apretaba contra el pecho sus manos sucias y ensangrentadas y esbozaba de vez en cuando una mueca de dolor, si bien trató de sobreponerse al entrar en la calle mayor y dirigirse a una pequeña plazoleta. Era tarde y los comercios estaban cerrados; las pintorescas callejuelas parecían surgidas de un cuento de hadas. Stefan se apresuró.

Llegó a un pequeño patio rodeado por una verja, en la que no había cerradura, y entró sigilosamente.

Qué minúscula resultaba aquella arquitectura rural en comparación con los palacios donde habíamos presenciado la horrorosa escena.

El fresco aire nocturno estaba impregnado del aroma a pinos y estufas que exhalaban un olor fragante; Stefan alzó la vista hacia una ventana iluminada.

Dentro había alguien que cantaba de forma extraña, a viva voz, pero se trataba de una canción feliz, alegre. Parecía que cantara un hombre sordo.

Yo conocía ese lugar; lo había visto en unas ilustraciones. Sabía que era donde Beethoven había vivido y compuesto su música en otra época, y, al aproximarnos, vi lo mismo que Stefan al subir por los pequeños escalones: al maestro en una habitación, sentado ante su escritorio, mojando la pluma en el tintero y sacudiendo la cabeza, al tiempo que movía el pie rítmicamente y garabateaba unas notas, delirando en su precioso y recóndito refugio del universo, donde unos sonidos se combinaban con otros de un modo tal que los que podían oír jamás recomendarían ni tolerarían.

El gran hombre tenía el cabello grasiento, salpicado por unas canas en las que antes yo no había reparado; su rostro picado de viruela estaba enrojecido, pero su expresión era relajada y pura, sin el menor atisbo de ira. Mientras escribía, se balanceaba hacia delante y hacia atrás. Tarareaba una canción sincopada que sin duda le confirmaba que iba por buen camino.

El joven Stefan se acercó a la puerta, la abrió, entró en la habitación y, con las manos vendadas a la espalda, avanzó hacia el Maestro, junto a cuyo brazo se arrodilló.

—¡Stefan! —exclamó Beethoven con

voz áspera—. ¿Qué ocurre, Stefan?

Stefan agachó la cabeza y rompió a llorar. De pronto, impulsivamente, alzó una mano envuelta en el vendaje empapado en sangre hacia el Maestro, como si quisiera tocarlo.

—¡Tus manos! —exclamó el Maestro, horrorizado. Se levantó de un salto y derribó el tintero mientras buscaba apresuradamente entre los objetos que cubrían su mesa, la pizarra, la compañera de sus años de sordera, mediante la cual conversaba con la gente.

No obstante, al bajar la vista advirtió con espanto que Stefan, que

permanecía arrodillado a su lado, asustado y tembloroso, suplicándole misericordia mediante elocuentes movimientos de la cabeza, tenía las manos rotas y no podía sostener una pluma.

—Tus manos... ¿Qué te han hecho, mi pobre Stefan?

Desesperado, Stefan alzó la mano para indicarle que guardara silencio, pero Beethoven, en su afán de protegerlo, había atraído con sus gritos a otras personas.

Stefan comprendió que debía escapar. Abrazó al maestro brevemente, lo besó en la boca y luego se dirigió

hacia una puerta más alejada en el preciso momento en que la que había junto a él se abría de golpe.

Stefan salió huyendo y dejó a Beethoven bramando de dolor.

«Una pequeña habitación. Dentro, el lecho de una mujer».

Stefan yacía acurrucado, vestido con unos pantalones ceñidos y una camisa limpia, con el rostro, todavía húmedo debido a las lágrimas, hundido en la almohada, y la boca abierta.

Ella, una mujer corpulenta con expresión compungida, casi cuadrada y parecida a mí pero más joven, le aplicó unos vendajes limpios en las manos. Lo

atendía solícitamente, observando con ternura su plácido semblante, sus manos destrozadas, sin poder contener las lágrimas. Era evidente que lo amaba.

—Debéis abandonar Viena, príncipe —dijo la mujer expresándose en el suave y culto alemán de los vieneses—. Es preciso.

Él no se movió. Entornó levemente los párpados, mostrando un poco el blanco de los ojos, como si estuviera muerto; pero respiraba.

—¡Escúchame, Stefan! —dijo la mujer, adoptando un tono más íntimo—. Mañana entierran a tu padre. Su cuerpo descansará en el sepulcro de los Van

Meck, y no sé si sabes que se proponen enterrar al violín junto con sus restos.

Stefan abrió los ojos, fijó la vista en la vela situada detrás de la mujer y observó el plato de cerámica sobre el que reposaba, en cuyo fondo se había formado un charquito de cera. Después miró a la mujer y volvió la mirada hacia el grueso y rústico cabecero de madera del lecho. Era el lugar más pobre de todos a los que Stefan nos había llevado. Una casa muy modesta, tal vez situada encima de una tienda.

Stefan parecía aturdido.

—¿Has dicho que van a... enterrar el violín, Berthe?

—Así es, hasta que den con el asesino y puedan trasladar los restos de tu padre a Rusia. Estamos en invierno; en estos momentos no se puede viajar a Moscú. Pese a lo ocurrido, Schlesinger, el comerciante, les ha entregado un dinero por el violín. Te han tendido una trampa, creen que irás a recuperar el instrumento.

—Sería una estupidez —contestó Stefan—. Una locura. —Se incorporó en el lecho, alzó las rodillas y hundió los pies en el tosco colchón. El pelo, alborotado, le caía sobre la cara como una mata sedosa—. ¡Me han tendido una trampa! ¡Van a enterrar el violín!

—Chissst, no seas tonto. Creen que irás a robarlo antes de que lo metan en el ataúd. En caso contrario, permanecerá en la tumba hasta que tú vayas por él, y entonces te echarán el guante. O bien permanecerá para siempre junto a tu padre hasta el momento en que den contigo y te ejecuten por tu crimen. Es un mal asunto; tu hermana y tus hermanos están trastornados, pero no todos sienten rencor hacia ti.

—No... —murmuró Stefan con aire pensativo mientras posiblemente recordaba su fuga—. ¡Berthe! —añadió en voz baja.

—Para vengarse, los hermanos de tu

padre —cómo echan pestes los tipos esos— han declarado que el violín será enterrado junto con tu padre, a quien asesinaste, a fin de que jamás puedas volver a tocarlo. Imaginan que tú, un fugitivo, tratarás de robárselo a Schlesinger.

—No se equivocan.

Un ruido interrumpió la conversación. La puerta se abrió de súbito y apareció un hombre bajo y fornido, de rostro orondo, que vestía una capa negra y una camisa de lino que constituían el inconfundible distintivo de la aristocracia. Por su aspecto —mejillas mofletudas y ojos pequeños—

parecía ruso. Depositó sobre la silla una gran capa con capucha y a través de unas pequeñas gafas con montura de plata observó al joven que yacía en la cama y a la chica, que ni siquiera se dignó volverse para saludarlo.

—Stefan —dijo el hombre al tiempo que se quitaba el sombrero de copa y se alisaba los cuatro pelos grises que cubrían su rosado cráneo—, tienen la casa vigilada; están en todas las calles. Incluso se han desplazado hasta Italia para interrogar a Paganini, que ha negado conocerle.

—¿Qué otra cosa podía hacer? —murmuró Stefan—. Pobre Paganini. Ya

nada me importa; todo me tiene sin cuidado.

—Te he traído una capa con capucha, Stefan y un poco de dinero para que abandones Viena.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Berthe.

—Eso no importa —respondió el hombre, mirándola con frialdad—. De todas formas, Stefan, has de saber que no todos en tu familia tienen el corazón duro e insensible.

—Vera, mi dulce hermana. Recuerdo que cuando intentaron apresarme ella lo impidió.

—Ella dice que debes marcharte

cuanto antes, a América, a la corte portuguesa en Brasil, adonde quieras, pero ve donde puedan curarte debidamente las heridas de las manos y donde puedas vivir, ¡o estás perdido! Brasil está muy lejos; hay otros países. Podrías ir a Inglaterra, a Londres, pero es preciso que abandones de inmediato el imperio de los Habsburgo. Todos corremos peligro por haberte ayudado.

La joven se enfureció.

—¡No olvides las cosas que él ha hecho por ti! —exclamó—. No estoy dispuesta a renunciar a él —añadió mirando a Stefan, quien trató de acariciarla con sus manos vendadas,

pero se detuvo, como un animal tentando el aire con las patas, y la observó con expresión de dolor o de simple desesperación.

—No, por supuesto que no —respondió Hans—. Él es nuestro muchacho, Stefan, y siempre lo será. Lo único que digo es que no tardarán en dar contigo. Viena no es muy grande. ¿Qué harás con las manos en ese estado? ¿Adónde irás?

—Mi violín —dijo Stefan con voz entrecortada por la emoción—. Es mío y no lo tengo en mi poder.

—¿Por qué no intentas recuperarlo? —preguntó Berthe al hombre bajo y

rollizo mientras vendaba con una gasa la mano izquierda de Stefan.

—¿Yo? ¿Recuperar el violín? —le preguntó el hombre.

—¿Acaso no puedes entrar en la casa? Lo has hecho otras veces. Finge que deseas ocuparte personalmente de que todo esté perfectamente dispuesto para el banquete. Ocúpate de las tartas especiales. Cuando alguien fallece en Viena es un milagro que los demás no mueran también de un atracón de dulces. Ve con los pasteleros para comprobar que no se les escapa ningún detalle. Es muy sencillo. Luego puedes subir disimuladamente a la habitación donde

está instalada la capilla ardiente y apoderarte del violín. Si te detienen di que buscabas a alguien de la familia para que te informara sobre lo ocurrido. Todo el mundo sabe lo mucho que quieres al muchacho. Ve a recuperar el violín.

—Todo el mundo lo sabe —repitió Hans. Sin poder disimular su nerviosismo, se dirigió hacia la ventana y contempló la calle—. Sí, todo el mundo sabe que siempre que le apetecía Stefan pasaba sus noches de borrachera con mi hija.

—Y a cambio me regaló unos objetos maravillosos, que aún conservo

y conservaré hasta el día que me case — afirmó la joven con amargura.

—Tu padre tiene razón —terció Stefan—. Debo irme. No puedo permanecer aquí y poner en peligro vuestras vidas. Si vigilan la casa no tardarán en venir a buscarme.

—No es cierto —replicó ella—. Todos los sirvientes de tu casa y los proveedores de tu familia te estiman; los guardias vigilarán a esas zorras francesas que llegaron con el conquistador, porque todos saben el éxito que tenías entre ellas, pero ignoran lo ocurrido con la hija del pastelero. No obstante, es cierto lo que dice mi padre.

Debes abandonar la ciudad, tal como te he aconsejado. Si no sales de Viena, te atraparán en pocos días.

Stefan estaba sumido en sus pensamientos. Trató de incorporarse sobre la mano derecha, pero el dolor se lo impidió, y se dejó caer de nuevo contra la cabecera de la cama. El techo abuhardillado formaba una marcada inclinación sobre su cabeza; la ventana abierta en el grueso muro era minúscula. Stefan destacaba enormemente en ese ambiente; era demasiado alto, inteligente y orgulloso para quedarse encerrado en una estancia tan reducida.

Me hallaba ante la imagen joven de

mi fantasma que recorría conmigo las grandes estancias y las amplias avenidas.

Berthe se volvió hacia su padre.

—¡Ve a la casa y coge el violín! —le ordenó.

—¡Estás soñando! —replicó él—. El amor te ciega. Eres la estúpida hija de un pastelero.

—Y tú, que te crees un elegante caballero, con tu elegante café en la Ringstrasse, no te atreves...

—Es lógico que no se atreva —afirmó Stefan con firmeza—. Además, Hans no reconocería mi violín entre los otros.

—¡Está en el ataúd! —exclamó ella —. Me lo han dicho. —Cortó la gasa con los dientes y la anudó en la muñeca de Stefan, que había empezado a sangrar —. Ve a buscar ese violín, padre.

—¡En el ataúd! ¡Junto a él! —susurró Stefan con tono de desprecio.

Quise cerrar los ojos, pero no tenía ningún control sobre mi cuerpo físico. Mientras sostenía en las manos el violín al que se referían, pensé que ese objeto que seguíamos a través de esta cruenta historia se encontraba en esos momentos, aproximadamente hacia 1825, dentro de un ataúd. ¿Lo habrían rociado con agua bendita, o lo harían

durante el réquiem por el alma del anciano? ¿Celebrarían el funeral bajo el techo de una iglesia vienesa decorada con ángeles dorados?

Hasta yo sabía que el padre de Berthe no podía recobrar el violín. Sin embargo, éste se esforzó en defenderse, ante ellos y ante sí: no paraba de moverse, de andar de aquí para allá, de morderse el labio inferior, unas motas de luz se reflejaban en sus gafas.

—Pero ¿cómo se puede entrar en una estancia donde yace un príncipe de cuerpo presente...?

—Tiene razón, Berthe —dijo Stefan con tono suave—. Sería inadmisibile que

yo le permitiera correr semejante riesgo. Además, ¿cuándo iba a hacerlo? ¿Qué pretendes, que se acerque al ataúd, coja el violín de manos del difunto y salga corriendo?

Berthe alzó los ojos; el cabello oscuro enmarcaba su pálido rostro, su mirada era implorante pero denotaba astucia. Tenía las pestañas largas y una boca carnosa y sensual.

—En ciertos momentos —contestó—, a última hora de la noche, cuando la gente se retira a dormir, las habitaciones están prácticamente desiertas. Lo sabes muy bien. Sólo algunas personas rezan el rosario, probablemente con los ojos

cerrados. De modo, padre, que puedes ir con la excusa de ocuparte de la preparación del banquete. Hazlo cuando la madre de Stefan se haya acostado.

—¡No! —protestó Stefan, pero la idea había hallado terreno fértil. Se inclinó, absorto en el plan de Berthe—. Me acerco al ataúd, cojo el violín que hay junto a él, mi violín...

—Tú no puedes hacerlo —dijo Berthe—. No podrás sostenerlo en las manos. —Parecía horrorizada ante la idea—. No lograrás acercarte siquiera a la casa.

Stefan no respondió. Miró alrededor y trató de incorporarse sobre una mano,

pero el dolor lo obligó a desistir. Vio las ropas limpias dispuestas para él. Observó la capa.

—Hans, quiero saber la verdad —
dijo—. ¿Es Vera quién me envía el
dinero?

—Sí, y tu madre está al corriente, pero si se lo cuentas a alguien, será mi fin. No comentes con tus amigos, ni siquiera en secreto, este gesto que ha tenido tu familia para contigo, porque si lo haces, ni tu hermana ni tu madre podrán protegerme.

Stefan sonrió con amargura y asintió con la cabeza.

—¿Sabías —inquirió Hans,

ajustándose las gafas sobre la pequeña nariz— que tu madre odiaba a tu padre?

—Desde luego —respondió Stefan—, pero yo la he herido mucho más profundamente que él.

Sin esperar a que el hombrecillo respondiera, Stefan hizo ademán de levantarse de la cama.

—No puedo ponerme estas botas, Berthe.

—¿Adónde vas? —preguntó ella, y se apresuró a ayudar a Stefan a calzarse y a incorporarse. Después le entregó un traje de paño negro, limpio y planchado, que sin duda su hermana había procurado a Hans.

Hans lo miró con compasión y tristeza.

—Escúchame, Stefan —dijo—, la casa está rodeada por soldados, guardias rusos y los guardias privados de Metternich, por no mencionar a la policía, que vigila todas las calles. —Se acercó al joven y apoyó una mano sobre la mano herida de éste, que la retiró de inmediato, con una mueca de dolor.

—Descuida —dijo Stefan al advertir que el pastelero se sentía contrito y avergonzado—. Me has hecho un gran favor. Te lo agradezco; Dios te recompensará por ello. Tú no asesinaste a mi padre, y, por lo que parece, mi

madre no se ha opuesto a que me trajeras esto. Veo que me has traído la mejor capa de mi padre, forrada de zorro ruso, lo que indica lo mucho que ella me quiere. ¿O acaso te la ha dado Vera?

—Ha sido Vera. Hazme caso y abandona Viena esta misma noche. Si te atrapan, no se molestarán en juzgarte. Te matarán de un tiro antes de que puedas decir una palabra o de que alguien tenga la oportunidad de declarar que presencié cómo tu padre te destrozaba las manos.

—Ya he sido juzgado aquí —repuso Stefan tocando la chaqueta a la altura

del corazón con una mano vendada—. Yo lo maté.

—Márchate de Viena. Busca un médico que pueda curarte las manos; quizá logre salvarlas. Hay otros violines para alguien que toca como tú. Vete lejos, a Río de Janeiro, a América o a Estambul, donde nadie se interesará por tu identidad. ¿No tienes amigos de tu madre en Rusia?

Stefan negó con la cabeza, sonriendo.

—Todos son primos del zar o de sus bastardos —respondió, y soltó una breve carcajada.

Era la primera vez en esa fantasmal

existencia que yo veía a Stefan reír de buena gana. Por un instante en su rostro se dibujó una expresión alegre y despreocupada, y esa felicidad borró todas las arrugas de preocupación de su semblante y le confirió, como suele ocurrir en estos casos, un aspecto radiante.

Stefan dio reiteradamente las gracias a Hans, quien parecía turbado. Luego suspiró y echó una ojeada a la habitación. Parecía el gesto espontáneo de un hombre que sabe que está a punto de morir y contempla con afecto cuanto lo rodea.

Berthe le abrochó la camisa, le alisó

el cuello de la misma y le anudó la corbata de seda blanca. A continuación cogió una bufanda de lana negra y se la enrolló alrededor del cuello, alzó la lustrosa cabellera y la dejó caer de nuevo sobre los hombros. Stefan llevaba el pelo largo pero arreglado.

—Deja que te lo corte... —dijo ella—. Quizás así pases inadvertido.

—No... no importa; la capa y la capucha serán suficiente. El tiempo apremia. Es medianoche, el velatorio ya debe de haber comenzado.

—¡No puedes ir! —exclamó Berthe.

—De todos modos iré. ¿Acaso vas a traicionarme?

Berthe y Hans se mostraron escandalizados ante semejante sugerencia, y sacudiendo la cabeza juraron no traicionarlo.

—Adiós, querida, me gustaría darte algo antes de partir...

—Me has dado todo cuanto necesito —respondió ella con tono de resignación—. Me has dado unas horas que otras mujeres deben imaginar o leer sobre ellas en las novelas.

Stefan volvió a sonreír. Jamás, en ninguna circunstancia, le había visto yo tan satisfecho. Me pregunté si las heridas de las manos le dolerían, porque las vendas estaban empapadas de

sangre.

—La mujer que me puso las vendas —dijo Stefan mirando a Berthe— se quedó con mis anillos en pago por sus servicios. No pude impedírselo. Sin embargo, ésta es la última habitación cálida en la que pasaré una noche, mi último momento de reposo. Berthe, bésame antes de partir. Hans, no puedo pedirte que me bendigas, pero sí que me des un beso.

Los tres se fundieron en un abrazo. Después, Stefan tendió los brazos, como si pudiera alzar la capa con las manos laceradas, pero Berthe se apresuró a cogerla, y entre ella y su padre se la

echaron sobre los hombros y le cubrieron la cabeza con la capucha.

Yo estaba aterrorizada. Sabía lo que iba a suceder. No quería presenciarlo.

13

El vestíbulo de una gran mansión. El innegable elemento ornamental del barroco alemán, la madera dorada, dos murales, el uno frente al otro, un hombre y una mujer que lucían pelucas empolvadas.

Con las manos ocultas en los bolsillos de su chaqueta, Stefan consiguió entrar y se dirigió en ruso a los guardias, quienes se mostraban confusos y desconcertados ante aquel elegante caballero que había acudido a

presentar sus respetos.

—¿*Herr* Beethoven está aquí? ¿En estos momentos? —preguntó Stefan en un ruso fluido. Un *divertimento*. Los guardias sólo hablaban alemán. Por fin apareció un miembro de la escolta privada del zar.

Stefan desempeñó el papel a la perfección. Sin sacar en ningún momento las manos de los bolsillos, hizo una profunda reverencia, a la manera rusa, y dejó que la capa rozara el suelo embaldosado. El candelabro que pendía del techo iluminó la figura vestida de negro, casi monacal.

—Vengo de parte del conde

Raminski, desde San Petersburgo, para presentar mis respetos. —Su desparpajo y aplomo eran apabullantes—. De paso, quisiera transmitir un mensaje a *herr* Beethoven, quien compuso para mí un cuarteto que el príncipe Stefanovski se encargó de enviarme. Ah, os ruego que me permitáis conversar unos momentos con mi buen amigo; no deseo importunar a la familia a estas horas tan intempestivas, pero me informaron de que el velatorio se prolongaría toda la noche y podía acudir cuando deseara.

Stefan echó a andar hacia la puerta.

El ceremonioso talante que mostraban los guardias rusos fue de

inmediato adoptado por los oficiales alemanes y los empelucados sirvientes, que siguieron a los guardias y se apresuraron a abrir la puerta.

—*Herr* Beethoven se ha ido a casa hace un rato, pero yo puedo conducirlos a la habitación donde yace el difunto príncipe —dijo el oficial ruso, impresionado por el alto e imponente mensajero—. Si lo deseáis, puedo despertar...

—No. Como ya os he explicado, no deseo importunarlos a estas horas —respondió Stefan. Miró alrededor, como si en aquella grandiosa y majestuosa mansión no existiera ningún detalle que

le resultara familiar.

Acto seguido, subió por las escaleras; la gruesa capa forrada de piel danzaba airosamente sobre los tacones de sus botas.

—La joven princesa —dijo Stefan mirando por encima del hombro al guardia ruso, que se apresuró a seguirlo — es una amiga de la infancia. La visitaré a una hora más oportuna. No obstante, permitidme contemplar por unos instantes al anciano príncipe y rezar una oración por su alma.

El guardia abrió la boca para decir algo, pero en aquel preciso momento llegaron a las puertas de la capilla

ardiente. Era demasiado tarde para oponerse.

La cámara mortuoria era enorme, y sus muros estaban repletos de esas volutas blancas y doradas que hacen que las estancias vienesas nos recuerden un plato de nata batida. Había unas gigantescas pilastras decoradas con tracería dorada, una larga hilera de ventanas que daban al exterior, todas ellas enmarcadas por un arco redondeado debajo de un plafón dorado frente a unos espejos también dorados, y, en el otro extremo de la habitación, una puerta de doble hoja como la que acabábamos de trasponer.

El ataúd reposaba sobre un enorme catafalco rodeado por una cortina de terciopelo, y junto a él, sentada en una silla dorada, había una mujer dormida y con la cabeza inclinada sobre el pecho. En su nuca se advertía un collar de perlas de una vuelta; vestía un traje ceñido debajo del pecho, al estilo imperio, pero de riguroso luto.

El catafalco estaba cubierto y rodeado por unos exquisitos ramos de flores. Distribuidas por toda la estancia había jardineras de mármol que contenían lirios y rosas rojas.

Unas sillas blancas de estilo francés habían sido dispuestas en hileras, y su

tapizado, un austero damasco verde oscuro, contrastaba con los vulgares armazones blancos de fabricación alemana. Ardían multitud de velas, solas, en candelabros y en la espectacular araña de cristal que colgaba del techo, semejante a la que se había desplomado en casa de Stefan; todo estaba lleno de cera de abeja encostrada, pura y blanca.

Centenares de llamas oscilaban tímidamente en la quietud de la habitación.

Al fondo había unos monjes sentados en fila, rezando el rosario en latín, en voz baja y al unísono. Ninguno de ellos

alzó la vista cuando apareció la figura embozada y se dirigió hacia el catafalco.

En un largo diván dorado dormían dos mujeres; la más joven, con el cabello oscuro y las marcadas facciones de Stefan, tenía la cabeza apoyada en el hombro de la otra. Ambas vestían de negro y se habían alzado el velo que les cubría la cara. En el cuello de la mujer mayor, que tenía el pelo blanco y salpicado por unas hebras plateadas, relucía un broche. La más joven se agitó un poco, como si discutiera en sueños con alguien, pero no se despertó, ni siquiera cuando Stefan pasó ante ella.

«Mi madre».

El zalamero guardia ruso no se atrevió a detener al imperioso aristócrata, que se aproximó al féretro.

Ataviados con un uniforme prenapoleónico de satén azul y una peluca con coleta, los sirvientes situados junto a las puertas abiertas permanecían inmóviles cual figuras de cera.

Stefan se detuvo ante el catafalco. Dos peldaños más arriba, la joven seguía durmiendo en su pequeña silla dorada, con un brazo introducido en el ataúd.

«Es mi hermana Vera. ¿Notas que mi voz tiembla? Mírala, observa cómo

llora a su difunto padre. Vera. Y mira dentro del ataúd».

Nuestra visión nos aproximó a él. Percibí el intenso y embriagador perfume de los lirios y otras flores, y el penetrante olor de las velas, el mismo que impregnaba el ambiente de la pequeña capilla de la calle Prytania de mi niñez, ese remanso de santidad y seguridad en el que nos arrodillábamos con nuestra madre frente a los espectaculares gladiolos colocados sobre el altar, que hacían palidecer nuestros modestos ramitos de lantana.

Qué tristeza. Oh, corazón, qué profunda tristeza.

Sin embargo, yo sólo podía pensar en la escena que se desarrollaba ante mí. En esta empresa, yo estaba con Stefan, y aterrorizada. La figura embozada subió en silencio por los dos primeros escalones del catafalco. La tensión me resultaba insoportable. Ningún recuerdo mío era más importante que ese dolor, ese sufrimiento, ese temor ante lo que iba a ocurrir, esa crueldad y esos sueños destrozados.

«Fíjate en mi padre. Observa al hombre que me destrozó las manos».

El cadáver presentaba un aspecto cruel, si bien de forma difuminada, árida e insignificante; sus rasgos esclavos eran

más evidentes en la muerte; los ángulos, más duros; las mejillas, surcadas por profundas arrugas; la nariz, falsamente afinada por el empleado de la funeraria; los labios, excesivamente pintados de rojo y con las comisuras hacia abajo, sin el hálito vital de la parca sonrisa que solía lucir con tanta facilidad antes de enfurecerse y acabar así.

El rostro estaba muy maquillado y su cuerpo excesivamente recargado de pieles, joyas y galones de colores y terciopelo. Se trataba de una suntuosidad muy propia de los rusos, para quienes todo lo valioso debía brillar. Las manos, cargadas de sortijas,

descansaban exangües sobre el pecho y sostenían un crucifijo.

Junto a él, sobre el satén que revestía el ataúd, estaba el violín, nuestro violín, sobre el que reposaba la mano de Vera, quien seguía dormida.

—¡No, Stefan! ¿Cómo piensas apoderarte de él? —murmuré desde nuestra vigilante oscuridad—. Ella lo está tocando, Stefan.

«Ah, temes por mi vida mientras contemplamos esta antigua escena. Y sin embargo te niegas a devolverme mi violín. Ahora observa y me verás morir por él».

Traté de apartar el rostro, pero él me

obligó a mirar. Inmóviles ante el catafalco, formábamos parte de la escena, de la que no se omitió ningún detalle. En nuestra forma invisible, sentí los latidos de Stefan, su mano tensa y húmeda cuando me obligó a volver la cabeza.

—Mira —fue lo único que atinó a decirme—. Obsérvame durante los últimos segundos de mi vida.

La figura cubierta por una capa y encapuchada salvó los dos últimos peldaños del catafalco. Stefan contempló con mirada aturdida y cansada a su difunto padre. Entonces sacó de debajo de la capa una mano con

todos los dedos vendados, cogió el instrumento y el arco, los estrechó contra su pecho, y acto seguido se apresuró a sostenerlos con su otra mano herida.

En aquel instante Vera despertó.

—¡Stefan, no! —exclamó. Miró rápidamente a diestro y siniestro, a modo de advertencia, haciendo un leve y desesperado gesto para indicarle que se fuera.

Stefan se volvió.

Comprendí entonces que se trataba de una trampa. Sus hermanos aparecieron por todas las puertas de la cámara. Un hombre se apresuró a sujetar

a Vera, que extendió el brazo hacia Stefan y gritó aterrorizada.

—¡Asesino! —exclamó el hombre que disparó la primera bala, la cual no sólo alcanzó a Stefan en el pecho, sino también al violín. Oí el ruido de la madera al hacerse añicos.

Stefan lo miró horrorizado.

—¡No! —gritó—. ¡No!

Los hombres siguieron disparando contra él y el violín. Stefan echó a correr por el centro de la estancia, mientras seguían acribillándolo a balazos. Ahora los disparos no sólo provenían de los caballeros elegantemente vestidos, sino también de

los guardias.

Stefan tenía las mejillas encendidas. Nada era capaz de detener a la figura que observábamos.

Vimos que abría la boca para recuperar el resuello, que entornaba los ojos mientras bajaba a toda prisa por las escaleras, sin dejar de sostener el violín y el arco entre los brazos. No se apreciaba una sola gota de sangre, salvo la que manaba de sus manos; pero ¡fijaos!

Las manos.

Ya no estaban vendadas, y aparecían intactas. Sus dedos eran nuevamente largos y perfectos, y sujetaban con

firmeza el violín.

Stefan agachó la cabeza para defenderse del viento al trasponer la puerta principal. Lo miré atónita. Las puertas estaban cerradas y él ni siquiera se había percatado de ello. Los disparos y los gritos se intensificaron creando una chirriante disonancia y se desvanecieron tras él.

Stefan echó a correr calle abajo sobre los adoquines relucientes e irregulares; bajó la vista de vez en cuando para cerciorarse de que sujetaba con fuerza el violín y el arco en la mano, y corrió sin parar con todo el vigor de su juventud hasta que pudo abandonar

las calles adoquinadas del centro de la ciudad.

Las farolas emitían un tenue resplandor, debido, quizás, a la niebla, y las casas se alzaban en la impenetrable oscuridad.

Por fin, Stefan se detuvo, incapaz de seguir adelante. Se apoyó contra un muro desconchado, se quitó la capucha, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos por unos instantes. El violín y el arco estaban a salvo entre sus pálidos dedos. Stefan respiró hondo una y otra vez y miró atemorizado a derecha e izquierda para comprobar si alguien lo seguía.

No se percibía ningún eco en la noche. Algunas figuras se movían en la oscuridad, pero eran demasiado vagas y estaban demasiado alejadas de las farolas que iluminaban débilmente algunos portales como para distinguirlas con claridad. ¿Se había percatado Stefan de la bruma que flotaba muy cerca del suelo? ¿Era ésta algo propio de Viena en invierno? Varias personas lo observaban. ¿Se trataba sencillamente de los vagabundos que pululan de noche por la ciudad?

Stefan echó a correr de nuevo.

Cuando hubo cruzado la amplia Ringstrasse iluminada por sus

numerosas farolas, con sus gentes que salían de los locales nocturnos y lo miraban con indiferencia, y antes de dirigirse hacia campo abierto, Stefan se detuvo de nuevo para examinarse las manos, curadas y sin vendas, y el violín. Sostuvo éste bajo la tenue luz de una farola que se recortaba contra el cielo nocturno y comprobó que el Stradivarius largo y el arco que tanto adoraba estaban intactos.

Mi compañero y yo nos materializamos. Nos rodeaba el olor de los pinos y de la fría atmósfera, perfumada por el lejano humo de las chimeneas.

Nos detuvimos en el bosque, no lejos del Stefan de hacía más de cien años pero demasiado alejados para poder consolar a quien, en medio del bosque, exhalaba un aliento que se convertía de inmediato en vapor, y sostenía el instrumento con cuidado, tratando de descifrar los misterios que había dejado atrás.

Había algo que no encajaba. Stefan presentía que una de las piezas del rompecabezas estaba absolutamente fuera de lugar, y ello le producía una angustia infinita.

Stefan, mi espíritu, mi guía y compañero, soltó un débil gemido, pero

no así la figura distante, que conservaba su vibrante materialidad, aunque examinaba sus ropas y se palpaba la cabeza para comprobar si estaba herido. No tenía ni un rasguño.

—Es un fantasma —dije—. Se convirtió en un fantasma después del primer disparo, aunque él no se percatara de ello.

Suspiré suavemente y miré a mi Stefan. Luego observé la figura distante, que parecía más inocente, desvalida y joven debido a la expresión de su semblante y su falta de aplomo. El espectro que estaba a mi lado tragó saliva y se humedeció los labios.

—Moriste en esa habitación —dije.

Sentí un dolor tan lacerante que sólo deseé amarlo, conocerlo de forma total y absoluta con mi alma y abrazarlo. Me volví y le di un beso en la mejilla. Él inclinó la cabeza para recibir más besos, apoyó su fría frente contra la mía, y luego señaló al fantasma recién nacido que se vislumbraba a lo lejos.

El fantasma recién nacido y lejano observaba su violín y sus manos curadas.

—*Requiem aeternam dona eis Domine* —susurró mi compañero con amargura.

—Las balas te destrozaron, e

hicieron otro tanto con el violín — respondí.

Desesperado, el lejano Stefan dio media vuelta y echó a andar entre los árboles. Se volvió en repetidas ocasiones para cerciorarse de que nadie lo seguía.

—Santo Dios, está muerto pero no lo sabe.

Mi Stefan se limitó a sonreír y apoyó la mano sobre mi cuello.

Era un viaje sin mapa ni destino.

Lo seguimos en su largo y enloquecido periplo; ésa era la espantosa niebla del «país inexplorado» de Hamlet.

Sentí que un feroz escalofrío me recorría el cuerpo. Me imaginé junto a la tumba de Lily, ¿o se trataba de la de mi madre? Eran aquellos atroces momentos en que yo misma creía que iba a morir, antes de que comenzara el dolor y de que todo fuera una pesadilla. Miradlo, está muerto y sigue adelante.

Seguimos a Stefan a través de pintorescos pueblecitos germanos con tejados a dos aguas y tortuosas callejuelas; mi compañero y yo habíamos adoptado de nuevo una forma ingrávida, o tal vez nos halláramos anclados en nuestra perspectiva compartida. Stefan atravesó grandes

campos desiertos y se adentró nuevamente en el bosque. Nadie lo vio. No obstante, él percibió el rumor de los espíritus que merodeaban en torno a él, trató de ver lo que se movía por encima, por debajo, a su lado.

Había amanecido.

Tras descender por la calle mayor de una pequeña población, se acercó a la tienda del carnicero y le dijo unas palabras a éste, pero el hombre no lo veía ni lo oía. Stefan tocó a una cocinera en el hombro insistentemente, y aunque él advirtió en su gesto un profundo conflicto entre deseo y realidad, la mujer no se percató de nada.

Al cabo de unos momentos apareció un sacerdote, vestido con una larga toga negra, que dio los buenos días a las personas que habían madrugado para hacer la compra. Stefan lo agarró, pero él no podía verlo ni oírlo.

Frenético, Stefan contempló a los aldeanos que comenzaban a congregarse en la plaza del pueblo. Luego, adoptó una expresión solemne y trató de razonar sobre su situación.

Entonces distinguió con mayor claridad a los muertos que pululaban alrededor de él. Vio lo que sólo los fantasmas aciertan a ver, unas formas humanas rotas y desmembradas que

Stefan contempló aterrorizado, como habría hecho una persona viva.

Cerré los ojos; vi el pequeño rectángulo que formaba la tumba de Lily, y los puñados de tierra que caían sobre el pequeño ataúd blanco.

—¡Triana, Triana, Triana! —gritó Karl.

—¡Estoy a tu lado! —le respondí yo una y otra vez.

—No he logrado terminar mi obra, Triana; el libro no existe, está incompleto... ¿Dónde están los folios? ¡Ayúdame, todo se ha ido al traste!

No, alejaos de mí.

Fijaos en esta figura que observa a

las otras sombras que acuden atraídas por su resplandor. Aterrorizado, examinaba sus rostros evanescentes. Una y otra vez pronunciaba con tono implorante los nombres de los muertos que había conocido en su infancia, y a continuación, con una expresión frenética y enloquecida, guardaba silencio.

Nadie había oído aquel ruido.

Sollocé, y la figura que estaba a mi lado me sostuvo, como si tampoco fuera capaz de contemplar a su otra alma perdida, vívida y hermosa con su capa y su reluciente cabello, rodeada por un grupo de seres no menos

resplandecientes y que, sin embargo, no podían verlo.

Stefan trató de recuperar la compostura. Sus ojos poseían esa lustrosa autoridad que dan las lágrimas que no llegan a derramarse. Alzó el violín y lo contempló. Después lo apoyó debajo de su mentón.

Empezó a tocar. Cerró los ojos y se abandonó a su terror ejecutando una danza enloquecida, una protesta, un lamento, una súplica, que habría arrancado aplausos al mismo Paganini, y al abrir lentamente los ojos, mientras deslizaba el arco sobre las cuerdas y la música seguía fluyendo, cayó en la

cuenta de que ninguno de quienes se encontraban en la plaza de aquel pueblo, ni cerca ni lejos de él, era capaz de verlo ni oírlo.

Se desvaneció por un instante. Sin soltar el arco ni el violín se llevó las manos a los oídos e inclinó la cabeza, pero cuando su forma comenzó a perder el color, se estremeció y abrió los ojos. Más espíritus se congregaban en torno a él.

El joven fantasma sacudió la cabeza con expresión de tristeza y comenzó a hacer pucheros como un niño a punto de echarse a llorar.

—¡Maestro, Maestro! —murmuró—.

Estás encerrado en tu sordera, y a mí nadie puede oírme. ¡Estoy muerto, Maestro! ¡Estoy tan solo como tú, Maestro! ¡No pueden oírme, Maestro!

¿Transcurrieron varios días?

¿Años tal vez?

Me aferré a mi Stefan, mi guía en aquel mundo turbio, temblando aunque en realidad no hacía frío; observé que la figura echaba a andar, alzaba de vez en cuando el violín hasta el oído, tocaba unas series frenéticas de notas, y finalmente se detenía furiosa, apretaba los dientes y sacudía la cabeza.

Llegamos otra vez a Viena, aunque no estoy segura de ello. Quizá fuera una

ciudad italiana, o París. Lo cierto es que no lo sabía. Los pormenores de esos momentos estaban demasiado confusos en mi mente debido al esfuerzo de examinar e imaginar.

Stefan siguió caminando.

El cielo se convirtió no tanto en una medida de algo natural como en una bóveda que cubría una existencia ajena a la naturaleza, un inmenso entramado salpicado de estrellas distribuidas de forma aleatoria que relucían cual diamantes sobre el velo de una persona enlutada. A veces, al amanecer, descendía una especie de cortinaje.

El caminante se detuvo en un

cementerio poblado de tumbas. Nosotros nos habíamos vuelto otra vez invisibles, pero estábamos cerca de él. Stefan contempló los sepulcros y leyó los nombres que había en ellos hasta llegar al de Van Meck. Leyó el nombre de su padre. Después retiró la gruesa capa de tierra y musgo de la lápida.

Los relojes ya eran incapaces de medir el tiempo. Stefan sacó el suyo del bolsillo, pero no obtuvo información alguna.

Otros espíritus se congregaron en la oscilante oscuridad, intrigados, atraídos por los movimientos firmes y el colorido brillante de Stefan. Él

contempló sus rostros.

—¿Padre? —murmuró—. ¿Padre?

Los espíritus retrocedieron como si fueran globos a merced del viento, sujetos a un cordel que podía ser arrastrado hacia la derecha o hacia la izquierda tirando de los hilos que los sujetaban a la Tierra.

Stefan cambió de expresión, como si por fin hubiera comprendido que estaba muerto; pero no sólo estaba muerto, sino aislado de cualquier otro fantasma como él.

Escrutó el aire y la tierra en busca de otro espectro consciente de su situación, tan decidido y triste como él.

Sin embargo, no halló nada.

¿Veía su situación tal como la veíamos mi Stefan y yo?

«Sí, tú y yo vemos lo que él veía en aquellos momentos, lo que veía yo, sabiendo únicamente que estaba muerto, no lo que significaba el hecho de que siguiera vagando errante por la Tierra, ni qué podía hacer dadas mis penosas circunstancias, sabiendo tan sólo que me desplazaba de un lugar a otro, de que nada me ataba ni limitaba mis movimientos ni me consolaba, ¡sabiendo sólo que me había convertido en nadie!».

Entramos en una pequeña iglesia en

la que un sacerdote celebraba misa. Era de estilo germánico, pero más sencilla, anterior a la época en que el rococó había invadido Viena. De unas columnas con rosetones se alzaban unos arcos góticos. Las piedras eran grandes y sin pulir. Los fieles eran campesinos, y las sillas, escasas, casi inexistentes.

Su apariencia espectral no había variado. Seguía siendo una recia visión policroma.

Stefan observó la lejana ceremonia que el sacerdote oficiaba en el altar, debajo de un palio rojo como la sangre sostenido por unos santos góticos, depauperados, desvencijados,

venerables y torpemente colocados allí a guisa de centinelas.

El sacerdote alzó ante el crucifijo la hostia consagrada, mágica, el cuerpo y la sangre milagrosamente tangibles. Percibí el olor del incienso, el sonido de las campanitas. Los asistentes murmuraban en latín.

El fantasma de Stefan los miró con frialdad, temblando, como miraría un hombre a punto de ser ejecutado a los curiosos que lo observaban al dirigirse al cadalso. Sin embargo, allí no había ningún cadalso.

Stefan salió de nuevo al exterior. Se había levantado viento. Echó a andar

colina arriba, al paso que yo imagino cuando escucho el segundo movimiento de la *Novena* de Beethoven, esa marcha inexorable. Continuó avanzando incansablemente a través del monte. Creí ver nieve y lluvia, pero no lo sé con certeza. En cierta ocasión creí distinguir un remolino de hojas que revoloteaban alrededor de él y una lluvia de hojas sutiles y amarillas; luego lo vi dirigirse hacia un camino y agitar la mano ante un carruaje para que se detuviera, pero el cochero no le hizo caso.

—¿Cómo comenzó todo? —pregunté —. ¿Cómo lograste adquirir una forma

corpórea, convertirte en este monstruo fuerte y tenaz que me atormenta?

En la densa oscuridad que nos envolvía, sentí su mejilla y su boca.

«Ah, qué pregunta tan cruel. Tienes mi violín. Calla, observa, o devuélvemelo ahora mismo. ¿No has visto lo suficiente para saber que ese instrumento es mío, que me pertenece, que yo salvé con él el abismo de la muerte, que lo traje a estos dominios tras derramar mi propia sangre, y que ahora está en tu poder y no consigo obligarte a que me lo restituyas? Los dioses, suponiendo que existan, deben de estar locos por permitir que esto

ocurra. El Dios que está en el cielo es un monstruo. Observa y aprende».

—Eres tú quien debe aprender, Stefan —respondí, aferrando el violín con más fuerza.

Ese gesto no hizo sino provocar en él una imperiosa necesidad en aquel sombrío lugar donde nos encontrábamos; sus brazos seguían ciñéndome, su frente estaba apoyada en mi hombro. Emitió un gemido, como si me confiara su dolor en una clave privada, al tiempo que cubría mis manos con las suyas, tocaba la madera y las cuerdas del violín pero sin tratar de arrebatármelo. Sentí que sus labios me rozaban el pelo, se detenían

en la curva de mi oreja, pero sobre todo sentí que su cuerpo se oprimía contra el mío con urgencia, tembloroso, indeciso. El calor que sentía en mi interior se intensificó, como si quisiera darnos calor a ambos.

Contemplé a nuestro joven espíritu errante.

Empezó a nevar.

El joven espíritu miró los copos de nieve y comprobó que ni siquiera rozaban su capa ni su cabello, sino que parecían pasar volando junto a él; trató de atraparlos con las manos. Sonrió.

Percibí el sonido de sus pisadas en la nieve. ¿Era algo que él sentía en

realidad o sencillamente una sensación que él mismo se concedía mediante la voluntad y el deseo? Su larga capa negra parecía una sombra sobre la nieve que iba acumulándose. Siguió avanzando con la capucha echada hacia atrás, observando atónito el blanco y silencioso torrente que caía del cielo.

De pronto se sobresaltó al topar con un fantasma; se trataba de una mujer envuelta en una mortaja, evidentemente aficionada a amenazar a otros espectros. Si bien logró ahuyentarla, aquella aparición lo dejó conmovido. Aunque Stefan se la había quitado de encima con un solo movimiento del

brazo, se estremeció y continuó adelante. La nevada era cada vez más intensa, y por unos instantes lo perdí de vista. Luego reapareció ante nosotros en forma de oscura figura.

Nos encontrábamos de nuevo en el cementerio, lleno de tumbas grandes y pequeñas. Él se detuvo junto a la puerta y asomó la cabeza. Vio pasar ante él a un espíritu errante que hablaba consigo mismo como un perturbado, una aparición, ligera como una pluma, con el cabello alborotado y que gesticulaba sin cesar.

Tendió la mano y empujó la puerta del cementerio. ¿Fue un truco de la

imaginación, o era lo bastante fuerte para hacer que los objetos se movieran? No hizo ademán de entrar, sino que pasó ante la elevada cerca y enfiló un camino que la nieve aún no había alcanzado pero que estaba cubierto de hojas secas rojas y amarillas.

Más adelante divisamos un reducido grupo de personas vestidas de luto que se habían congregado alrededor de una modesta sepultura, cuya lápida no era más que una pequeña pirámide. Lloraban amargamente, y al cabo de un rato se fueron todos salvo una mujer de avanzada edad, que tras alejarse unos pasos, se sentó en el borde de un

monumento exquisitamente tallado, junto a la estatua de una niña. ¡Una niña muerta! Quedé perpleja.

La figura que representaba a la niña era de mármol y sostenía una flor en la mano. Vi a mi hija, pero fue una visión fugaz... Mi Lily no tenía un monumento... y ese cementerio de otro siglo... Apareció de nuevo y vi que nuestro espíritu errante observaba a la anciana, una mujer tocada con un bonete negro con unas largas cintas de satén, vestida con una falda ancha, de un estilo posterior a la época en que Vera, ataviada con un vestido ligero, había entrado de golpe en una habitación para

salvar a su hermano.

¿Era consciente el fantasma de que habían transcurrido varias décadas?

El fantasma contempló a la mujer y pasó por delante de ella, poniendo a prueba su invisibilidad; luego sacudió la cabeza y siguió adelante, sumido en sus reflexiones. ¿Se había resignado al indecible horror de una existencia inútil y carente de propósito?

De pronto se fijó en la tumba en torno a la cual se habían congregado los allegados del difunto. Vio el nombre grabado en la pirámide.

Yo también lo vi.

Beethoven.

De labios del joven Stefan surgió un grito capaz de despertar a todos los muertos. De nuevo, se llevó las manos a las sienes sin soltar el arco ni el violín, y exclamó:

—¡Maestro! ¡Maestro!

La mujer vestida de negro no oyó nada ni advirtió que el fantasma se arrojaba de bruces al suelo, soltaba el violín y arañaba la tierra con los dedos.

—¿Dónde estás, Maestro? ¿Cuándo has muerto? ¡Estoy solo, soy Stefan, ayúdame! ¡Intercede por mí ante Dios! Maestro...

Agonía.

Angor animi.

El Stefan que estaba a mi lado gimió, y el dolor que me oprimía el pecho se extendió como fuego por mi corazón y mis pulmones. El joven yacía postrado ante el destartado monumento, entre las flores que la anciana había depositado allí. Sollozó desconsoladamente y golpeó el suelo con los puños.

—¡Maestro! ¿Por qué no he ido al infierno? ¿O es esto el infierno? ¿Dónde están los espíritus de los condenados, Maestro? ¿Qué he hecho para merecer este castigo? Maestro... —exclamó abatido por su sufrimiento atroz—. Maestro querido, mi estimado

Beethoven.

Sus sollozos eran cortos y silenciosos.

La mujer vestida de negro se limitó a contemplar la lápida en que aparecía el nombre de Beethoven. Entre sus dedos se deslizaban, muy lentamente, las cuentas de un rosario negro y plateado. Era un rosario sencillo, como el que utilizaban las monjas cuando yo era niña. Observé que movía los labios mientras permanecía con los ojos entornados. Tenía las pestañas grises, apenas visibles, y la mirada ausente, como si de veras estuviera meditando en los sagrados misterios. ¿Cuál de ellos

veía ahora ante sí?

La anciana no oyó proferir ningún grito; esa persona humana estaba sola, tan sola como el espíritu. En torno a ambos se extendía un tapiz de hojas amarillas, y los árboles alargaban sus débiles y desnudas ramas hacia el cielo indiferente.

Por fin, el joven espíritu recobró la compostura. Se incorporó de rodillas, se puso de pie, recogió el violín y sacudió la tierra y las hojas que se habían adherido a éste. Luego inclinó la cabeza en un elocuente gesto de dolor.

La mujer siguió rezando durante un rato que me pareció eterno. Casi oía lo

que decía. Pronunciaba las avemarías en alemán. Había llegado a la cuadragésima cuarta cuenta, la última avemaría, de la última decena. Contemplé la estatua de mármol de la niña que se alzaba junto a ella. Era una coincidencia estúpida, ¿o con la connivencia de mi fantasma se me había revelado esa escena en que aparecían la niña de mármol y la mujer vestida de negro? Además, ésta sostenía un rosario como el que Rosalind y yo habíamos destrozado en una ocasión durante una pelea a raíz de la muerte de nuestra madre. «¡Es mío!».

«No seas estúpida y vanidosa. ¡Esto

es lo que ocurrió en realidad! ¿Acaso crees que extraigo de tu mente las calamidades que torturaron mi alma y me convirtieron en lo que soy? Te muestro lo que soy, no me invento nada. Siento tal dolor dentro de mí, que la imaginación carece de importancia: ha sido ampliamente superada por una suerte que debería enseñarte el significado del temor y la compasión. Devuélveme el violín».

—¿Y tú? ¿Te ha enseñado esta experiencia el significado de la compasión? —pregunté—. ¿A ti, que eres capaz de hacer enloquecer a la gente con tu música?

Me rozó el cuello con los labios y cerró con fuerza la mano en torno a mi brazo.

El joven fantasma sacudió unas hojas de su capa forrada de piel, como habría hecho un ser humano, y observó, aturdido, que caían al suelo. Después volvió a mirar el nombre grabado en la losa.

Beethoven.

Acto seguido se inclinó para recoger el violín y el arco, y en esa ocasión, tras apoyar el instrumento debajo del mentón, empezó a tocar una pieza que yo conocía a la perfección, pues era el primer tema musical que había

memorizado en mi vida. Se trataba de la melodía principal del *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven, una melodía preciosa y animada, tan rebosante de felicidad que no parecía haber sido compuesta por el Beethoven de las sinfonías heroicas y los místicos cuartetos, una melodía que hasta una idiota como yo, sin el menor talento, era capaz de aprender de memoria en una noche, mientras asistía a la actuación de un genio ya anciano.

Stefan interpretó la obra con delicadeza, sin expresar sufrimiento, sino admiración. Es para ti, Maestro, la música que creaste, esta alegre melodía

para violín que compusiste de joven, antes de que el horror del silencio se abatiera sobre ti y te aislara del mundo obligándote a componer, en semejante vacío, una música monstruosa.

Yo podía haberlo acompañado canturreando la melodía. Con qué perfección brotaba de las cuerdas y cómo se dejaba llevar por ella el lejano fantasma, sin mover apenas el cuerpo, abandonando y retomando la melodía para asumir las distintas partes orquestales y enlazarlas con el solo, al igual que tiempo atrás había hecho ante Paganini con otra pieza musical.

Por fin llegó a la parte denominada

cadenza, cuando el violinista toca los dos temas o todos ellos los interpreta simultáneamente, cuando los temas chocan entre sí, mezclándose en una orgía fantástica y dejando que la música fluya libremente, fresca, resplandeciente y rebosante de una dulce serenidad. Su rostro, sosegado, dejaba traslucir un sentimiento de resignación. El espíritu siguió tocando, y poco a poco me relajé en los brazos de Stefan. Entonces comprendí lo que yo había tratado de decirle:

El dolor es sabio, no llora, sólo sobreviene mucho después del horror que supone contemplar la tumba,

permanecer junto al lecho del que agoniza; el dolor es sabio e imperturbable.

Se hizo el silencio; había terminado de tocar. La nota permaneció suspendida en el aire y luego se extinguió. Tan sólo el bosque siguió entonando su habitual canción sofocada sobre diminutos instrumentos orgánicos, demasiado variados para poder contarlos: aves, hojas, el grillo debajo del helecho. El aire era gris y suave, húmedo y pegajoso.

—Maestro —murmuró el joven espíritu—. Confío en que la luz perpetua brille sobre ti... —Se detuvo para

enjugarse la mejilla—. Confío en que tu alma y las almas de todos los fieles que han perecido descansen en paz.

La mujer de luto, ataviada con su bonete negro y sus amplias faldas, se levantó lentamente del banco que había junto a la niña de mármol y se dirigió hacia él. ¡Lo veía! De repente le tendió la mano.

—Gracias por esa melodía, hermoso joven —dijo en alemán—. Gracias por haberla tocado con tanta destreza y sentimiento.

El joven fantasma la observó asustado, con expresión de perplejidad. No se atrevía a hablar. Ella le acarició

el rostro con la mano y añadió:

—Que Dios lo bendiga, joven. Gracias por haber tocado esa melodía precisamente hoy. Esta música siempre me ha fascinado. Quien no ama a Beethoven es un cobarde.

Stefan no salía de su estupor.

Ella se retiró educadamente, apartó el rostro para devolver al violinista su intimidad y echó a andar por el sendero.

—Gracias, señora —respondió Stefan.

La mujer se volvió y asintió con la cabeza.

—Precisamente hoy, el último día en que visito su tumba. Supongo que sabe

que van a trasladar sus restos al nuevo cementerio, donde descansarán junto a Schubert.

—¡Schubert! —murmuró el joven fantasma, tratando de reprimir su asombro.

Schubert había muerto prematuramente joven, Pero ¿cómo podía aquella burda copia de un ser vivo que vagaba errante por el éter conocer ese detalle?

No era necesario decirlo en voz alta, pues todos los sabíamos: la anciana de memoria intacta, el joven fantasma, el espectro que estaba a mi lado y yo. Schubert, el compositor de canciones,

había muerto joven, tan sólo tres años, o menos, después de su visita a Beethoven en su lecho de muerte.

El joven fantasma observó hipnotizado a la anciana abandonar el cementerio.

—¡De modo que así fue como comenzó todo! —musité. Me volví hacia el fantasma visible, el fantasma poderoso y pregunté—: ¿Cómo consigue ese espíritu hacerse visible? Acepto lo de la anciana sentada junto a la niña de mármol, pero ¿te has parado a analizar ese don oscuro y misterioso que te permite salvar el abismo de la muerte? ¿Qué conclusión has extraído de esas

lecciones?

Se negó a responder.

No respondió.

Atónito, el joven fantasma aguardó a que la mujer se hubiera marchado y, tras retroceder un paso, alzó la vista hacia el cielo, un cielo invernal típicamente vienés, de un gris sucio. Luego, con expresión solemne, contempló de nuevo la tumba.

En torno a él se agolparon los muertos, desgredados y desorientados, que formaron un grupo más denso y siniestro que antes. ¡Qué espectáculo

ofrecían esos espíritus!

«¿Ves a alguien a quien yo pueda recurrir? ¿Crees que tu hija Lily, tu padre o tu madre vagan errantes a través de esta lóbreguez? No. Contempla mi rostro. Observa lo que el reconocimiento engendra y el aislamiento solidifica. ¿Dónde están mis espíritus colegas, sean cuales fueren sus pecados y los míos? Ni siquiera los monstruos ejecutados por crímenes abyectos se adelantan para tomarme de la mano. Me hallo aislado de estos espíritus, de estos espectros que ves. Contempla mi rostro. Mira, y verás dónde comenzó todo. Contempla el

odio».

—¡Contéplalo tú! —repliqué—.
¡Aprende tú de él!

Por unos segundos vislumbré una figura que estaba de pie ante nosotros, con una mueca de desprecio hacia los muertos errantes e informes, y la fría mirada fija en la tumba.

Anocheecía.

Otro cementerio se extendía ahora alrededor de nosotros. Era nuevo y en él se alzaban monumentos más imponentes y ostentosos que los anteriores. Supuse que también habrían levantado un monumento a... sí, a Schubert y a Beethoven, sus estatuas de piedra

ensambladas como si fueran amigos aunque en vida apenas se habían conocido personalmente; y ante esa mole monumental, el joven y visible Stefan comenzó a interpretar una ardiente sonata compuesta por Beethoven, entretejiendo en el entramado de la pieza su propia obra, mientras un grupo de mujeres jóvenes, una de las cuales sollozaba, lo contemplaban embelesadas.

Los sollozos de la muchacha se mezclaron con los lamentos del violín; el semblante del fantasma reflejaba una expresión tan melancólica como el de la joven, y mientras ésta se llevaba las

manos al vientre como si sufriera algún dolor, el violinista siguió desgranando las prolongadas notas, haciendo que las otras mujeres lo miraran arrobadas.

Parecían las admiradoras de Paganini en el Lido; el violinista mágico sin nombre ataviado según la moda de finales de siglo, que tocaba para los vivos y los muertos, y volvió la mirada hacia la mujer que no dejaba de llorar.

—¡Necesitas su dolor, te nutres de él! —exclamé—. Hallaste tu fuerza en él. Dejaste de tocar tu enloquecida y estridente canción para los muertos e interpretaste una melodía desinteresada en la que esas mujeres te vieron

reflejado.

«Haces unos juicios precipitados, te equivocas. ¡Desinteresada! ¿Cuándo has visto que yo me comporte de forma desinteresada? ¿Y tú? ¿Te muestras desinteresada al apoderarte de mi violín? ¿Es desapego lo que sientes al contemplar este espectáculo? Yo no me nutro del dolor de esa mujer, pero su dolor le hizo abrir los ojos y verme, y las otras también me vieron. La canción surgió de mí, de mi talento, un talento con el que nací y que cultivé en vida. Tú no posees ese don. Te has apoderado de mi violín. Eres una ladrona al igual que lo fue mi padre, al igual que el fuego que

estuvo a punto de quemar mi violín».

—Durante esta arenga no has dejado de aferrarte a mí. Siento tus labios sobre mi piel, tus besos, tus dedos en mis hombros. ¿Por qué? ¿A qué vienen estas muestras de ternura mientras escupes expresiones de odio en el oído? ¿A qué viene esta mezcla de amor y rabia? ¿Qué provecho puedes sacar de mí, Stefan? Te lo repito, presta atención a tu propia historia. No te devolveré un instrumento destinado a hacer que la gente enloquezca. Puedes enseñarme lo que quieras, que no te lo devolveré.

«¿Te recuerda a tu difunto marido? —susurró él—, ¿cuando las drogas lo

habían vuelto impotente y se sentía humillado? Recuerda su rostro demacrado y su mirada fría y vidriosa. Te odiaba. Tú sabías que la enfermedad ya había hecho mella en él.

»No te abrazo llevado de mi amor por ti. Él tampoco te amaba. Te abrazo porque estás viva. Tu marido te consideraba una idiota con una casa bonita llena de cachivaches, platos de Dresde y escritorios decorados con graciosas figuras y taraceados con bronce dorado; sostenía las copas francesas ante tus ojos y limpiaba los candelabros; también te llenó el lecho de almohadones forrados de brocado.

»Y tú, convencida de su amor e imbuida de tu sentido del heroísmo, persuadida de que te casarías con ese hombre enfermo, ese hombre frágil, dejaste que tu querida hermana Faye se fuera de casa. No le demostraste cariño, no trataste de detenerla. No la viste coger los diarios de tu padre y leerlos con avidez. No la viste cuando contemplaba la puerta de la habitación del ático donde tú y tu flamante marido, Karl, yacíais en la cama. No reparaste en su fragilidad, no comprendiste que se sentía desplazada en la casa de su padre por ese nuevo drama, Karl, el hombre rico, del que tú te nutrías del mismo

modo que yo me nutro de tu sufrimiento. No advertiste que Faye se convertía en una huérfana abatida por las palabras escritas de su padre, unas palabras que expresaban juicios, desengaños, reproches. ¡No viste su dolor!».

—¿Acaso tú ves el mío? —inquirí forcejeando para que me soltara—. ¿Ves mi dolor? Afirmas que el tuyo es mayor que el mío porque mataste a tu padre con tus propias manos. Yo no poseo ningún don para esa clase de crímenes, ni tampoco para tocar el violín. Sin embargo, compartimos el don de sufrir y de lamentarnos, así como la pasión por la majestuosidad, el insondable misterio

de la música. ¿Crees que vas a suscitar mi compasión al obligarme a evocar unos recuerdos de Faye que no soporto? Eres una cosa muerta y repulsiva. Sí, vi el dolor de Faye, por supuesto, y dejé que se fuera, que se marchara de casa. Me casé con Karl, y eso le dolió, pues ella me necesitaba.

Me puse a llorar y traté de librarme de él. Sin embargo, no podía moverme; sólo era capaz de impedir que me arrebatara el violín y de volver la cabeza. Deseaba llorar a solas, pasarme el resto de la vida llorando. Lo único que deseaba era llorar, emitir esos sonidos que eterna e invariablemente

constituyen el eco del llanto, como si fuera el único sonido verdadero.

Me besó debajo de la barbilla y en el cuello. Su cuerpo expresaba la necesidad de ternura, de paciencia y dulzura; me acarició el rostro con veneración y agachó la cabeza como si se sintiera avergonzado.

—¡Triana! —susurró con voz entrecortada.

—De modo que saltaste de la fuerza al amor por el Maestro —comenté—, pero ¿cuándo empezaste a hacer que la gente enloqueciera, que experimentase sufrimiento? —inquirí—. ¿O quizás estas nuevas aptitudes van dirigidas

exclusivamente a mí, Triana Becker, una mujer corriente, vulgar y sin talento que vive en un bonito chalé blanco de la avenida; no creo haber sido la primera? ¿A quién sirves? ¿Por qué me despiertas cuando sueño con un mar hermoso? ¿Crees que sirves al hombre cuya lápida te causó un dolor tan profundo que adquiriste una forma material?

Gimió; parecía suplicarme que me callara.

Sin embargo, me negué a hacerlo.

—¿Crees que serviste al Dios al que rezabas? ¿Cuándo empezaste a crear dolor si el dolor no se producía con la suficiente intensidad para crearte a ti?

De pronto cobró forma otra escena. Circulaban unos trolebuses. Una mujer ataviada con un vestido largo estaba tendida en una cama de estilo *art moderne*, por llamarlo de algún modo. La ventana presentaba el singular diseño abstracto característico de la época. Junto a ella había un gramófono, en el que la bulbosa aguja estaba inmóvil y el plato giratorio aparecía cubierto de polvo.

Stefan tocaba para ella, que escuchaba con los ojos arrasados en lágrimas; oh, sí, las lágrimas de rigor, incesantes, pues en esta narración las lágrimas son tan frecuentes como

cualquier palabra corriente y cotidiana. Dejad que la tinta se convierta en lágrimas y que éstas empapen el papel.

La mujer escuchaba con la mirada fija en el joven, que vestía una chaqueta corta y moderna, y lucía una cabellera lacia y sedosa —como si se negara a renunciar a ella, aunque sin duda sabía que podía modificar su aspecto—, mientras tocaba aquel instrumento celestial.

Era una canción magnífica que yo desconocía; quizá la hubiese compuesto él, y en cualquier caso poseía la disonancia característica de la música de principios de siglo, un sesgo, una

pulsión, una clamorosa protesta contra la naturaleza y la muerte. Ella no dejaba de llorar. Tenía la cabeza apoyada en un cojín de terciopelo verde; era una mujer elegante, que, con su traje informal, sus zapatos puntiagudos y sus suaves rizos rojos, parecía pintada sobre vidrios de colores.

Él se detuvo. Depuso sus eficaces armas y la miró con ternura; luego se acercó a ella y se sentó en un diván curvo situado junto a la cama. ¡La besó! Era tan visible y palpable para ella como para mí, y su mata de pelo cayó sobre la mujer como caía sobre mí en esos momentos en el espacio no

delimitado, sombrío y azotado por el viento, desde el cual presenciábamos la escena.

En un alemán más fresco y asequible para mi oído, le dijo a la mujer tendida en el lecho:

—Hace años el gran Beethoven tenía una amiga, una mujer de salud delicada, llamada Antoine Brentano. Él la amaba con infinita ternura, como a muchas otras personas. Chitón. No creas las mentiras que cuentan acerca de él, Beethoven amaba a mucha gente. Pues bien, cuando a madame Brentano le sobrevenía el dolor, Beethoven, sin decir una palabra a nadie, acudía a su casa de Viena y

durante horas tocaba el pianoforte para ella con la intención de aliviar así sus dolores. Las melodías ascendían a través de las tablas del suelo hasta la habitación que ocupaba la mujer, y la consolaban y mitigaban su sufrimiento. Después Beethoven se retiraba discretamente, sin despedirse de nadie. Ella lo quería mucho por su amabilidad.

—Como yo te quiero a ti —dijo la joven.

¿Habría muerto madame Brentano, quizás hacía mucho tiempo, o sería, sencillamente, una anciana?

—¿Hiciste que se volviera loca?

«¡No lo sé! Observa. ¡No reconoces

la profundidad de todo esto!».

La joven alzó los brazos desnudos y rodeó con ellos al fantasma, un ser sólido y aparentemente del género masculino, que la deseaba con pasión; deseaba su carne perfumada y sus lágrimas, que lamía con su lengua espectral en un gesto tan escandaloso que, de repente, toda la escena quedó a oscuras.

Él le lamía los ojos, las lágrimas saladas. ¡Basta!

—¡Suéltame! —exclamé, y me debatí a codazos y puntapiés para librarme de él. Por fin eché la cabeza hacia atrás y oí el impacto de mi cráneo

contra el suyo—. ¡Suéltame! —repetí.

«Te soltaré cuando me entregues el violín. Los ojos... ¿se conservan aún los ojos de Lily en un tarro? Dejaste que le hicieran la autopsia, ¿recuerdas? ¿Por qué? ¿Para asegurarte de que tú no la habías matado por negligencia o por alguna estupidez? Sus ojos, ¿recuerdas? Unos ojos, los ojos de tu padre; cuando expiró estaban abiertos, y tu tía Bridget te preguntó si querías cerrárselos, Triana. Te dijo que era un honor cerrar los ojos de un difunto, y te explicó cómo colocar la mano...».

Por más que me esforcé, no logré que me soltara.

Oí una melodía fantasmagórica y salvaje, acompañada de tambores, tras la cual se elevaba la música de su violín.

«Aquel día en que dejaste a tu madre ir al encuentro de la muerte, ¿la miraste a los ojos? Murió debido a un ataque, so estúpida. Pudiste haberla salvado; no estaba vieja y achacosa, sólo cansada de vivir, de vosotros, de sus sucias hijas y de su marido pueril y timorato».

—¡Basta!

De pronto vi a mi captor. Éramos visibles. Había empezado a clarear. Él se hallaba a cierta distancia de mí. Lo miré con furia, sin soltar el violín.

—¡Malditos seáis tú y todas tus visiones! —exclamé—. Sí, confieso que soy culpable de haberlos matado a todos; y si Faye ha muerto y yace en una tumba, también soy responsable de ello. ¡Sí, soy culpable! ¿Qué harás con el violín si te lo devuelvo? ¿Utilizarlo para enloquecer a otra persona? ¿Para devorar sus lágrimas? Te odio. Mi música era mi alegría. ¡Mi música era mi transcendencia! ¿En qué se basa la tuya sino en el daño y la crueldad?

—¿Y por qué no? —replicó él.

Luego se aproximó, puso las manos en mi cuello, a traición, y empezó a apretar. No soporto que alguien me

toque en un lugar tan delicado como el cuello, ni siquiera alguien a quien amo, pero no estaba dispuesta a caer en la trampa de tratar de librarme de él.

—¿Posees la fuerza necesaria para matarme? —pregunté—. ¿Has traído también ese poder a este vacío, el poder de matar como mataste a tu padre? Adelante, acaba conmigo. Quizás estemos a las puertas de la muerte y tú seas el dios que sostiene la balanza para pesar mi corazón. ¿Es éste un razonamiento lógico, formado por las cosas que yo amaba en la vida?

—¡No! —gritó sobrecogido, y se puso a llorar de nuevo—. No. ¡Mírame!

¿No ves lo que soy? ¿No ves lo que me ha ocurrido? ¿No lo comprendes? Estoy perdido, solo, y cualquiera que penetre en el vacío en estas circunstancias se sentirá tan solo como yo. Nosotros, los espíritus visibles y poderosos, y seguramente hay más, no podemos comunicarnos los unos con los otros... ¿Traerte a Lily? ¡Ojalá pudiera! ¿A tu madre? Lo haría sin vacilar, si supiera cómo; sí, ve a consolar a la hija que se ha pasado inútilmente la vida llorando la muerte de su madre. Cuando emprendí contigo este viaje de regreso al dolor, cuando nos encontrábamos frente a la mansión en llamas de mi padre, vi por

primera vez la sombra de Beethoven.
¡Su fantasma! ¡Él regresó por ti, Triana!

—O para detenerte, Stefan —le respondí con un tono más suave—, para perfeccionar tus artes mágicas. La tuya es una magia a la par ingenua y poderosa. Este violín es de madera, tú y yo somos seres humanos, pero uno de nosotros está vivo y el otro está formado por una voracidad sin límites...

—¡No! —murmuró él—. No es voracidad. Jamás lo ha sido.

—Suéltame. No me importa si esto es producto de la locura, de un sueño o de la magia; ¡quiero alejarme de ti!

—No puedes hacerlo.

Sentí el cambio. Estábamos disolviéndonos. Sólo el violín que sostenía en las manos poseía forma. Volvimos a desvanecernos. No poseíamos cuerpo ni identidad. La escena adquirió forma; la fantasmagórica música seguía sonando.

Había un hombre de rodillas; se tapaba los oídos con las manos, pero Stefan, el violinista, no lo dejaba en paz: ahogaba el sonido que emitían unos individuos semidesnudos, de piel color café, que, con la mirada fija en el perverso violinista a quien seguían y temían, batían el tambor al son de la música.

A continuación vi con nitidez que una mujer golpeaba la forma tenaz y espectral del violinista mientras éste continuaba tocando una fúnebre melodía.

Luego apareció el patio de una escuela en el que crecían grandes y frondosos árboles y donde unos niños bailaban en corro alrededor del violinista, como si éste fuera el Flautista de Hamelín. Una maestra gritaba y trataba de llevárselos, pero no alcancé a oír su voz sobre el incesante *cantabile* del violinista.

De pronto advertí que unas figuras se abrazaban en la oscuridad, percibí unos susurros que me rozaban el rostro.

Vi que el fantasma sonreía, y una mujer que le había ofrecido sus servicios se colocó ante él y ocultó la radiante expresión de su rostro.

«Ámalas, haz que enloquezcan; al fin y a la postre, daba lo mismo, porque se morían. Sin embargo, yo no moría. Este violín es mi tesoro inmortal, y si no me lo entregas de inmediato te arrancaré de esta vida y vendrás conmigo al infierno para siempre».

Habíamos llegado a un determinado lugar. La oscuridad se había disipado. Observé un techo sobre nuestras cabezas. Estábamos en un corredor.

—Espera, fíjate en estos muros

blancos —dije, excitada y al tiempo alarmada, mientras experimentaba una espantosa sensación de *déjà vu*—. Reconozco este sitio.

Había unos asquerosos azulejos blancos y se escuchaba el diabólico sonido del violín; no era una música, sino una tortura chirriante e insistente.

—He visto este lugar en un sueño —señalé—, estos muros cubiertos de azulejos blancos... mira estas taquillas de metal; fíjate en estas enormes máquinas de vapor. ¡Y mira, una puerta!

Por un instante, mientras nos hallábamos junto a la verja oxidada, apareció de nuevo el bellísimo sueño, el

que no sólo contenía el siniestro pasaje subterráneo y el túnel cerrado por una puerta, sino también el palacio de espléndido mármol, y antes que eso el magnífico mar y los espíritus que bailaban en la espuma, que en esos momentos no me parecieron seres desdichados como los espectros que habíamos contemplado con horror, sino criaturas libres e intactas que se nutrían del resplandor y el volumen de las olas, las ninfas de la vida. En el suelo había unas rosas.

—Ha llegado el momento.

No obstante, lo único que vimos fue la puerta que daba acceso al oscuro

túnel. Las máquinas de vapor emitían un sonido monótono, y él tocó su violín ahí, en el túnel oscuro, sin que nadie dijera una palabra... Y el muerto, no, el moribundo... Fíjate, está desangrándose debido a unos cortes que tiene en las muñecas.

—Ah, y tú lo impulsaste a hacerlo, ¿no? ¿Es para demostrarme que nunca debo ceder ante ti?

«Le arranqué la música de la cabeza, igual que hice con la mía. Eso se convirtió también en un juego. En tu caso, te habría sacado de la cabeza a Mozart, el Pequeño Genio, pero a ti te fascinaba lo que yo interpretaba. Para ti,

la música no representaba la bondad, no mientas; equivalía a la autocompasión. ¡La música hacía compañía incestuosa a los muertos! ¿Has enterrado en tu mente a Faye, tu hermana menor? ¿La has depositado en la funeraria sin un nombre, has comenzado a organizar un funeral espectacular y ostentoso? Con el dinero de Karl puedes comprarle un bonito ataúd; recuerda que se sentía fría y sola en la sombra de vuestro difunto padre... Tu hermana menor, que observaba cómo tu nuevo marido ocupaba el lugar de vuestro padre en la casa, una bendita llama que abandonaste sin más contemplaciones».

Me volví entre sus brazos invisibles, le di un rodillazo, como tal vez él había golpeado a su padre, y lo empujé con las manos. Lo vi bajo un destello de luz.

Las demás imágenes nos abandonaron. Ya no había azulejos blancos ni el monótono sonido de las máquinas. Incluso el hedor y la música habían desaparecido. Ningún eco nos indicaba que estuviéramos encerrados.

El Stefan que había acudido a verme a Nueva Orleans retrocedió violentamente, como si hubiera perdido el equilibrio, y luego se precipitó de nuevo hacia mí e intentó apoderarse del violín.

—No, no lo harás. —Le propiné otra patada—. ¡No lo harás! Está en mis manos, y no volverás a hacérselo a nadie. El propio Maestro te preguntó el motivo. ¿Por qué, Stefan? Me diste la música, sí, y también una perfecta absolución para confiscar el origen de ese don.

Alcé el violín y el arco con ambas manos, y a continuación eché la cabeza hacia atrás.

Él se llevó un dedo a los labios.

—Triana, te lo suplico. No entiendo lo que dices, ni tampoco lo que digo yo. Te lo ruego. Es mío; morí por él. Me alejaré de ti, Triana. ¡Te dejaré en paz!

¿Pisaba yo en aquel momento una superficie pavimentada y dura? ¿Qué lúcida fantasía nos rodeaba, qué otras cosas me serían reveladas? A través de la bruma distinguí vagamente unos edificios. Noté un aire frío.

—Triana —musitó, horrorizado.

—Antes lo romperé —le advertí—.

Lo juro.

Sujeté el violín y el arco con más firmeza e hice ademán de arrojárselos. Él retrocedió, dolido y aterrorizado.

—No lo hagas —me suplicó—.

Triana, te lo ruego, devuélveme el violín. No sé cómo lograste arrebatármelo ni qué justicia es ésta, qué

ironía. Me jugaste una mala pasada. Me lo robaste. ¡Triana! ¡Dios mío, precisamente tú!

—Explícate, cariño.

—Que tú... tienes oído musical para apreciar esas melodías y esos temas...

—Sí, las melodías, los temas y los recuerdos que tú creas. ¿Cuánto cuesta el espectáculo que ofreces?

Negó con la cabeza, desesperadamente.

—Interpreté unas canciones para ti llenas de frescura, casi de vida. Cuando me hallaba frente a tu ventana, levanté la vista, vi tu rostro, sentí lo que tú llamas amor, y no recuerdo...

—¿Crees que con esa táctica conseguirás ablandarme? Ya te he dicho que tengo una justificación. Quizá nunca descubramos las reglas, pero el violín está en mi poder y tú no eres lo bastante poderoso para arrebatármelo.

Me volví de espaldas. Sí, pisaba una superficie pavimentada, y se había levantado viento.

Eché a correr. Creí percibir el sonido de un trolebús.

Noté la dureza del pavimento a través de la suela de los zapatos. Soplaban un viento gélido, desapacible. Sólo distinguía el firmamento blanco, unos árboles desnudos, sin vida, y unos

edificios semejantes por su
transparencia a fantasmas descomunales.

Seguí corriendo sin detenerme. Me dolían las plantas y los dedos de los pies, y los ojos me lagrimeaban debido al intenso frío. Sentí una opresión en el pecho. Corre, corre, sal de este sueño, de esta visión, encuéntrate a ti misma, Triana.

Entonces percibí de nuevo el sonido de un trolebús y unas luces. Me paré. El corazón me latía con fuerza.

Tenía las manos tan heladas que apenas si las sentía. Sujeté el violín y el arco con la mano izquierda y me eché aliento sobre los dedos de la derecha

para que entraran en calor. Mis labios estaban agrietados a causa del frío. ¡Dios mío! Era el frío del infierno. El viento me traspasaba la ropa.

Llevaba las prendas ligeras que lucía cuando él me raptó: una blusa de terciopelo y una falda de seda.

—¡Despiértate! —exclamé—. Busca tu casa, ¡regresa a tu casa, pon fin a este sueño! Haz que termine.

¿Cuántas veces me había ocurrido regresar de una fantasía, un sueño o una pesadilla para despertar acostada en el lecho con dosel de la habitación octogonal y percibir el estrépito del tráfico que circulaba por la avenida? Si

aquello era una locura, ¡no quería saber nada de ello!

¡Antes prefería vivir con la otra agonía!

Sin embargo, ¡esto era de veras consistente!

Los edificios eran modernos. En aquel momento doblaron la esquina dos trolebuses relucientes, de la época actual, enganchados el uno al otro, y ante mí vi una imagen luminosa que no era sino un quiosco de prensa abierto pese al intenso frío, cubierto de revistas multicolores.

Eché a correr hacia allí y tropecé con el raíl del trolebús. Reconocí el

lugar. Me caí, pero me volví y conseguí salvar el violín, al protegerlo con el codo, que golpeó contra los adoquines.

Me levanté.

En el letrero que había delante de mí leí unas palabras que había visto con anterioridad.

HOTEL IMPERIAL. Era la Viena de mi tiempo, de mi momento, la Viena actual. Yo no podía estar allí, era imposible. No podía despertar en ningún sitio que no fuese aquel donde había empezado.

Pateé el suelo y bailé describiendo un círculo. ¡Despierta!

No obstante, nada cambió. Había

amanecido y la Ringstrasse empezaba a cobrar vida; Stefan había desaparecido y por las aceras transitaban ciudadanos corrientes. De pronto salió el conserje del lujoso hotel en el que se habían alojado personajes importantes, como reyes y reinas, Wagner y Hitler, malditos fueran ambos, y Dios sabe cuántos más en las suites reales que yo había visto en una ocasión. Dios mío, estoy aquí, me has dejado aquí.

Un hombre se dirigió a mí en alemán.

Choqué contra el quiosco de prensa y derribé uno de sus exhibidores de revistas. Caímos todos al suelo, los

rostros de las revistas y esa mujer tan torpe vestida con una falda de seda, que sostenía un violín y un arco en la mano.

Me asieron unas manos vigorosas.

—Discúlpeme, por favor —dije en alemán. Luego añadí en inglés—: Lo lamento mucho. Lo lamento; no pretendía... Oh, por favor.

Mis manos... No podía moverlas. Las tenía heladas.

—¿Cuál es tu juego? —grité, sin hacer caso de los rostros que me rodeaban—. ¿Hacer que se congelen y mueran, hacerme lo que tu padre te hizo a ti? ¡Pues no lo conseguirás!

Quería golpear a Stefan. Sin

embargo, no había más que unas personas demasiado normales e indiferentes para ser otra cosa que reales.

Levanté el violín, lo apoyé debajo del mentón y comencé a tocar una vez más, en esa ocasión para sumergirme en la música, para saber, para hacer que mi alma se elevara y descubrir si un mundo real la recibía. Oí la música, fiel a mis deseos más recónditos e inocentes, la oí alzarse con fe amorosa. En aquella atmósfera neblinosa, el mundo era todo lo real que podía ser dadas las circunstancias: el quiosco de prensa, la gente en torno a mí, un coche pequeño

que se había detenido.

Seguí tocando. Todo me traía sin cuidado. Mis manos fueron entrando en calor... Pobre Stefan. Mi aliento se transformaba en vapor en la gélida atmósfera. Seguí tocando sin parar. El sabio dolor no intenta vengarse de la vida.

De pronto noté que los dedos se me ponían rígidos. Tenía mucho frío, estaba helada.

—Entre, señora —dijo un hombre que había a mi lado.

Se acercaron otras personas, entre ellos una mujer joven que llevaba el pelo peinado hacia atrás.

—Entre —dijeron.

—Pero ¿dónde? ¿Dónde estamos?
¡Quiero mi lecho, mi casa, podría despertar si supiera cómo regresar a mi lecho y a mi casa!

Sentí náuseas. El mundo comenzaba a oscurecer de forma natural, y yo estaba quedándome congelada, estaba perdiendo el conocimiento.

—Les ruego que no se lleven el violín —dije.

No sentía las manos, pero veía el violín, su preciada madera. Distinguí unas luces que bailaban delante de mí, como suele ocurrir con las luces cuando llueve; sólo que no llovía.

—Sí, sí, querida; deje que la ayudemos. Coja el violín, nosotros la sostendremos a usted. Está a salvo.

Un anciano se detuvo enfrente de mí y se puso a hacer señas y a dirigir las maniobras de la gente que me rodeaba. Era un anciano venerable, típicamente europeo, con el cabello y la barba canosos y unas facciones singulares, como surgido del pasado más profundo de Viena, antes de las trágicas guerras.

—Dejen que yo misma sujete el violín —pedí.

—Ya tiene el precioso instrumento en las manos, querida —dijo la mujer—. Llamad a un médico de inmediato.

Ayudadla a incorporarse; con cuidado. Nosotros le echaremos una mano, querida.

La mujer me guio por las puertas giratorias.

Sentí el impacto del calor y de la luz, y otra vez náuseas. Voy a morir, pero no despertaré.

—¿Dónde estamos? ¿Qué día es hoy? Mis manos... necesito calentármelas; agua caliente.

—Nosotros la sostenemos, hija mía, descuide, la ayudaremos.

—Me llamo Triana Becker, de Nueva Orleans. Llamen al abogado de mi familia, Grady Dubosson. Díganles

que vengan a buscarme. Triana Becker.

—De acuerdo, querida —dijo el anciano de pelo canoso—. Haremos lo que desea, pero descanse. Cogedla en brazos. Dejad que sostenga el violín. No la lastiméis.

—Sí... —dije, imaginando que la luz de la vida se apagaría de súbito, que aquello era la muerte, que se había abatido sobre mí en una maraña de fantasía, esperanzas imposibles y repugnantes milagros.

Sin embargo, la muerte no se produjo, y ellos se mostraron delicados y gentiles conmigo.

—Nosotros la ayudaremos, querida.

—Sí, pero ¿quiénes son ustedes?

15

La suite real era enorme, blanca y dorada, y las paredes estaban revestidas de brocado marrón grisáceo. Sobre mi cabeza contemplé unos círculos de yeso color beis. Era una belleza relajante. En los techos vi también las inevitables volutas de nata batida, y una gran cartela en cada esquina. El lecho era moderno en su tamaño y firmeza. En lo alto advertí unas filigranas galopantes. Me tumbé bajo un montón de edredones blancos, en una suite digna de la

princesa de Gales o de una millonaria excéntrica.

Yacía semidormida, sumida en el sueño ligero de quien está demasiado agotado o preocupado como para dormir profundamente, un sueño incómodo en el que las voces tienen un sonido áspero que irrita la piel.

El calor era moderno y delicioso. Unas ventanas de dobles batientes cubiertos con ricos cortinajes impedían que penetrara la fría atmósfera vienesa. Era como abrir dos veces la ventana. El calor emanaba de unos radiadores discretamente situados y llenaba la espaciosa estancia.

—Madame Becker, el conde Sokoloski desea que sea usted su huésped.

—Le he dicho cómo me llamo. — ¿Moví los labios? Volví la cabeza y contemplé un aplique dorado con dos brazos, del que pendían unos adornos caprichosos, cuyas bombillas brillaban alegremente contra el muro de yeso—. No hace falta que este caballero se muestre tan amable conmigo. —Traté de expresarme con claridad—. Por favor, llame al hombre del que le hablé, mi abogado, Grady Dubosson.

—Ya hemos efectuado esas llamadas, madame Becker. Van a

remitirle un dinero. El señor Dubosson vendrá a buscarla; y sus hermanas le envían un saludo cariñoso. Les tranquiliza saber que está usted aquí, a salvo.

¿Cuánto tiempo llevaba en aquel lugar? Sonreí al recordar una escena muy hermosa de una vieja película basada en *El cuento de Navidad*, de Dickens, en la que Scrooge, interpretado por Alastair Sim, un actor inglés, despierta la mañana de Navidad y, al comprobar que es otro hombre, dice: «No sé cuánto tiempo he estado entre los espíritus». Un final feliz.

Había un escritorio blanco, una silla

de madera tapizada en seda azul noche y una planta vistosa; la mujer descorrió los finos visillos para dejar que penetrara la luz.

—El conde, que la ha oído tocar el Stradivarius, le ruega que acepte ser su huésped.

Abrí los ojos como platos.

¡El violín!

Estaba a mi lado, sobre la cama, y yo tenía la mano apoyada sobre las cuerdas y el arco. Su color marrón intenso y reluciente destacaba sobre la almohada blanca.

—Sí, está ahí, señora Becker —dijo la mujer en un inglés perfecto,

enriquecido por el acento austríaco—, junto a usted.

—Lamento causarles tantas molestias.

—No nos causa usted ninguna molestia, señora Becker. El conde ha examinado el violín, aunque no lo ha tocado. No se ha atrevido a hacerlo sin su consentimiento. —El acento austríaco resultaba más suave, más fluido, que el alemán—. El conde colecciona esos instrumentos. Le ruega que acepte ser su huésped, señora; él lo consideraría un honor. ¿Desea cenar algo?

Stefan se encontraba en un rincón de la habitación.

Pálido, agazapado, desvaído, como si sus colores se hubieran desvanecido, era una figura que, oscurecida por la bruma, me contemplaba fijamente.

Solté una exclamación de asombro y me incorporé, sujetando el violín contra el pecho.

—¡No te desvanezcas, Stefan, no te conviertas en uno de ellos! —exclamé.

A pesar de la tristeza y el sentimiento de derrota que lo embargaban, su rostro no cambió de expresión. La imagen oscilaba, como si estuviera a punto de disiparse. Se hallaba junto a la pared, con la mejilla apoyada contra el panel de damasco y

los tobillos cruzados sobre el parqué, descansando en la bruma y la sombra.

—¡Stefan! No permitas que eso te suceda. No te vayas.

Miré a un lado y a otro en busca de los espíritus errantes, las sombras desdichadas, las almas en pena.

La alta mujer se volvió hacia mí.

—¿Me habla usted, señora Becker?

—No; me dirigía a un fantasma — respondí. ¿Por qué no decirlo y acabar de una vez? Tal vez aquellos austríacos me hubiesen tomado por una loca de atar. ¿Por qué no?—. No hablo con nadie; es decir, a menos que vea usted a un hombre en ese rincón.

La mujer se volvió, hacia donde estaba Stefan, pero no lo vio.

Luego me miró sonriendo. Su extremada cortesía me impresionó, aunque parecía sentirse incómoda, como si no supiese qué hacer por mí.

—Se debe al frío, a los contratiempos, al largo viaje —dije—. No se lo diga al conde, no quiero que se preocupe. ¿Vendrá mi abogado a buscarme?

—Haremos cuanto podamos por usted —contestó la mujer—. Yo soy frau Weber. Éste es nuestro conserje, herr Melniker.

La mujer señaló hacia la derecha.

Ella era bien parecida, alta y de porte noble, con el cabello negro recogido en un moño que ponía de relieve sus facciones juveniles. Herr Melniker era un joven de gélidos ojos azules que me observaba preocupado.

—Señora —dijo el conserje.

Frau Weber trató de disuadirlo con un leve movimiento de la cabeza y alzando la mano, pero él continuó:

—¿Sabe usted cómo vino a parar aquí, señora?

—Tengo un pasaporte —repuse—. Mi abogado me lo traerá.

—Sí, madame, pero ¿sabe cómo entró usted en Austria?

—Lo ignoro.

Miré a Stefan, que estaba abatido y con el rostro desvaído; sus ojos, no obstante, poseían una mirada febril.

—Frau Becker, ¿recuerda usted algo que...? —El hombre dejó la frase inconclusa.

—Creo que le convendría comer algo —terció frau Weber—, quizás un poco de sopa. Le traeremos una sopa excelente, y un poco de vino. ¿Le apetece una copa de vino?

Frau Weber no prosiguió. Ambos parecían hipnotizados. Stefan permanecía con la mirada fija en mí.

Percibí un ruido que fue

intensificándose a medida que se aproximaba; era un hombre cojo que se apoyaba en un bastón. Reconocí de inmediato aquel sonido, diría incluso que me gustaba: el golpe del bastón en el suelo, el paso lento e irregular, otro golpe del bastón...

Me senté en la cama. Frau Weber se apresuró a ahuecar las almohadas. Al bajar la vista, comprobé que me habían puesto una mañanita de seda guateada, anudada al cuello, y debajo un camisón de franela blanca muy fina. Tenía un aspecto decoroso y limpio.

Observé mis manos, y al advertir que había soltado el violín, lo cogí y lo

estreché contra el pecho.

No había habido ningún movimiento precipitado por parte de mi trágico fantasma. Ni siquiera se había movido.

—Está usted a salvo, señora. Es el conde, que está en el saloncito. ¿Desea usted que pase?

Lo vi en el umbral; las puertas de la habitación eran de doble hoja y presentaban un tapizado acolchado de cuero para impedir que se filtrara el menor sonido cuando estuviesen cerradas. El anciano canoso que había visto en la acera estaba apoyado en su bastón; aquella pose, junto con la barba y los mostachos blancos, le daban a la

figura un aspecto anticuado y hermoso, como el de los venerables actores de las películas en blanco y negro; ¡ah, el sublime Viejo Mundo!

—¿Se siente usted bien, hija mía? —preguntó. Gracias a Dios que hablaba inglés. Se hallaba muy lejos de mí. Qué grandes eran esas estancias; tanto como las del palacio de Stefan.

Fuego. Llamas. El Viejo Mundo.

—Sí, señor, me encuentro perfectamente, gracias —respondí—. Me alegra comprobar que habla usted inglés, pues mi alemán es horrible. Le agradezco que sea tan amable conmigo. No quisiera causarle la menor molestia.

No era necesario añadir más. Grady pagaría las facturas y lo aclararía todo. Ésa es una de las ventajas de tener dinero, que otros se ocupan de dar las explicaciones oportunas. Me lo había enseñado Karl. ¿Cómo podía decirle yo a ese hombre que no necesitaba su hospitalidad ni su amabilidad? También era preciso aclarar otro extremo más sutil.

—Pase, por favor —dije—. Lamento mucho...

—¿Qué es lo que lamenta, hija mía? —preguntó el anciano.

Se acercó cojeando a la cama. Entonces me fijé en el pie de ésta,

decorado con volutas; y más allá distinguí la araña de la otra habitación. Sí, era un palacio, el hotel Imperial.

El anciano lucía un medallón colgado del cuello y llevaba una chaqueta ribeteada de terciopelo negro que le caía más de un lado que del otro. Su barba blanca parecía estar perfectamente cepillada.

Stefan no se movió. Nos miramos. Sólo se apreciaba en él derrota y tristeza. Lo percibí incluso en la postura ladeada de su cabeza, en la forma en que estaba apoyado contra la pared, como si las partículas que le quedaban conociesen la fatiga o la vivieran con

más intensidad en ese momento, y estuvieran entretejidas de modo muy precario. Al mirarme, Stefan movió los labios ligeramente: un rostro que le hablaba a otro, el suyo y el mío.

Herr Melniker había ido a toda prisa en busca de un amplio sillón de terciopelo azul para el conde; se trataba de un sillón estilo rococó, como no podía ser de otra manera, de los muchos que había distribuidos por la estancia.

El conde tomó asiento a una cortés distancia.

Percibí un aroma agradable.

—Chocolate caliente —dije.

—Así es —respondió frau Weber

mientras me entregaba la taza.

—Son ustedes muy amables. —
Sujeté el violín con la mano izquierda
—. Tenga la bondad de dejar el platito
ahí.

El anciano me miró con expresión de
asombro y admiración, como solían
hacer los ancianos cuando yo era niña,
del mismo modo que me había mirado
una monja vieja el día de mi primera
comunión. Qué bien recuerdo su rostro
arrugado, su expresión extasiada.
Ocurrió en el viejo hospital Mercy, el
que después derribaron. La monja, que
iba vestida de blanco, dijo: «Este día
eres pura, muy pura».

Mis padres me habían llevado a visitar a las monjitas del hospital, como era costumbre el día en que un niño hacía la primera comunión. ¿Dónde había puesto yo el rosario?

Reparé en que la taza de chocolate me temblaba en la mano. Me volví hacia la derecha para mirar a Stefan.

Bebí un sorbo; estaba a una temperatura perfecta. Apuré el contenido. Era un chocolate espeso y dulce, al que habían agregado una generosa cantidad de nata.

—Viena —dije.

El anciano frunció el entrecejo.

—Posee usted un tesoro muy

extraordinario, hija mía.

—Oh, sí, señor —corroboré—, lo sé. Es un Stradivarius largo, y el arco es de madera de Pernambuco.

Stefan entornó los ojos. Estaba hundido. «¿Cómo te atreves?».

—No, madame, no me refiero al violín, aunque es uno de los instrumentos más soberbios que he visto en mi vida, mucho más incluso que cualquiera que haya vendido o me hayan ofrecido. A lo que me refiero es a sus dotes como intérprete, a la música que ha tocado hace un rato en la calle, la que nos ha hecho salir del hotel. Ha sido... un arrebató puro e inocente. Ése es el

don.

Tuve miedo.

«Es lógico. ¿Qué te hizo pensar que podías hacerlo sola, sin mi ayuda? Has regresado a tu mundo con el instrumento, pero no sabes tocarlo. No tienes el menor talento; te aprovechaste de mis artes mágicas y ahora te arrastras de nuevo. No eres nada».

—Ahora mismo lo veremos —dije dirigiéndome a Stefan.

Los otros se miraron. ¿Con quién hablaba cuando volvía la mirada hacia el rincón vacío de la habitación?

—Digamos que es obra de un ángel —dije, mirando al conde y señalando el

lugar donde se encontraba Stefan—. ¿No ve al ángel que está allí?

El conde miró alrededor. Yo hice lo propio. Por primera vez me fijé en el elegante tocador de espejos plegables, un mueble mucho más bonito que el que tengo en casa y que habría hecho las delicias de cualquier mujer. Observé las alfombras orientales de un azul desvaído y un marrón rojizo, y también los finos y transparentes visillos de las ventanas debajo de los amplios festones de brocado de seda.

—No, hija mía —respondió el conde—. No lo veo. ¿Me permite decirle mi nombre? ¿Me permite ser

también su ángel?

—Creo que debería serlo — contesté, y aparté la vista de Stefan para fijarla en el anciano, que tenía una cabeza voluminosa y una larga y abundante cabellera. Sus ojos eran azules y fríos como los del joven Melniker. Poseía una blancura iridiscente y su expresión denotaba inteligencia. Tenía las pestañas blancas.

—Quizá necesite un ángel bondadoso como usted —dije—, pues creo que el otro es un ángel malo.

«Basta de decir mentiras. Me robaste mi tesoro. Me has destrozado el corazón. Has pasado a engrosar las filas

de las personas que me han hecho sufrir».

El fantasma pronunció esas palabras sin mover los labios, sin modificar su postura indolente, con ese aire de holgazanería propio de los débiles y cobardes.

—No sé qué hacer por ti, Stefan. Si supiera cómo ayudarte, cómo remediar...

«Ladrona».

Los otros murmuraron entre sí.

—Frau Becker —intervino la mujer—, este caballero es el conde Sokoloski. Discúlpeme por no habérselo presentado como es debido. Hace mucho

tiempo que reside en nuestro hotel, y se alegra de tenerla entre nosotros. Rara vez abrimos al público estas habitaciones, pues las reservamos para ocasiones especiales, como ésta.

—¿A qué se refiere?

—Querida —terció el conde, interrumpiendo a frau Becker con exquisita cortesía y el talante sosegado y desprovisto de malicia de los ancianos—, ¿sería tan amable de tocar de nuevo para mí? Confío en que mi petición no le parezca una impertinencia.

«¡No! Sólo vanidosa e inútil».

—No me refiero a ahora mismo —se apresuró a añadir el conde—, dado que

se siente indispuesta y necesita alimentarse y descansar antes de que sus amigos vengan a buscarla, sino cuando le apetezca... Si fuera tan amable de volver a tocar para mí... esa música...

—¿Cómo la describiría, conde? —le pregunté.

«¡Anda, díselo, ya que le interesa tanto saberlo!».

—¡Silencio! —ordené a Stefan—. Si es tuyo, ¿por qué no puedes recuperarlo? ¿Por qué sigue en mi poder? Oh, no me hagan caso, disculpen este exabrupto. Dispensen mi costumbre de hablar en voz alta a imágenes inventadas y soñar despierta...

—No, está muy bien —señaló el conde—. A las personas dotadas como usted no se les hacen preguntas.

—¿Cree que soy una persona dotada? ¿Qué me ha oído tocar?

Stefan sonrió con agresivo desdén.

—Sé lo que yo he oído —agregué con tono de disculpa—, pero me gustaría saber qué ha oído usted.

El conde reflexionó por un instante.

—Algo portentoso —contestó—; y absolutamente original.

No lo interrumpí.

—Algo... ¿que acaso expresaba perdón? Era una mezcla llena de éxtasis y de resignación amarga... —Tras una

pausa, continuó—: Era como si Bartók y Chaikovski caminaran dentro de usted y se fundieran en uno solo, el moderno dulce y el moderno trágico. Su música me reveló un mundo muy lejano en el tiempo, anterior a las guerras... cuando yo era un niño demasiado joven para esas evocaciones tan sublimes. Sin embargo, lo recuerdo. Recuerdo bien ese mundo.

Me enjuagué el rostro.

«Anda, confiésalo, dile que no puedes volver a hacerlo. No sabes tocar. Soy yo el dotado, no tú».

—¿Quién lo dice? —pregunté a Stefan.

Se enderezó, con los brazos cruzados, y la ira intensificó el color de su rostro.

—Siempre es una cuestión de angustia, ¿verdad?, insignificante o poderosa. ¡Ahora mismo resplandeces de rabia! ¡Incluso me haces dudar! ¿Y si tu desafío me diera la fuerza necesaria para tocarlo?

«Nada puede procurarte la fuerza necesaria. Te hallas más allá de mi poder, y el objeto que sostienes está muerto, no es sino un pedazo de madera seca, un instrumento antiguo que no sabes tocar».

—Frau Weber —dije.

La mujer me miró perpleja y, con disimulo y preocupación, echó un vistazo al rincón vacío. Volvió la vista de nuevo hacia mí y asintió con la cabeza, en un gesto de disculpa a la vez que protector.

—Sí, señora Becker.

—¿Podría proporcionarme una bata holgada con que cubrirme? Quiero tocar el violín. Tengo las manos calientes, muy calientes.

—Quizá sea demasiado pronto — señaló el conde. No obstante, se apoyó pesadamente en el bastón, y buscó a tientas la mano de Melniker y se levantó con dificultad. Rebosaba de

expectación.

—Desde luego —contestó frau Weber al tiempo que cogía una sencilla bata de lana blanca que había a los pies de la cama.

Me volví y apoyé los pies en el suelo. Iba descalza y noté el cálido tacto de la madera; la bata me llegaba hasta los tobillos. Alcé la vista y observé el techo, los adornos y molduras espléndidos que conferían tanta belleza a aquella habitación suntuosa, de ensueño.

Cogí el violín.

Me puse de pie. Frau Weber me echó la bata sobre los hombros y yo

introduce el brazo derecho por la holgada manga y luego sostuve el violín y el arco con la mano derecha mientras metía el brazo izquierdo en la otra.

A los pies de la cama había también unas zapatillas, pero no me las puse. Me gustaba sentir el tacto sedoso del parqué.

Me dirigí hacia la puerta abierta. No me parecía correcto tocar en el dormitorio, tanto si salía triunfante como derrotada de la empresa.

Entré en el amplio salón y, aturdida, me volví para contemplar el descomunal retrato de la gran emperatriz María Teresa. También había un escritorio,

sillones y sofás exquisitos; y flores. Todo estaba lleno de flores frescas, como las de los muertos.

Contemplé perpleja los ramos de flores.

—Son de sus hermanas, señora. No he leído las tarjetas, pero ha llamado Rosalind, y también Katrinka. Fueron ellas quienes nos recomendaron que le preparáramos una taza de chocolate caliente.

Sonreí; a continuación reí disimuladamente.

—¿Y mi otra hermana? —pregunté —. ¿Recuerda algún otro nombre, Faye, por ejemplo?

—No, señora.

Me acerqué a la mesa situada en el centro de la estancia, sobre la que había un enorme jarrón, y examiné las numerosas y variadas flores que contenía; no conocía el nombre de ninguna de ellas, ni una sola especie, ni siquiera de los lirios rosados cuyos gruesos tentáculos estaban cubiertos de polen.

Con ayuda del joven conserje, el viejo conde se instaló en el sofá. Me volví hacia la derecha y observé que Stefan se había acercado a la puerta del dormitorio.

«¡Adelante, quiero ver cómo

fracasas! Quiero ver de qué modo te quedas muda y desapareces. ¡Quiero verte desistir avergonzada y humillada!».

Me llevé la mano derecha a los labios.

—Dios mío —susurré con tono más reverente que cuando un francés dice *mon Dieu*—. ¿Cuál es el prólogo de esto? ¿Cuál es la fórmula, la regla? ¿Cómo puedo desechar lo que ni siquiera conozco?

Nuevamente interrumpió mis reflexiones.

«¡Empieza de una vez!».

Stefan se volvió como si se sintiera

conmocionado. En su rostro observé una expresión de furia.

Di varias vueltas. Vi al aturdido conde, a la confusa frau Weber, al tímido Melniker, y luego al fantasma, que abría las puertas que daban al pasillo y se acercaba; los otros también vieron que las puertas se abrían, pero no así al fantasma, y seguramente creyeron que se debía a una corriente de aire.

El fantasma entró caminando como solía hacer cuando estaba vivo, según decían, con las manos cruzadas a la espalda, sucio como si acabara de levantarse de su lecho de muerte, con el cuello de encaje manchado y raído, e

incluso unos fragmentos de la máscara de yeso aún adheridos al rostro.

La puerta del gabinete que daba al pasillo estaba abierta. Se congregó un grupo de personas vivas.

«Maestro». A Stefan se le partió el corazón. Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Sentí una profunda compasión por Stefan.

Sin embargo, el Maestro se mostró implacable y empleó un tono áspero aunque íntimo.

—¡Estoy cansado de que me hagas volver para esto, Stefan! —exclamó—. ¡Hacerme regresar para esto! Triana,

toca el violín. Anda, hazlo.

Contemplé a la pequeña y empecinada figura que se encontraba al otro lado de la estancia.

—¡Ah, qué espléndida locura! — exclamé—. O tal vez sólo se trate de inspiración.

El fantasma se sentó en una silla y me lanzó una mirada furiosa.

—¿Podréis oír lo que toco? — pregunté.

—¡Por el amor de Dios, Triana! — rezongó el Maestro con un gesto brusco—. ¡Ya no estoy sordo! No he ido al infierno, de lo contrario no estaría aquí. —Soltó una sonora carcajada—. Estaba

sordo cuando vivía, pero ahora no estoy vivo. ¿Cómo iba a estarlo? Anda, toca, ¡haz que se estremezcan! Toca para que paguen por todas las palabras crueles que te han dicho, por todas sus culpas. En todo caso, hazlo por lo que quieras. —El Maestro enderezó la espalda—. El motivo no importa. Imagina el sufrimiento o el amor. Habla con Dios o con la parte más noble de ti, pero crea esa música.

Conmovido, Stefan sollozaba. Miré a los seres humanos que estaban en la habitación. Me traían sin cuidado; pensé que nunca más volverían a importarme.

Sin embargo, comprendí que debía

crear esa música para ellos.

—Adelante, toca —dijo Beethoven con un tono más afable—. No pretendía mostrarme tan brusco, de veras. Stefan, eres mi discípulo huérfano.

Stefan volvió la cabeza hacia el marco de la puerta, alzó el brazo para apoyar la frente en él y ocultó la cara.

Los asistentes mortales aguardaban desconcertados.

Me fijé en cada uno de ellos; traté de ver a los mortales en lugar de a los fantasmas. A través del gabinete miré a los que aguardaban en el pasillo. Herr Melniker se apresuró a cerrar la puerta.

—No, déjela abierta.

Empecé a tocar.

No parecía distinta aquella música ligera, fragante y sagrada, forjada por un hombre que no podía saber cuánta magia había creado a partir de la corteza de los árboles, que no podía imaginar el poder que iba a desencadenar a partir de un trozo de madera cálida y ondulada mientras le daba forma...

Deja que regrese a la capilla, madre. Deja que regrese a nuestra Madre del Perpetuo Socorro, que me arrodille allí contigo, en la inocente penumbra, ante el dolor y el sufrimiento. Deja que te coja la mano y te diga no cuánto lamento el que murieras, sino sencillamente que te

quiero, que te quiero ahora. Te entrego todo mi amor en esta canción, como en las canciones que cantábamos en la procesión de mayo, que tanto te gustaban; y Faye regresará a casa, de algún modo comprenderá que la querías, estoy convencida de ello, lo presiento en el alma.

Oh, madre, ¿quién iba a pensar que había tanta sangre en la vida? ¿Quién podía imaginar que lo que amamos es lo que poseemos? Toco para ti, toco tu canción, la canción de tu salud y tu fuerza, toco para papá y para Karl, y dentro de un tiempo conseguiré tocar para el dolor, pero ahora ha oscurecido,

nos encontramos en este apacible santuario, entre los santos que conocemos, y las calles están llenas de luz mientras nos dirigimos a casa, Rosalind y yo brincando frente a ti, volviéndonos para contemplar tu rostro risueño; deseo recordar esto, deseo recordar siempre tus grandes ojos pardos y tu sonrisa diáfana y segura. Madre, nadie tuvo la culpa de la calamidad que se abatió sobre todos nosotros, ¿verdad?, ¿o existe siempre una culpa y quizá la forma de ver más allá de ésta?

Mira, fíjate en estos robles que siempre, durante toda mi vida,

derramaron sus ramas sobre mi cabeza, y estos ladrillos cubiertos de musgo sobre los que caminamos; mira el cielo teñido de púrpura como sólo existe en nuestro paraíso. Siente el calor de las lámparas, de la estufa de gas, de la fotografía de papá que hay sobre la repisa de la chimenea. «Vuestro papá durante la guerra».

Ahora leeremos un rato, nos acurrucaremos en la cama, nos hundiremos en ella para siempre. No es una tumba. La sangre puede proceder de muchos sitios. Ahora lo sé; no todos son iguales. Yo sangré por ti, sí, voluntariamente, y tú sangraste por mí.

Deja que esa sangre se mezcle.

Bajé el violín. Estaba empapada en sudor. Sentía un hormigueo en las manos, y el sonido de los aplausos retumbaba en mis oídos.

El viejo conde se puso de pie. Los que se hallaban en el pasillo entraron en la habitación.

—Es como si lo escribiera en el aire —comentó el conde.

Miré alrededor en busca de fantasmas. No había ninguno.

—Ven, debemos grabar esta música. No es un don adquirido, sino natural; un don sabio que no exige el precio acostumbrado.

El conde me besó en la cara.

—Pero ¿dónde estás, Stefan? —
murmuré—. ¿Maestro?

Sólo vi a las personas que se
encontraban en la habitación.

Entonces oí la voz de Stefan en mi
oído; noté su aliento en mi oreja.

«No he terminado contigo, maldita,
tú me arrebataste el violín. Ese don no
es tuyo. Es cosa de brujería».

—No, te equivocas —respondí—.
No ha sido cosa de brujería, sino algo
que se ha liberado de una fuerza
peligrosa, como cuando las aves
nocturnas alzan el vuelo en una
gigantesca bandada desde debajo de un

pueblo. A propósito, Stefan, tú fuiste mi maestro.

El conde me besó. ¿Había oído mis palabras?

«Embustera, ladrona».

Me volví en redondo. El Maestro había desaparecido definitivamente. No me atreví a invocarlo, ni a intentarlo siquiera, porque no sabía cómo invocarlo, ni a él ni a Stefan.

—Ayúdalo, Maestro —murmuré.

Apoyé la cabeza en el pecho del conde. Aspiré el olor de su anciana piel, un olor grato, familiar en su ancianidad, como la piel de mi padre antes de que muriera, perfumada debajo de la ropa,

impregnada de unos polvos que olían a limpio. Tenía los labios húmedos y tersos, y el pelo canoso y suave.

—Maestro, no dejes a Stefan aquí, te lo ruego...

Cogí el violín y lo sostuve con las manos, con fuerza, con todas mis fuerzas.

—No se inquiete, hija mía —dijo el conde—. ¡Qué regalo nos ha hecho!

16

«Qué regalo nos ha hecho». ¿Qué era esa orgía de sonido, ese torrente de música que se había convertido en algo tan natural que no me ofrecía dudas al respecto?, ¿ese trance en el que me sumía, hallando notas y dejándolas fluir mediante movimientos deliberados, con unos dedos que danzaban ansiosos sobre las cuerdas?

¿Qué era ese don, consistente en dejar que el sonido me rodeara a medida que iba brotando, en notar cómo se

formaba para luego caer sobre mí con el delicado balanceo de una cuna? Música. Toca. No pienses. No dudes ni te preocupes de si piensas y dudas. Toca, sin más. Toca como deseas y descubre el sonido.

Mi querida Rosalind, impresionada por hallarse en Viena, vino a buscarme con Grady Dubosson, y antes de que partiéramos, abrieron para nosotros el Theater an der Wien, y tocamos en la pequeña sala pintada donde Mozart había actuado en otro tiempo, donde antaño se había representado *La flauta mágica*, en el edificio donde Schubert había residido y compuesto música —el

pequeño y glorioso teatro cuyos palcos dorados se amontonaban empinada y peligrosamente hasta casi tocar el techo —. En otra ocasión tocamos en la Ópera de Viena, un edificio suntuoso y gris situado a pocos pasos del hotel. El conde nos llevó también al campo para que conociéramos su enorme y antiguo caserón, semejante a la finca rústica que antiguamente poseía el hermano del Maestro, Johann van Beethoven, «terratendiente», o sea propietario de tierras, a quien el Maestro, en una carta, había respondido de forma harto ingeniosa: «Ludwig van Beethoven, propietario de un cerebro».

Acompañada por mi hermana, volví a ser una mujer viva que paseaba por los dulces y apacibles bosques de Viena.

En Estados Unidos, varios expertos habían expresado su opinión sobre la obra de Karl. Una excelente editorial, que Karl admiraba mucho, había decidido publicar el libro sobre san Sebastián. La aceptación había sido inmediata.

Me había sacado de encima un problema. Todo se había llevado a cabo de forma impecable. Roz y Grady viajaron conmigo.

La música era mía y los conciertos se sucedieron uno tras otro. Grady se

pasaba el día colgado del teléfono concertando actuaciones.

El dinero iba a parar a obras benéficas en memoria de quienes habían muerto injusta y trágicamente en las guerras. En primer lugar, para los judíos, en honor de nuestra bisabuela, que había renunciado a su identidad hebraica para establecerse en la católica América, pero, si no para ella, ante todo por hacer justicia y para toda institución benéfica que eligiéramos.

En Londres logramos realizar las primeras grabaciones.

Sin embargo, antes visitamos San Petersburgo y Praga, y di un sinfín de

conciertos improvisados en la calle, con el entusiasmo propio de una escolar que da vueltas en torno a una farola. Fue fantástico.

Durante todas esas experiencias místicas, pasé las cuentas del rosario como hacía en mi infancia, los años más dulces, rodeada de suaves tonos purpúreos y rojos. Sólo contemplaba los misterios gozosos: «Y el ángel del Señor se apareció a María, y ésta concibió por obra y gracia del Espíritu Santo».

Lo hice con el temerario vigor de una infancia que no conoce derrotas ni sufrimientos.

El libro de Karl, que fue presentado en casa, apareció en una lujosa y costosa edición, pues cada ilustración en color estuvo supervisada personalmente por los mejores expertos en la materia.

Por las noches me acostaba entre sábanas de seda; y al despertar contemplaba espléndidas ciudades.

Las suites reales se abrían para Rosalind y para mí. Al cabo de poco tiempo, Glenn se reunió con nosotras. Siempre comíamos en mesas dispuestas con mantel de hilo y cubiertos de plata. Grandes escalinatas y largos pasillos cubiertos con alfombras orientales se convirtieron en nuestros territorios

habituales.

Sin embargo, no dejé que el violín se separara de mí en ningún momento. No le quitaba el ojo de encima ni cuando estaba en la bañera; siempre vigilaba por si alguien me lo arrebatava o aparecía una mano invisible que quisiera llevárselo y hacerlo desaparecer.

Por las noches, me acostaba con el violín y el arco envueltos cuidadosamente en una suave manta de lana como las de los bebés, que me ataba al cuerpo mediante unos cinturones de cuero que nunca enseñé a nadie; y durante la mayor parte del día

tenía el instrumento en la mano o lo colocaba en una silla, a mi lado.

El violín no había sufrido ningún cambio. Algunos expertos afirmaron, tras examinarlo, que tenía un valor incalculable y me pidieron permiso para tocarlo, pero yo no podía permitirlo, lo que nadie consideró un gesto egoísta por mi parte, sino una prerrogativa.

En París, cuando Katrinka y su marido, Martin, se reunieron con nosotros, compramos para ella hermosos vestidos y abrigos, y toda clase de bolsos y zapatos de tacón alto que ni Roz ni yo podíamos ponernos. Le dijimos que nos conformábamos con

verla cojear. Ella se echó a reír de nuestra ocurrencia.

Katrinka envió a sus hijas, Jackie y Julie, unas cajas repletas de regalos primorosos. Katrinka parecía liberada de un peso enorme y trágico. Nadie hizo ninguna referencia al pasado.

Glenn se entretuvo buscando libros y discos antiguos de las estrellas europeas del jazz. Rosalind no paraba de reír. Martin y Glenn frecuentaban juntos los viejos y célebres cafés, como si esperaran topar el día menos pensado con Jean-Paul Sartre. Martin siempre estaba hablando por teléfono, ultimando la venta de alguna casa en Estados

Unidos, hasta que le rogué que se ocupara de todos los detalles de nuestra interminable gira.

Grady se sintió aliviado al comprobar que lo necesitábamos tanto como antes.

Todo eran risas. Ni los mismísimos Leopold y Wolfgang se habían divertido tanto. Además, no olvidemos que existía una niña, una hermana de quien se decía que tocaba tan maravillosamente como su prodigioso hermano; una hermana que se había casado y había parido niños en lugar de sinfonías y óperas.

Nadie era más dichoso que nosotros cuando estábamos de gira. La risa había

regresado a nuestras vidas.

En cierta ocasión casi nos echaron del Louvre por reírnos de manera escandalosa. No es que no nos fascinara la Mona Lisa, por supuesto; sencillamente estábamos llenos de entusiasmo y de vida. Sentíamos deseos de besar a desconocidos, sin miramientos, pero no habíamos perdido el juicio y nos conformábamos con abrazarnos y besarnos mutuamente.

Glenn caminaba delante de nosotros; al principio sonreía tímidamente, pero después reía a carcajadas, porque se sentía demasiado feliz para contenerse.

Mi exmarido, Lev, se reunió con

nosotros en Londres junto con su esposa Chelsea, mi antigua amiga y ahora hermana, y los gemelos de cabello negro, siempre de punta en blanco y perfectamente educados, y Christopher, el alto, rubio y apuesto hijo mayor. Al ver a ese chico, cuya risa me recordaba a Lily, me eché a llorar.

Cuando yo tocaba, Lev ocupaba una butaca de la primera fila. Tocaba para él en recuerdo de nuestros tiempos felices; más adelante él me dijo que había sido una experiencia semejante a aquel picnic regado con licor que habíamos organizado años antes, sólo que más arriesgada, más ambiciosa, vivida con

más plenitud. Me sentí ofuscada y aturdida por un viejo amor; o por un amor eterno. Lev contribuyó con sus comentarios incisivos y académicos.

Prometimos reunirnos todos en Boston.

Esos chicos, esos jóvenes vivos, de alguna forma parecían ser mis descendientes, descendientes de la anterior pérdida, de la lucha y el renacimiento de Lev, de los que yo había formado parte. ¿Era concebible que los considerara mis sobrinos?

Ocupamos una habitación de hotel tras otra en Manchester, Edimburgo, Belfast. La recaudación de los

conciertos iba destinada a las víctimas del Holocausto, a los desdichados gitanos, a los pobres y esforzados católicos de Irlanda del Norte, a aquellos que sufrían la enfermedad que había matado a Karl, o el cáncer de sangre que había acabado con Lily.

La gente nos ofrecía otros violines. ¿Tendríamos la amabilidad de utilizar este magnífico Stradivarius en una ocasión especial? ¿Aceptaríamos este Guarneri? ¿Nos gustaría adquirir este Stradivarius corto y este espléndido arco Tourte?

Acepté los regalos que me hicieron. «Compré otros violines». Los examiné

con curiosidad febril. ¿Cómo sonarían? ¿Qué sentiría al sostenerlos? ¿Sería capaz de extraer una sola nota al Guarnieri, o a cualquiera de ellos?

En Francfort compré otro Stradivarius, este corto, magnífico, comparable al mío, pero no me atreví a pulsar sus cuerdas. Estaba en venta, y nadie se enamoró lo suficiente de él para adquirirlo; me costó mucho dinero, pero ¿qué importancia tenía eso comparado con nuestra maravillosa e infinita prosperidad?

Los violines y los arcos viajaban con nuestro equipaje. Yo siempre llevaba mi querido Stradivarius largo

envuelto en terciopelo y metido en una bolsa especial junto con su arco. No me atrevía a transportarlo en una bolsa de viaje corriente. Lo llevaba conmigo a todas partes.

Siempre estaba alerta, por si veía algún fantasma.

Lo que vi en su lugar fue la luz del sol.

Mi madrina, la tía Bridget, se reunió con nosotros en Dublín, pero no le gustaba el frío. Pese a tratarse de nuestra adorada tía Bridget, no tardamos en enviarla de regreso a la región del Misisipí. Nos pareció la mar de divertido.

No obstante, la música le encantaba, y cuando me oía tocar se ponía a aplaudir y a patear el suelo, haciendo que las otras personas que se hallaban en la habitación —o sala de conciertos, auditorio, teatro o lo que fuera— la miraran escandalizados. Aun así, convinimos en que yo deseaba que lo hiciera.

Muchos primos y otras tías se reunieron con nosotros en Irlanda y posteriormente en Berlín. Realicé el peregrinaje de rigor a Bonn. Me estremecí de frío ante la puerta de la casa de Beethoven.

Apoyé la cabeza contra las frías

piedras y lloré como había hecho Stefan ante su tumba.

Muchas veces evocaba los temas del Maestro, las melodías del Pequeño Genio o el Ruso Lunático, y me sumergía en ellas con el fin de abrir mis compuertas personales, pero los críticos casi nunca se percataban de ello, pues carecía del talento, el control y la disciplina para transmitir fielmente una música compuesta por otra persona.

Con todo, eran momentos de éxtasis absoluto e ininterrumpido. Cualquier idiota se habría dado cuenta; sólo un loco habría introducido una nota de advertencia o amargura en ellos.

En esos momentos —lloviznaba en Covent Garden, yo caminaba describiendo círculos bajo la luna, los coches se detenían y sus faros emitían una especie de vaho que se confundía con la bruma, como si respiraran—, todo lo que yo hacía me producía placer. Se trata de no preguntar nada, de aceptar la situación tal como es, de vivirla. Quizás un día la recuerde desde una perspectiva distinta y me parezca algo tan maravilloso, colorista y celestial como las visitas a la capilla, o los momentos en que estaba en los brazos de mi madre mientras ella volvía las páginas de un libro de poesía, a la luz de

una lámpara que no servía para ahuyentar ningún peligro, porque ninguno moraba aún allí.

Fuimos a Milán, a Venecia, a Florencia. El conde Sokoloski se reunió con nosotros en Belgrado.

Yo sentía una debilidad especial por los teatros de ópera. No necesitaba que me pagaran. Estaba dispuesta a tocar si me garantizaban la sala; yo misma me pagaba mis honorarios, y cada noche era diferente, imprevisible, y experimentaba una profunda alegría, y el dolor estaba guardado a buen recaudo dentro de ella. Además, cada noche grababan mi música unos técnicos que corrían por el

escenario cargados con altavoces, auriculares y cables muy finos, mientras yo contemplaba el rostro de quienes me aplaudían.

Una vez que había terminado de interpretar mi canción, trataba de distinguir cada rostro, de no fallarle a ninguno, de recibir el calor de todos ellos, sin caer de nuevo en el dolor, la timidez y la angustia, como si mi pasado fuera mi caparazón y yo un caracol demasiado débil para emprender ese ascenso, demasiado ligada a la vieja senda del sufrimiento, demasiado llena de desprecio hacia mí misma.

Una modista de Florencia

confeccionó para mí unas bonitas y amplias faldas de terciopelo y unas suaves túnicas de un tejido ligero que, cuando tocaba, me permitían mover los brazos libremente dentro de las mangas de seda abullonadas sin sentirme constreñida por el atuendo, sin que se rompiera el hechizo, pero disimulando mi gordura —que yo tanto detestaba—, de forma que cuando me veía obligada a contemplarme en algún documental sólo veía un destello de pelo, color y sonido. Era magnífico.

Cuando llegaba el momento y me colocaba debajo de los focos, cuando escudriñaba la oscuridad que me

envolvía, comprendía que mis sueños eran míos.

No obstante, imaginaba que vendrían otros tiempos y otra música más siniestra, como es lógico. El rosario se compone de misterios gozosos, gloriosos y dolorosos. Duerme, madre, duerme plácidamente, estás a salvo y calentita. Lily, cierra los ojos. Padre, todo ha terminado, según dicen tu aliento y tus pupilas. Ciérralos. Dios santo, ¿pueden oír mi música?

Yo buscaba un lugar muy concreto, de mármol, ¿no?, y pese a recorrer tantos teatros de ópera —Venecia, Florencia, Roma—, no había caído en la

cuenta de que el palacio de mármol de mis extraños sueños debía de ser un teatro de ópera. No lo sabía ni lo sospechaba al recordar en ese momento la escalinata central de esos sueños, cuyo diseño y estructura contemplaba reiteradamente en aquellos regios teatros contruidos con pompa y una gran dosis de fe, cuya escalinata central ascendía hasta un rellano y luego se dividía hacia la derecha y la izquierda hasta el anfiteatro, donde se daban cita los elegantes y enojados aficionados a la ópera.

¿Dónde se encontraba ese palacio que se me había aparecido en sueños, un

palacio tan lleno de mármol que rivalizaba con la basílica de San Pedro? ¿Qué significaba ese sueño? ¿Había sido sencillamente una filtración de su alma atormentada, que me había permitido contemplar la ciudad de Río, la escena de su último crimen antes de presentarse ante mí y hallar en mi alma una espina relacionada con ese lugar? ¿O se trataba de algo que mi propia fantasía había agregado a sus recuerdos, junto con el espumeante y magnífico mar que daba origen a un sinfín de fantasmas que danzaban sin cesar?

En ningún sitio había contemplado yo ese teatro de ópera, esa mezcla de

belleza.

En Nueva York, tocamos en el Lincoln Center y en el Carnegie Hall. Nuestros conciertos se dividían en programas de diversa duración, lo que significaba que a medida que transcurrían las horas, yo podía seguir tocando —ininterrumpidamente— durante más tiempo, y el flujo de la melodía se tornaba más compleja, la gama de sonidos, más amplia, y la ejecución del concierto, más fluida.

Yo no soportaba escuchar mis propias grabaciones. Martin, Glenn, Rosalind y Katrinka se ocupaban de esos temas. Rosalind, Katrinka y Grady

se encargaban de los contratos y el aspecto comercial del asunto.

Nuestras cintas, o discos, constituían objetos singulares. Ofrecían la música de una mujer que en realidad no sabía leer una nota de música, salvo *do-re-mi-fa-sol-la-si-do*, que jamás interpretaba la misma pieza por dos veces, que ni siquiera era capaz de repetir la misma canción, hecho que los críticos se apresuraron a señalar. ¡Cómo puede uno valorar esos logros, la improvisación, que en tiempos de Mozart no podía preservarse a menos que se dejara constancia de la misma por escrito, pero que ahora puede conservarse para

siempre, con la misma reverencia otorgada a la «música seria»!

«Realmente, no es Chaikovski ni Shostakovich. No es Beethoven, ni Mozart».

«Si le gusta la música densa y dulce como la miel, le complacerán las improvisaciones de la señorita Becker, pero algunos de nosotros deseamos algo más de la vida que unas tortas de miel».

«Es genuina, probablemente, desde un punto de vista técnico, maníaco depresiva, quizás incluso epiléptica — sólo su médico lo sabe con seguridad—; obviamente, no tiene ni idea de lo que hace, pero el efecto resulta, sin duda,

hipnotizador».

Los elogios eran emocionantes — genio, cautivadora, mágica, ingenua— y al mismo tiempo alejados por igual de las raíces de la canción que yo llevaba dentro y de lo que sabía y sentía. Sin embargo, me produjeron el efecto de unos besos en el rostro, y causaban no menos satisfacción a las personas que me rodeaban. Además, sobre nuestros discos y cintas, que se vendían por millones, escribían comentarios muy favorables.

Nos trasladábamos de un hotel a otro por capricho, porque nos invitaban, a veces por azar.

Grady nos advirtió de que llevábamos un tren de vida demasiado elevado. Aun así, no pudo por menos de reconocer que las ventas de los discos habían rebasado ampliamente el fondo de fideicomiso de Karl, que se había doblado, y podían continuar indefinidamente.

No podíamos restringir los gastos, pero tampoco nos importaba. Katrinka se sentía segura. Jackie y Julie asistían a los mejores colegios en Estados Unidos y soñaban con ampliar estudios en Suiza.

Fuimos a Nashville.

Yo quería escuchar y tocar para los

violinistas locales. Me puse en contacto con una joven genio, Alison Krauss, cuya música me chiflaba. Deseaba colocar un ramo de rosas a la puerta de su casa. Quizá reconociese el nombre de Triana Becker.

Mi sonido, sin embargo, ya no tenía nada de sureño ni de gaélico. Era absolutamente europeo, vienés y ruso, heroico y barroco —todo ello combinado—, las estremecedoras escalas de los melenudos, como los llamaban antes de que se apropiaran de esa etiqueta unos hippies que parecían Jesucristo. No obstante, yo era una de ellos.

Era un músico.

Un virtuoso.

Tocaba el violín. Lo manejaba con toda facilidad. Lo amaba. Lo amaba.

No necesitaba ir a hablar con la brillante Leila Josefowicz, con Vanessa Mae ni con mi estimada Alison Krauss. Tampoco con el gran Isaac Stern. No tenía valor suficiente para hacerlo. Sólo debía pensar que era capaz de tocar.

Podía tocar. Quizás algún día ellos escucharán a Triana Becker.

Se oían risas, unas risas que resonaban en las habitaciones de los hoteles donde nos reuníamos para beber champán y comer unos postres llenos de

chocolate y nata, y donde por las noches, me tendía en el suelo y contemplaba la araña que pendía del techo, como solía hacer en casa, y cada mañana y cada noche...

Cada mañana y cada noche llamábamos a casa para averiguar si sabían algo de Faye, nuestra hermana desaparecida, nuestra querida hermana desaparecida. Hablábamos de ella en las entrevistas que nos hacían en las escalinatas de los teatros de Chicago, Detroit, San Francisco.

—... nuestra hermana Faye, a quien hace dos años que no vemos.

El despacho de Grady en Nueva

Orleans recibía llamadas de personas que no eran Faye y que no la habían visto. No podían describir con exactitud su cuerpo menudo pero divinamente proporcionado, su sonrisa efervescente, su mirada cariñosa, sus manos diminutas, fuertes y cruelmente marcadas con unos pulgares pequeños a causa del alcohol que había envenenado las lóbregas aguas en las cuales se había debatido para sobrevivir; una criatura tan menuda, tan frágil...

A veces yo tocaba para la pequeña Faye. Nos encontrábamos en el camino enlosado situado en la parte posterior de la casa de St. Charles, ella sostenía el

gato en los brazos y sonreía, ajena al dolor, como si fuera un duendecillo invencible, ajena a la borracha que yacía postrada en su habitación, a las peleas a gritos, al sonido de una mujer que vomitaba al otro lado de la puerta del cuarto de baño. Yo tocaba para Faye, a quien le encantaba tumbarse en el patio y notar cómo se secaba la lluvia sobre las losas, bajo el sol. Faye conocía esos secretos, mientras que otras personas se peleaban y acusaban mutuamente.

En algunos momentos, mientras estábamos de gira, los otros lo pasaban mal, porque yo no podía parar de tocar

el Stradivarius largo. Me volvía loca, según afirmaba Glenn. El doctor Guidry vino a verme. En cierto lugar, mi cuñado Martin sugirió que me hicieran unos análisis para comprobar si me drogaba, y Katrinka se enfadó con él.

No era una cuestión de drogas ni de vino, sino de música.

Era como la versión de un violinista de *Las zapatillas rojas*. Yo tocaba sin parar, hasta que los otros ocupantes de la suite se quedaban dormidos.

En cierta ocasión, incluso tuvieron que sacarme del escenario. Fue como una operación de rescate, porque no dejaba de tocar, y la gente seguía

pidiéndome más bises. Caí redonda al suelo, pero me recuperé de inmediato.

Descubrí la magistral película titulada *Amor inmortal*, en la que el gran actor Gary Oldman había captado al Beethoven que yo había adorado toda mi vida y que quizás, en mi locura, había llegado a vislumbrar. Miré en los ojos del actor Gary Oldman: había captado su trascendencia, el sonido heroico con el que yo soñaba, el aislamiento que conocía y la perseverancia que se había convertido en mi misión cotidiana.

—¡Encontraremos a Faye! —afirmó Rosalind. En los comedores de los hoteles revivíamos todas las cosas

buenas que habían ocurrido—. Has tenido un éxito tan clamoroso que Faye tiene que haberse enterado por fuerza. Regresará a casa, querrá estar con nosotros en estos momentos.

Katrinka se dedicaba a contar chistes y a gastar bromas. Nada era capaz de desalentarla o inquietarla, ni los impuestos, ni la hipoteca, ni la vejez, ni la muerte, ni a qué universidad enviaría a las chicas, ni si su marido gastaba demasiado dinero.

Porque en esa situación de éxito y prosperidad todo podía ser solventado o resuelto.

Aquello era el «éxito moderno», un

éxito que sólo se conoce en nuestros tiempos, cuando en todo el mundo la gente puede grabar, ver y escuchar — simultáneamente— las improvisaciones de una violinista.

Nos convencimos de que Faye tenía que compartir todo aquello con nosotros, que de una forma u otra en alguna parte lo hacía, porque ansiábamos dar con ella. Faye, vuelve a casa, no has muerto, ¿dónde estás? Faye, es divertido viajar en limusina y alojarse en suites lujosas; es divertido abrirse paso a codazos a través de los admiradores que aguardan a las puertas del teatro.

Faye, el público nos brinda su amor.
Faye, nunca volverás a sentir frío.

Una noche, en Nueva York, me hallaba de pie detrás de un grifo de piedra, creo que en la azotea del hotel Ritz-Carlton, contemplando Central Park. Soplaban un viento frío, como en Viena. Pensé en mi madre, en el día en que me había pedido que rezara el rosario con ella; me había hablado de su vicio de beber —algo que nunca había mencionado a ninguna de nosotras— y había afirmado que llevaba el deseo del alcohol en la sangre, que lo había heredado de su padre, y éste del suyo. Reza el rosario. Cerré los ojos y la

besé. *La agonía en el jardín.*

Aquella noche toqué para ella en la calle.

Pronto, en octubre, cumpliría cincuenta y cinco años.

Un día llegó —como yo sabía que llegaría— el inevitable momento.

Qué amable por parte de Stefan —y qué impulsivo e imprudente— escribirme una nota de su espectral puño y letra; ¿o había penetrado en un cuerpo humano para redactarla?

No existía nadie que tuviese una letra tan perfecta, unos trazos largos y airosos escritos en una tinta de un majestuoso color púrpura, y nada menos

que sobre pergamino, nuevo, desde luego, pero tan firme como el mejor pergamino de su época.

Stefan no sabía guardar un secreto.

«Stefan Stefanovski, tu viejo amigo, te invita cordialmente a asistir a un concierto benéfico en Río de Janeiro, y confía en verte allí. Tú y tu familia os hospedaréis en el hotel Copacabana, de Río. Todos los gastos corren de mi cuenta. Para cualquier cosa que desees me tienes a tu disposición. Te ruego que llames al siguiente número, a cobro revertido, para ultimar los detalles del viaje».

Katrinka se ocupó telefónicamente

de los detalles.

—¿En qué teatro? ¿El teatro Municipal?

Suena moderno, aséptico, pensé.

«Te daría a Lily si pudiera hacerlo».

—Supongo que no te apetece ir, ¿no es cierto? —preguntó Roz.

Se había bebido su cuarta cerveza y estaba de un humor alegre y afectuoso, con el brazo alrededor de mis hombros. Yo estaba adormecida, apoyada contra ella, y miraba por la ventana. Nos encontrábamos en Houston, una ciudad verdaderamente tropical, con un ballet fantástico y una no menos fantástica ópera, por no hablar del público, que

nos había acogido con calidez y sin reservas.

—Yo no tengo ganas de ir —terció Katrinka.

—¿A Río de Janeiro? —pregunté—; ¡pero si es un sitio precioso! Karl deseaba ir, quería completar el trabajo de documentación para su libro sobre san Sebastián, su santo, su...

—Ámbito académico —intervino Roz.

Katrinka se echó a reír.

—Bien, su libro ya está terminado y publicado —comentó Glenn, el marido de Roz—. Grady nos ha enviado unos ejemplares. Dice que todo marcha sobre

ruedas. —Se ajustó las gafas sobre la nariz, se sentó y se cruzó de brazos.

Miré la nota. Ven a Río.

—Lo leo en tu expresión. ¡No vayas!

Aturdida, observé la nota; tenía las manos húmedas y temblorosas. Su letra, su nombre.

—¿De qué diantres me estás hablando? —pregunté.

Hubo un intercambio de miradas.

—Si no lo recuerda ahora, lo hará más tarde —señaló Katrinka.

—Esa mujer que te escribió, tu vieja amiga de Berkeley, la que te dijo...

—¿Que Lily había renacido en Río? —pregunté.

—Sí —contestó Roz—, no vayas, o te sentirás fatal. Recuerdo que Karl deseaba ir. Tú dijiste que siempre habías querido visitar ese lugar, pero que no te veías con ánimos. Te oí decírselo a Karl...

—No recuerdo haberle dicho eso —aclaré—. Sólo recuerdo que no fui y que él sí quería hacer el viaje. Ahora debo ir.

—Triana —intervino Martin—, no hallarás la reencarnación de Lily ni allí ni en ninguna parte.

—Eso ya lo sabe —apostilló Roz.

El rostro de Katrinka reflejaba un dolor intenso, familiar. Yo no quería

verlo.

Katrinka adoraba a Lily. Roz no había estado con nosotras en Berkeley y San Francisco en aquella época. Sin embargo, Katrinka no se había apartado de su cama, de su ataúd, en el cementerio, durante la agonía y la muerte de Lily.

—No vayas —dijo Katrinka con voz entrecortada.

—Voy por otro motivo —repuse—. No creo que Lily esté allí. Si vive no debe de necesitarme, de lo contrario habría acudido a...

Me callé. Oí las palabras crueles y odiosas que él había pronunciado para

herirme.

«Estabas celosa, celosa de que tu hija se le hubiera aparecido a Susan en vez de a ti, reconócelo. Eso fue lo que pensaste. ¿Por qué no había acudido tu hija a ti? Y perdiste la carta, no la contestaste, aunque sabías que Susan era sincera y lo mucho que había querido a Lily y lo mucho que deseaba creer...».

—¿Triana?

Alcé la vista. En los ojos de Roz vi reflejado el viejo temor, un temor como el que habíamos experimentado años atrás, antes de tener ante nosotras todo cuanto deseábamos.

—Descuida, Roz, no voy en busca

de Lily. Este hombre... Le debo un favor —expliqué.

—¿Quién es ese Stefan Stefanovski? —preguntó Katrinka—. Las personas con las que he hablado por teléfono no saben quién es. Me refiero a que la invitación es firme, pero no tienen ni idea de qué clase de hombre...

—Lo conozco bien —respondí—. ¿No te acuerdas? —Me levanté de la mesa y cogí el violín, que había dejado junto a la silla, pues nunca estaba a más de unos pocos centímetros de donde me hallaba.

—¡El violinista de Nueva Orleans! —exclamó Roz.

—El mismo, Stefan. Deseo ir allí. Además... dicen que es un sitio precioso.

¿Era posible que fuera el lugar que aparecía en el sueño? Lily sin duda había sabido elegir el paraíso.

—El teatro Municipal... suena insulso —comenté. ¿Había pronunciado alguien esas mismas palabras en otra ocasión?

—Es una ciudad peligrosa —observó Glenn—. Son capaces de matarte para robarte las zapatillas. Está lleno de pobres que levantan sus chabolas en las laderas de las montañas. En cuanto a la playa de Copacabana,

está rodeada de edificios que construyeron hace décadas...

—Es precioso —musité.

Las palabras no eran audibles. Sostuve el violín en la mano; pulsé las cuerdas.

—Por favor, no te pongas a tocar ahora o enloqueceré —dijo Katrinka.

Roz y yo soltamos una carcajada.

—Me refiero a que no siempre... —apresuró a añadir Katrinka.

—De acuerdo. No obstante, deseo ir, debo hacerlo. Stefan me lo ha pedido.

Les dije que no era necesario que me acompañaran. A fin de cuentas, era Brasil, pero para cuando subimos al

avión todos estaban ansiosos por llegar a ese mundo exótico y legendario de bosques tropicales y playas inmensas, y a ese teatro Municipal, que sonaba a auditorio de hormigón.

Naturalmente, no se debía a eso.

Tú lo sabes.

Brasil no es otro país, sino otro universo, un universo en el que los sueños asumen formas diversas, donde día tras día los humanos se comunican con los espíritus y los santos y los dioses africanos se funden en altares dorados.

Tú sabes lo que hallé. Por supuesto...

Yo estaba asustada. Los otros lo advirtieron, lo presintieron. El viaje me hizo pensar en Susan, y no sólo en su carta, sino en lo que me había dicho acerca de la muerte de Lily. No dejaba de pensar en que mi hija sabía que iba a morir. Yo había querido ocultarle ese secreto pero ella le había dicho a Susan: «¿Sabes?, voy a morirme», y se había echado a reír. «Lo sé porque mamá lo sabe y tiene miedo».

Aun así, te lo debo, Stefan. Debo a tus siniestros ataques las fuerzas que he logrado reunir. No puedo negártelo.

Así pues, hice un esfuerzo por sonreír, pero no solté prenda. Hablar de

una niña que ha muerto no cuesta mucho. Hacía tiempo que ellos habían dejado de preguntarme cómo había llegado a Viena. No relacionaban nada con el loco violinista.

De modo que partimos. Oí risas de nuevo, y debajo de las risas percibí el temor, como las sombras que se proyectaban en la gran casa color pardo cuando mi madre empinaba el codo y mis hermanas dormían en aquel pegajoso calor y yo temía que, si la casa ardía, no conseguiría sacarlas de allí; nuestro padre se había marchado y yo no sabía dónde localizarlo, y los dientes me castañeteaban, aunque hacía calor y los

mosquitos revoloteaban en la oscuridad.

17

Semidormidos y atontados debido al largo viaje al sur, después de cruzar el ecuador y el Amazonas y llegar a Río, subimos aturdidos a las furgonetas que nos transportaron a través de un largo y oscuro túnel, debajo de la montaña cubierta de selva tropical del Corcovado. Ese esplendor, el Cristo de granito sobre la cima, con los brazos en cruz... Tenía que ver ese Cristo antes de que partiéramos.

Siempre llevaba el violín conmigo,

en una nueva bolsa de terciopelo guateado color burdeos, relleno de algodón, y colgado del hombro.

Disponíamos de tiempo más que suficiente para admirar todas las maravillas que había en aquel lugar: el monte del Pan de Azúcar y los viejos palacios de los Habsburgo, que se habían trasladado a Río huyendo de Napoleón, y no sin motivo, pues éste había arrojado sus bombas sobre la Viena de Stefan.

Algo rozó mi mejilla. Percibí un suspiro. Se me erizó el vello. No me moví. La furgoneta siguió avanzando por la carretera.

Cuando salimos del túnel, comprobé que soplaban un aire frío y que el firmamento aparecía inmenso y maravillosamente azul.

En cuanto llegamos al centro de Copacabana sentí un escalofrío en los brazos, como si Stefan estuviera a mi lado; noté que algo volvía a rozarme la mejilla y abracé contra mi pecho el violín que guardaba en su suave bolsa de terciopelo, tratando de no ceder a un ataque de nervios y gozar del paisaje que me rodeaba.

Los edificios que se alzaban al lado de Copacabana eran descomunales; el lugar estaba atestado de tiendas,

vendedores ambulantes, hombres de negocios, busconas y turistas que paseaban con aire indolente.

La zona ofrecía un aspecto tan bullicioso y concurrido como Ocean Drive en Miami Beach, el centro de Manhattan o Market Street en San Francisco al mediodía.

—¡Los árboles! —exclamé—. Fijaos en esos árboles gigantescos.

Crecían erguidos, frondosos, y se extendían en forma de paraguas festoneados cuyas grandes hojas verdes creaban una sombra pura y hermosa en aquel sofocante calor. Yo jamás había contemplado en una ciudad tan

densamente poblada una vegetación tan verde y exuberante; se los veía por todas partes, y no parecía que se dejaran intimidar por las sombras de los rascacielos ni la gente que circulaba por las aceras.

—Son almendros, señorita Becker —señaló nuestro guía, un joven alto y delgado, muy pálido, con el pelo rubio y ojos azules translúcidos. Se llamaba Antonio. Hablaba con el acento que yo había oído en mi sueño. Era portugués.

Nos encontrábamos sin duda en el lugar del mar orlado de espuma y el palacio de mármol, pero ¿cómo se desarrollarían las cosas?

Cuando alcanzamos la playa y doblamos una curva sentí que me embargaba una cálida emoción; apenas había oleaje, pero era el mar de mis sueños, un mar perfecto. Divisé sus límites más lejanos, delante y detrás de nosotros con los brazos de las montañas que se extendían sobre él, lo que distinguía aquella playa de las muchas de Río de Janeiro.

Antonio, nuestro guía de voz dulce, nos habló de las numerosas playas que se prolongaban hacia el sur, y nos dijo que estábamos sólo ante una de ellas, en esa ciudad de once millones de habitantes. Al pie de las montañas se

extendía la hierba. Sobre la arena había unos chiringuitos con techumbre de paja donde se vendían refrescos. Por todas partes había autobuses repletos y automóviles que apenas disponían de espacio para circular; y sobre todo el mar, el vasto océano verde y azul aparentemente sin límites, aunque lo cierto es que nos hallábamos en una bahía y más allá del horizonte se alzaban unas colinas que no alcanzábamos a divisar. El mar constituía el puerto más hermoso de Dios.

Rosalind estaba impresionada.

Glenn hizo unas fotografías y Katrinka observó, no sin ansiedad, el

infinito cortejo de hombres y mujeres vestidos de blanco que paseaban por la amplia franja de arena. Yo jamás había visto una playa tan enorme ni tan bella.

La acera mostraba el singular diseño que yo había visto en mis sueños, y, al observar más detenidamente, advertí que estaba formada por un vistoso mosaico.

Nuestro guía, Antonio, nos explicó que el diseño de mosaico de la larga avenida Atlántica, que corría junto a la playa, había sido hecho para que se lo contemplase desde el aire. Nos habló de los muchos lugares que podíamos visitar, de la tibieza del agua y de las festividades de Año Nuevo y Carnaval,

unos días especiales en los que debíamos regresar a Río.

El vehículo giró a la izquierda. Nuestro hotel, el Palacio Copacabana, se alzaba ante nosotros. Era un antiguo y espléndido edificio blanco de siete pisos. Su amplia terraza de la segunda planta estaba adornada con arcos romanos; los salones de convenciones y de baile debían de hallarse detrás de esos arcos. La austera fachada de yeso blanco poseía una dignidad típicamente británica.

El barroco, el tenue y último eco del barroco se hallaba allí, entre los modernos rascacielos de apartamentos

que lo rodeaban y que no podían tocarlo.

En el centro del camino circular de acceso había unos almendros de hojas anchas y relucientes, ninguno excesivamente alto, como si la naturaleza se hubiera mantenido a escala humana. Miré hacia atrás. Los árboles se extendían por el bulevar en ambos sentidos. Eran los mismos árboles espectaculares que crecían en las concurridas calles de la ciudad.

Resultaba imposible verlo todo. Me estremecí y estreché el violín contra mi pecho.

Me fijé en el cielo, en lo rápidamente que cambiaba, en la

presteza con que se deslizaban las nubes. Oh, Dios mío, jamás me había parecido tan inmenso y elevado.

«¿Te gusta este lugar, querida?».

Me puse rígida, lo que me hizo soltar una breve carcajada. Entonces noté que él me tocaba. Sentí sus nudillos sobre mi mejilla, y que me tiraba levemente del pelo. Aquello me dio rabia. ¡No toques mi largo cabello, mi velo, no me toques!

—No empieces a tener malos pensamientos —dijo Roz—. ¡Esto es una preciosidad!

Nos adentramos en el camino circular de acceso y giramos poco antes

de llegar a la puerta principal.

Salió a recibirnos la conserje, una mujer inglesa que se llamaba Felice, muy atractiva, educada y encantadora, como suelen serlo los ingleses, quienes parecen a salvo de esa obsesión moderna por la eficiencia que nos degrada a todos.

Me apeé de la furgoneta y retrocedí unos pasos para contemplar la fachada del hotel.

Observé la ventana que había sobre el arco principal de la planta donde estaban los salones de convenciones.

—¿Es ésa mi habitación?

—En efecto, señorita Becker —

respondió Felice—. Está situada en el centro del edificio. Es la suite presidencial, tal como usted lo solicitó. En la misma planta disponemos de suites para todos sus invitados. Acompañenme, deben de estar cansados. Aunque aquí es mediodía, para ustedes aún es de noche.

Rosalind se puso a dar saltitos de alegría. Katrinka se había fijado en las maravillosas esmeraldas que vendían en la joyería del vestíbulo.

Observé que el hotel tenía unas dependencias ocupadas por otras tiendas, entre ellas una pequeña librería llena de títulos en portugués. Se podía pagar con American Express.

Aparecieron unos botones que se llevaron nuestro equipaje.

—Hace un calor tremendo — comentó Glenn—. Vamos, Triana, entremos.

Me quedé inmóvil, como paralizada.
«¿Por qué no, cariño?».

Alcé la cabeza y miré la ventana; era la misma que había visto en mi sueño cuando había aparecido Stefan por primera vez, aquella a través de la cual sabía que contemplaría esa playa y esas olas, unas olas que ahora eran mansas, pero que quizá se soliviantaran y formaran una densa espuma. Ninguna otra cosa había sido exagerada en el

sueño.

Parecía la bahía más grande que yo jamás hubiera contemplado, más hermosa y enorme incluso que la de San Francisco.

Nos condujeron al interior del hotel. En el ascensor, cerré los ojos.

Lo sentí a mi lado, noté que me tocaba.

—¿Y bien? ¿Por qué precisamente aquí? —murmuré—. ¿Por qué es mejor este lugar que cualquier otro?

«Aliados, querida mía».

—Deja de hablar sola, Triana —dijo Martin—, todo el mundo pensará que estás chiflada.

—¿Y qué importa eso ahora? —
intervino Roz.

Nos dispersamos, perfectamente
atendidos y guiados; también nos
ofrecieron refrescos y palabras amables.

Entré en el salón de la suite
presidencial y me dirigí directamente
hacia la pequeña ventana cuadrada. La
conocía. Sabía que tenía una manilla.

La abrí.

—¿Aliados, Stefan? —pregunté
suavemente, como si murmurara unas
avemarías en señal de gratitud—.
¿Quiénes son, y por qué aquí? ¿Por qué
vi esto antes de que tú aparecieras por
primera vez?

No hubo respuesta salvo una brisa pura que se deslizaba sobre los muebles convencionales y la alfombra de tonos oscuros, y que inundaba la habitación desde más allá de la inmensa playa y las oscuras figuras que se movían perezosamente sobre la arena o en los rompientes tranquilos. En lo alto, el espectáculo de las nubes era magnífico.

—¿Conoces todo lo que yo soñé, Stefan?

«Es mi violín, amor mío. No quiero lastimarte, pero debo recuperarlo».

Los demás estaban atareados con las maletas o contemplaban el paisaje al otro lado de las ventanas; aparecieron

unos camareros que empujaban unos carritos con comida y bebidas.

Aquél era el aire más puro y fantástico que había aspirado en mi vida, pensé, y dirigí la mirada hacia un escarpado monte de granito que se alzaba desde el mismo mar azul. Contemplé un horizonte perfecto que rielaba.

Felice, la conserje, se acercó a la ventana y señaló las distantes colinas. Pronunció unos nombres. En la calle, los autobuses circulaban estrepitosamente entre nosotros y la playa, pero no importaba. Mucha gente lucía un atuendo blanco de manga corta, como si se

tratará del uniforme del país. Aprecié pieles humanas de todos los colores. Detrás de mí unas voces portuguesas entonaban una canción.

—¿Desea que lleve el violín a...?

—No, prefiero tenerlo conmigo — contesté.

Él soltó una carcajada.

—¿Ha oído eso? —pregunté a Felice.

—¿Que si he oído algo? Cuando se cierran las ventanas, en la habitación no se oye nada, puede estar segura.

—No, me refiero a una voz, sino a una carcajada.

Glenn me tocó el hombro y dijo:

—No pienses en esas cosas.

—Oh, lo siento —se disculpó alguien.

Al volverme, vi a una mujer de piel oscura, muy hermosa, de hermosos cabellos rizados y ojos verdes; aquella mezcla racial trascendía los límites de cualquier belleza imaginable. Era alta, llevaba los brazos desnudos y los labios pintados de rojo sangre. Sonreía y me miraba fijamente.

—¿Cómo dice?

—No debemos hablar de ello ahora —se apresuró a responder Felice.

—Ha salido en los periódicos —dijo la diosa de la cabellera rizada

mientras unía las manos como si me pidiera perdón—. Señorita Becker, esto es Río. La mayoría cree en los espíritus; la música que usted hace es muy apreciada y sus cintas se venden por millares en el país. Aquí las personas son profundamente espirituales y no pretenden hacerle ningún daño.

—¿Qué ha salido en los periódicos? —inquirió Martin—. ¿Que la señorita Becker se aloja en este hotel? ¿De qué está hablando?

—No, todos dimos por supuesto que se alojaría en este hotel —contestó la mujer alta y morena de los ojos verdes—. Me refiero a la trágica historia de

que usted ha regresado aquí en busca del alma de su hija. Señorita Becker... —
Tendió la mano y cogió la mía.

El contacto de su cálida piel me produjo un escalofrío. Al mirarla a los ojos sentí que me temblaban las rodillas.

Con todo, había algo terriblemente excitante en esa situación.

—Discúlpenos, señorita Becker, pero no hemos podido detener los rumores. Lamento el dolor que esto le causa. Abajo hay unos periodistas...

—Pues dígales que se vayan —terció Martín—. Triana tiene que descansar. El vuelo ha durado más de nueve horas, de modo que ha de dormir.

El concierto es mañana por la noche; apenas tiene tiempo...

Me volví y contemplé el mar. Sonreí, me volví de nuevo y cogí las manos de la mujer de tez oscura.

—Sois un pueblo espiritual —dije—. Católicos y africanos, y también indios, profundamente espirituales, según me han informado. ¿Cómo se llaman los ritos que practica la gente? No lo recuerdo.

—La macumba, el candomblé —respondió la mujer encogiéndose de hombros, agradecida de que yo la hubiera disculpado. Felice, la inglesa, se mantenía al margen de la

conversación y nos observaba con expresión de inquietud.

Es preciso reconocer — independientemente de la satisfacción que nos deparaba la estancia en todos los lugares que visitábamos— que siempre había una persona cerca de nosotros que se sentía inquieta.

En ese caso, era la conserje del hotel, quien temía que alguien me ofendiera, lo cual no era posible.

«¿Ah, no? ¿Crees que tu hija se encuentra aquí?».

—Dímelo tú —murmuré, bajando la vista—. Ella no es tu aliada, no intentes convencerme de eso.

Los otros se retiraron. Martin los acompañó hasta la puerta.

—¿Qué les digo a estos periodistas aguafiestas?

—La verdad —contesté—. Una vieja amiga me aseguró que Lily había renacido en este lugar. —Me volví de nuevo hacia la ventana y la grata brisa que soplaba sobre la bahía—. Dios, contempla ese mar. Si Lily debía renacer, cosa que no creo, ¿por qué no iba a ser en un lugar como éste? ¿Oyes sus voces? ¿Te he hablado alguna vez de unos niños brasileños que fueron vecinos nuestros durante los últimos años de la enfermedad de Lily y con los

que ella estaba muy encariñada?

—Sí, los conocí personalmente —le respondió Martin—, yo estaba allí. Era una familia de San Pablo. No quiero que te disgustes recordando esas cosas.

—Diles que hemos venido en busca de Lily, pero que no pretendemos hallarla en ningún ser humano; diles algo agradable, algo que haga que se llene el auditorio donde vamos a tocar. Anda, ve a hablar con ellos.

—Se han agotado las localidades —señaló Martin—. No quiero dejarte sola.

—No podré dormir hasta que oscurezca. Esto es demasiado maravilloso, demasiado perfecto. ¿Estás

cansado, Martin?

—No mucho. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Qué quieres hacer?

Reflexioné. Río.

—Quiero visitar la selva tropical —contesté—, subir a la cima del Corcovado, contemplar el cielo claro y diáfano. ¿Tenemos tiempo de hacer eso antes de que anochezca? Quiero ver al Cristo de ahí arriba, el de los brazos extendidos. ¡Ojalá pudiéramos divisarlo desde aquí!

Martin lo organizó todo por teléfono.

—Qué idea tan maravillosa el que Lily haya regresado para vivir una larga existencia en un lugar como éste —dije.

Cerré los ojos y pensé en ella, en mi hija luminosa, calva y risueña, acurrucada en mis brazos y con el cuello blanco de su vestido a cuadros levantado; debido a su adorable gordura causada por los esteroides, la llamábamos «gordita».

Oí la risa de Lily tan nítidamente como si ella estuviera sentada sobre Lev mientras él permanecía tendido sobre la fría hierba del vergel de rosas de Oakland.

Katrinka y Martin nos habían llevado allí aquel día. Teníamos una fotografía de ella, quizá con Lev, en que éste aparecía tumbado boca arriba y Lily estaba sentada sobre su pecho, con su

carita mofletuda levantada hacia el cielo, sonriendo alegremente. Katrinka había tomado unas fotografías preciosas.

Oh, Dios mío, basta.

Se oyeron risas.

«No lo resistes, tesoro, te duele demasiado y piensas que ella tal vez te odie, que cree que dejaste que muriera, y puede que tu madre también, y has venido aquí, a la tierra de los espíritus».

—¿Sacas tus fuerzas de este lugar? Eres un imbécil. El violín es mío; prefiero quemarlo antes que dejar que te apoderes de él.

Martin pronunció mi nombre. Sin duda estaba detrás de mí, observándome

mientras yo hablaba sola; quizás el viento ahogó mis palabras.

El coche estaba preparado. Antonio nos llevaría en él hasta la parada del tranvía. Nos acompañarían dos guardaespaldas, dos policías de paisano contratados para velar por nuestra seguridad. El tranvía nos llevaría a través de la selva tropical, y tendríamos que subir a pie los últimos escalones hasta llegar a los pies de la estatua de Cristo, que se alzaba en la cima del monte.

—¿Estás segura de que no te sientes demasiado cansada para ir allí? —preguntó Martin.

—Estoy impaciente por ir. Me encanta este aire, este mar, todo cuanto me rodea...

Sí, dijo Antonio, había tiempo suficiente para coger el tranvía, faltaban unas cinco horas para que oscureciera.

Sin embargo, se estaba nublando; no era un día ideal para subir al Corcovado.

—Hoy es mi día de asueto —contesté—. Vámonos. Permita que me siente a su lado —le dije a Antonio—. Quiero verlo todo.

Martin y los dos guardaespaldas ocuparon el asiento trasero.

Tan pronto como el coche se puso en

marcha me fijé en los periodistas que, cargados con cámaras, aguardaban ante la puerta del hotel; un pequeño grupo discutía acaloradamente con Felice, la conserje inglesa, quien no hizo ninguna indicación de que estuviéramos a pocos pasos de ellos.

Yo no sabía gran cosa sobre el tranvía, excepto que era antiguo, como los viejos trolebuses de madera de Nueva Orleans, y que subiría por la montaña como los viejos funiculares de San Francisco. Creo que había oído decir que, en ocasiones, era peligroso subir a él. Aun así, nada de eso importaba.

Al bajarnos de la furgoneta, echamos a correr para coger el tranvía en el preciso instante en que éste se disponía a abandonar la parada. Había muy pocos pasajeros, y en su mayoría parecían europeos. Oí hablar en francés, en español y en esa lengua melodiosa y angelical que es el portugués.

—Dios mío, vamos a adentrarnos en la selva tropical —dije.

—Sí —repuso Antonio, nuestro guía—. Se extiende hasta la cima del monte; es una selva preciosa, aunque no es la selva original...

—Hábleme de ello —le pedí.

Asombrada, tendí la mano para tocar

la tierra desnuda, pues pasábamos muy cerca de la superficie del monte, tocar los helechos que crecían en las grietas, contemplar los árboles cuyas ramas se inclinaban sobre el tranvía.

Los otros pasajeros charlaban y sonreían.

—Antiguamente era una plantación de café —comenzó a explicar Antonio—, pero un día llegó a Brasil un hombre muy rico, y decidió que era preciso restaurar la selva tropical, de modo que mandó que volvieran a plantar árboles y plantas. Ésta es una selva nueva, sólo tiene cincuenta años, pero es la selva tropical de Río, es nuestra, y ese hombre

consiguió resucitarla para nosotros.

Tenía un aspecto tan salvaje y natural como todos los paraísos tropicales que yo había visto. El corazón me latía aceleradamente.

—¿Estás aquí, hijo de puta? —murmuré, dirigiéndome a Stefan.

—¿Qué has dicho? —preguntó Martin.

—Hablabas conmigo misma, rezaba el rosario; decía mis avemarías para que me trajeran buena suerte, los misterios gloriosos: «Jesús resucita de entre los muertos».

—¡Tú y tus avemarías!

—¿A qué te refieres? ¡Fíjate, la

tierra es roja, todo lo que nos rodea es rojo!

Seguimos ascendiendo, doblando lentamente una curva tras otra a través de profundas hendiduras de la ladera del monte y emergiendo en pie de igualdad con los suaves, densos y plácidos árboles.

—Veo que se está formando niebla —comentó Antonio a modo de disculpa, sonriendo con tristeza.

—Da lo mismo —señalé—. Es un paisaje soberbio, digno de ser admirado en distintas circunstancias, ¿no cree? Cuando hago esto, ascender por la montaña hacia el cielo y hacia Cristo, no

pienso en otras cosas.

—Me alegro —intervino Martin.

Había encendido un cigarrillo. Katrinka no estaba allí para ordenarle que lo apagara. Antonio no fumaba, pero no le importó, y pareció sorprendido cuando Martin le preguntó si estaba permitido fumar en el tranvía.

El vehículo se detuvo para recoger a una mujer cargada con varios bultos. Tenía la piel oscura y llevaba unos zapatos viejos y deformados.

—O sea, que esto funciona como un trolebús de línea...

—Pues sí —respondió Antonio—. Algunas personas trabajan allí arriba, y

otras van y vienen, como esa mujer, que vive en una barriada pobre...

—Las favelas —dijo Martin—. He oído hablar de ellas, no queremos ir allí.

—No tenemos por qué hacerlo.

De nuevo se oyeron risas. Evidentemente, ningún otro pasajero las había oído.

—De modo que ya no tienes fuerzas, ¿eh? —murmuré. Bajé la ventanilla y me asomé, haciendo caso omiso de las advertencias de Martin. Vi las ramas cubiertas de hojas que pasaban rozando, percibí el olor de la tierra—. No puedes hacerte visible ni conseguir que otros te oigan —añadí como si le hablara al

viento.

«Reservo lo mejor de mí mismo para ti, amor mío, que osaste penetrar en los claustros de mi mente, mientras yo tocaba para ti, cantando tus vísperas al son de unas campanas que sonaban en mi interior, aunque no las oía. Para ti soy capaz de realizar más milagros».

—Embustero, farsante —susurré—. ¿Te codeas con inmundos fantasmas?

El tranvía volvió a pararse.

—¿Qué es ese hermoso edificio que se ve a la derecha? —pregunté.

—Ah, sí —respondió Antonio con una sonrisa—, lo veremos cuando bajemos. Bien pensado, déjeme que

llame. —Sacó un pequeño teléfono móvil del bolsillo—. Si lo desea, puedo pedirles que pasen a recogernos por allí con la furgoneta. Es un antiguo hotel abandonado.

—Oh, sí —contesté—, me encantaría verlo.

Me volví, pero habíamos doblado un recodo. El tranvía prosiguió su ascenso hacia la cima.

Por fin llegamos al final del trayecto, donde un grupo de turistas aguardaba para regresar. Nos apeamos sobre una plataforma de cemento.

—Bien —dijo Antonio—, ahora subiremos por los escalones que

conducen hasta la estatua de Cristo.

—¡Menuda ascensión! —soltó Martin.

Los guardaespaldas caminaban detrás de nosotros, haciendo que sus chalecos color caqui se movieran de forma que todos pudiéramos ver la funda de la pistola que llevaban colgada del hombro.

Uno de ellos me dedicó una sonrisa tierna y respetuosa.

—No es tan agotadora como parece —nos tranquilizó Antonio—. Son muchos escalones, pero están repartidos en varios... ¿cómo se dice...?, tramos, y pueden pararse a descansar y tomar un

refresco. ¿Desea llevar usted el violín?
¿No quiere que...?

—Jamás lo suelta —terció Martin.

—Quiero subir hasta la cima —dije
—. En cierta ocasión, cuando niña, vi
esto en una película, a Cristo con los
brazos extendidos, como clavado en la
cruz.

Eché a andar hacia los escalones,
adelantándome a los otros.

Era una escena preciosa: los grupos
de turistas que paseaban lenta y
perezosamente, los pequeños comercios
que vendían baratijas y latas de
refrescos, las personas sentadas con
placidez ante las mesas metálicas de los

chiringuitos; todo tenía un aspecto dulce en aquella atmósfera maravillosamente cálida, y la niebla ascendía por la ladera formando unas nubecitas blancas.

—Son nubes —explicó Antonio—. Estamos entre las nubes.

—¡Magnífico! —exclamé—. Qué bonita balaustrada, qué trabajo primoroso. Es italiana, ¿no? Mira, Martin, aquí todo está mezclado, lo viejo y lo nuevo, lo europeo y lo extranjero.

—Sí, esta balaustrada es muy antigua, y también los escalones, que, como puede comprobar, no son muy empinados.

Fuimos dejando atrás un descansillo tras otro.

Avanzábamos envueltos en una blancura densa y perfecta. Apenas si veíamos algo más que nuestros pies sobre el suelo.

—Esto no es Río —dijo Antonio—. No, no, deben regresar aquí cuando haga sol; así no pueden ver nada.

—¿Puede indicarnos dónde está la estatua del Cristo? —le pedí.

—Nos encontramos a los pies de ella, señorita Becker. Retroceda un poco y alce la vista.

—Es como estar en el paraíso... —comenté.

«Más bien en el infierno».

—Con esta bruma yo no veo nada — dijo Martin, pero sonrió con afabilidad —. Tienes razón, éste es un país fantástico, un lugar increíble.

A continuación indicó un punto entre las nubes, a través de las cuales pudimos contemplar la metrópoli, más grande que Manhattan o Roma, que se extendía debajo. Las nubes se cerraron.

Antonio señaló hacia arriba.

De pronto se produjo un milagro habitual, pequeño y portentoso.

El gigantesco Cristo de granito surgió entre la bruma blanca, a pocos metros de nosotros, por encima de

nuestras cabezas. Extendía los rígidos brazos, pero no para estrecharnos en ellos, sino para ser crucificado. Al cabo de unos instantes, la figura se desvaneció.

—Ah, qué lástima, pero sigan mirando —dijo Antonio mientras señalaba de nuevo hacia arriba.

Una blancura muy pura cubría el mundo, y de repente apareció nuevamente la figura, en una atmósfera visiblemente más enrarecida. No pude evitar echarme a llorar.

—Cristo, ¿está Lily aquí? ¡Dímelo! —musité.

—Triana... —susurró Martin.

—Cualquiera puede rezar. Además, no quiero que ella esté aquí. — Retrocedí unos pasos para contemplar mejor a Cristo, a Dios, en el preciso instante en que las nubes se abrieron para cerrarse de inmediato.

—Pese a estar nublado, se ve mejor de lo que suponía —observó Antonio.

—Es divino —dije.

«¿Crees que esto te ayudará, como lo de sacar el rosario de debajo de la almohada la noche en que te dejé?».

—¿Quedan aún claustros por descubrir en tu mente? —inquirí sin apenas mover los labios—. ¿No has aprendido nada de nuestro lúgubre viaje,

o estás completamente fuera de la naturaleza, como los desdichados espíritus errantes que te seguían por doquier? No querías que yo viera tu Río, ¿verdad?, sino sólo mis recuerdos, de los que te alimentas. ¿Tienes celos de la fascinación que siento por esta ciudad? ¿Por qué te reprimes? Estás perdiendo fuerzas, y el odio te consume...

«Espero el momento oportuno para humillarte».

—Debí suponerlo —murmuré.

—Preferiría que no rezaras las avemarías en voz alta —intervino Martin con tono de chanza—. Me recuerda a mi tía Lucy, que tenía la

manía de hacernos escuchar el rosario por la radio cada tarde a las seis, durante quince minutos, arrodillados en el suelo de madera.

Antonio soltó una carcajada.

—Esto es muy católico —dijo, tocándonos en el hombro a Martin y a mí—. Amigos míos, va a llover. Si desean ver el hotel, debemos coger el tranvía cuanto antes.

Aguardamos a que las nubes se separaran por última vez. Al cabo de un instante, apareció el gigantesco Cristo de semblante severo.

—Señor, si Lily está en paz —musité—, no te pido que me lo digas.

—Tú no crees en esas patrañas —
dijo Martin.

Antonio parecía azorado. Era evidente que no sabía nada de los sermones que mis parientes más cercanos me soltaban a diario.

—Creo que, esté donde esté, Lily ya no me necesita; y lo mismo ocurre con todas las personas que están muertas y enterradas.

Martin no me escuchaba.

Una vez más apareció ante nosotros el Cristo, con los brazos rígidos, como si estuviera clavado en el crucifijo que pende del rosario.

Corrimos hacia el tranvía.

Nuestros guardaespaldas estaban apoyados en la balaustrada. Al vernos, arrojaron sus latas de cerveza a una papelera y nos siguieron.

Cuando alcanzamos el tranvía, la bruma se había tornado húmeda y pegajosa.

—¿Es la primera parada? — pregunté yo.

—Sí —respondió Antonio—. He pedido que nos envíen el coche. La subida es muy empinada, pero el descenso es más suave. Podemos bajar despacio, y si llueve no importa; quiero decir, lamento que el cielo esté encapotado...

—A mí me encanta.

¿Quién utilizaba esa primera parada de tranvía, la que había junto al hotel abandonado?

En aquel lugar se extendía un aparcamiento. Algunos subían en coche, sin duda, en vehículos pequeños y potentes, y cogían el tranvía hasta la cima. Sin embargo, no había ningún otro sitio que ofreciera la protección de un techo.

El gran hotel color ocre era una construcción sólida, pero estaba totalmente abandonado.

Lo miré fascinada. Las nubes no descendían hasta allí, y admiré el

panorama de la ciudad y del mar que en una ocasión había divisado desde aquellas ventanas con postigos.

—Ah, qué lugar tan...

—Sí —dijo Antonio—, hubo proyectos, muchos y quizá... Fíjense, miren al otro lado de la verja.

Ví un sendero y un patio, alcé la vista y contemplé los postigos de un tono ocre muy desteñido que cubrían las ventanas, la techumbre de tejas. Y pensar que yo podía... en realidad podía... si lo deseaba...

En mi interior nació un impulso extraño, que no había sentido en ninguna de las ciudades que habíamos visitado:

el de comprarme un maravilloso refugio en ese lugar, para alejarme de Nueva Orleans de vez en cuando y respirar el aire del bosque. En ese momento me pareció que Río era el lugar más hermoso de la tierra.

—Vamos —dijo Antonio.

Pasamos por delante del hotel. Un grueso murete de cemento nos separaba del barranco que se abría a nuestros pies. No obstante, vimos la gran profundidad del edificio y su magnífica ubicación en el valle. Al contemplar aquella belleza sentí que se me partía el corazón. Más abajo, los plátanos descendían en línea recta por la ladera

como si siguieran la senda de un riachuelo o un manantial. Alrededor de nosotros crecía una vegetación exuberante, y los árboles se mecían por encima de nuestras cabezas. Al otro lado de la carretera, detrás de nosotros se extendía un bosque escarpado, sombrío y frondoso.

—Esto es paradisíaco.

Me detuve y transmití mi ruego en silencio. Sólo fueron unos instantes. No tuve que pedirlo en voz alta; fue una cuestión de gestos. Los caballeros se retiraron discretamente a fumar y a charlar. No oí lo que decían. El viento no soplabá como en la cima del monte.

Las nubes se deslizaban hacia abajo, aunque lentamente y menos compactas.

Todo estaba en paz, en silencio, y a lo lejos se divisaban los millares de viviendas, edificios, rascacielos, calles y la deliciosa y plácida belleza del infinito mar azul.

Lily no estaba en ese lugar. Había desaparecido, como el espíritu del Maestro, como los de la mayoría de los espíritus, el de Karl, el de mi madre. Lily tenía mejores cosas que hacer que presentarse ante mí, ya fuera para consolarme o para atormentarme.

«No estés tan segura».

—Ojo con tus trucos —murmuré—.

He aprendido a jugar gracias al dolor que me han causado. Puedo hacerlo de nuevo —añadí—. Deberías saber que no me dejo engañar fácilmente.

«Lo que vas a contemplar hará que se te hiele la sangre en las venas. Dejarás caer el violín, me suplicarás que lo coja, ¡lo soltarás de inmediato! Retrocederás ante todo lo que has admirado hasta ahora. No eres digna de ello».

—No lo creo —repliqué—. Recuerda lo bien que los conocía, lo mucho que los amaba, cuánto me gustaba sentarme a la cabecera de su lecho y ocuparme hasta del detalle más ínfimo.

Recuerdo perfectamente el rostro y la forma de todos ellos. No trates de imitar eso. Será una guerra entre ambos para ver cuál de los dos es más inteligente.

Dejó escapar un suspiro. Advertí que empezaba a perder fuerzas, a desvanecerse; noté en él un ansia que me puso la carne de gallina. Creo que lo oí llorar.

—Stefan —musité—, trata de no aferrarte a mí o a esto...

«Yo te maldigo. Maldita seas».

—¿Por qué me elegiste a mí, Stefan? ¿Los otros también amaban la muerte, o sólo la música?

Martin me tocó el brazo y señaló

hacia abajo. Desde el camino, Antonio nos hizo señas de que nos aproximáramos.

Era un largo descenso. Los guardaespaldas montaban guardia.

La bruma era muy húmeda, pero el cielo estaba despejado. Quizás ocurra precisamente eso: la bruma se convierte en lluvia y adquiere un aspecto transparente.

Ante nosotros surgió un pequeño claro; más allá divisé lo que parecía una vieja fuente de hormigón, y, dispuestas en círculo, bolsas de plástico abandonadas, de supermercado o de unos grandes almacenes. Eran de un azul

intenso; jamás las había visto de ese color.

—Son sus ofrendas —explicó Antonio.

—¿A quiénes se refiere?

—A los que practican la macumba, el candomblé. Fíjese, cada bolsa contiene una ofrenda a un dios. Una contiene arroz, o tal vez maíz, y están dispuestas en círculo. ¿Lo ve? Hay restos de velas.

Yo estaba entusiasmada con aquel hallazgo. Sin embargo, no experimenté la sensación que produce el hallarse ante algo sobrenatural, sino tan sólo asombro ante el ser humano, ante la fe,

ante el bosque que había creado aquella pequeña capilla dedicada a la extraña religión brasileña, tan mezclada con los santos católicos, cuyos variados ritos nadie era capaz de descifrar.

Martin formuló algunas preguntas. ¿Cuánto hacía que se habían reunido en ese lugar? ¿Qué habían hecho?

Antonio trató de hallar las palabras adecuadas... Un ritual de purificación.

—¿Eso te salvaría? —musité. Hablaba con Stefan, por supuesto.

Sin embargo, no respondió.

Alrededor de nosotros se extendía el bosque, resplandeciente bajo la lluvia que había empezado a caer. Protegí el

violín con los brazos para evitar que la humedad lo alcanzara y contemplé el viejo círculo compuesto por las extrañas bolsas azules de plástico y los cabos de velas. ¿Por qué no habían de utilizar bolsas azules? ¿Acaso en la antigua Roma las lámparas del templo eran distintas de las que ardían en las viviendas? Aquellas bolsas azules contenían arroz, maíz... para los espíritus. El círculo ritual. Las velas.

—Uno se coloca... ya saben, en el centro, para ser... —Antonio buscó la palabra en inglés— purificado.

Ni oí el menor sonido procedente de Stefan, ni un murmullo siquiera. Alcé la

vista. A través del dosel del bosque la lluvia caía silenciosamente sobre mi rostro.

—Debemos irnos —dijo Martin—. Tienes que dormir, Triana. Además, nuestros anfitriones pasarán a recogerte temprano. Al parecer se sienten extraordinariamente orgullosos de su teatro Municipal.

—Es un teatro magnífico —nos aclaró Antonio—. Acuden muchas personas para verlo. Después del concierto las calles estarán llenas de gente.

—Sí, sí, quiero ir temprano —dije—. Han empleado gran cantidad de

mármol en su construcción, ¿verdad?

—Ah, de modo que ya lo conoce —respondió Antonio—. Es un teatro espléndido.

Regresamos en coche bajo la lluvia.

Antonio nos confesó entre risas que durante los años que llevaba haciendo de guía nunca había contemplado la selva tropical bajo la lluvia, y que le había parecido un espectáculo impresionante. Me sentía fascinada por la belleza del lugar y ya no tenía miedo. Imaginé lo que Stefan se proponía hacer. De repente cobró forma una idea que más bien tenía visos de plan.

Se me había ocurrido en Viena,

cuando había tocado para la gente del hotel Imperial.

No logré conciliar el sueño.

La lluvia caía sobre el mar.

La atmósfera plomiza dio paso a la oscuridad. Luces brillantes definían las amplias divisiones de la avenida Copacabana, o avenida Atlántica.

En un dormitorio color pastel dotado de aire acondicionado, me quedé dormitando mientras observaba la noche gris eléctrico sellar las ventanas.

Permanecí acostada durante horas, contemplando con los párpados entornados lo que parecía ser el mundo real compuesto por el tictac del reloj, en

el dormitorio de la suite presidencial.

Rodeé el violín con los brazos y me acurruqué junto a él, abrazándolo como mi madre me abrazaba a mí, o como yo abrazaba a Lily, o como Lev y yo, o Karl y yo, nos habíamos abrazado.

En cierta ocasión, presa del pánico, a punto estuve de tender la mano hacia el teléfono para llamar a mi marido, Lev, a mi marido legalmente casado con otra, a quien yo había renunciado estúpidamente. No, eso sólo le causará dolor, y no sólo a él, sino también a Chelsea.

Debía pensar en sus tres hijos. Además, ¿qué me inducía a creer que

Lev regresaría a mi lado? No podía abandonar a su mujer y a sus hijos. No debía hacerlo, y yo no debía pensar en eso, y menos desearlo.

Karl, hazme compañía. Karl, el libro está en buenas manos. Karl, la obra está terminada. Atraje hacia mí a la figura depauperada y confusa que aparecía inclinada sobre el escritorio.

—Acuéstate, Karl, todos los papeles están en orden.

De pronto oí unos golpes en la puerta.

Desperté.

Debí de quedarme dormida.

A través de las ventanas contemplé

el cielo negro y despejado.

En el salón o en el comedor de la suite se había abierto una ventana. La oí batir contra los postigos. Era la del salón, la que estaba situada en el centro mismo del hotel.

Con los pies embutidos en unos calcetines y sosteniendo el violín en los brazos, crucé el dormitorio a oscuras en dirección al salón, al tiempo que sentía la impetuosa ráfaga del viento purificador. Me asomé a la ventana.

El cielo estaba tachonado de estrellas. La arena aparecía dorada bajo la luz de las farolas del bulevar.

Las olas rompían contra la

interminable playa.

El mar se deslizaba en una serie de olas que se superponían, y, bajo las luces, el rizo de cada una de ellas era, por un instante, casi verde; después el agua se volvía negra y ante mí se alzaba la gigantesca danza de las figuras formadas por la espuma.

Ocurría a lo largo de toda la playa, con cada ola que rompía sobre la arena.

Lo vi una, dos veces, a la derecha y a la izquierda. Observé un coro tras otro. Las olas transportaban a esas figuras que se elevaban con los brazos tendidos hacia la orilla, hacia las estrellas o hacia mí, no lo sabía.

A veces la extensión de la ola era tan larga y la espuma tan espesa que se fragmentaba en ocho o nueve formas esbeltas y gráciles, provistas de cabezas y brazos, que doblaban la cintura como si hicieran una reverencia antes de retirarse para dejar paso al siguiente grupo de figuras.

—No sois las almas de los condenados ni de quienes se han salvado —dije—. Sois tan sólo hermosas, tanto como cuando os vi en mi sueño profético, como la selva tropical sobre el monte o como las nubes que se deslizan sobre la faz de Dios.

»No estás aquí, Lily, cariño; ya no

estás ligada a ningún lugar, ni siquiera a uno tan hermoso como éste. Si estuvieras aquí, yo lo presentiría, ¿verdad?

De pronto me asaltó de nuevo aquella idea, aquel plan a medias elaborado, aquella especie de plegaria destinada a ahuyentarlo definitivamente.

Cogí una silla y me senté junto a la ventana. El viento me agitó el cabello.

Las sucesivas olas generaban cada vez más bailarines, todos distintos entre sí; cada grupo de ninfas era diferente de los otros, al igual que mis conciertos.

Si existía un esquema en todo aquello, sólo los genios del caos serían

capaces de descifrarlo. De vez en cuando aparecía un bailarín con unas piernas tan largas que daba la impresión de disponerse a dar un salto hacia la libertad.

Contemplé la escena hasta el alba.

Para tocar no necesito dormir. En todo caso, sé que estoy loca. El hecho de enloquecer aún más sólo me servirá de ayuda.

Al amanecer, el tráfico se hizo más denso y rápido, la calle se llenó de transeúntes, las tiendas abrieron sus puertas y los autobuses comenzaron a circular ininterrumpidamente. Los bañistas nadaban entre las olas.

Permanecí junto a la ventana, con la bolsa que contenía el violín colgada del hombro.

De pronto percibí un sonido.

Me volví, sobresaltada. Se trataba del botones, que había entrado en la habitación con un ramo de rosas.

—He llamado varias veces a la puerta, señora.

—No importa, debe de ser el viento.

—Abajo hay unos jóvenes para quienes usted significa mucho. Han venido desde muy lejos. Perdóneme, señora.

—No, quiero hacerlo. Dame el ramo, los saludaré desde aquí arriba.

Cuando me vean con las rosas me reconocerán, y yo a ellos. —Me puse de pie y me acerqué a la ventana.

El sol brillaba sobre el agua; no tardé en localizarlos; eran tres mujeres jóvenes y esbeltas y dos hombres, que escudriñaban la fachada del hotel protegiéndose del resplandor del sol con la mano sobre los ojos; de pronto una de las muchachas me vio, a mí, a la mujer del flequillo y el pelo castaño que sostenía un ramo de rosas rojas.

Levanté la mano para saludarlos. Agité la mano varias veces mientras ellos saltaban de alegría.

—Hay una canción portuguesa, una

canción clásica —dijo el botones. Estaba inclinado sobre el pequeño frigorífico que había junto a la ventana, comprobando la temperatura y el contenido.

Los jóvenes no dejaban de dar brincos y de lanzarme besos.

Sí, besos.

Se los devolví.

Luego me retiré, sin dejar de lanzarles besos, hasta que el momento alcanzó su apoteosis y cerré la ventana. Me volví, con la bolsa del violín colgada a la espalda, lo que hacía que pareciese una joroba y el ramo de rosas en los brazos. Noté que el corazón me

latía aceleradamente.

—Esa canción era muy famosa en América, según creo recordar —dijo el botones—. Se llama *Rosas, rosas, rosas*.

Contemplé el pasillo con el suelo de mosaico, los gruesos pergaminos dorados, el mármol de color pardo.

—Qué belleza, Dios mío —comentó Roz—. Jamás había visto un lugar semejante. Qué cantidad de mármol. Fíjate, Triana; mármol rojo, verde, blanco...

Sonreí. Conocía el lugar. Lo había visto antes.

—¿Y esto se hallaba en los claustros de tu memoria? —murmuré a mi

fantasma secreto—. ¿Y no querías que lo viera? ¿Y por esto apareciste apresuradamente junto a mi cama?

A los otros debía de sonarles como un zumbido. Él no respondió. Despertó en mí una terrible compasión. ¡Oh, Stefan!

Nos encontrábamos al pie de las escaleras, a cuyos lados había figuras de bronce. La barandilla era de un mármol tan verde y límpido como el mar a la luz del atardecer; las balaustradas eran cuadradas y gruesas, y la escalinata se dividía al llegar al primer rellano, como en todos los teatros de ópera. Mientras subíamos por la escalera, observé detrás

de nosotros tres puertas de cristal emplomado coronadas por unos montantes divididos por radios.

—¿Entrarán por esta puerta?

—Sí —respondió la más delgada de las dos, Mariana—. Hemos vendido todas las localidades. Hay mucha gente esperándola, por eso la he hecho entrar por la puerta lateral. Le tenemos reservada una sorpresa muy especial.

—¿Qué puede ser más hermoso que esto? —pregunté.

Subimos por la escalera todos juntos. Katrinka parecía muy apesadumbrada. Noté que cruzó una mirada con Roz.

—¡Ojalá estuviera Faye aquí! — exclamó.

—No digas eso —le reprochó Roz —, sólo conseguirás que Triana se acuerde de Lily.

—Señoras —dije—, podéis estar bien tranquilas, no pasa una hora del día en que no piense en Faye y en Lily.

Katrinka se sintió de repente tan desconcertada que Martin, su marido, gran defensor de la autodisciplina, le rodeó los hombros con un brazo para obligarla a sobreponerse, o quizá para que se sintiese avergonzada, aunque fingía hacerlo con la intención de consolarla.

Al doblar hacia la izquierda, vi el anfiteatro y tres magníficas vidrieras.

La dulce voz de Mariana fue desgranando los nombres de las figuras, al igual que había hecho en el sueño. Lucrece, su encantadora compañera, sonreía mientras comentaba que cada una de ellas poseía un significado muy concreto en el ámbito de la música, la poesía o el teatro.

—Y allí abajo, en la estancia del fondo, hay unos espléndidos murales — dije.

—Así es, y en la que está en el otro extremo hay también cosas muy interesantes, ya verá...

Me detuve. El sol entraba a raudales por los dibujos pintados en el cristal, a través de las rollizas bellezas semidesnudas que alzaban sus símbolos y estaban rodeadas de guirnaldas y cortinajes.

Levanté la vista y observé las pinturas del techo. Creí que mi alma moriría dentro de mí silenciosamente y que nada importaba en ese momento salvo lo que destacaba en el sueño, no el momento en que lo había tenido ni por qué, sino tan sólo que ése era el lugar, que alguien lo había creado de la nada y que se ofrecía ante nosotros en todo su esplendor.

—¿Le gusta? —preguntó Antonio.

—No tengo palabras para expresar lo que siento —contesté con un suspiro—. Mirad ahí arriba, las placas redondas sobre los muros, los rostros de bronce; ése es Beethoven.

—En efecto —dijo Lucrece amablemente—. Todos los grandes compositores de ópera están aquí, Verdi, Mozart, y ahí está él... el dramaturgo...

—Goethe.

—No queremos que se fatigue, señorita Becker. Mañana le enseñaremos más cosas. Ahora nos gustaría que viese la sorpresa que le

hemos preparado.

Todos se echaron a reír. Katrinka se enjugó el rostro y miró a Martin con cara de pocos amigos.

Glenn le dijo en voz baja a Martin que la dejara en paz.

—Me paso las noches en vela —murmuró—, pensando en Faye. Deja que llore.

—Disimula —replicó Martin.

Tomé de la mano a Katrinka, que se aferraba a mí.

—¿Una sorpresa? —pregunté mirando a Mariana y a Lucrece—. ¿De qué se trata, queridas?

Bajamos todos juntos por la

espléndida escalinata, contemplando las magníficas vidrieras, el mármol reluciente, las infinitas líneas de oro que se fundían con el resto en una bóveda de armonía espléndida, una obra creada por el hombre que rivalizaba con el mar sobre el que saltaban y danzaban unos espíritus, o con el bosque bajo la lluvia, donde los plátanos descendían por la empinada ladera hacia el umbroso claro.

—Sígueme por aquí —indicó Lucrece—. Tenemos una sorpresa muy curiosa para ustedes.

—Creo que sé de qué se trata —terció Antonio.

—No es eso.

—¿Qué es? —pregunté.

—El restaurante más fantástico del mundo está debajo de este teatro.

Asentí con una sonrisa.

Era el Palacio Persa.

Para entrar en él antes tuvimos que salir de allí, y de pronto nos encontramos rodeados de baldosines vidriados de color azul, columnas con efigies de toros, cuyos cascos se unían en la parte superior y Darío en la fuente matando el león. Las estanterías estaban repletas de maravillosas copas de cristal, como las alacenas del palacio quemado de Stefan.

—Dejadme llorar en paz —dijo Roz

—. Ahora me toca a mí. ¿Os habéis fijado en esa lámpara persa? ¡Dios mío, quiero quedarme a vivir aquí para siempre!

—Sí, en el bosque —musité—, en el viejo hotel en ruinas que está cerca de la parada del tranvía, a los pies del Cristo.

—Dejadla llorar —dijo Martin, irritado, mirando a su mujer.

Sin embargo, Katrinka parecía más animada.

—¡Esto es magnífico! —exclamó.

—Fue un palacio construido para Darío.

—A pesar de todo este esplendor —comentó Glenn suavemente—, los

comensales siguen comiendo tan tranquilos. Fijaos en las mesas, la gente toma café y pastel.

—Nosotros también tomaremos café y pastel.

—Permitan que primero les mostremos la sorpresa que le hemos reservado. Pasen por aquí —indicó Lucrece.

La seguimos.

Cuando pasamos por delante de la vieja barra de madera tallada y empezamos a andar por el pasillo comprendí que aquello era lo que había visto en mi sueño. Oí el sonido de las enormes máquinas.

—Se encargan de distribuir la refrigeración y la calefacción a través del edificio —dijo Lucrece—. Son muy antiguas.

—Dios mío, qué mal huele aquí —observó Katrinka.

Después no oí nada más. Vi las baldosas blancas; pasamos ante las taquillas metálicas y junto a las grandes máquinas de gigantescos y anticuados tornillos, como las de los barcos antiguos; seguimos avanzando, y la charla era suave y amena alrededor de nosotros.

Reparé en la puerta.

—Es nuestro secreto —dijo Mariana

—. ¡Un túnel subterráneo!

Reí de gozo.

—¿De veras? ¿Adónde conduce?

Me acerqué a la puerta. Me dolía el alma. Allí dentro, más allá de aquellos barrotes de hierro oxidado contra los que apoyé la mano derecha, ensuciándomela, todo estaba oscuro.

Sobre el suelo de cemento relucía un charco de agua.

—Como puede comprobar, al palacio, que está al otro lado de la calle. Hace años, cuando se construyó el teatro, la gente podía ir y venir por el túnel secreto.

Apoyé la frente contra los barrotes.

—Esto me encanta, no quiero volver a casa —dijo Roz—. Nadie me obligará a regresar, Triana; quiero utilizar el dinero para quedarme aquí.

Glenn sonrió y sacudió la cabeza.

—Puedes disponer de él cuando quieras, Roz. —A continuación, escudriñando la oscuridad, pregunté—: ¿Qué veis ahí?

—¡No lo sé! —contestó Katrinka.

—Bueno, está muy húmedo, y se oye algo que gotea... —señaló Lucrece.

¿De modo que ninguno de ellos había visto al hombre que yacía en el suelo con los ojos abiertos y las muñecas ensangrentadas ni el fantasma

alto, de pelo negro, que estaba apoyado contra el muro, con los brazos cruzados, observándome fijamente?

¿Nadie lo había visto excepto la loca de Triana Becker?

«Adelante, continúa. Sube al escenario esta noche. Toca ese violín que me pertenece. Exhibe tus malévolas artes de brujería».

El moribundo se arrodilló, confuso, mientras la sangre se derramaba sobre las baldosas. Se puso de pie para reunirse con su compañero, el fantasma que le había hecho perder la razón, que le había arrebatado su música poco antes de que se presentara ante mí, con

su alma llena de vívidos recuerdos, sutil como un pañuelo de papel.

No. Aquello dejaba traslucir su pánico.

Los otros seguían charlando. Había tiempo para tomar café y pasteles y descansar.

La sangre seguía manando de las muñecas del hombre muerto. Chorreaba por sus pantalones mientras él se acercaba a nosotros con paso vacilante.

Sólo yo lo vi.

Miré más allá de aquel cadáver que avanzaba dando traspiés. Vi la angustia reflejada en el rostro de Stefan, tan joven, perdido y desesperado, tan

temeroso de sufrir una nueva derrota.

19

Me sumí en un profundo mutismo, como solía hacer poco antes de un concierto. Nadie se asombró ni protestó. Todo era amabilidad y lujo —camerinos antiguos, baños con decorativos azulejos *art déco*, murales y nombres dignos de resaltarse—, y las personas que me rodeaban se esforzaron, con tacto y educación, por defender mi intimidad.

Una curiosa placidez se apoderó de mí. Me senté con mi violín en aquel gigantesco e increíble palacio de

mármol; y esperé. Oí que el gran teatro empezaba a llenarse. Se percibía un suave tronar sobre las escaleras y un creciente murmullo de voces.

Sentí los acelerados latidos de mi vanidoso e impaciente corazón... impaciente por tocar.

¿Y qué harás aquí? ¿Qué puedes hacer?, pensé. Entonces se me ocurrió aquella idea, aquella imagen que quizá lograra encerrar en mi mente para aferrarme a ella como cuando me aferraba a un misterio del rosario, con el fin de librarme de él. —La coronación de espinas— y para que nada de lo que él pudiera hacer consiguiera lastimarme;

pero ¿qué era ese terrible y angustioso amor que sentía hacia él, la terrible compasión que me inspiraba, tan profunda y lacerante como el dolor que sentía por Lev, Karl o cualquiera de los otros?

Apoyé la cabeza en el respaldo del sillón de terciopelo y moví el cuello contra el marco de madera, sosteniendo el violín dentro de su bolsa e indicando que no quería agua ni café, ni me apetecía comer nada.

El auditorio estaba de bote en bote, me informó Lucrece.

—Hemos recibido numerosos donativos.

—Y recibirán más —añadí—. Es un lugar magnífico; no permitan que esta obra tan grandiosa se eche a perder.

Glenn y Roz charlaban en voz baja sobre la mezcla de color tropical y la magnificencia del barroco, sobre las fugaces y sofisticadas ninfas europeas combinadas con una indulgencia prohibida en la serie de piedras, diseños y suelos de parqué.

—Me encanta su... atuendo de terciopelo, la ropa que luce, ese poncho y esa falda —dijo Lucrece—, es un terciopelo precioso, señorita Becker.

Asentí con la cabeza y murmuré unas palabras de agradecimiento.

Llegó el momento de cruzar la inmensa y sombría parte trasera del escenario. Había llegado el momento de oír nuestras sonoras pisadas sobre las tablas de madera y alzar la vista hacia las cuerdas y poleas, el telón, las rampas y los hombres que contemplaban el escenario, y los niños, porque, allá arriba incluso había niños, como si los hubieran metido clandestinamente, y a derecha e izquierda las imponentes bambalinas repletas de decorados teatrales; y también las columnas pintadas. Todo lo que se veía en piedra, real o verdadero estaba pintado.

Así, el mar parece verde cuando la

ola se riza, y la balaustrada de mármol se asemeja al verde mar; y está pintada.

Miré por entre los paños del telón.

La platea estaba repleta, cada butaca de terciopelo ocupada por un espectador que aguardaba con ansiedad a que comenzara el concierto. Los programas —meras notas en las que se explicaba que nadie sabía lo que yo iba a tocar ni cuánto duraría el concierto y todo eso— revoloteaban por el aire, la luz de las arañas arrancaba reflejos a las suntuosas joyas, y los tres enormes pisos aparecían atestados de figuras que se apresuraban a ocupar sus asientos.

Algunos lucían trajes negros de gala,

o ternos grises, y otros, los del gallinero, ropas de trabajo.

Los palcos, a los lados del escenario, estaban ocupados por las autoridades. Me habían sido presentadas, pero no recordaba un solo nombre; en cualquier caso, no tenía por qué hacer más que lo que esperaban que hiciera y que sólo yo era capaz de hacer.

Toca. Toca durante una hora.

Dales eso, y luego se pasearán por los pasillos y hablarán de la «sabia y extraordinaria concertista», como habían dado en llamarme, o la americana *naïf*, o la rolliza mujer que parecía una niña prematuramente envejecida vestida con

aquella falda de terciopelo, que rasgaba las cuerdas como si se peleara con la música que interpretaba.

Atacaba los temas improvisadamente, sin seguir unas pautas prefijadas. En mi mente sólo había un pensamiento, que se había originado en la música de otro lugar.

Tenía la íntima convicción de que lo llevaba dentro de mí: las cuentas del rosario de mi vida, las astillas de la muerte, los remordimientos, la cólera y la rabia; cada noche me acostaba sobre fragmentos de vidrio y despertaba con las manos cubiertas de llagas, y esos meses durante los cuales había creado

música habían constituido un maravilloso respiro que ningún ser humano podía creer que duraría eternamente. Nadie tenía derecho a esperar ese regalo del cielo.

Providencia, fortuna, fama, destino.

Tras el borde del gigantesco telón observé los rostros de la primera fila.

—¿No le molestan esos zapatos de terciopelo tan puntiagudos? —preguntó Lucrece.

—Vaya momento tan oportuno para hacer semejante comentario —dijo Martin.

—No, además sólo será una hora —respondí.

Los sonidos procedentes del auditorio ahogaron nuestras voces.

—Dales cuarenta y cinco minutos —añadió Martin—; estarán más que encantados. El dinero que recauden se destinará a la fundación para la conservación del teatro.

—Caray, Triana —intervino Glenn—, qué sabios consejos.

—Dímelo a mí —repuse con una sonrisa.

Martin no oyó el comentario. Katrinka siempre se ponía a temblar cuando llegaba ese momento. Roz se había instalado entre bambalinas y estaba sentada a horcajadas en una silla,

como un vaquero, con el respaldo ante ella, las piernas enfundadas en un pantalón negro y extendidas para estar cómoda, y los brazos cruzados sobre el respaldo, dispuesta a presenciar mi actuación. La familia permanecía en un discreto segundo plano.

Los técnicos se mostraban serenos.

Sentí el aire acondicionado de los aparatos instalados debajo del escenario.

Qué rostros tan hermosos, qué público tan hermoso; los había rubios y morenos, y muchos de ellos eran tan jóvenes como los que habían venido a saludarme con el ramo de rosas.

De pronto, sin pedir permiso a nadie, sin la menor advertencia, sin una orquesta en el foso que me diera la entrada ni otra compañía que el técnico que manipulaba el reflector que había de iluminarme, eché a andar hacia el centro del escenario.

Mis zapatos hacían un ruido seco sobre las polvorientas tablas.

Avancé lentamente, dando tiempo al reflector a localizarme y hacer descender la luz sobre mí.

Percibí el silencio que se hizo en el teatro, como si todo sonido hubiese sido eliminado a toda prisa.

Por fin cesaron las toses y los

murmullos.

Me volví y alcé el violín.

De pronto comprendí, horrorizada, que no estaba en el escenario, sino en el túnel. Lo olía, lo sentía, lo veía. Los barrotes estaban allí mismo, frente a mí.

Aquél sería el gran combate. Apoyé la cabeza sobre lo que sabía que era el violín, al margen del encantamiento que me impedía verlo, al margen de los sortilegios que me habían atraído hacia aquel asqueroso túnel y sus fétidas aguas.

Levanté el arco que sabía que sostenía en la mano.

«¿Cosas de fantasmas? ¿Bromas de

un espíritu? ¿Cómo lo sabes?».

Ataqué con un golpe de arco descendente, adoptando lo que se había convertido para mí en el estilo ruso, el más dulce y el que ofrecía mayor espacio a la tristeza. Esa noche tendría que alargarse para dar cabida a una corriente siniestra; oí las notas con claridad, fulgurantes, que caían como monedas en la oscuridad.

Sin embargo, vi el túnel.

Una niña calva vestida con un traje de baile campestre avanzaba hacia mí a través del agua.

—Estás sentenciado, Stefan —dije sin mover los labios—. Toco para ti,

preciosa hija mía.

—Mamá, ayúdame.

—Toco para las dos, Lily, para ti y para mí.

La niña con los labios temblorosos, se detuvo junto a la verja, oprimió su carita contra los barrotes oxidados, y los agarró con sus dedos rechonchos.

—¡Mamá! —gritó angustiada, gimiendo como hacen los bebés y los niños de corta edad—. ¡Sin él nunca habría dado contigo, mamá! ¡Te necesito!

¡Maldito espíritu perverso! La música descendió expresando protesta y rabia. Suéltala, suelta tu ira. Es mentira

y lo sabes, estúpido; ésta no es mi Lily.

—¡Él me ha traído hasta ti, mamá! Él me ha encontrado. ¡No me hagas esto, mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

La música seguía fluyendo, aunque yo miraba con ojos desorbitados una verja y una figura que sabía que no estaban ahí. Eran tan conmovedoramente perfectas que se me cortó la respiración. Traté de recuperar el resuello, aspirando aire con cada golpe del arco sobre las cuerdas. He tocado para ti, sí, para que regresaras, sí, para que pudiéramos pasar la página, para hacerte revivir.

De pronto apareció Karl. Avanzó

lentamente hacia ella y apoyó las manos en sus hombros. Mi Karl, demacrado debido al terrible mal que lo aquejaba.

—Triana —murmuró con voz ronca. Su garganta había sido dañada por los tubos de oxígeno que tanto aborrecía y que finalmente había rechazado de forma categórica—. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Triana? Yo vago errante, soy un hombre, estaba muriendo cuando nos conocimos, pero esta niña es tu hija.

¡No estás ahí!, no, pero esta música es real, la oigo perfectamente. Me pareció que nunca había ascendido hasta esas alturas, que irrumpía en la montaña como si fuera el Corcovado, y que lo

miraba a través de las nubes.

Entonces los vi.

Mi padre se detuvo junto a Karl.

—Desiste, cariño —dijo—. No puedes hacerlo. Esto es perverso, injusto, un pecado. Desiste, Triana. ¡Desiste!

—Mamá. —Mi hija hizo una mueca de dolor. El vestido campestre que llevaba fue el último que yo le había planchado, para enterrarla con él. Mi padre había dicho que ellos...

No... las nubes se deslizan sobre la faz de Cristo y poco importa si Él es la Palabra Encarnada o una estatua tallada con minuciosidad en la piedra. Lo que

verdaderamente importa es su postura, los brazos extendidos, como dispuesto a que lo claven en la cruz, o para abrazarnos, no lo sé...

Contemplé asombrada a mi madre. Reduje el *tempo* de la música. ¿Estaba suplicando, hablando con ellos, creyendo en sus palabras y cediendo a sus ruegos?

Mi madre cruzó la verja de hierro; llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás, como me gustaba a mí, y los labios ligeramente pintados, como si fuera un color natural. No obstante, en sus ojos se reflejaba un odio sin paliativos.

—¡Eres egoísta, mala, odiosa! — exclamó—. ¿Crees que me engañas? ¿Acaso piensas que no lo recuerdo? Acudí a ti aquella noche, asustada y llorando, y tú, aterrorizada, te aferraste a mi marido en la oscuridad y él me dijo que me fuera; y me oíste llorar. ¿Crees que una madre puede olvidar algo así?

De pronto Lily empezó a sollozar. Se volvió y, alzando los puños, gritó:

—¡No le hagas daño a mi mamá!

¡Oh, Dios mío! Intenté cerrar los ojos, pero Stefan se colocó delante de mí y cogió el violín, aunque no pudo moverlo ni arrebatármelo ni hacer que me equivocara de nota. Continué

tocando sin detenerme, expresando la angustia de aquel caos, de aquel horror...

«Confiesa esta verdad. Confiésala. Son unos pecados comunes, eso es todo; nadie dijo nunca que tú los asesinaras con un arma. No eres una criminal perseguida que se oculta en las sombras, no eres un espíritu que vaga errante entre los muertos. Son unos pecados comunes, y eso es lo que tú eres, común, vulgar, sucia y mezquina, carente del talento que me robaste. Zorra, puta, devuélvemelo».

Llorando, Lily se arrojó sobre él, lo golpeó y lo tiró del brazo.

—¡Basta, deja en paz a mi mamá!
¡Mamá! —exclamó levantando los brazos en un gesto implorante.

Por fin, haciendo caso omiso de lo que ella decía, la miré fijamente, seguí tocando sin apartar mis ojos de los suyos y, mientras oía las voces de los otros, advertí que se movían. Alcé la vista. Había perdido la noción del tiempo y sólo era consciente del cambio que se había producido en la música.

No vi el teatro que deseaba ver desesperadamente ni el grupo de fantasmas que él colocó ante mí con la intención de que los viera; alcé la vista y miré más allá. Imaginé la selva

tropical cubierta por una lluvia celestial, distinguí los añosos y plácidos árboles, el viejo hotel, y toqué para ellos, para las ramas tendidas hacia las nubes, para el Cristo de los brazos extendidos, y también para las arcadas del hotel y las ventanas cuyos postigos amarillos estaban manchados por la lluvia, la lluvia, la lluvia...

Toqué para todo aquello, y también para el mar, oh sí, el mar, no menos portentoso, aquel mar embravecido, refulgente, imposible, y sus fantasmales bailarines fantasmas...

—¡Eso es lo que eres! ¡Ojalá fueras real!

—¡Mamáaa! —Lily gritaba como si alguien le infligiera un daño insoportable.

—¡Por el amor de Dios, Triana! —exclamó mi padre.

—Que Dios te perdone, Triana —dijo Karl.

Lily gritó de nuevo. Yo ya no podía soportar aquella melodía del mar, aquel sonido de las olas triunfales que se mezclaba con la ira, la pérdida y la rabia. Oh, Faye, ¿dónde estás, cómo pudiste marcharte? Oh, Dios mío, papá, nos dejaste solas con mamá, pero me niego... Me niego... Mamá...

¡Lily gritó de nuevo!

Creí que me venía abajo.

La música inició un *crescendo*.

La imagen volvió a asaltarme. Había tenido una idea, una idea absurda, insignificante, que se me ocurrió una vez más acompañada por la grotesca visión de una sangre reluciente sobre la compresa blanca que yacía junto a la estufa encendida, la sangre menstrual, cubierta de hormigas, y el corte en la cabeza de Roz cuando le cerré la puerta en las narices después de que hubiéramos destrozado el rosario; y también la sangre que extraían una y otra vez de mi padre, de Karl y de Lily, mientras ésta sollozaba al igual que

Katrinka, la sangre que manaba de la cabeza de mi madre cuando se cayó al suelo, la sangre que empapaba las asquerosas compresas y el colchón cuando mi madre se acostaba desnuda y sangraba sin cesar.

Era eso.

No puedes negar las faltas que has cometido ni la sangre que tienes en las manos, o en tu conciencia. No puedes negar que la vida está llena de sangre, que el dolor es sangre, que las faltas son sangre.

Sin embargo, no toda la sangre es igual.

Sólo una determinada sangre

procede de las heridas que nos causamos a nosotros mismos y causamos a los demás. Esa sangre fluye reluciente y acusadora, y amenaza con arrebatarse la vida a la persona herida. Esa sangre tan celebrada... cómo resplandece, esa sangre sacrosanta, esa sangre que era la de Nuestro Señor Jesucristo, la de los mártires, la que había en el rostro de Roz o en mis manos, la de las faltas cometidas.

Hay otra sangre.

Hay una sangre que emana de las entrañas de una mujer. No es señal de muerte, sino de una fuente fértil e importante, un río de sangre que, en el

momento indicado, forma seres humanos con su sustancia; una sangre viva, inocente, y eso era lo único que había en la compresa, debajo de las hormigas, en aquel ambiente sórdido y polvoriento, tan sólo la sangre que manaba sin cesar, como si se tratara de una mujer que deja fluir la fuerza oscura y secreta que le permite crear hijos, que deja que brote el poderoso flujo que le pertenece a ella y sólo a ella.

Ésa era la sangre que manaba de mí en ese momento; no la sangre de las heridas que él me había causado, la de sus golpes y puntapiés ni la de sus dedos cuando me arañaba en su afán de

apoderarse del violín.

En ese momento yo cantaba a esa sangre y dejaba que mi música se convirtiera en ella, que fluyese como ella; era esa sangre la que yo imaginaba en el cáliz que eleva el sacerdote durante la consagración, la sangre dulce y saludable de la hembra, esa sangre inocente que, en la época fértil, forma un receptáculo para el alma, la sangre que llevamos dentro, la que crea, la que mana sin sacrificio ni mutilación, sin pérdida ni deterioro.

Entonces oí mi canción. La oí y tuve la impresión de que la luz que me rodeaba se había intensificado de

manera asombrosa. Yo no deseaba una luz tan intensa, pero era muy hermosa y subía hasta las vigas que yo sabía que estaban en el techo.

Al abrir los ojos, contemplé no sólo el gran teatro repleto de rostros, sino también a Stefan; la luz estaba directamente detrás de él, y él tendió una mano hacia mí.

—¡Vuélvete, Stefan! —dije—. ¡Mira, Stefan! ¡Stefan!

Se volvió. La luz bañaba una figura menuda y rolliza que indicaba a Stefan, con ademán de impaciencia, que se acercara. Ven, le decía. Acometí los últimos compases de la música.

«¡Vete, Stefan! ¡Eres un niño perdido! ¡Stefan!».

Ya no podía seguir tocando.

Stefan me lanzó una mirada de odio, me maldijo, apretó los puños. Su rostro experimentó una transformación completa y, al parecer, inconsciente. Me miró con expresión de temor.

A medida que se aproximaba, la luz que brillaba a sus espaldas se fue atenuando y le confirió el aspecto de una sombra, tan insustancial como las que danzaban entre bambalinas.

La música cesó.

Todo el público se puso de pie. Otra victoria. Dios mío, ¿cómo es posible?

¿Cómo puede ser que tres pisos de butacas me recompensen con este sonido que constituye mi único idioma?

Los aplausos eran ensordecedores.

Sí, otra victoria.

No había rastro de los fantasmas inventados por él.

Apareció alguien para hacerme salir del escenario. Contemplé los rostros de los espectadores y asentí con la cabeza; no los defraudes, contempla la sala, observa la galería y luego los palcos, no alces los brazos en un gesto de vanidad, límitate a hacer un par de reverencias, murmura unas palabras de agradecimiento y ellos lo captarán;

dales las gracias desde lo más profundo de tu sangrienta alma.

Vi a Stefan en un último y tenue destello, a mi lado, confuso, inclinado, casi invisible. Era un espíritu desdichado que se desvanecía, pero ¿a qué venía esa perplejidad, ese estupor que traslucían sus ojos? Al cabo de unos segundos desapareció.

Unas manos me sujetaron. Eres una chica afortunada por contar con unas manos tan amables y solícitas. Oh, providencia, fortuna, fama y destino.

«Pudiste haberte dirigido hacia la luz, Stefan. ¡Debiste dirigirte hacia ella, Stefan!».

Al llegar al camerino, lloré desconsoladamente.

A nadie le sorprendió. Las cámaras disparaban sus flashes, los periodistas escribían en sus libretas. En mi corazón no albergaba la menor duda con respecto a la paz de aquellos a quienes había perdido... salvo en el caso de Faye... y de Stefan.

20

Fui al teatro Amazonas, en Manaus, porque era un lugar singular que en cierta ocasión había visto en una película. Se titulaba *Fitzcarraldo* y estaba dirigida por un cineasta alemán, Werner Herzog, que había muerto hacía unos años, y durante los espantosos días que siguieron a la muerte de Lily, Lev y yo habíamos pasado una noche en calma viendo juntos la película.

Yo no recordaba la trama, sólo el teatro de ópera, y las historias que había

oído contar sobre el auge de la industria del caucho y el lujoso teatro, y lo espléndido que era Manaus, aunque nada en el mundo podía compararse con Río de Janeiro.

Por otra parte, yo debía dar otro concierto al cabo de pocos días. Tenía que hacerlo, a fin de comprobar si los fantasmas regresaban. Si aquella pesadilla en efecto había concluido.

Antes de partir hacia el pequeño estado del Amazonas se produjo una pequeña discusión.

Grady llamó e insistió en que debíamos regresar de inmediato a Nueva Orleans.

No quería explicarnos el motivo, pero insistía empecinadamente en que debíamos volver a casa, hasta que por fin Martin cogió el teléfono y, en su estilo ofensivo pero contenido, exigió saber a qué demonios se refería Grady.

—Mira, si Faye está muerta, dínoslo, sin preámbulos. No es necesario que regresemos a Nueva Orleans para enterarnos de la noticia. Dínoslo ahora.

Katrinka se estremeció.

Al cabo de un buen rato, Martin tapó el auricular con la mano y explicó:

—Se trata de vuestra tía Anna Belle.

—Todas la queríamos —respondió

Roz—. Le enviaremos muchas flores.

—No, no está muerta. Al parecer Faye le telefoneó.

—¿La tía Anna Belle? —preguntó Roz—, pero si mientras se baña habla con el arcángel Miguel y le pide que la ayude a no caerse y a no romperse de nuevo la cadera.

—Pásame el teléfono —dije.

Todos se reunieron alrededor de mí.

Tal y como yo había deducido, la tía Anna Belle, que había cumplido ochenta años, creía haber recibido una llamada en plena noche. No le habían dado ningún número de teléfono ni le habían dicho de dónde hablaban.

—Apenas podía oír a la niña, pero, según ella, estaba segura de que era Faye.

¿El mensaje? No había ninguno.

—Quiero regresar a casa de inmediato —dijo Katrinka.

En mi intento de enterarme de más detalles, hice varias preguntas a Grady. Al parecer se trataba de la voz de Faye, pero ésa era toda la información con que contábamos. ¿Y la factura del teléfono? Estaba a punto de llegar.

Sin embargo, no serviría de ninguna ayuda, porque la tía Anna Belle había perdido su tarjeta y alguien de Birmingham, Alabama, se había

hinchado a hacer llamadas con ella.

—Bien, enviaré a unas personas allí cuanto antes —dijo Martin—. Una se instalará junto al teléfono de la tía Anna Belle y la otra junto al teléfono de la casa, por si Faye vuelve a llamar.

—Yo me marchó —declaró Katrinka.

—¿Para qué? —inquirí. Acto seguido, colgué el auricular—. ¿Para quedarte ahí sentada y esperar día tras día a que ella vuelva a telefonear?

Mis hermanas me miraron.

—Ya lo sé —murmuré—. Antes no lo sabía, pero ahora sí. Estoy muy enfadada con ella.

Se hizo el silencio.

—Me parece imposible que haya hecho eso... —añadí.

—No digas nada de lo que puedas arrepentirte —me advirtió Martin.

—Quizá fuera Faye —comentó Glenn—. Escucha, me siento lo bastante intrigado como para regresar a casa. No me importa volver al St. Charles, 2524, y esperar una llamada de Faye. Sí, lo haré. Vosotros podéis continuar con la gira. Sin embargo, no me siento con fuerzas para hacerle compañía a la tía Anna Belle. Ve a Manaus, Triana. Martin y Roz irán contigo.

—Sí, deseo visitar la ciudad —

señalé—. A fin de cuentas, ya estamos en Brasil, y esta tierra me encanta. Iré a Manaus. Debo hacerlo.

Katrinka y Glenn regresaron a casa.

Martin se quedó para ocuparse del concierto benéfico que yo daría en Manaus, y Roz me acompañó. Ni por un instante nos olvidamos de Faye. El vuelo a Manaus duró tres horas.

El teatro Amazonas era una verdadera joya; más pequeño que la grandiosa creación en mármol de Río, pero espléndido y muy extraño, con hojas de café en sus forjados, las mismas butacas de terciopelo que había visto en la película *Fitzcarraldo*,

murales de los indios y un abrazo general del arte y el folclore nativos mezclado con el estilo barroco por el audaz y extravagante magnate del caucho que había mandado construirlo.

Daba la impresión de que en ese país —al igual que en Nueva Orleans— nada, o casi nada, había sido creado por un grupo que hubiera donado el dinero para tranquilizar su conciencia, o por un grupo de presión, sino por un solo personaje excéntrico.

Fue un concierto emocionante. No apareció ningún fantasma. La música, que adquirió unos tintes oscuros, tuvo un sentido, y percibí la dirección que ese

sentido tomaba en vez de verme arrastrada por él. Yo poseía una corriente interna; no temía los colores más intensos.

En la plaza de la población había una iglesia dedicada a san Sebastián. Estuve sentada un rato en su interior mientras llovía, pensando en Karl, entre otras cosas, en las emociones que la música me había hecho sentir. Curiosamente, esa vez recordaba la música que había interpretado, o cuando menos un leve eco de la misma.

Al día siguiente, Roz y yo dimos un paseo por el muelle. La ciudad de Manaus era tan primitiva como el teatro

de la ópera, y me recordaba el puerto de Nueva Orleans durante los años cuarenta, cuando yo era una niña y nuestra ciudad un auténtico atestado de barcos como los que en ese momento contemplábamos.

Unos transbordadores transportaban a centenares de obreros de regreso a sus aldeas. Los vendedores ambulantes vendían mercancías procedentes de los bolsillos de los marineros, pilas de linternas, casetes y bolígrafos. En nuestra infancia los vendedores que merodeaban por el puerto ofrecían encendedores con la imagen de una mujer desnuda. Recuerdo que el artículo

más *kitsch* que podíamos comprar allí, junto al edificio de las aduanas, era un encendedor con la calcomanía de una mujer desnuda.

No recibimos ninguna llamada de Estados Unidos.

¿Era un signo de mal augurio o una buena señal? ¿Tenía algún significado?

En Manaus, el río Negro discurría ante nosotros. Cuando volamos de regreso a Río, divisamos la unión de las aguas negras y blancas que componen el Amazonas.

Cuando llegamos al hotel Copacabana, nos entregaron una nota. La abrí, temerosa de que fuese alguna

noticia trágica, y de pronto me sentí desfallecer.

Sin embargo, la nota no se refería a Faye.

Estaba escrita en esa letra barroca y anticuada que yo conocía, la elegante caligrafía del siglo XVIII.

*Debo verte. Ven al viejo
hotel. Prometo no hacerte daño.*

*Tuyo,
Stefan*

Perpleja, contemplé el papel que

sostenía en la mano.

—Sube a la suite —le dije a Roz.

—¿Te ocurre algo?

No había tiempo para responder. Con el violín colgado al hombro, eché a correr por el camino circular de la entrada para alcanzar a Antonio, que acababa de traernos del aeropuerto.

Tomamos el tranvía, sólo Antonio y yo, sin los guardaespaldas, pero él era un hombre fuerte y no les temía a los rateros, aparte de que no vimos ninguno. Antonio hizo una llamada con su teléfono móvil. Uno de los guardaespaldas se reuniría con nosotros en el hotel situado sobre la montaña;

llegaría allí al cabo de unos minutos.

Apenas despegué los labios durante el trayecto. Desdoblé la nota una y otra vez. Leí las palabras. Era la letra de Stefan, la firma de Stefan. ¡Dios santo!

Cuando llegamos a la parada del hotel, la penúltima, nos apeamos del tranvía y le pedí a Antonio que me esperara sentado en el banco, junto al sendero, donde la gente aguardaba el tranvía; le dije que no temía andar sola por el bosque y que si gritaba pidiendo ayuda, él me oiría.

Me puse a andar cuesta arriba, pasito a paso, recordando de golpe, con una sonrisa forzada, el segundo

movimiento de la *Novena* de Beethoven. Creo que sus acordes resonaron en mi mente.

Stefan estaba de pie al lado del pretil de cemento, junto al profundo barranco. Iba vestido de negro, con discreción, como era habitual en él. El viento le agitaba el cabello. Parecía vivo, firme, un hombre que gozaba de la vista de la ciudad, la selva, el mar.

Me detuve a unos diez pasos de él.

—Triana —dijo, volviéndose y mirándome con ternura—. Triana, amor mío. —Jamás había visto tal expresión de pureza en su rostro.

—¿Qué broma es ésta, Stefan? —le

inquirí—. ¿Qué te propones ahora? ¿Acaso una fuerza malvada te ha procurado el medio de arrebatarme el violín?

Lo había herido, le había asestado la primera en la frente, pero él recobró la compostura de inmediato, y vi de nuevo que tenía los ojos arrasados en lágrimas. El viento soplaba sobre su cabello y lo dividía en largas mechas. Stefan agachó la cabeza y frunció el entrecejo.

—Yo también estoy llorando —añadí—. Creí que la risa se había convertido en nuestro lenguaje, pero ahora lo que nos une son las lágrimas. ¿Qué puedo hacer para evitarlo?

Me indicó que me acercara.

Fui incapaz de negarme. De pronto sentí que me rodeaba el cuello con su brazo, pero no hizo ademán de apoderarse de la bolsa de terciopelo, que llevé poco a poco hacia delante para no perderla de vista.

—¿Por qué no te dirigiste hacia la luz, Stefan? ¿No la viste? ¿No viste quién estaba ahí, llamándote, deseoso de guiarte?

—Sí, me di perfecta cuenta —respondió, y retrocedió un paso.

—Entonces ¿qué te retiene aquí? ¿Cómo has conseguido recuperar tu vitalidad? ¿Quién paga ahora por ella

con sus recuerdos y su dolor? ¿Qué método empleas, el de alzar tu educada voz de tenor, sin duda formada en Viena, tan melodiosa como el sonido de tu violín?

—Calla, Triana —dijo con tono sereno. Sus ojos dejaban traslucir calma y paciencia—. Veo la luz continuamente, Triana, siempre, también en estos momentos; pero, Triana... —Observé que le temblaban los labios.

—¿Qué?

—Pero ¿y si al dirigirme hacia ella, hacia esa luz...?

—¡Ve! Dios mío, no puede ser peor que el purgatorio que me revelaste, no lo

creo. Yo la vi, sentí su calor. Créeme.

—¿Y si, cuando fuera hacia ella, me llevara conmigo el violín?

La conexión se produjo en pocos segundos, y, cuando nos miramos a los ojos, distinguí también la luz, sólo que no formaba parte de nada de cuanto la rodeaba. El crepúsculo mantenía su radiante resplandor; el bosque, su silencio. La luz sólo lo envolvía a él, y en su rostro apareció una expresión que trascendía la ira, la rabia, el dolor o incluso la confusión.

Yo había tomado ya mi decisión. Él lo sabía.

Alcé la bolsa que contenía el violín

y el arco y la deposité en sus manos.

Él hizo ademán de rechazarla.

—Quizá no sea una buena idea —
murmuró—. Tengo miedo, Triana.

—Yo también, joven maestro.
Cuando muera también tendré miedo —
dije.

Se volvió y apartó la vista, como si contemplara un mundo que yo era incapaz de mensurar. Sólo vislumbré un resplandor, una luz cuya intensidad crecía por momentos y que, sin embargo, no me hería los ojos ni el alma, sino que hacía que sintiera un amor y una fe profundos.

—Adiós, Triana —dijo él.

—Adiós, Stefan.

La luz desapareció. Permaneció inmóvil en el camino, rodeada de la selva tropical que se elevaba sobre el hotel en ruinas. Contemplé sus sucios muros, los rascacielos y las favelas de la ciudad que había a mis pies, una ciudad que se extendía a lo largo de varios kilómetros sobre montes y valles.

El violín había desaparecido.

La bolsa que sostenía en mis manos estaba vacía.

No merecía la pena informar a Antonio que el violín había desaparecido. Nuestro guardaespaldas había llegado con la furgoneta.

Sostuve la bolsa como si aún contuviera el violín. Descendimos por la montaña en silencio. El sol penetraba por entre las hojas de los gigantescos árboles y derramaba unos rayos santificadores sobre la carretera; la fresca brisa me acariciaba el rostro.

Mi corazón estaba embargado por un

sentimiento que yo no lograba identificar. Al menos, no del todo. Amor, oh, sí, amor y asombro, pero era también más que eso, mucho más: el temor a lo que pudiera suceder, a la funda vacía del violín, a lo que pudiera ocurrirme a mí y a las personas que yo quería y a las que dependían de mí.

Mientras circulábamos a gran velocidad por Río unos vagos pensamientos acudieron a mi mente. Cuando llegamos al hotel, casi había anochecido. Me apeé de la furgoneta, me despedí con la mano de mis leales servidores y entré en el hotel, sin detenerme siquiera en la recepción para

preguntar si había algún mensaje.

Sentí un nudo en la garganta. Era incapaz de hablar. Sólo tenía que hacer una cosa: pedir a Martin el violín que siempre llevábamos con nosotros, el Stradivarius corto que habíamos comprado, o incluso el Guarneri, y comprobar si yo era capaz de tocar con alguno de los dos.

¡Oh, esas amargas minucias de las que depende la suerte del alma y con ella la de todo el universo que esa alma conoce! No quería ver a los demás, pero tenía que ver a Martin, tenía que hallar el violín.

Cuando se abrieron las puertas del

ascensor, oí que todos reían a carcajadas.

Por un instante no logré interpretar aquel sonido.

Luego atravesé el pasillo y llamé insistentemente a la puerta de la suite presidencial.

—¡Soy Triana, abre! —dije.

Fue Glenn quien abrió la puerta.

—¡Ella está aquí! —me comunicó con una sonrisa radiante.

—Querida —dijo Grady Dubosson —, la embarcamos en el avión y la trajimos aquí en cuanto le sellaron el pasaporte.

Vi su silueta recortada sobre la

lejana ventana, la cabeza menuda, el cuerpo menudo, Faye, la huerfanita. Sólo Faye era tan menuda, tan delicada, tan divinamente proporcionada, como si a Dios le complaciera tanto crear duendecillos y niños pequeños y tiernos como crear seres adultos.

Vestía unos vaqueros desteñidos y su inevitable y característica camisa blanca. Llevaba el cabello castaño muy corto. No logré ver sus facciones a la luz crepuscular que penetraba por la ventana.

Se arrojó en mis brazos.

La abracé con fuerza. Qué pequeña era, debía de pesar la mitad que yo; tan

pequeña que podía aplastarla como haría con un violín.

—¡Triana, Triana! —exclamó—. Sabes tocar el violín, sabes tocar el violín. ¡Posees ese don!

La observé detenidamente. La emoción me impedía articular palabra. Deseaba quererla, darle la bienvenida, transmitirle un sentimiento de calor como el de la luz que había rodeado a Stefan en la carretera de la montaña. No obstante, durante unos momentos sólo vi su pequeño rostro animado por una sonrisa, sus bonitos y resplandecientes ojos, y pensé: «Está viva, no está muerta, no está enterrada, está aquí, sana

y salva».

Estábamos de nuevo todos juntos.

Roz se acercó y me arrojó los brazos al cuello.

—Lo sé, lo sé —dijo con voz baja, asintiendo—. Deberíamos estar enfadados con ella y pegarle cuatro gritos, pero ha regresado. No le ha ocurrido nada malo; ha vivido una peligrosa aventura, pero ha vuelto a casa. Está aquí, Triana. Faye está con nosotros.

Asentí con la cabeza. Cuando abracé de nuevo a Faye, besé su enjuta mejilla. Sentí su diminuta cabeza, tan diminuta como la de un niño. Percibí su ligereza,

su fragilidad y, al mismo tiempo, una tremenda fuerza que era fruto de las negras aguas del útero materno, de la lúgubre casa, de la madre que andaba dando traspiés, del ataúd sepultado bajo tierra.

—Te quiero —musité—. Te quiero, Faye.

Mi hermana retrocedió ejecutando unos pasos de baile. Le encantaba bailar. En una ocasión en que nos reunimos en California después de separarnos, Faye se había puesto a bailar en círculos y a dar saltos de alegría al vernos a todas unidas, a las cuatro hermanas, como lo estábamos en

ese momento. De pronto, saltó sobre la mesa de madera, un truco que yo le había visto hacer otras veces. Sonrió y me miró con sus ojillos resplandecientes de felicidad y el cabello envuelto en un halo rojizo debido a la luz que penetraba por la ventana.

—Toca el violín para mí, Triana. Por favor, tócalo para mí.

¿Ninguna señal de contrición?
¿Ninguna disculpa?

Yo no tenía violín.

—Martin, ¿quieres hacer el favor de traerme los otros instrumentos? El Guarneri... creo que está afinado y dispuesto para que yo lo toque, y en el

estuche hay un arco excelente.

—Pero ¿qué le ha ocurrido al Stradivarius largo?

—Lo he devuelto —respondí—. Te ruego que no discutas conmigo ahora, por favor.

Martin salió de la habitación mascullando entre dientes.

Entonces me fijé en Katrinka, que, sentada en el sofá, tenía los ojos enrojecidos y parecía acongojada.

—Me alegro de que hayas vuelto a casa. —Apenas si lograba contener la emoción—. No te imaginas cuánto. —Trink había sufrido mucho.

—Tuvo que marcharse, que alejarse

durante un tiempo —dijo Glenn con su voz suave y sosegada. Luego miró a Roz—. Hizo lo que tenía que hacer. Lo importante es que ha regresado, que ha conseguido lo que quería.

—Por favor, no nos pongamos así esta noche —contestó Roz—. ¡Toca para nosotros, Triana! Pero no una de esas horribles danzas de brujas, no las soporto.

—¡No seas tan crítica! —le reprochó Martin, mientras cerraba la puerta. Sostenía el Guarneri en la mano. Era lo más parecido al violín que yo le había devuelto a Stefan.

—Anda, toca algo para nosotros, por

favor —me pidió Katrinka con voz entrecortada, mirando a Faye con expresión aturdida y profundamente dolida y aliviada.

Faye seguía de pie sobre la mesa. Al mirarme, creí advertir en sus ojos cierta frialdad, cierta aspereza, algo que no revelaba cariño hacia nosotros, sino más bien una expresión que parecía decir: «Mi dolor era mayor de lo que imagináis», precisamente lo que nosotros nos temíamos cuando llamábamos a las empresas de pompas fúnebres para facilitarles la descripción de Faye por teléfono. Quizás expresara, sencillamente: «Mi dolor es tan grande

como el vuestro».

Con todo, estaba ahí, viva.

Cogí el nuevo violín. Lo afiné rápidamente. La cuerda del *mi* estaba un poco floja, de modo que la tensé con suavidad. Ese instrumento no poseía la calidad del Stradivarius largo, no estaba tan bien conservado, pero había sido muy bien restaurado, según nos aseguraron. Tensé el arco.

¿Y si no surgía ninguna canción?

Sentí un nudo en la garganta y miré en dirección a la ventana. En cierto modo, deseaba aproximarme a ella, contemplar el mar, y alegrarme de que Faye hubiera regresado sin tener que

buscar aún la forma de decirle que no importaba que se hubiera marchado, o sin tener que hablar acerca de quién había tenido la culpa, quién había estado más ciega, o quién había sido incapaz de demostrar cariño.

Ante todo, me habría gustado no saber si era capaz o no de tocar.

No obstante, ese tipo de acontecimientos se producen de forma espontánea, no según mis deseos. Pensé en Stefan, cuando estaba en el bosque.

«Adiós, Triana».

Afiné la cuerda del *la*, luego las del *re* y el *sol*. Podía hacerlo sin ayuda. De hecho, había sido capaz de alcanzar un

tono casi perfecto desde el principio.

El Guarneri estaba listo. Hasta el momento me había respondido bien. Recordé que el día en que me lo enseñaron, el día que lo tocaron para mí por primera vez, su sonido me había llamado la atención, pues era más grave y opulento que el del Stradivarius, parecido al de la viola; quizá también fuera más grande que éste. No conocía muchos pormenores sobre ese tipo de violín. Mi gran amor había sido el Stradivarius.

Faye se acercó a mí y me miró.

Intuí que quería decirme algo, pero, al igual que yo, fue incapaz de hacerlo.

Pensé nuevamente: «Estás viva, estás con nosotros, tenemos la oportunidad de brindarte seguridad y cariño».

—¿Quieres bailar? —pregunté.

—¡Sí! —respondió Faye—. Toca algo de Beethoven, o de Mozart. ¡Toca lo que quieras!

—Toca una canción alegre —dijo Katrinka—. Ya sabes, una de esas canciones bonitas que conoces.

Sí, ya sé.

Levanté el arco. Mis dedos oprimieron las cuerdas con agilidad mientras el arco se deslizaba sobre ellas; era una canción alegre, una canción feliz y despreocupada que

brotaba sin esfuerzo, arrancando un sonido brillante y hermoso al violín, tan hermoso, potente y nuevo a mi oído que casi me puse a bailar también, brincando, ejecutando piruetas, inclinándome, atrapada por el instrumento mientras con el rabillo del ojo veía bailar a mis hermanas, Roz, Katrinka y Faye.

Aquella noche, cuando todos dormían, las habitaciones estaban en silencio, y las altas y esbeltas prostitutas caminaban por el bulevar, cogí el violín y el arco y me acerqué a la ventana

ubicada en el centro mismo del hotel.

Contemplé el espectáculo de las fantásticas olas. Las vi bailar como lo habíamos hecho nosotras.

Toqué para ellas —con aplomo y facilidad, sin temor ni rabia— una canción triste, maravillosa, alegre.



ANNE RICE. Escritora estadounidense autora de best-sellers de temática gótica y religiosa. Su verdadero nombre es Howard Allen O'Brien. Nació en Nueva Orleans en 1941 y fue la segunda de cuatro hermanos. Estudió en la Universidad de Berkeley, pero terminó sus estudios en la Universidad Estatal de

San Francisco donde se graduó en Filosofía y Letras, en la especialidad de Ciencias Políticas y Escritura Creativa. En 1965 publicó su primera obra titulada *Octover 4, 1948*. Su hijo Christoper Rice es también escritor.

Su obra más conocida es *Crónicas Vampíricas*, cuya temática principal es el amor, la muerte, la inmortalidad, el existencialismo y las condiciones humanas. De sus libros se han vendido cerca de 100 millones de ejemplares, convirtiéndola en una de las escritoras más leídas a nivel mundial. Rice consigue en todas sus obras mantener intacto el interés del lector, con tramas

intrigantes y fabulosamente entrelazadas,
siempre alimentadas por los instintos
más oscuros.